

00424
102



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

COORDINACION DE CIENCIAS DE LA COMUNICACION

ORIGENES Y LIMITES DEL PODER PRESIDENCIAL (1928-1941)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION

P R E S E N T A :
CARLO ANGIE NUÑEZ PORRAS

DIRECTOR DE TESIS: LIC. ENRIQUE OLIVARES FLORES



CIUDAD UNIVERSITARIA,

MAYO DE 2003



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***“En el vértice de la pirámide no
hay lugar más que para uno solo.”
Serge Moscovici.***

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la
UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el
contenido de mi trabajo recopional.

NOMBRE: CARLO ANGELO
NUÑEZ PORRAS

FECHA: 20/4AYO/2003

FIRMA: Carlo Angelo Nuñez

ÍNDICE

Agradecimientos.....	6
Introducción.....	8
Capítulo I: Las piezas del rompecabezas.....	17
1.1 El Estado.....	17
1.2 El Poder.....	21
1.3 La Revolución.....	24
1.4 El Estadista.....	27
1.5 Las Instituciones.....	29
1.6 Los Partidos Políticos.....	32
1.7 El Caudillismo.....	36
1.8 El Presidencialismo.....	40
1.9 El Discurso.....	43
Capítulo II: El colapso de la diarquía sonoreense.....	46
2.1 Importancia del caudillismo en la Revolución Mexicana.....	46
2.2 La Guerra Cristera.....	50
2.3 El regreso de Álvaro Obregón.....	53
2.4 La Bombilla.....	58
2.5 Calles frente al Congreso de la Unión.....	61
2.6 La elección de Emilio Portes Gil.....	67
2.7 El desmoronamiento.....	71

Capítulo III: El Jefe Máximo, la figura metaconstitucional.....	75
3.1 El Partido Nacional Revolucionario.....	75
3.2 El control sobre las cámaras.....	80
3.3 El círculo más cercano.....	84
3.4 El sector militar.....	89
3.5 La trascendencia de los gobernadores.....	92
3.6 Los presidentes sin autonomía.....	97
3.7 La sucesión presidencial de 1934.....	102
Capítulo IV: La ruptura Calles-Cárdenas: la muerte del maximato.....	107
4.1 Cárdenas, el hombre que encarnó el presidencialismo.....	107
4.2 La crisis política de junio de 1935.....	112
4.3 Polémica en los diarios: la muerte de Obregón.....	117
4.4 Los callistas se reagrupan.....	121
4.5 El preámbulo al exilio.....	125
4.6 El amalgama.....	131
Capítulo V: El México de Cárdenas, según Calles.....	137
5.1 Los primeros años en San Diego.....	137
5.2 El reparto agrario.....	140
5.3 Las condiciones laborales.....	142
5.4 La expropiación petrolera.....	144
5.5 La tragicomedia del general Cedillo.....	149
5.6 Génesis del PRAC.....	152
5.7 La reconciliación con Vasconcelos.....	155
5.8 La sucesión presidencial en 1940.....	158
5.9 La aventura almanzanista.....	161
5.10 El retorno.....	162

Conclusiones.....	165
Fuentes de consulta.....	178
Archivos consultados.....	178
Bibliografía.....	178
Hemerografía.....	188
Videografía.....	188

AGRADECIMIENTOS

Octavio Paz sostenía que el carácter de un hombre se forja a través del tiempo. Durante nuestra vida, en ese proceso de formación, conocemos ininidad de personas, algunas llegan para quedarse, otras son transitorias. Es curioso, siempre pensamos que los exilios sólo son vividos por grandes actores de la política como Porfirio Díaz, Plutarco Elías Calles o Carlos Salinas de Gortari, cuando en realidad cada uno de nosotros ha protagonizado un distanciamiento. A veces nos exilian, en ocasiones exiliamos. Hay gente que se marcha, a otras las alejamos con nuestros actos. Para vivir un exilio no es necesario estar fuera de nuestro país de origen; basta con dar la media vuelta y apartarse; es suficiente con retirarle la palabra a alguien, que en otro tiempo, bajo circunstancias diferentes, fue muy querido, para exiliarlo de nuestra vida y de nuestro corazón.

Cuando concluye un trabajo como éste, llega el momento de evaluar quienes estuvieron a nuestro lado en los momentos difíciles. Afortunadamente, con omisiones de personas que olvidamos o nos olvidaron, con pasados no reconciliados con nuestro presente, con exilios y todo, la lista es numerosa.

En primer lugar, quiero agradecer a la sangre de mi sangre que estimuló mis estudios universitarios, como padres, mis abuelos, así como Concepción Parra, Guillermo Reynoso, José Eduardo Sánchez, Paulino Sánchez, Blanca Cáceres, Juan Reynoso, Mario Reynoso, María de Jesús Reynoso e Isabel Reynoso. Muy en especial quiero dedicar una línea a José María Requena, donde quiera que se encuentre. Espero que los excluidos comprendan que no podía poner en estas cartillas todo el árbol genealógico. Para ellos, todo mi cariño.

Siempre se nos ha dicho que no existe labor más noble y dura que enseñar, lo hemos comprobado en carne propia. Por ello, valoro las lecciones proporcionadas por Santiago Hurtado, Carmen Quiroz, Raúl Rojas Soriano, Salvador Mendiola Mejía, Cuauhtémoc Mayo Murrieta, Fernando González Casanova, Rafael Reséndiz, Elvira Hernández Carballido, Antonio Caram Mafud, Napoleón Glockner, Notario Nelson, Virginia Reyes Castro y muchos más. Parte de sus doctrinas han sido plasmadas a lo largo de este trabajo. Para cada uno de ellos, todo mi respeto.

La amistad es un tesoro valioso. Quiero reconocer el apoyo proveído por Francisco Caballero Orozco (cómplice, casi hermano, compañero de mil batallas, unas ganadas, muchas perdidas), Marisol Orozco Núñez, Abel López, Xóchitl Fernández Obregón, Liliana Beatriz Marañón Rosal, Carla María Falcón Muñoz, Daniel Añorve, Christian Daza Rivera-Melo, Gabriela Burgos, Olivia Angélica Vázquez Sandoval, Sofía Eréndira Maltos Velázquez, María Isabel Sáenz, Isis Alcántar, Mauro González Espinosa y Julie Espinoza. Para ellos, todo mi afecto.

También quiero corresponder a las facilidades otorgadas por el Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, cuyo personal, con imperecedera paciencia y eficacia, proporcionó el material a consultar y resolvieron infinidad de dudas sobre el exilio del general Calles. Sin su respaldo, esta tesis no hubiese sido lo mismo. Para ellos, mi eterno reconocimiento.

A la doctora Martha Beatriz Loyo Camacho, del Instituto de Investigaciones Históricas de esta Universidad. *Callista recalitrante* que estimuló y promovió este trabajo y nunca lo dejó caer en el olvido. Investigadora comprometida con su ardua labor, que se dio a la tarea de mostrarnos el oficio de historiar. Para ella, una gratitud perpetua.

Al licenciado Carlos Francisco Jiménez Espinosa, de Grupo Editorial Vid. Hombre de preceptos y principios que facilitó un horario accesible para realizar mis estudios universitarios y acreditar mi servicio social. Para él, todo mi profesionalismo, dedicación y entrega.

No podía dejar fuera a Carlos Eduardo Suárez Ruiz, quien sabe que la sabiduría no se adquiere leyendo en los libros, sino en los hombres. Moderno Oráculo de Delfos que siguió de cerca el desarrollo de esta tesis desde las primeras cuartillas e hizo importantes observaciones sobre la estructura del mismo. Para él, un fuerte abrazo de amigos.

Mención especial merece el licenciado Enrique Olivares Flores. Académico con visión de estadista que me ha permitido acompañarlo, primero como alumno, a lo largo de cinco semestres, ahora como adjunto en las materias de *Historia de México y Procesos de Comunicación I* e *Historia de México y Procesos de Comunicación II* en el plan de estudios de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación de esta facultad. Con rígida mano de hierro, revisó cada una de las líneas de esta investigación. Para él, todo mi reconocimiento como profesor de valía, que estimula a los alumnos a ver más allá de una noticia o de un hecho histórico, los incita a una tarea digna de todo estudiante que asiste a las aulas de nuestra Máxima Casa de Estudios: Deliberar. Para él, mi admiración desde siempre.

Finalmente, quiero hacer un breve reconocimiento a todos aquellos que han analizado al sistema político mexicano. Sin los trabajos realizados por Héctor Aguilar Camín (que me sugirió lecturas muy valiosas para comprender este periodo), Jorge Carpizo, Jorge G. Castañeda, Arnaldo Córdova, Daniel Cosío Villegas, Luis González y González, Enrique Krauze (cuyos comentarios fueron muy constructivos), Lorenzo Meyer y Octavio Paz esta tesis no sólo carecería de antecedentes sino de una fuente de inspiración. Para ellos, un pequeño homenaje a lo largo de estas páginas.

INTRODUCCIÓN

El domingo 6 de julio de 1997 México fue el escenario de un terremoto político. En las elecciones celebradas ese día, el Partido Revolucionario Institucional tuvo un saldo poco favorable: no obtuvo la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal y perdió la mayoría que durante décadas ostentó en la Cámara de Diputados. Un hecho insólito hasta esos momentos.

Daniel Cosío Villegas llamó a la ciudad de México *la Meca* de la política de nuestra Nación, pues en ella se centraliza todo el poder; el que un opositor al régimen decidiera los destinos de la urbe, era algo nunca antes visto en la historia del país. El otro acontecimiento también era novedoso; ya que el PRI nunca había sido desplazado de su papel como fuerza hegemónica en la Cámara Baja. Eran los estertores del sistema político mexicano priísta. Fueron los primeros cambios de los muchos que se aproximaban a pasos agigantados.

Entonces, se hablaba de un debilitamiento del poder presidencial, de ese autoritarismo que durante casi setenta años existió en México. Para quienes no están familiarizados con la historia de nuestro país, surgían dudas: querían comprender de qué hablaban, en qué consistía el presidencialismo mexicano, cuál era su origen y para qué servía el partido oficial. No era contar con los elementos para una charla de café; fue una búsqueda para comprender desde sus raíces las razones que permitieron el predominio de un solo hombre.

Así, me di a la tarea de comprender a los tecnócratas; después, la postura de los políticos llamados *dinosaurios*. No satisfecho, continué con el desarrollo estabilizador, con el México posrevolucionario, hasta llegar a la fase institucional de la Revolución y a su antecesora: la etapa armada. Conocí a los hombres, me sorprendieron sus ideas, medité sus actitudes, leí una y otra vez sus discursos. En mi mente había una pregunta que quemaba mis neuronas sin encontrar respuesta: ¿En qué momento se gestaron los orígenes y límites del poder presidencial?

Pronto me puse a estudiar el porfiriato para comprender a ese hombre de Oaxaca que dio a México paz, orden y progreso. Con su caída, en 1911, dejó al país sin su máximo dirigente, prácticamente sin padre y a sus hijos sin un árbitro, por lo que éstos comenzaron a disputarse el poder político. De esta forma, tras un parricidio orquestado por Francisco I. Madero, la patria fue testigo de una lucha fratricida por la presidencia. Sin una sola autoridad que pusiera orden entre todos los actores, cada uno de ellos se sintió dueño de la situación. La mayoría de esos individuos eran caudillos, hombres carismáticos cuyo arraigo en las multitudes los convertía en entidades poderosas, casi míticas e invencibles. En su momento, el propio Porfirio Díaz fue seguido por las masas y así se lo recordó al país en la renuncia que envió al Congreso de la Unión en mayo de 1911:

"el pueblo de México, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional. (...) ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo es la causa de su Insurrección (...) En tal concepto (...) vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir sin reserva el encargo de Presidente Constitucional de la República..."¹

El artífice de esa derrota, Francisco I. Madero, no se consolidó como líder de todos los grupos políticos nacionales. Tampoco Venustiano Carranza, con su sueño de refundar el régimen porfirista, lo logró. Francisco Villa y Emiliano Zapata, el primero con una propuesta utópica y el segundo con su corta visión del mundo, no cimentaron un régimen autoritario. La pregunta seguía en pie: ¿Dónde nacía el presidencialismo mexicano? Era necesario seguir investigando a profundidad, sobre todo la etapa de reconstrucción nacional que se inició con la fase institucional de la Revolución Mexicana en el año 1921 e incluso, ¿por qué no? visitar a los muertos cuyos restos descansan en el sepulcro que funge también como homenaje a esa gesta armada.

Casi nadie sabe que se puede subir a la cúpula del Monumento a la Revolución para observar una hermosa panorámica de la ciudad de México. Se asciende a la cima de este lugar sólo por una de las columnas: la que guarda los restos del general Plutarco Elías Calles. El ambiente que envuelve ese camino recuerda al de una mina; oscuro, sinuoso y húmedo con escaleras de metal y por todos lados excrementos de roedores. Ya en la cúspide, la vista es primorosa, sólo se puede estar quince minutos, en un lugar con casi cien años de existir.

Es imposible hacer a un lado lo paradójico del Monumento a la Revolución. Sus cimientos vienen desde el porfiriato (iba a ser el nuevo Palacio Legislativo, pero la lucha iniciada en 1910 impidió que se continuara la construcción), el único camino para llegar a la parte más alta, obliga al visitante a pasar por la tumba de Plutarco Elías Calles, el engrane, el catalizador del México moderno. Cortésmente, los vigilantes de este sitio afirman: "es la única columna que permite el acceso".

En dicho recinto, junto a Calles, descansan los restos de Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Francisco Villa y Lázaro Cárdenas. A excepción de este último, el resto de estos personajes gobernaron o influyeron en México antes de que Calles llegara a la Presidencia. Ninguno de ellos encaminó al país hacia una modernización, tanto política como social.

En la memoria colectiva, pareciera que sólo existe el Plutarco Elías Calles del maximato, el fundador del Partido Nacional Revolucionario (PNR), a cuya sombra llegaban y se iban Presidentes de la República que no podían combatir su poder. En ocasiones, sólo se recuerda al Calles que fue exiliado por el presidente Lázaro Cárdenas aquel 10 de abril de 1936.

¹ Guzmán, Martín Luis, *Muertes históricas. Febrero de 1913*, Secretaría de Educación Pública, México, 1994, página 13.

Se olvida que antes de su exilio, fue el encargado de sostener sobre sus hombros la reconstrucción económica del país; antes que Jefe Máximo, fue el Presidente que se preocupó por impulsar la producción agrícola a través de la Comisión Nacional de Irrigación; antes de los estatutos del PNR y del Plan Sexenal, estuvo el Código Civil y la Comisión de Nacional de Conciliación y Arbitraje, instituciones a las que dio vida durante su gobierno. Antes que político, Calles era estadista.

Con Calles, México comienza a volver funcionales sus leyes y sus instituciones. Calles no recorre todo el camino de la reconstrucción nacional, pero es quien marca el rumbo; tampoco le corresponde el mérito de la consolidación del Estado mexicano posrevolucionario, pero pone los cimientos. Perfiló lo que será el sistema político mexicano, pero es un discípulo suyo quien lo concretó. Durante su gobierno, el poder presidencial fue limitado, pero al ser expulsado por Cárdenas, es una de las primeras personas que siente en toda su magnitud y alcance el presidencialismo que prevaleció en México durante casi todo el siglo XX.

Así como de su mano surgieron las instituciones, de su voz brotó un nuevo discurso. En las palabras de Madero lo único que se defendía era la libertad del pueblo para elegir a sus gobernantes, pero en los hechos nunca hay una mejoría social de la cual ufanarse. Con Carranza se dio un gran acercamiento con los sectores pobres de México: obreros (Pacto con la Casa del Obrero Mundial) y campesinos (Ley Agraria del 6 de enero de 1915), pero lo escrito en el papel contrasta con la realidad, pues el Varón de Cuatro Ciénegas pronto olvidó sus compromisos y decisiones. Sus decretos antiobreros y la muerte de Zapata hacen pensar que a él no le interesaba velar por la sociedad.

Por su parte, Álvaro Obregón no descuidó a los sectores populares; sabía que al cumplir con su obligación de gobernante y ver por sus gobernados se mantendría en el poder. Como derivado del bienestar que comenzaron a vivir los ciudadanos gracias a los gobiernos de los sonorenses, Calles construyó un discurso novedoso para la época, no el de la Revolución defensora del voto (como en Madero); no de la Revolución como promesa de mejoría (como en Zapata y Villa); no de la Revolución como defensora de la legalidad constitucional en contra de una usurpación (como con Carranza); lo que aparece en escena es algo nuevo: el discurso de la Revolución hecha gobierno, el discurso de la *Revolución institucional*.

A diferencia de otros Presidentes de la Revolución, Calles prometió y cumplió; algunos sectores campesinos se sentían atraídos por el mandatario, quien como candidato a la Primera Magistratura, prometió frente a la tumba de Emiliano Zapata seguir con su proyecto agrario, que, en cierta forma, perfiló a través del apoyo proporcionado al campo por medio de la Comisión Nacional de Irrigación y el Banco de Crédito Agrícola. Los trabajadores se percataron de que ese hombre se preocupaba por ellos, pues creó la Comisión Nacional de Conciliación y Arbitraje; la sociedad apreció con agrado cómo la construcción de escuelas llegó a

los más altos niveles de esa época y el país tuvo por fin un organismo autónomo para emitir su moneda: el Banco de México.

Además, el sonorenses llevó a cabo una importante reestructuración de la economía nacional. Por medio de la construcción de una gigantesca red de carreteras se reemplazó a la vieja estructura ferroviaria construida durante el régimen porfirista; gracias a los caminos de concreto, el traslado de aranceles a diversos puntos de la República se realizó con mayor eficiencia que en otros tiempos. Por otra parte, Calles comprendió que México más que una nación industrial es un país que cimienta su economía en la agricultura; con miras a impulsar el desarrollo agrónomo, creó la Comisión Nacional de Irrigación, organismo que se encargaría de llevar el agua a lugares donde no abundaba ese vital líquido y con ello no se perdieron las cosechas y se incrementó la producción en el campo.

Con las instituciones floreció un discurso que en cierta forma retomó la paz, el orden y el progreso de Porfirio Díaz. Con la Revolución hecha gobierno (y cumpliendo sus promesas), no había razón para levantarse en armas contra los mandatarios, pues éstos se preocupaban por los gobernados y con instituciones funcionales procuraban ayudarlos a solventar sus necesidades. El gobierno se empeñó por demostrar, en los hechos y en el discurso, que trabajaba por México.

Sin embargo, uno de los grandes problemas de la época era la sucesión presidencial, proceso que siempre venía acompañado con una ruptura entre la élite gobernante, que traía consigo un conflicto armado de graves consecuencias para la Nación. Como resultado de este contexto, la elección presidencial de 1928 es considerada, junto con la de 1924 cuando estalló la rebelión delahuertista, como una de las más violentas de la historia de México, puesto que los tres contendientes perdieron la vida.

Uno de ellos fue Álvaro Obregón, un ex mandatario federal que gracias a las modificaciones realizadas al artículo 82 de la Carta Magna, fue reelecto Presidente de México. Su muerte trajo consigo una gran crisis, pues era el único hombre que unificó a la mayoría de las facciones del territorio nacional.

Debido a su brillante trayectoria durante los años de la Revolución, Obregón se convirtió en el máximo caudillo de México. Cuando prestó sus servicios en campaña, no hubo militar capaz de derrotarlo; fue el único general invicto de esta gesta bélica. Su facilidad para negociar y conciliar intereses siempre le ayudó a conseguir sus metas, de esta forma, convenció a la mayoría de los actores políticos para que apoyaran su campaña reeleccionista.

Obregón era bien visto por las masas, debido a la gran cantidad de tierra que repartió a los campesinos y al reconocimiento de derechos que otorgó a los obreros. Con estos antecedentes, varios sectores sociales consideraron que Obregón era el único hombre capaz de concretar los compromisos que la

Revolución Mexicana adquirió con la sociedad, opacando la figura de Plutarco Elías Calles.

Con su muerte, el presidente Calles puso en práctica un proyecto que Obregón no consumó: se trataba de congregar a todas las fuerzas políticas de la Nación en un solo organismo, donde se distribuyeran los puestos de representación popular sin llegar a los extremos de la lucha armada.

De acuerdo con las palabras del propio Calles "...la falta de 'caudillos', debe permitirnos, va a permitirnos, orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de 'país de un solo hombre' a la de 'nación de instituciones y de leyes'.²

La institución que surgió de este proceso fue el Partido Nacional Revolucionario, fundado el 3 de marzo de 1929 y gracias al cual se controló la ambición que caracterizaba a las principales figuras de la época; con ello se dejaban atrás las rebeliones militares como medio para llegar a la silla presidencial. Se puede afirmar que, de acuerdo con discurso de ese tiempo, se institucionalizó la lucha por el poder. Pese a este gran acierto, el sistema político mexicano aún no estaba construido en su totalidad; faltaba un elemento: un líder legítimo y legal. A causa de diversas circunstancias ese papel cayó en hombros del Jefe Máximo, aunque no cumpliera con estas premisas.

Plutarco Elías Calles se convirtió en una figura preponderante, al grado de cimantarse por encima de las leyes y tener una influencia que podemos llamar metaconstitucional. Era un ser que estaba sobre el marco legal, aunque no desempeñara un puesto relevante, fue considerado el Jefe Máximo de la Revolución, el Hombre Fuerte de México y por ello, muchos políticos le pedían su orientación en asuntos de la Administración Pública Federal o para que aprobara su postulación a algún cargo de elección popular. Su imagen fue una molestia para tres Presidentes de la República.

La creación de la Jefatura Máxima es el resultado del culto a la violencia que se generó la llegada de los sonorenses al poder tras la caída de Venustiano Carranza. En el período que va de 1920 a 1929 era cosa de todos los días que los mexicanos de esa época atestiguaran balaceras en la Cámara de Diputados (como la que protagonizaron los legisladores callistas en contra de los partidarios de Adolfo de la Huerta en el otoño de 1923), pleitos entre los integrantes del gabinete, gobernadores y jefes de zonas militares que se levantaban en contra del gobierno federal, muertes de candidatos a puestos de elección popular, etc.

Era imperante la creación de un sistema de dominación política que pusiera en orden a todos los actores e impulsara un Proyecto de Nación acorde con los

² Macías Richard, Carlos, *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y Social. Antología (1913-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México, Segunda edición, abreviada, 1992, páginas 163-164.

principios establecidos en la Carta Magna de 1917. Como se apreciará a lo largo de este trabajo, el maximato cimentó el liderazgo de un solo hombre sobre la mayoría de las fuerzas políticas, pero dejó en el olvido las principales promesas de la Revolución: el reparto agrario y el respaldo a los trabajadores.

Tal situación prevaleció hasta que el presidente Lázaro Cárdenas exilió a Plutarco Elías Calles junto con tres de sus más cercanos colaboradores: Melchor Ortega, Luis L. León y Luis N. Morones. Después de esta acción, casi nadie se atrevió a cuestionar el poder presidencial.

Esta tesis tiene como finalidad demostrar que es durante el proceso de eliminación de la Jefatura Máxima que un Presidente de la República utiliza por primera vez las facultades metaconstitucionales que le otorga el sistema político mexicano. Para sostener esta hipótesis, se deben de cumplir ciertos objetivos entre los que destacan el presentar un análisis sobre la situación que llevó a la expulsión de Plutarco Elías Calles en 1936, su importancia para el establecimiento del presidencialismo mexicano y las situaciones que vivió el grupo callista en su afán por recuperar el poder.

Con las acciones de Lázaro Cárdenas, se concretó un sistema presidencialista en México. De acuerdo con Jorge Carpizo, éste se caracteriza por la gran influencia que ejerce el Jefe del Ejecutivo sobre los factores políticos de un país, a la vez que goza de cierta autonomía frente al Poder Legislativo.³ El citado autor abunda en el tema al afirmar:

"Se ha definido a los sistemas presidenciales en América Latina haciendo resaltar las características de un estricto predominio del presidente y un papel político importante asumido por el ejército, lo que ha llevado a la doctrina a hablar de un neopresidencialismo cuyos rasgos relevantes son la existencia de un gobierno autoritario, la concentración de las atribuciones legislativas y ejecutivas en el presidente y la subordinación del legislativo al ejecutivo; diferenciándolas de la autocracia por la existencia de procedimientos constitucionales."⁴

Por su parte, Daniel Cosío Villegas aseguró que el único límite para el poder presidencial era el tiempo, ya que nadie podía reelegirse en este puesto a menos que quisiera luchar contra uno de los principios que dio origen a la Revolución Mexicana: la no reelección.⁵ Fuera de esta acotación de carácter temporal, el dominio del Presidente en México es casi absoluto.

El presidencialismo mexicano es un sistema político donde el Primer Magistrado es el eje que determina el rumbo que toma la Nación, su influencia y voluntad eclipsan a los otros poderes de la Unión, a los gobernadores, los Secretarios de Estado, los empresarios y los líderes sindicales. Pero en el discurso nunca pierde la esencia de los caudillos de la Revolución. El Presidente

³ Carpizo, Jorge, *El presidencialismo mexicano*, Siglo XXI Editores, México, Decimoquinta edición, 2000, página 14.

⁴ *Ibid.*, página 17.

⁵ Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, Editorial Joaquín Mortiz, México, decimosexta reimpresión de la segunda edición, 1987, página 31.

encarna el sueño de *Sufragio efectivo. No reelección* de Madero, el afán legalista de Carranza, el populismo de Villa, el agrarismo de Zapata; un aura de ente invencible como la que rodeaba a Obregón en las batallas de Celaya. Pero a su vez, se aprecian en el Primer Magistrado las actitudes *maximatistas* y el carácter autoritario de Calles, así como el estoicismo de Cárdenas.

Las motivaciones para realizar el presente ensayo son de carácter diverso. La primera es ofrecer un análisis consistente sobre el tema, ya que la mayoría de los textos que se han escrito sobre el rompimiento entre Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles fueron redactados por personas que vivieron ese acontecimiento, así que tomaron partido por uno u otro de los involucrados.

En segundo término, debido a los recientes sucesos en la política nacional donde se afirma que el poder absoluto del Presidente de la República ha llegado a su fin⁶, considero trascendental comprender y examinar la coyuntura que dio origen al presidencialismo mexicano para valorar las razones que permitieron el predominio del Primer Magistrado de la Nación sobre el resto de los poderes federales, así como la manera en que extendió su figura autoritaria a las gubernaturas y al partido hegemónico.

La expulsión del general Plutarco Elías Calles del país, la mañana del 10 de abril de 1936, es considerada por la mayoría de los autores consultados como el hecho que dio origen al presidencialismo mexicano. Excepto Luis González y González⁷, nadie ha estudiado a fondo el tema, por lo cual estimo que este pasaje de la historia nacional debe de ser explorado con detenimiento y seriedad.

También debo señalar que la mayoría de los textos que hablan sobre la ruptura entre estos dos personajes, datan de la década de los setenta, por lo que no hay un estudio reciente sobre ese acontecimiento. El presente proyecto pretende aportar un análisis fresco y novedoso al respecto. Además, los especialistas del tema no han profundizado sobre qué hicieron Plutarco Elías Calles y sus seguidores después de su derrota frente al presidente Cárdenas, lo cual es algo que sí se abordará en esta investigación.

En esta tesis se presentarán datos inéditos sobre el tema, los cuales fueron recabados en el Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, que ayudarán a comprender el contexto político de la época. Además, es la labor de todo reportero o investigador dar a conocer datos nuevos que faciliten el estudio de eventos de impacto nacional, lo cual es otro de los objetivos del presente trabajo.

⁶ Dicho por el actual Presidente de la República, Vicente Fox Quesada, durante el mensaje que dio a la nación el día de su toma de posesión. Ver *El Universal*, 2 de diciembre de 2000, página 1.

⁷ Luis González y González, escribió un artículo sobre este tópico a principios de la década de los ochenta. "El mach Cárdenas-Calles o la afirmación del presidencialismo mexicano", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 1, núm. 1, Invierno de 1980, páginas 5-33.

La hipótesis a demostrar es la de sostener que durante el periodo que se analiza en este texto, en esa época donde se buscaba con ansia la institucionalización de la lucha por el poder político, el Presidente de la República se convirtió en el pilar de la política nacional, pero también encontró los grandes limitantes a su poderío. Lázaro Cárdenas, tras la expulsión del Jefe Máximo, es el primer Presidente del México emanado de la Revolución que no tiene que lidiar con caudillos u otros actores políticos que rivalicen con su imagen. Es libre de sus actos, pero encuentra barreras en los sectores empresarial y eclesiástico, así como en la relación con los Estados Unidos. Este trabajo busca demostrar que esta idea es irrefutable.

Además, en un contexto donde los militares se creían los dueños de México, el país sufría constantes asonadas y los grupos triunfantes tomaban al Estado como un botín de guerra, el discurso de la Revolución como esperanza de mejoría era dejado en el olvido. Era necesario la ascensión de una figura fuerte, alguien en quien confiar, que fuese capaz de demostrar que la Revolución no era sólo palabras, sino también acciones. Para ello, se requería de facultades tanto legales como metaconstitucionales, fue prioritario crear un sistema presidencialista sólido, indestructible, pero a la vez, legal y legítimo.

De esta forma, es la influencia que el poder presidencial tiene en el rumbo que lleva el Estado es definitiva e incuestionable. Es cierto que, de acuerdo a la Constitución, somos una república federal, democrática y representativa, pero se debe tomar en cuenta no sólo la forma de gobierno, sino el tipo de Estado que se formó en México durante los años que se abarcan en el presente trabajo. De hacer a un lado este aspecto, no se podrá comprender completamente la importancia del presidencialismo en nuestro país durante más de la mitad del siglo XX.

¿Surgió el poder presidencial para preservar el Estado o para destruirlo? Si en el contexto en que aparecen las facultades metaconstitucionales el Ejecutivo el Estado se encontraba en peligro... ¿cuáles fueron los hechos que propiciaron esta situación? Y lo más importante: ¿qué tuvo que hacer un estadista como Cárdenas no sólo para salvar al Estado, sino para encauzarlo en su función primordial que es el de servir a la sociedad? Las respuestas están en las siguientes páginas.

Este ensayo, además, busca ser un análisis sobre la etapa menos conocida de la Revolución Mexicana, la fase institucional, pues durante ese periodo se llevó a cabo una reconstrucción nacional tras la etapa armada de esta gesta. También es un escrito que puede ser útil para quienes comienzan a adentrarse en los orígenes del sistema político mexicano ya sea con fines académicos o de esparcimiento.

La metodología que se utilizará en el presente trabajo será la especificada en el texto de Susana González Reyna, donde se establece que el ensayo se distingue por las siguientes características:

- 1.- Es un género opinativo.
- 2.- Su propósito general es dar a conocer las opiniones del

ensayista respecto de un acontecimiento que no necesariamente es actual. Al ensayista no le interesa expresar qué ocurrió, sino su interpretación de tal suceso, como lo siente y qué impresiones le causó.

- 3.- Su propósito específico es la recreación; despertar en el público determinadas emociones y un sentimiento agradable.
- 4.- Se apoya en las cuatro formas del discurso; la exposición sólo aparece como apoyo a la argumentación.
- 5.- Su estructura consta de tres partes, aunque con variantes en su cuerpo central en función de la forma del discurso y del propósito específico. Estas partes son:

- La entrada, que debe ser atractiva.
- El cuerpo, que debe ser un relato o una reflexión.
- La conclusión, que es el fin del relato o un comentario final.

- 6.- El ensayista trabaja con juicios de valor relativos a una temática de interés general.⁸

Susana González Reyna también afirma: "Es igualmente importante recordar que el lenguaje periodístico exige sencillez y claridad. Para ello el ensayista debe tener un pensamiento claro y seguridad en sus puntos de vista..."⁹. A su vez, es importante tomar en cuenta que el ensayo consta de una estructura basada en la expresión de ideas, así que a lo largo de estas cuartillas se integrarán reflexiones que el autor realizó a lo largo de la investigación.

Siguiendo esas premisas, la presente tesis consta de cinco capítulos, en el primero se proporcionarán todos los conceptos que se utilizarán a lo largo del texto y su relación con la Revolución Mexicana; en el segundo, se abordará el contexto político y social de la reelección de Álvaro Obregón, la muerte de este caudillo y los primeros pasos de Calles para preservar el régimen institucional ante la inminente crisis.

En el tercer capítulo se presenta un análisis de los elementos que permitieron a Plutarco Elías Calles controlar los hilos de la política nacional de 1929 a 1934; en el cuarto se estudia la ruptura Calles-Cárdenas, así como la expulsión del Hombre Fuerte de México y su importancia para el sexenio de Lázaro Cárdenas; en el quinto y último se hablará sobre el exilio del Jefe Máximo y los intentos de los callistas por regresar a los primeros planos de la política nacional, cerrando el trabajo con las clásicas e infaltables conclusiones.

⁸ González Reyna, Susana, *Géneros Periodísticos, Periodismo de opinión y discurso*, Editorial Trillas, México, segunda edición, 1999, página 112.

⁹ *Ibid.*

CAPÍTULO I

LAS PIEZAS DEL ROMPECABEZAS

1.1 El Estado

Una explicación sencilla y difusa de lo que es el Estado la dio Jean Dablin, quien le sintetizó en las siguientes palabras: "es la agrupación política por excelencia".¹ Obviamente, el Estado es mucho más que eso. Lo que vuelve un poco confusa su comprensión para aquellas personas que no están familiarizadas con la Ciencia Política, es que éste no puede ser visto, salvo en algunas de sus partes. El Estado es invisible en su concepción, pero palpable en su función de mantener un orden por medio de instituciones. Dentro de esa labor, el Derecho juega un papel fundamental.

En la historia de la humanidad, hubo una época en que el hombre se dejó gobernar por las pasiones; era una especie de guerra de todos contra todos, el Estado de naturaleza imperaba, se carecía de un marco legal que delimitara hasta dónde llegaba lo privado y qué era lo que se consideraba público. Debido a esta lucha permanente por la posesión de tierras, cosechas e inclusive de familias, resultó apremiante la creación de un organismo que pusiera orden en las relaciones de los individuos, parte esencial de una comunidad.

Al crearse el Estado social, surgió también la necesidad de construir instituciones que controlaran la interacción entre los ciudadanos. Esto es importante, ya que siempre acechará a las comunidades el peligro de algún grupo vecino que, con mejor nivel de organización, se disponga a despojarle de sus pertenencias. En caso de esta eventualidad, el conjunto de personas agredido llevará las de perder en un enfrentamiento si no cuenta con una coordinación apta para defenderse.

¿Qué es lo que busca el hombre? Algo sencillo: su conservación. Para lograrlo y evitar que se vea solo frente a las adversidades, requiere de una estructura en la que participen todos los seres humanos que viven en comunidad. Se deben establecer reglas para que haya respeto entre ellos y sepan cuáles son sus límites, responsabilidades y obligaciones. Asimismo, deben escoger a los representantes de dicha colectividad, quienes tendrán la obligación de velar que el marco legal sea respetado. Hobbes afirmaba que...

¹Meyer, Lorenzo, *Fin del régimen y democracia incipiente. México hacia el siglo XXI*, Editorial Océano, México, 1998, página 31.

"La multitud, así unida en una persona se denomina ESTADO, en latín, CIVITAS. Ésta es la generación de aquel gran LEVIATÁN, o más bien (hablando con más reverencia), de aquel dios mortal, al cual debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y nuestra defensa. Porque en virtud de esta autoridad que se le confiere por cada hombre particular que por el terror que inspira es capaz de conformar las voluntades de todos ellos para la paz, en su propio país y para la mutua ayuda contra sus enemigos en el extranjero (...) la esencia del Estado (podemos definirla así): **una persona de cuyos actos una gran multitud, por pactos mutuos, realizados entre sí, ha sido instituida por cada uno como autor, al objeto de que pueda utilizar la fortaleza y medios de todos, como lo juzgue oportuno, para asegurar la paz y defensa común.** El titular de esta persona se denomina SOBERANO."²

Ese gobernante es el encargado de encauzar al Estado hacia su objetivo primordial: la preservación de la sociedad. La forma en que este hombre es elegido y las facultades con que es investido se encuentran en la Constitución de todo Estado, que como su nombre lo indica son los ordenamientos que constituyen el gobierno y su relación con los ciudadanos. Nadie puede estar por encima de las leyes, ni siquiera el mandatario, por eso, al visitar los Estados Unidos de América, Alexis de Tocqueville se sorprendió al ver que todos los integrantes de esa sociedad tenían un gran respeto por sus derechos y por los de los demás. La conclusión a la que llegó el pensador francés fue que una comunidad virtuosa engendrará buenos soberanos y, por ende, no perderán de vista la función para la que son designados.

Por su parte, el gobierno es la parte encargada de ejecutar todas las obligaciones del Estado, en él se institucionaliza la voluntad, por ser la parte administrativa, debe satisfacer las necesidades prioritarias de la sociedad. A su vez, dentro del Estado hay otros elementos conocidos como instituciones, que son fundadas para que los individuos que aceptaron el contrato social obtengan un óptimo nivel de vida. Es obvio que nunca se satisfacen las necesidades de todos los integrantes del Estado, pero se debe ayudar al mayor número de ellos.

¿Cuáles son las carestías sociales que debe atender el Estado? La más importante es velar por la vida de los ciudadanos. Primero debe cuidar que la tengan y defenderla de enemigos que lo mismo pueden ser bélicos que enfermedades mortales; para esto, el soberano deberá estar preparado para defender a sus gobernados, cual padre hace lo propio con sus hijos, custodiar que cuenten con los servicios de salud adecuados para que sean atendidos y no perezcan por falta de ayuda médica.

Hermann Heller agregó otros elementos: alimentación, vestido, habitación, armas, dinero, etc. Obviamente, el último es el que atrae a los anteriores. Para conseguirlos todos, al gobernante le corresponde vigilar que cada ciudadano tenga la posibilidad de obtenerlos por medio de una administración enfocada a elevar el nivel de vida de la sociedad.

² Hobbes, Thomas, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, México, décima reimpresión, 2000, página 141.

Norberto Bobbio reconoce que para vigilar que el soberano, que es el representante del Poder Ejecutivo, no desvirtúe la tarea para la que fue elegido, cuenta con dos valiosos contrapesos: el Poder Legislativo y el Poder Judicial. El primero determina las leyes, el segundo salvaguarda que se cumplan. En su papel de leal representante del pueblo, el Legislativo será el factor que equilibre las decisiones del Ejecutivo, pues debe dar el visto bueno a sus iniciativas y estipular si son benéficas para el ciudadano y para el engrandecimiento del Estado. Entre más autonomía exista entre los poderes, mayor será la posibilidad de deliberar hacia dónde se dirige el Estado y se razonará si el camino que sigue es el adecuado.

Dentro de la historia de nuestro país, sólo en el periodo de la República Restaurada se apreció una auténtica división de poderes. La generación de Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias fue la que mejor comprendió las teorías del Estado moderno postuladas por los autores de la Ilustración. Esta etapa finalizó con el arribo al poder del general Porfirio Díaz, quien gracias a un astuto dominio político, impuso una hegemonía del Poder Ejecutivo nunca antes vista en México.

Para los últimos años del porfiriato, el Estado perdió esa esencia de la que hablaba Hobbes. Con la llegada de los científicos al gabinete de Porfirio Díaz, México vivió un periodo de bonanza económica que no fue disfrutada por todos los integrantes de la sociedad. Los obreros no contaban con un marco laboral que defendiera sus derechos, las jordanas de trabajo eran largas y exiguo el salario. Los campesinos vivían como eternos deudores de los dueños de las haciendas, a causa de los compromisos que contraían con las tiendas de raya. Este adeudo era hereditario, por lo que el labriego sabía que sus hijos correrían su mismo destino.

El gobierno porfirista no sólo olvidó su compromiso de velar por los ciudadanos, sino que comenzó a eliminarlos. Las trágicas consecuencias de las huelgas de Cananea y Río Blanco, así como la matanza que el ejército federal llevó a cabo en una pequeña comunidad indígena de Tomochic, Chihuahua, generaron un sentimiento de animadversión contra el viejo militar de Oaxaca.

Por si fuera poco, llevaba más de treinta años en el poder y en esas tres décadas nulificó la participación de los otros poderes federales: el Legislativo y el Judicial, cuya colaboración en los designios de Porfirio Díaz contrastaba con los grandes debates entre legisladores y juristas de la época del gobierno de Juárez. El Estado mexicano necesitaba urgentemente una reestructuración. Su salud era precaria y la enfermedad no tardó en manifestarse a través de la Revolución, encabezada por Francisco I. Madero, en noviembre de 1910.

El sueño de Madero era el sufragio efectivo, durante su gobierno nunca se dieron las grandes reformas sociales esperadas por el pueblo, lo que generó que se popularizara la idea de que el único objetivo de su movimiento armado fue conseguir el poder. Para Madero la democracia era ejercer el derecho al voto y, de

acuerdo con esa lógica, un Estado democrático únicamente es aquel donde se realizan elecciones limpias. Nunca consideró que en ese tipo de Estado debe existir, ante todo, el compromiso de los gobernantes por mejorar la vida de la sociedad.

Para reencauzar el rumbo de un Estado, es necesario refundarlo, ¿de qué manera? Modificando el marco jurídico y aplicando rígidamente la ley, pues un mandatario que no sea legal y legítimo carecerá de autoridad y jamás será respetado en la difícil misión de rescatar al Estado y colocarlo de nuevo en el camino que nunca debe perder.

En el papel, el Estado mexicano fue reestructurado con la promulgación de la Constitución de 1917. En ella se recuperaron elementos importantes de la Carta Magna de 1857, como es el caso de la división de poderes, y se le incorporaron varios artículos que ayudarían a los gobiernos posrevolucionarios a cumplir con el programa prometido durante el movimiento armado: el reparto de tierras, un marco laboral accesible y justo, así como educar a las clases bajas de la sociedad. Lo escrito en la ley máxima sonaba bien, pero se requería de instituciones que elevaran el nivel de vida de los ciudadanos, lo cual empezaron los gobiernos de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas.

Para Max Weber, todo Estado es un sistema de dominación. Es cierto, las personas que llegan a los altos puestos de la administración pública son parte de una élite que se va rotando en el poder y tiene bajo su yugo a la sociedad. Esa posición de privilegio, siempre será ambicionada por otros actores políticos que desean estar al frente del Estado. De esta forma, la autoridad que otorgan las leyes al gobernante se convierte en la manzana de la discordia.

Si la búsqueda por el liderazgo no se realiza de manera institucionalizada, se regresa al Estado de naturaleza, donde la irracionalidad impera y no importa si hay que matar al prójimo con tal de conseguir lo que se quiere. Tal era la situación en México a la llegada de los sonorenses al poder, la cual prevaleció hasta la fundación del Partido Nacional Revolucionario, como se verá más adelante.

Cabe destacar que el contrato social establece, como se ve reflejado en el artículo 39 de nuestra Constitución, que los ciudadanos pueden cambiar la forma de gobierno si consideran que ésta no cumple con sus obligaciones de ver por ellos. En otras palabras, todo soberano puede ser eliminado si no vela por sus gobernados, como fue el caso de Porfirio Díaz.

Es la confianza y la esperanza de las masas, que pueden alcanzar un grado de incondicionalidad, lo que convierte a un hombre en soberano. La multitud lo encumbra, también puede hacerlo caer. El individuo que desee gobernar realmente, debe saber que obtendrá un sistema de dominación y será el dueño del poder que legalmente le proporciona el Estado.

1.2 El poder

Lord Acton pasó a la historia por ser el autor de una frase que inmortalizó lo que los hombres al frente del Estado sufren si permiten que sus pasiones se impongan sobre su raciocinio: "el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente".³ Pero... ¿qué es el poder político? ¿Cómo se obtiene? Y sobre todo, ¿qué se debe hacer para conservarlo?

Tradicionalmente, "el Estado es definido como el portador de la *summa potestas* (poder supremo)"⁴, ya que para cumplir su cometido el mandatario requiere de toda la fuerza y autoridad necesarias para mantener el orden y la tranquilidad. En este caso, el soberano cuenta con el poder para tomar decisiones que considere adecuadas para el beneficio de la sociedad. También puede ostentar el uso legítimo de la fuerza, que se manifiesta en los aparatos represivos, que en el caso de nuestra Carta Magna hacen del Jefe del Ejecutivo el Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, lo que lo convierte en líder del ejército, aún cuando no tenga experiencia en el campo militar.

En una lógica roussoniana, el poder de los gobernantes es legalizado por la Constitución, la cual surge por un contrato social entre gobernantes y gobernados. Por eso, Maurice Joly razona: "los poderosos imploran a su alrededor un brazo enérgico, un poder fuerte, al que sólo una cosa piden: que proteja al Estado de las agitaciones, cuyos desbordes su frágil constitución no podrá resistir; y que a ellos mismos proporcione la seguridad indispensable para realizar sus negocios y gozar sus placeres".⁵

La función del Estado es cuidar la vida de los hombres que lo integran, pero también velar por sus bienes. Los ciudadanos ceden ante un hombre que los proteja y le proporcionan la confianza y el poder para defenderlos. Si los defrauda, pueden protestar, desobedecer e incluso privarlo de las facultades conferidas. En esta misma línea, el poder cuenta con un respaldo jurídico, pues la ley faculta al soberano con mayores atribuciones que un ciudadano común. A su vez, nadie sostiene sólo con el ejército o por la fuerza. Bobbio reflexiona al respecto:

"La relación entre el poder y la fuerza supone un problema de mera efectividad (en el sentido de que un poder basado solamente en la fuerza no puede durar) o también un problema de legitimidad (en el sentido de que un poder basado únicamente en la fuerza de hecho puede ser efectivo, pero no puede ser considerado legítimo)".⁶

Un gobernante no debe mantenerse sólo por la fuerza, es necesario que sea reconocido por los otros integrantes del contrato social: los ciudadanos; de esta forma obtiene legitimidad. Si cumple con los requisitos para ser Primer Magistrado y no se presentan anomalías de gravedad en la elección donde es reconocido

³ Krauze, Enrique, *Terra Polílica*, Tusquets Editores México, México, 2000, página 246.

⁴ Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, séptima reimpresión, 1999, página 102.

⁵ Joly, Maurice, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, Colofón, S. A., México, décima edición, 2001, página 37.

⁶ Bobbio, Norberto, *op. cit.*, página 117.

como vencedor, entonces adquirirá legalidad. Con esto, se convierte en Jefe del Estado y conquista el poder político con el que lo faculta el marco legal.

Así, "la definición del poder político como el poder que está en la posibilidad de recurrir en última instancia a la fuerza (y es capaz de hacerlo porque detenta su monopolio) es una definición que se refiere al medio del que se sirve quien detenta el poder para obtener el efecto deseado."⁷ Es decir, el poder político es único, puesto que con él se define el destino del Estado, el cual es un sistema de dominación, y quien lo encabeza está obligado a respetar y defender vidas y propiedades. Esto lo vuelve atractivo por la idea de que se le emplee como *cosa propia*. Esta práctica se ve claramente en México.

Para llegar al poder en el Estado moderno, es imperante el apoyo de las masas, las que respaldarán al hombre que, por medio del discurso y de las acciones, resuelva todos sus problemas y satisfaga sus necesidades.

Una persona no se sitúa sola en los altos escaños del poder político, requiere de un equipo que lo sustente; asume con él un compromiso y, en el momento de ascender al más alto cargo al que aspira un ciudadano, repartirá posesiones y privilegios entre aquellos que lo acompañaron en la lucha por realizar ese anhelo. ¿Qué ganan tales individuos al respaldar a ese aspirante a soberano? Una parte de poder; es a ellos a quienes tomará en cuenta para estructurar su gabinete y los apoyará para que obtengan cargos como el de legisladores o gobernadores. Al ocupar esos puestos ostentan en sus manos parte del poder político.

Esta práctica fue observada por Montesquieu, quien sostiene: "El poder inmenso del príncipe se trasmite por entero a los hombres a quienes lo confía. Gentes capaces de estimarse mucho podrían intentar revoluciones. Importa, pues, que el temor les quite el ánimo y apague todo sentimiento de ambición."⁸ El padre de la ciencia política, Maquiavelo, resaltó la importancia de que el soberano conociera el alma y los más ocultos afanes de sus colaboradores; a su vez, distinguió la figura fuerte del gobernante para imponer el respeto que debe caracterizar a todo príncipe; ser temido y amado sugería el florentino a Lorenzo de Médicis.

En el siglo XIX mexicano, las ambiciones estuvieron a flor de piel y hubo un gran número de asonadas para alcanzar el poder político. Esta costumbre fue erradicada por Porfirio Díaz, pero a un alto costo: sacrificar los derechos de los ciudadanos nulificando la función básica del Estado: conseguir el bienestar de la sociedad. Francisco I. Madero demuestra, tras el fraude electoral de 1910, que la única forma de desplazar al octogenario Presidente era con una rebelión, la cual inició en noviembre de ese mismo año.

⁷ *Ibid.*, página 117.

⁸ Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, Editorial Porrúa, México, 1995, página 20.

Pero Madero no sólo cimentó su poder en el ejército revolucionario, también buscó legalizar y legitimar su gobierno por medio de elecciones. Sin embargo, Madero no se percató de lo que desató al iniciar la rebelión contra Díaz. En aquel 1910 no visualizó todos los sucesos que acaecerían en México durante los siguientes años, ya que desencadenó la inestabilidad; despertó al tigre, al *México bronco* que Díaz mantuvo alestargado por 34 largos años. Mostró a hombres codiciosos, que no coincidían con sus buenas intenciones de sufragio efectivo, que podían ascender al poder político por medio de una asonada.

Al analizar las seis rebeliones armadas más importantes que se desarrollaron en el régimen maderista, se observa que ninguno de los sectores políticos se encontraba satisfecho. De ellas, tres fueron encabezadas por antiguos aliados de Madero (Emiliano Zapata, Emilio Vázquez Gómez y Pascual Orozco); el resto eran de tinte porfirista (Bernardo Reyes, Félix Díaz y, por último, la alianza que estos dos realizaron con Victoriano Huerta, que es la que derriba al coahuilense). Los intentos de Madero por ser el máximo dirigente de ambos grupos no fructificaron.

Contra la idea de Maquiavelo, Madero no era temido, mucho menos amado, pues la sociedad, al apreciar que su otrora encarnación de la esperanza no resolvía los conflictos sociales, no repartía la tierra y mucho menos acababa con el porfirismo, se decepcionó. Emiliano Zapata, el caudillo más representativo de esta furia popular, echó esto en cara al Presidente en su Plan de Ayala e inclusive le reprochó que ignoraba las promesas hechas en el Plan de San Luis. Madero vivió en carne propia una de las máximas de Juan Jacobo Rousseau: "Habrá siempre una gran diferencia entre someter una multitud y regir una sociedad."⁹

La caída de Madero, en febrero de 1913, fue como el desplome de las hojas de los árboles en la mitad del otoño: todos la esperaban, pero sabían que al llegar, el panorama cambiaría radicalmente. Con la muerte de Madero, perece también el político poco apto para el puesto de Juan Jacobo Rousseau: "Habrá siempre una gran diferencia entre someter una multitud y regir una sociedad."⁹

Para Victoriano Huerta, las cosas fueron más difíciles. Tras su golpe de Estado, buscó legalizar su arribo a la Primera Magistratura con la renuncia de Madero y conseguir que el Presidente interino, Pedro Lascuráin, lo nombrase Secretario de Gobernación y renunciara a los 45 minutos, dejando a Huerta como el único miembro del gabinete y, por ende, se convirtió *de facto* en el Jefe del Estado, aunque a todas luces su gobierno era ilegal e ilegítimo. El único sustento de Huerta era el ejército, pues sufrió el rechazo de varios sectores sociales por la forma en que llegó al poder. Desde entonces, con desprecio, se le conoce como el usurpador o, peor aún, como *el chacal*.

⁹ Rousseau, Juan Jacobo, *El contrato social o principios de derecho político*, Editorial Porrúa, México, 2000, página 8.

¹⁰ Paz, Octavio, *Libertad bajo palabra. Obra poética (1935-1957)*, Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión en España, Fondo de Cultura Económica, España, 1990, página 251.

Venustiano Carranza no sólo cuidó que su revuelta en contra del huertismo se ajustara al marco jurídico de la época, sino que enarbó la legalidad como bandera. Así nació el movimiento constitucionalista y, aprovechando el hecho de ser uno de los pocos maderistas que fueron elegidos gobernadores por la vía electoral, argumentó que su movimiento era legal, contrario a lo que Huerta representaba debido a su golpe de Estado.

Con medidas como la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 o el pacto obrero que dio origen a los *Batallones Rojos*, Carranza buscó legitimar su rebelión y mostrarle a la sociedad que de todas las facciones revolucionarias la suya era la que más se preocupaba por su permanencia, cohesión y mejoría. En un ejemplo de prodigalidad, Carranza hacía promesas, el pueblo, por su parte, daba soldados para defender los postulados del Varón de Cuatro Ciénegas.

Esta prodigalidad continuó. Los revolucionarios, en su lucha por conseguir que la disputa por el poder político fuese pacífica, hicieron que las masas se convencieran de que el régimen emanado de esta gesta armada era la mejor opción para que no confiaran más que ellos. Pero a todo esto... ¿Qué es una revolución? ¿Por qué se generan estos movimientos sociales?

1.3 La Revolución

Cuando Francisco I. Madero inició su movimiento armado, Venustiano Carranza era ya un actor muy experimentado en la política. Al ver que el llamado *Apóstol de la Democracia* no cumplía con las demandas de la sociedad, le advirtió de la importancia de que el pueblo sintiera que realmente se preocupaba por él; de lo contrario, surgiría un nuevo aventurero que lo estimulara a volver a las armas. Carranza sentenció el gobierno de su paisano con la siguiente frase: "Las grandes reformas sociales que exige nuestra patria sólo se llevarán a cabo por medio de victorias decisivas (...) Lo repito: **revolución que transa, se suicida.**"¹¹

Carranza se refería a que si los mexicanos apoyaron a la Revolución fue porque pensaron que con ella mejorarían. Estos movimientos armados inician cuando aparece un hombre, un caudillo que promete a las clases bajas de la sociedad una vida mejor. En todos los Estados, siempre habrá personas poco afortunadas, que no tengan una posesión, debido a que ningún gobierno es capaz de sacar de la miseria a todos los desposeídos que habiten su territorio; entre menor sea el número de pobres, significará que el soberano se esmera por llevar a buen puerto el barco llamado Nación.

Cuando un mandatario no cumple con el contrato social y vela sólo por unos cuantos en lugar de hacerlo por todos los que componen el Estado, desvirtuará su cometido. Si la sociedad se percata de este hecho, quedará latente el peligro de que el gran caldo de cultivo donde se gestan las revoluciones dé sus peores

¹¹ Krauze, Enrique. *Venustiano Carranza, puente entre siglos*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 1987, página 18.

frutos: rompimiento del orden legal, caos, anarquía, sangre, muerte y violencia. Al respecto Patricio Marcos dice...

"La revolución encarna la enfermedad y no la salud. Si la patología individual revela la corrupción de las partes del cuerpo, la patología política expresa la corrupción de las partes de la sociedad cuando la prudencia se vuelve intemperancia, la magnificencia avaricia y la libertad libertinaje. Por eso se ha afirmado como tesis general que los cambios revolucionarios, en todas las épocas y las circunstancias, son más dañinos que benéficos (...) Para igualar a las personas, la vía revolucionaria prefiere rebajar al pobre antes que elevar al libre, corromper al libre y no curar al rico, en fin, degradar al rico primero que educar al pobre a llevar una vida digna."¹²

Si un gobierno no satisface las necesidades de la sociedad, significa que no funciona de manera óptima; se encuentra enfermo y hay que adecuarlo al contexto que viva la Nación para devolverle su esencia: velar por la sociedad. Esta depuración nunca será llevada a cabo por los hombres al frente del gobierno, pues como explica Marcos, ellos han viciado al Estado, lo han pervertido. Cuando las pasiones se imponen al lado virtuoso de los gobernantes, éstos ya no deliberan, se han convertido en algo muy cercano a las bestias, que se fían más de sus instintos que de su razonamiento.

En este proceso se requiere de una renovación. Nuevas personas con una visión diferente deben estar al mando del Estado; pero como los gobernantes disfrutaban al máximo de las prebendas que otorga el poder, es muy difícil que cedan sus cargos por la vía pacífica o electoral; deben ser derrocados por un levantamiento armado. Thomas Hobbes asegura que los opositores siempre afirmarán que el gobernante ha desvirtuado al Estado y cimentarán su movimiento en la teoría del tiranicidio; es decir, darle muerte al mal soberano para que el pueblo recupere su condición de hombres libres y trabajen con la finalidad de elevar su nivel de vida. En el caso de Porfirio Díaz, esta muerte fue simbólica, puesto que se le exilió en Europa a las pocas semanas del triunfo de los maderistas.

El Estado proporciona una división de la propiedad, en privada y pública; esto permite que, en ocasiones, la mayoría de las posesiones se concentren en pocas manos, creando un Estado donde la riqueza es poseída por unos cuantos y un gran porcentaje de sus habitantes no cuenta con recursos suficientes para llevar una vida digna. En esta situación, cualquier Estado será un campo propicio para una revolución ya que a los hombres no les importará morir si con el triunfo del movimiento en el que creen, elevan el status de sus descendientes.

Para disuadir a los individuos de que se unan a una revolución, debe surgir un hombre con ideas y un discurso convincente, que los motive a derrocar al tirano. Aristóteles refiere "...los hombres se sublevan y mudan las formas de gobierno cuando se les excluye de los honores o son objeto de injusticias o insolencia y por

¹² Marcos, Patricio, *Lecciones de política*, Nueva Imagen, México, 1990, página 108.

más que no dilapiden su fortuna al serles permitido hacer lo que les agrade; de lo cual, ha dicho Sócrates, es causa la demasiada libertad."¹³

En la caída de Díaz se conjugaron ambas situaciones de las que hablaba el sabio griego. El octogenario gobernante no permitió la llegada al poder de nuevos elementos, como es el caso de Venustiano Carranza, quien al ver que el porfirismo no consintió que fuera gobernador de Coahuila, su estado natal, apoyó la candidatura de Bernardo Reyes y cuando éste desapareció del escenario político, se unió al maderismo con el propósito de obtener los honores de los que habla Aristóteles. Por otra parte, la sociedad también se vio agraviada por Díaz con las violentas represiones que sufrieron los movimientos obreros de Cananea y Río Blanco, así como por la matanza indígena en el pequeño pueblo de Tomochic; esto, aunado al nulo respeto del sufragio en las elecciones de 1910, generaron el sentimiento unánime de que era el momento de poner fin al porfiriato.

La historia nos muestra que los líderes de las revoluciones florecen de la clase media-alta. Por lo regular, este tipo de individuos cuentan con una instrucción mayor a la del ciudadano promedio de un Estado en decadencia. Así, crea un discurso que seduce a los sectores sociales que son poco favorecidos. Este hombre se convierte en un caudillo, en un defensor de las desprotegidos, quienes, al percatarse de que sus ideas los favorecen, se muestran dispuestos a seguirlo de manera incondicional. Aristóteles subrayó:

"Con todo ello, la democracia es más segura y menos expuesta a la revolución que la oligarquía, porque en las oligarquías hay el doble peligro de la revolución de los oligarcas entre sí y de parte del pueblo, al paso que en las democracias no hay sino la revolución popular contra la oligarquía y no tiene mayor importancia, como para hablar de ella, la disensión que pueda suscitarse en el seno del pueblo entre uno y otro de los sectores. Y asimismo es de observarse que el gobierno de la clase media está más cerca del pueblo que de los privilegios; y es así la más segura de estas formas de gobierno."¹⁴

Este razonamiento es la pauta de que mientras el soberano vele por el pueblo y éste sea convencido de que nadie más que su príncipe le proporciona una vida mejor, el Estado se hallará seguro.

En el caso de los oligarcas la situación se complica, puesto que muchas veces lo único que inspira a estos hombres es llegar al poder y para ello utilizan a las masas. Patricio Marcos lo reconoció, al establecer que las gestas armadas causan mayor mal que el que reparan, pues generan ambiciones entre los individuos que siempre han querido apoderarse del Estado. Porfirio Díaz visualizó este hecho y por eso, al partir rumbo a Europa en el barco alemán llamado *Ipiranga*, sentenció: **"Madero ha soltado a un tigre, veremos si puede domarlo"**. Esa fiera era la irracionalidad que albergaban algunos individuos, que siguieron el ejemplo de Madero y buscaron derrocar a los gobiernos revolucionarios por la vía armada.

¹³ Aristóteles, *Ética nicomaquea. Política*, Editorial Porrúa, México, 1998, página 266.

¹⁴ *Ibid*, página 243.

La caída del *Apóstol de la Democracia* no se considera una revolución, sino por un golpe de Estado, puesto que la cúpula del ejército lo traicionó y lo derrocó. El movimiento de Venustiano Carranza contra Victoriano Huerta sí tiene el rango de revolución, ya que postuló y abanderó algunas reformas sociales, como el reparto agrario o los derechos laborales. El error de Carranza fue no cumplir sus promesas; cuando finalmente logró ser Presidente buscó reconstruir el sistema de dominación porfirista.

Pero la semilla ya estaba sembrada, el discurso en pro de la sociedad y de las reformas sociales influyó en las clases bajas y cuando Carranza dio marcha atrás a la reforma agraria y decretó la pena de muerte a quien generara una huelga, labró para sí una imagen de hombre que no velaba por la sociedad, lo cual ayudó a crear el contexto que provocaría su caída en 1920. Este deterioro fue observado por Álvaro Obregón quien, con la finalidad de ganarse a las masas, aseguró en el manifiesto donde se postuló a la Presidencia de la República que...

"Un temor bien fundado de que los intereses acumulados por líderes sin escrúpulos durante la Revolución constituyen una barrera infranqueable para la implantación de los principios avanzados proclamados durante el conflicto armado (...) La figura histórica del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista está en peligro, si su obra... queda estéril y viene a ofrecer solamente, como su amargo fruto, el doloroso resultado de nuestras anteriores revoluciones: **no dejar al país liberarse de sus libertadores.**"¹⁵

Carranza olvidó sus propias palabras: **"revolución que transa, es revolución que se suicida"** y es que después de escuchar promesas de mejoría es muy difícil que la sociedad se conforme con un régimen que no vea por su bienestar, habiendo derramado su sangre por él. Si la revolución no cumple con sus promesas, el pueblo le reclamará esa negligencia a su debido tiempo. Pero, ¿Cómo puede una revolución llevar a cabo las reformas? Para ello, necesita de un hombre que conozca las responsabilidades del Estado y sepa encauzarlas con un desarrollo óptimo. Y esa es misión para el estadista.

1.4 El Estadista.

Al frente del Estado siempre habrá individuos que son catalogados de acuerdo con sus actitudes y sus decisiones al momento de gobernar. De esta forma, a un soberano se le llama buen gobernante, hombre virtuoso, tirano, demócrata, oligarca, dictador o con el concepto que nos interesa analizar en este momento: estadista.

Al respecto, Hobbes establece: "antes de instituirse el poder soberano (...) todos los hombres tienen derecho a todas las cosas, lo cual es necesariamente causa de guerra y, por consiguiente, siendo esta propiedad necesaria para la paz y dependiente del poder soberano es el acto de este poder para asegurar la paz

¹⁵ Cumberland, Charles, *La Revolución Mexicana, los años constitucionalistas*, Siglo XXI Editores, México, séptima edición en español, 1997, página 363.

pública."¹⁶ El hombre al que se le considera estadista, es aquel que funda una institución tan importante como es el Estado.

Ahora bien, el mismo mérito recibe aquel que crea un Estado como el que lo reencauza si ha perdido el rumbo, ya que "un Estado puede cambiar de dos maneras; por reforma de la Constitución y porque la misma se corrompa. Cuando cambia la Constitución, conservando sus principios, es reforma, es corrección; cuando pierde sus principios, es que degenera, es corrupción."¹⁷ ¿Cómo diferenciar lo uno de lo otro? Veamos el caso mexicano.

La Carta Magna de 1857 consolidó el Estado moderno en territorio mexicano; todos los elementos que eran una aportación importante para el afianzamiento de la Nación mexicana fueron rescatados por el Congreso Constituyente de 1917, que agregó artículos como el 27 y el 123, en respuesta a las necesidades sociales que la Revolución Mexicana prometió resolver. En este caso, el Estado mexicano no perdió su esencia liberal y puede considerarse que la integración de preceptos como el dominio de los recursos naturales y los derechos laborales repararon una omisión de los hombres de la Reforma.

Un cambio en la ley que puede catalogarse como funesto es el que acabó con parte de la esencia anticlerical de la Constitución, durante el régimen de Carlos Salinas de Gortari, puesto que tal ajuste se llevó a cabo como parte de las negociaciones que ese mandatario realizó con el Partido Acción Nacional para que respaldara otras decisiones de su gobierno. De esta forma, "A menudo se ve que los espíritus inquietos, gobernando, han creído necesidades del Estado las que eran necesidades de sus almas pequeñas."¹⁸

¿Quién es un gobernante capaz de diferenciar entre sus propias pasiones y las necesidades del Estado? Esto sólo lo realiza un estadista. Aristóteles asegura:

"...en cuanto a sí debe tenerse por la misma o por diferente la virtud según la cual es uno hombre bueno y buen ciudadano (...) la coincidencia no se da en cualquier ciudadano, sino sólo en el estadista y en quien tiene o puede tener, por sí solo o con otros, la dirección de los negocios públicos."¹⁹

El estadista debe ser un individuo virtuoso, que conozca sus pasiones y las domine, que sea un tirano con sus instintos, no con los ciudadanos. El estadista, para mantener o depurar al Estado, debe ser su soberano, lo cual no quiere decir que todos los gobernantes sean estadistas. En el caso mexicano, existen ejemplos célebres de hombres que corrompieron al Estado. Luis Echeverría, José López Portillo, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari son ejemplos claros de ello, con sus proyectos sólo consiguieron que más del 40 % de la población mexicana se encuentre en la pobreza extrema.

¹⁶Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 146.

¹⁷ Montesquieu, *op. cit.*, página 114.

¹⁸ *Ibid*, página 140.

¹⁹ Aristóteles, *op. cit.*, página 203.

Existe una figura que se confunde con la del estadista, es la del dictador clásico. En la antigua Grecia, cuando la República se encontraba en peligro de desaparecer porque las instituciones no cumplían de manera óptima su misión, uno de los dos cónsules nombraba un dictador. Complementamos este concepto con la siguiente precisión:

"El fin para el que se nombraba un dictador estaba claramente delimitado, y el dictador debía atenerse a él. Habitualmente se trataba de una guerra (...) o de la solución de una crisis interna (...) Los poderes del dictador eran amplísimos: ejercía el pleno mando militar; los cónsules le estaban subordinados; sus actos no eran sometibles al *intercessio* de los tribunales: (...) sus decretos tenían valor de ley; contra sus sentencias penales el ciudadano no podía apelar. (...) sus poderes no eran limitados: el dictador no podía abolir o cambiar la constitución, declarar la guerra, imponer nuevos impuestos fiscales a los ciudadanos romanos, y no tenía competencia en la jurisdicción civil. (...) No podía durar más de seis meses, o duraba aun menos toda vez que, antes de expirar los seis meses, decayera el cargo del magistrado que había nombrado al dictador, o bien, este último hubiera terminado la obra para la que había sido nombrado."²⁰

De los protagonistas de la Revolución Mexicana... ¿quiénes fueron estadistas? Madero no entra en esta categoría, pues nunca hizo nada por corregir los errores y excesos del porfiriato, además se conformaba con el sufragio efectivo. Carranza tuvo un acierto al recuperar los aspectos más importantes de la Constitución de 1857, la cual fue mejorada por las aportaciones de los diputados constituyentes de 1917, este acto lo aproxima un estadista, pero las medidas en contra de obreros y campesinos que realizó durante su régimen son las que impiden que se le considere en dicho rango.

Para Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles era muy importante demostrar que la Revolución hecha gobierno resolvería los problemas sociales. Durante sus periodos presidenciales se crearon importantes organismos que aún hoy son de gran utilidad para el país, como es el caso de la Secretaría de Educación Pública, el Banco de México y la Comisión Nacional de Conciliación y Arbitraje.

Ambos sonorenses fueron estadistas, al igual que el mejor pupilo de Calles, el general Lázaro Cárdenas, quien al percatarse del deterioro que la Jefatura Máxima causaba al Estado mexicano, supo reencauzarlo para resolver las necesidades de la sociedad. Pero un estadista no sólo funda el Estado, sino también un sinnúmero de instituciones que éste requiere para su adecuado funcionamiento.

1.5 Las instituciones

Requerimos de sus servicios a diario, son tan comunes que ni siquiera racionalizamos sobre lo importante que es su existencia. Todos hemos asistido a una institución educativa, como la Universidad Nacional Autónoma de México; a una oficina donde tramitamos documentos importantes, como las Delegaciones

²⁰ Bobbio, Norberto y Malteucci, Nicola, *Diccionario de Política*, Siglo XXI Editores, México, 1984, segunda edición en español, página 553.

Políticas; hay algunas cuya función es regular los procesos de elección de representantes, como el Instituto Federal Electoral. Como ciudadanos, inclusive, debemos conocer el marco legal que nos proporcionan las leyes; no escapan a esta lista las que influyen en los primeros años de vida de todo individuo y que determinan la forma en que se desenvolverá en las siguientes etapas de su vida, como la Iglesia y la familia.

Todas ellas son organismos que regulan las relaciones entre los seres humanos; son fundadas para ayudar a que el funcionamiento del Estado sea óptimo y junto con él son parte del conjunto de organismos a los que llamamos instituciones.

Una definición de este concepto, nos la proporciona Max Weber, quien asegura que por institución "debe entenderse una asociación cuyas ordenaciones estatuidas han sido 'otorgadas' y rigen de hecho (relativamente) con respecto a toda acción que con determinadas características dadas tenga lugar en el ámbito de su poder."²¹ El Estado es una institución, pero para cumplir con sus funciones, delega sus responsabilidades en organismos secundarios que se encargan, por ejemplo, de brindar educación al pueblo, así como atención médica o facilidades para llevar a cabo trámites. Las leyes también son instituciones, que regulan la interacción entre los integrantes de la sociedad, pero a su vez, facultan a otros organismos como la Procuraduría General de la República la ejecución de las consignas pertinentes.

Hermann Heller dice que existen instituciones cuyo alcance es de proporciones nacionales y otras que se restringen a actuar dentro de cierto margen territorial. En el caso mexicano, el mejor ejemplo es la Constitución General de la República, ya que todos los Estados de la Federación se rigen por sus preceptos, aunque cada uno de ellos tenga su propio marco legal, el cual se convierte en una institución local, pues las leyes de una entidad, que sirven para cimentar los actos de un gobernador, no son acatadas ni tienen influencia en el mandatario local de un estado distinto, aunque ambos pertenezcan a la República Mexicana.

El gobierno es la parte ejecutora del Estado, pero a su vez...

"Ya no indica solamente el conjunto de las personas que detentan el poder de g. (gobierno) sino el conjunto de los órganos a los que institucionalmente les está confinado el ejercicio del poder. En este sentido, el g. constituye un aspecto del Estado. En efecto, entre las instituciones estatales que llevan a cabo la organización política de la sociedad y que, en su conjunto, constituyen lo que de ordinario se define como régimen político, las que tienen la tarea de manifestar la orientación política del Estado son los órganos de g."²²

De esta manera, el soberano tiene la obligación de velar porque todas las instituciones funcionen adecuadamente y le ayuden en su tarea de cuidar el bienestar de la sociedad. En su labor, el gobernante confía responsabilidades en sus hombres de confianza y aunque ningún individuo es capaz de abarcar todos

²¹ Weber, Max, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, cuarta reimpresión, 1979, página 148.

²² Bobbio, Norberto, *Diccionario de Política*, página 743.

los asuntos del Estado, tampoco descuida un solo aspecto, ya que si se desvirtúa la esencia de esta institución, él será el único responsable.

Ahora bien, de acuerdo con la manera en que desempeñen las funciones para las que se crearon, se determina si las instituciones funcionan o no. Cuando en conjunto las instituciones dejan de cumplir su papel dentro del Estado, se dice que éste ha enfermado. ¿Cuál es la razón por la que las instituciones abandonan su responsabilidad para con el Estado? Todas son dirigidas por hombres y cuando a una de ellas llega una persona cuyas pasiones son superiores a su razonamiento, no cumplirá el propósito para el que fue creado ese organismo, pues "la maldad de los hombres es insaciable".²³

Otra forma en que las instituciones se alejan de su función original, es cuando los hombres que las crearon ceden su lugar a los elementos más jóvenes, quienes caen en la errática idea de que dichos organismos deben servir para otra cosa. Un claro ejemplo de esto fue la labor que llevaron a cabo los tecnócratas en el período que va de 1982 a 2000, pues con su Proyecto de Nación, al que catalogaron como modernizador, cambiaron por completo la esencia del Estado mexicano.

Cuando Alexis de Tocqueville visitó los Estados Unidos de América en el siglo XIX, lo maravilló la forma en que los habitantes de ese país respetaban sus instituciones. La razón es sencilla: los mandatarios y todo el aparato de gobierno funcionan muy bien, aunque cambie el partido político que esté en el poder; el Proyecto de Nación siempre está enfocado a beneficiar a la sociedad. En casos como éste, el Estado cumple de manera óptima sus funciones. Ciertamente en Estados Unidos también hay pobres, pero se debe entender que éstos nunca serán erradicados, aunque funcionen a la perfección los órganos estatales.

Dentro de la fase institucional de la Revolución Mexicana, se crearon varios organismos que ayudaron a los mandatarios a cumplir con su tarea de convertir en realidad las promesas hechas durante la gesta armada. De esta forma, de 1920 a 1931 surgieron el Banco de México, la Secretaría de Educación Pública y la Ley Calles sobre el petróleo; se realizó una reforma fiscal que, con leves modificaciones, permaneció hasta el año 2001, el Banco Nacional de Crédito Agrícola, los Bancos Ejidales, la Comisión Nacional de Caminos, la Ley de Irrigación, las Escuelas Cruz Gálvez, la Casa del Estudiante Indígena, el Código Postal, así como un nuevo Código Civil que legalizaba el divorcio y la Ley Federal del Trabajo. Éstas son sólo algunas de la larga lista de instituciones establecidas por los mandatarios sonorenses.

La labor de los políticos revolucionarios abarcó todos los tópicos. Darle educación al pueblo, estimular no sólo el reparto agrario sino la productividad en el campo, buscar que el Estado recuperara uno de sus principales recursos naturales como lo es el petróleo, apoyo al sector laboral y ayuda a los indígenas fueron las premisas básicas de los gobiernos dirigidos por los hombres de Sonora. A su vez,

²³ Aristóteles, *op. cit.*, página 184.

estimularon el comercio, ya no sólo con el ferrocarril, como en los años del porfiriato, sino con carreteras. También se cuidó de regular la interacción de los individuos como un nuevo Código Penal.

Muchas de esas instituciones aún perduran hasta la fecha, como una muestra de la solidez que los sonorenses proporcionaron al Estado mexicano posrevolucionario.

Juan Jacobo Rousseau sostiene: "En el nacimiento de las sociedades (...) los jefes de las repúblicas fundan la institución, después, la institución funda a aquellos".²⁴ En México, durante muchas décadas, perduró una institución que apareció en el periodo de estudio del presente ensayo: el Partido Revolucionario Institucional, lo que nos da pauta para analizar otro de los conceptos fundamentales en este trabajo: los partidos políticos.

1.6 Los partidos políticos

Antes de la fundación del PNR, los partidos mexicanos se caracterizaban por ser poco organizados; sólo existía un comité nacional, no había sedes regionales y cuando se acercaba una elección presidencial, el candidato recorría el país y en cada ciudad importante que visitaba, recibía la adhesión del grupo político local. Esta fórmula se repitió durante las campañas de Francisco I. Madero, Álvaro Obregón²⁵ y Plutarco Elías Calles.

Maurice Duverger concluyó que en sus orígenes, los partidos políticos cuentan con dos "células madres", la primera son los comités estatales que difunden los estatutos del partido por todo el país; después, la segunda célula se forma cuando los integrantes del mismo partido integran un solo bloque en las Cámaras Legislativas, desde donde defienden los postulados de su organización y participan dentro del Estado para favorecer a su Proyecto de Nación.

Así, encontramos que los partidos políticos son instituciones conformadas por individuos que coinciden en su ideología. Los une una motivación de otorgar al Estado un rumbo de acuerdo con sus principios; si consiguen ser los dirigentes del gobierno, el partido se convierte en la estructura que los ayudará a ejecutar su proyecto. A juicio de Alexis de Tocqueville:

"Lo que yo llamo los grandes partidos políticos son aquellos que se encuentran ligados a los principios más que a sus consecuencias; a las generalidades y no a los casos particulares; a las ideas y no a los hombres. Esos partidos tienen, en general, rasgos más nobles, pasiones más generosas, convicciones más reales y una actuación más franca y atrevida que los otros. (...) Los pequeños partidos, al contrario, en general no tienen fe política. Como no se sienten elevados y sostenidos por grandes ideales, su carácter está impregnado de un egoísmo que se manifiesta ostensiblemente en cada uno de sus actos. Se exaltan e irritan sin motivo. (...)"²⁶

²⁴ Rousseau, Juan Jacobo, *op. cit.*, página 22.

²⁵ Cabe destacar que durante sus dos campañas presidenciales y en su periodo de gobierno Obregón se apoyó en pequeños partidos como el Nacional Cooperativista, de Jorge Prieto Laurens; el Nacional Agrarista, de Antonio Díaz Soto y

La clasificación que realiza este gran pensador francés, aunque sencilla, es trascendental, ya que observamos que existen partidos políticos, los pequeños, que se dejan llevar por las pasiones de los individuos, se crean con la finalidad de encumbrar a los hombres al poder y cuando se encuentran al frente del Estado, lo utilizan para su beneficio, no para servir a la sociedad.

En cambio, los partidos grandes tienen un Proyecto de Nación definido, cuyo objetivo es encauzar al gobierno hacia fines sociales; esto no quiere decir que los líderes de este tipo de partidos estén exentos de la corrupción, no son dioses inmunes a los vicios del ser humano común. Empero, saben que antes de las ambiciones personales se antepone el Proyecto de Nación y que aplicándolo de manera eficaz verán colmados todos sus anhelos.

Antonio Gramsci, dirigente del Partido Comunista Italiano, reflexionó que los partidos políticos se dividen por clases sociales. Así, hay partidos enfocados a dirigir a los obreros, a los campesinos y a representar los intereses de las élites. En el caso de la Revolución Mexicana, esta aseveración encaja perfectamente, ya que observamos al Partido Laborista, de Luis N. Morones; el Partido Agrarista, de Antonio Díaz Soto y Gama y el Partido Católico, que causó grandes problemas al presidente Madero, pues se opuso a todas sus acciones de gobierno e incluso postuló como su candidato a la presidencia a Francisco León de la Barra, colocándolo en contra del *Apóstol de la Democracia*.

Tras analizar *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, Gramsci concluyó que no bastaba el poder de un solo hombre para gobernar al Estado, sino que esta función fue delegada a un nuevo príncipe, que es el partido político. "*El moderno príncipe* debe tener una parte destinada al jacobinismo (...) en cuanto ejemplificación de cómo se formó y operó en concreto una voluntad colectiva que al menos en algunos aspectos fue creación *ex novo*, original (...) la voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un efectivo y real drama histórico."²⁷

Con los partidos políticos, las facciones que se disputaban el poder se organizaron y consiguieron un saldo favorable en las elecciones, pero es prioritario contar con las masas; de lo contrario, se está destinado a desaparecer.

Para obtener un determinado nivel de identificación con la sociedad, se requiere de una buena organización entre todos los elementos del partido. Robert Michels aseguró que si la estructura del partido funciona con eficiencia, se incrementará su tendencia a la oligarquía, puesto que los cabecillas de dicho organismo pertenecen a las élites políticas y es muy difícil que permitan el

Gama; y el Laborista, de Luis N. Morones. Sin embargo, ninguno de ellos tuvo un predominio sobre todos los actores de la vida política nacional.

²⁶ Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, décima reimpresión, México, 2000, página 193.

²⁷ Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Juan Pablos Editor, S. A., tercera edición, 1998, página 29.

ascenso de nuevos dirigentes. Además, verán a las masas como una parte importante de su proyecto, pero nunca le cederán el liderazgo, ya que éste será centralizado en las manos de los jefes del partido. Pero las masas acceden a delegar esa voluntad a cambio tener a con alguien que las guíe:

"En la masa, y aun en la masa organizada de los partidos laborales, existe una necesidad inmensa de dirección y guía. Esta necesidad se acompaña por un genuino culto de los líderes, considerados héroes. La despersonalización, esa roca contra la que han zozobrado tantas reformas importantes en todos los tiempos, tiende a aumentar ahora en lugar de disminuir, lo que se explica por la división del trabajo que hace cada vez más imposible abarcar en una sola mirada la totalidad de la organización política del Estado y su mecanismo, cada vez más complicado. A esta despersonalización se agregan, especialmente en los partidos populares, diferencias profundas de cultura y educación entre los miembros, las que infunden más tendencia dinámica permanentemente creciente a esa necesidad de liderazgo que experimentan las masas."²⁶

La sociedad necesita creer que existe ese *mesías* que mejorará su nivel de vida. Los partidos políticos encauzan por caminos institucionales a los líderes, a fin de que estos alcancen el poder.

En los primeros años de la Revolución Mexicana, si seguimos la consideración de Alexis de Tocqueville, existían partidos pequeños, que nacieron a la sombra de las grandes figuras de este movimiento. El Partido Nacional Antirreleccionista apareció por iniciativa de Francisco I. Madero. Ese partido siempre le dio más importancia a los hombres que a los principios, se caracterizó más por un afán personalista que un cimiento en las masas. Lo mismo puede decirse de otros como el Partido Socialista del Sureste, de Felipe Carrillo Puerto; el Partido Socialista Fronterizo, de Emilio Portes Gil; el Partido Nacional Revolucionario del Centro, de Saturnino Cedillo, el PNR de Durango; el Gran Partido Revolucionario de Jalisco, de Margarito Ramírez; el Partido Laborista de Morones y el Partido Agrarista de Soto y Gama.

Como México se encontrara infestado de pequeños partidos, ninguno reconocía una autoridad única. En ocasiones, los grupos congregados en partidos políticos respaldaban los cuartelazos dirigidos por los jefes militares que anhelaban la silla presidencial. El ejemplo más fehaciente de este hecho, fue el Partido Nacional Cooperativista, cuyo dirigente, Jorge Prieto Laurens, fue impulsado por el presidente Álvaro Obregón para que alcanzara puestos públicos sumamente importantes, como el de diputado federal por San Luis Potosí, y con el respaldo del invicto caudillo fue uno de los políticos más poderosos de la Cámara Baja.

Al llegar la sucesión presidencial de 1924, Obregón favoreció la candidatura de su paisano, Plutarco Elías Calles, mientras que Prieto Laurens dimitió a la *línea* marcada por el Primer Magistrado y apoyó a otro sonoreense: Adolfo de la Huerta. En el momento en que éste se levantó en armas en contra del gobierno

²⁶ Michels, Robert, *Los partidos políticos*, tomo uno, Amorrourtu Editores, Buenos Aires, Argentina, quinta reimpresión, 1996, página 98.

constituido, en diciembre de 1923, tuvo todo el respaldo del Partido Nacional Cooperativista, que contaba con una notoria presencia en la Cámara de Diputados.

Cuando las tropas federales acabaron con los rebeldes delahuertistas, la carrera política de Prieto Laurens llegó a su fin, mismo destino cayó sobre el partido que dirigía. Desde entonces, los revolucionarios se pecataron que era necesario fundar un organismo que congregara a todos los grupos y que acabara con la costumbre de buscar derrocar el gobierno por medio de la una rebelión.

Ese proyecto se concretó en marzo de 1929, con la fundación del Partido Nacional Revolucionario. En él, todos los políticos satisficieron sus anhelos y algunos llegaron al más alto puesto al que puede aspirarse: la Presidencia de la República. A quienes querían alcanzar los mismos privilegios con otros métodos, les aguardaba el difícil camino de ser disidentes del régimen. Movimientos emergidos de las filas del partido oficial, como el almanismo, el padillismo y el henriquismo, fueron exterminados desde sus raíces, sin oportunidad de consolidarse como una oposición duradera. De ahí la importancia de la Corriente Democrática que se separó del PRI en 1987, pues sobrevivió a las agresiones recibidas y sus integrantes fortalecieron un partido político: el PRD. Duverger dice lo siguiente:

"La asimilación común entre partido único y partido totalitario, partido único y Bund, es desmentida por los hechos: hay partidos únicos no-totalitarios; hay partidos totalitarios en un régimen pluralista. Decir que éstos han copiado la estructura de los partidos únicos porque desean precisamente imitarlos y suprimir a sus rivales y que constituyen, en consecuencia, partidos únicos, virtualmente no está de acuerdo con la verdad (...) el carácter totalitario de un partido lo lleva a suprimir el pluralismo si puede: pero la tendencia a la unidad es una consecuencia de la naturaleza totalitaria, más que una causa. Un partido tiende a convertirse en único porque su estructura es totalitaria; no toma una estructura totalitaria porque quiere llegar a la unidad: tal parece ser, al menos, el sentido originario de la evolución. No hay verdadera diferencia entre la organización interior de los partidos pluralistas y la del partido único: una es derivada de la otra, de la que a menudo permanece bastante cercana."²⁹

El Partido Revolucionario Institucional tuvo tendencias totalitarias, como lo reflejan los fraudes electorales que impidieron el triunfo de candidatos como José Vasconcelos (1929), Juan Andrew Almazán (1940) o Cuauhtémoc Cárdenas (1988), aunque en la fachada, presentó al régimen como una democracia. De ahí que el Partido Acción Nacional, fundado en 1939, supiera que su lucha por la Presidencia sería muy larga. Sólo al cabo de 60 años colmó sus ambiciones.

Pese a todo, el PNR encauzó la lucha por el poder de la llamada *familia revolucionaria* por una senda institucional. Su fundación se dio, a juicio de Plutarco Elías Calles, como parte de un proceso que buscó "orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de país de un solo hombre a la de

²⁹ Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México, primera edición, 1957, página 305.

nación de instituciones y de leyes."³⁰ Esto se debe a que, por años, el caudillismo impidió a México seguir ese camino.

1.7 El caudillo

Desde los inicios del México independiente, los caudillos han sido determinantes en el destino del país. Hordas campesinas siguieron al cura Hidalgo; los soldados de Morelos daban el corazón por su líder; Iturbide se convirtió en el primer gran dirigente de las tendencias conservadoras; incluso, en el extremo la megalomanía, Antonio López de Santa Ana fue incluido, de manera velada, en las estrofas del Himno Nacional:

"Del guerrero inmortal de Zempoala
te defiende la espada terrible,
y sostiene su brazo invencible
tu sagrado pendón tricolor.

Él será del feliz mexicano
En la paz y en la guerra el caudillo
Porque él supo sus armas de brillo
Circundar en los campos de honor"³¹

¿Qué es un caudillo y de qué forma se explica la influencia que posee sobre las masas? En la lógica weberina, un caudillo es un hombre carismático, alguien que ejerce una influencia casi mágica sobre las multitudes y consigue que lo apoyen en sus proyectos, que sigan cada uno de sus pasos, cuyo propósito es consolidar sus ambiciones. El caudillo apela a un discurso que promete brindar a la sociedad un sinnúmero de privilegios cuando su causa triunfe.

Weber, al igual que Aristóteles, reconoce que en los movimientos revolucionarios surgen este tipo de individuos, quienes canalizan la inconformidad de los sectores sociales poco privilegiados y se convierten en los líderes de la gesta armada. Así "luego de la desconfianza y el resentimiento contra la dirección monocrática, si bien menos por parte de los dominados —que la mayoría de las veces anhelan un 'caudillo'— que por parte de los miembros del cuadro administrativo."³² Estos héroes carismáticos pueden tomar a su servicio a las masas, sin contar con un marco legal y basándose sólo en su personalidad y deseos.

Serge Moscovici llegó a la conclusión de que existen dos tipos de caudillismo:

³⁰ Macías Richard, Carlos, *op. cit.*, páginas 163-164.

³¹ Krauze, Enrique, *Siglo de caudillos, biografía política de México (1810-1910)*, Tusquets Editores México, México, 1997, página 187.

³² Weber, Max, *op. cit.*, páginas 222-223.

"Los caudillos mosalcos tienden a dominar la fuerza radiante del hombre grande. Frenan la tentación de los demás de querer imitarlos, de ver la realidad por los ojos de ellos. Esperan así evitar que la creencia se convierta en superstición, el carisma en amuleto y su persona en un pseudo-dios, objeto de adoración. Los caudillos totémicos, por el contrario, hacen cuanto pueden por fomentar el culto de su personalidad. Tratan siempre de crear en torno suyo y de la idea en que se apoyan una leyenda ilustrada, cargada de metáforas. Las toman, y esto es más fácil, de las costumbres y los modos de pensamiento tradicionales. Lo que les permite preservar, bajo el aderezo de lo nuevo, el contenido antiguo y familiar, el 'becerro de oro' de la imaginación a la que la multitud sucumbe muy rápidamente."³³

Todo caudillo hace alarde de sus triunfos para que éstos se difundan y se genere en ellos un aura de seres invencibles, lo cual provoca en las masas un sentimiento de simpatía que las motiva a seguir a estos hombres. Pero cuando son derrotados, los caudillos se quedan solos, sus legiones de seguidores pierden la fe en esos entes carismáticos, como le sucedió a Francisco Villa tras la caída de la División del Norte en Celaya.

Las multitudes buscan una figura con la cual identificarse, alguien que piense como ellos, que defienda sus intereses. Cuando aparece uno de esos hombres, es visto como un líder en quien se puede confiar y delegar responsabilidades, pues la sociedad sabe que no le fallará. A su vez, si el caudillo no cumple con los objetivos que se comprometió a llevar a cabo, el pueblo le retirará su respaldo.

El caudillo tiene un halo de misticismo que enamora a las masas. No sólo es el discurso, es su trayectoria de ente siempre acompañado por el triunfo. No sólo es su presencia, es el mito que se ha generado a su alrededor. No basta que sea humano, es necesario creer que posee facultades y atribuciones más allá de las de todo individuo. Es una especie de superhombre, alguien que lo puede todo y las masas se le entregan, se identifican con la figura que admiran y buscan ser como él en todos los aspectos.

La Revolución Mexicana no se encuentra exenta de caudillos, ya que estos hombres siempre surgen en los movimientos armados para dirigir a las multitudes que están cansadas de la explotación ejercida por los malos gobernantes. En líneas anteriores se habló de Francisco I. Madero, cuyo discurso en pro del sufragio efectivo generó que los mexicanos lo siguieran e hizo que pasara a la historia como el *Apóstol de la Democracia*. Pero en esta gesta, existen otros hombres ilustres cuya acción merece ser analizada, como ejemplo vivo de lo que el caudillismo genera en las multitudes.

Emiliano Zapata, a pesar de ser campesino, distaba mucho de ser pobre; era el líder del pueblo de Anenecuilco y era el responsable de salvaguardar los documentos que acreditaban a sus habitantes como legítimos propietarios de sus tierras. A diferencia de Madero, no era un hombre ilustrado. Vasconcelos dejó esta

³³ Moscovici, Serge, *op. cit.*, página 428-429.

semblanza del morelense, a quien conoció en persona durante la Convención de Aguascalientes:

"Zapata (...) con ingenuidad enternecedora, enarbola el estandarte de la Virgen de Guadalupe, lo que desconcertaba a los complotistas de la República azteca con vuelta a los dioses nativos. Y según cumple el ídolo tribal, Zapata se presentaba en público vestido de charro, águila bordada de oro en la espalda, bolonadura de plata riquísima y sombreros que se exhibían previamente en los escaparates lujosos de la ciudad, valuados en miles de pesos."³⁴

Zapata, al igual que Francisco Villa, tenía tras de sí legiones de soldados que creían en su sueño. El suyo carecía de un afán electoral, como el de Madero; su promesa era el reparto agrario. Él no sólo trabajó la tierra, luchó por poseerla, por repartirla entre aquellos hombres que, vestidos de manta, muchas veces con los estómagos vacíos, lo acompañaban por las praderas de Morelos. No bajaba del pedestal que significa ser político para relacionarse con los sectores populares, él era parte del pueblo, gozaba de un gran prestigio.

A pesar de su férrea personalidad y de su carisma entre los campesinos, el *Caudillo del Sur* nunca luchó más allá de las fronteras de su estado natal, al cual convirtió casi en una isla. Se preocupó por su terruño, pero nunca se preguntó qué había más allá de las montañas y los valles de Morelos. Este ensimismamiento parece ser el motivo por el que no acudió a ayudar a Villa durante la batalla de Celaya, pese a que ambos defendían los principios emanados de la Convención de Aguascalientes.

Tras el desastre militar en el Bajío y la desaparición del gobierno de la Convención de Aguascalientes, Zapata permaneció en su Morelos, perseguido por las tropas constitucionalistas. Ya había combatido a los gobiernos de Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza; cada uno de ellos tuvo su visión del Estado mexicano y de la Revolución; ninguna de ellas pareció satisfacer al guerrero de Anenecuilco, cuyo localismo resumía en una sola frase: "Revoluciones van, revoluciones vendrán; yo seguiré haciendo la mía."³⁵

Lo que Zapata nunca pensó es que "una revolución, política o social, nunca es local ni mira a restablecer el pasado; una revolución es nacional, y por lo mismo se plantea como primer objetivo la toma del poder político."³⁶ Pero el rechazo de Zapata al poder se manifestó claramente cuando, al lado de Villa, pisó el majestuoso Palacio Nacional de la ciudad de México y el Centauro del Norte se sentó en la silla presidencial; el Atila del Sur consideró que se debía quemar ese símbolo de poderío para evitar que continuara la guerra.

Su resistencia en Morelos concluyó el 10 de abril de 1919, cuando, traicionado por el oficial federal Jesús Guajardo, cayó en una emboscada en la Hacienda de

³⁴ Vasconcelos, José, *Memorias I. Ulises criollo. La tormenta*, Fondo de Cultura Económica, México, página 627.

³⁵ Krauze, Enrique, *Emiliano Zapata. El amor a la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, quinta reimpresión, 1997, página 93.

³⁶ Córdova Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 21ª, reimpresión, 1997, página 148.

Chinameca. Quienes vieron su cadáver, aseguraron que no era él, sino un hombre muy parecido al caudillo. Sus seguidores no creían que su líder estuviera muerto, cuando parecía inmortal. Paradójicamente, Zapata no murió, su nombre está presente en varios movimientos de lucha contra la opresión, no sólo en México, sino en el ámbito internacional.

Entre Francisco Villa y Zapata se perciben enormes diferencias, como la que señala V. Alba: "Para Zapata, del Sur, donde abundaban las comunidades agrarias despojadas, lo fundamental era devolverles la tierra; para Villa, del Norte, donde abundaban los latifundios, lo básico era dividir las haciendas."³⁷ El problema era el mismo, en la forma de erradicarlo era en lo que diferían.

Otra de las diferencias es que a Villa sí le interesó el apoyo de Estados Unidos en su guerra contra Carranza, cosa que lo motivó a enviar a unos representantes de su movimiento al vecino país del Norte, algo que Zapata nunca hizo. Si no le atraía trasladarse a Celaya, mucho menos contactar a las autoridades estadounidenses.

En ambos caudillos, el Proyecto de Nación resultó limitado. En la versión original del Plan de Ayala, solamente apareció la preocupación por los problemas agrícolas, sin tomar en cuenta al naciente (y cada vez más poderoso) movimiento obrero. Villa, como asegura Katz, sí se relacionó con este sector desde sus primeros años como revolucionario³⁸, pero los dos fallaron por no tener la visión de estadistas y no imponer sus objetivos sociales en el ámbito nacional. Ni siquiera gustaban de apoyar a una autoridad que no fuese la suya, como lo muestra el que ninguno de los dos respetó al Presidente designado por la Convención de Aguascalientes: Eulalio Gutiérrez.

Su limitada percepción no sólo se reflejaba en los problemas sociales, sino también en las tácticas militares. Pese a que Villa consiguió grandes victorias para la causa constitucionalista, éstas no se dieron porque fuera un estratega excelente, sino por el arrojo e irracionalidad con que combatía en los campos de batalla. El ser un guerrero victorioso trajo para él un alto grado de popularidad, porque la masa siempre quiere estar con el triunfador.

En sus combates, se convertía en un auténtico guerrillero que no tenía un plan a seguir, carecía de los conocimientos esenciales sobre el lugar donde se desarrollaría el combate, cosa que, sentencia Maquiavelo, es un gran error de todo líder militar o gobernante.

Villa no extendía su dominio a otros territorios que no fueran los que ya tenía bajo su mando. Es por eso que en el momento decisivo, cuando enfrentó cara a cara en las praderas de Celaya a su más grande rival, Álvaro Obregón, perdió el combate por no estar cerca de su base de operaciones, donde se encontraba gran

³⁷ *Ibid*, página 144.

³⁸ Katz, Friedrich, *La guerra social en México*, Ediciones Era, México, primera reimpresión en un solo tomo, 1999, página 59.

parte de sus municiones y pertrechos de guerra. Todo parece indicar que Obregón sabía que mientras más alejara a Villa del Norte, mayores serían las probabilidades de vencer, pese a su carencia de hombres y de armas. Además, Obregón, a diferencia de Villa, se dio el tiempo suficiente para inspeccionar el sitio donde encerraría a su oponente.

El Centauro del Norte estaba consciente de que con la derrota vendría el declive de su popularidad. A través de su diario, *Vida Nueva*, se difundió la falsa noticia de que no había sido derrotado en Celaya, pero la realidad fue más fuerte que su carisma. Sin el éxito que lo caracterizaba en otros tiempos, careció de argumentos para reunir a su División del Norte; perdió, a su vez, la oportunidad de convertirse en el gran vencedor de la Revolución.

Cuando Carranza cayó, en 1920, el presidente interino, Adolfo de la Huerta, quien lo conocía desde los años en que ambos militaban en el maderismo, le ofreció la amnistía. La labor de De la Huerta fue la de dialogar con todos los grupos armados para apaciguarlos y entregar a Álvaro Obregón un país pacificado. A cambio de que dijera adiós a las armas, Villa recibió la hacienda de Canutillo y otras prebendas del gobierno. Su muerte, en 1923, tiene todos los tintes de haber sido ordenada desde los altos mandos del poder político.

El más grandes caudillo militar de la Revolución Mexicana fue Álvaro Obregón. A través de sus *Ocho mil kilómetros en campaña* nadie lo derrotó. Nació el mito de hombre invencible, de gran arraigo entre los elementos militares. Por ser él quien negoció la participación de los obreros en el movimiento constitucionalista fue investido con cierta fama de líder siempre atento del bienestar de las masas. La importancia de Obregón y su eliminación, así como la del caudillismo, se verá más adelante, pues forman parte importante del proceso que consolidó el poder presidencial en México.

1.8 El presidencialismo

De acuerdo a la Constitución de 1917, el Estado mexicano se encuentra dividido en tres poderes federales: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. El primero se redacta las leyes, el segundo las lleva a cabo y el tercero vela que el marco legal sea respetado. El día que los tres poderes se concentren en una sola persona, reflexionó Montesquieu, tendremos una dictadura.

En México, es común hablar de la inmensidad del poder presidencial, como algo mítico, omnipotente, omnisciente y omnipresente, ya que desde la Carta Magna, el Primer Magistrado inviste grandes facultades: es Jefe de Estado y de Gobierno, puede vetar las iniciativas del Legislativo y su voto cuenta al momento de designar a los ministros del Poder Judicial. Asimismo, se le faculta para decretar la desaparición de poderes en cualquier Estado de la Federación y, además, es el Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas. Con todo esto, se afirma que México, desde su marco legal, cuenta con un sistema político presidencial.

Cuando el Poder Ejecutivo no tiene límites para sus acciones, se convierte en un objetivo que varios individuos quieren alcanzar. Es un sistema donde la sociedad elige al Presidente por la vía electoral, Alexis de Tocqueville reflexiona:

"Los partidos (...) sienten la necesidad de agruparse en torno de un hombre, a fin de llegar a conquistar la voluntad de las multitudes. Se sirven, pues, en general, del nombre del candidato a la presidencia como de un símbolo y personifican en él sus teorías. Así, los partidos tienen un gran interés en decidir la elección en su favor no tanto para hacer triunfar sus doctrinas con ayuda del presidente electo, sino para demostrar, por medio de su elección, que esas doctrinas han adquirido la mayoría."³⁹

Los grupos políticos anhelan tener en sus manos el poder presidencial, debido a que cuenta con facultades constitucionales y metaconstituciones, estas últimas son las que se encuentran fuera de la ley pero que el sistema político mexicano reconoce como características del Presidente. Para Jorge Carpizo, éstas son las características de un sistema presidencial:

- a) El Poder Ejecutivo es unitario. Está depositado en un Presidente que es, al mismo tiempo, jefe de estado y jefe de gobierno.
- b) El Presidente es electo por el pueblo y no por el poder legislativo, lo que le da independencia frente a éste.
- c) El Presidente nombra y remueve libremente a los Secretarios de Estado.
- d) Ni el Presidente ni los Secretarios de Estado son políticamente responsables ante el Congreso.
- e) Ni el Presidente ni los Secretarios de Estado pueden ser miembros del Congreso.
- f) El Presidente puede estar afiliado a un partido político diferente al de la mayoría del Congreso.
- g) El Presidente no puede disolver al Congreso, pero el Congreso no puede darle un voto de censura.⁴⁰

Los dos últimos puntos nunca representaron un problema relevante para los Presidentes de la República emanados del PRI. Su partido tuvo, de 1929 a 1997, la mayoría en el Poder Legislativo, esto facilitaba la aceptación de todas las iniciativas de ley que el Primer Magistrado enviaba al Congreso. A su vez, Carpizo divide en tres los sistemas de corte presidencial:

- a) Presidencialismo puro, aquellos que tienen las características que hemos señalado como distintivas del sistema. Aquí coloco a México.
- b) Presidencialismo atenuado, donde el poder se ejerce conjuntamente por el Presidente y sus ministros, quienes están organizados como gabinete, y
- c) Aquellos donde se ha tratado de disminuir la influencia del Ejecutivo, ya sea incorporándole elementos parlamentarios o admitiéndose el Ejecutivo colegiado.⁴¹

³⁹ Tocqueville, Alexis de, *op. cit.*, página 193.

⁴⁰ Carpizo, Jorge, *op. cit.*, página 14.

Además de lo señalado por Carpizo, existen otros aspectos que proporcionan al poder presidencial cierto misticismo y lo dotan de las facultades para satisfacer los requerimientos de la sociedad. Uno de ellos es la capacidad de expropiar los recursos naturales, gracias al Artículo 27 constitucional. Basado en este marco legal, se llevó a cabo el reparto agrario, que fue muy importante para Lázaro Cárdenas al momento de consolidar el régimen presidencial en México. También se debe mencionar el artículo 123, donde se señalan los derechos laborales y el que sea el gobierno, a través de la Comisión Nacional de Conciliación y Arbitraje, quien juzga si una huelga es legítima o no, le da cierta autoridad sobre los obreros y los empresarios.

Dentro de las facultades metaconstitucionales, que también son conocidas como reglas no escritas del sistema político mexicano, está la jefatura del Partido Revolucionario Institucional, por medio de ella influye en la designación a candidatos a gobernadores y legisladores. Un ejemplo fehaciente de este hecho lo da Emilio Portes Gil, quien en sus memorias reconoce que el presidente Cárdenas le asignó la dirigencia nacional del PNR y entre las tareas que se le encomendaron fue impedir que Plutarco Elías Calles Jr. fuese reconocido como el triunfador en las elecciones para gobernador de Nuevo León.

El poder presidencial antes de la Revolución también fue inmenso. Uno de los hombres más cercanos a Porfirio Díaz, Emilio Rabasa, reconoció en su libro *La Constitución y la Dictadura* que el marco legal sustentado en la Constitución de 1857 no era adecuado para México; decía que con él no se podía gobernar y que para mantener la paz, el orden y el progreso, era necesario que el Primer Magistrado rebasara los límites impuestos en las leyes y cimentara una regia autoridad sobre las ambiciones de los jefes regionales. Con este argumento se justificaban los excesos en los que Porfirio Díaz cayó durante su larga permanencia en el poder.

Lo cierto es que Díaz controló las ambiciones de los caciques locales y de varios militares, dotándolos de pequeños cotos de poder a cambio de que le permitieran gobernar. Esta regla no escrita del porfiriato fue rota en el momento que Francisco I. Madero se levantó en armas y derrocó al octogenario Presidente, pues muchos se percataban que por medio de una rebelión podían colmar sus ambiciones.

Así, durante toda la fase armada de la Revolución (1910-1920) se sublevaron lo mismo porfiristas, como Bernardo Reyes y Félix Díaz, que distinguidos revolucionarios como Emilio Vázquez Gómez y Emiliano Zapata. Dichos movimientos continuaron: Venustiano Carranza se levantó en armas contra Victoriano Huerta; a su vez, el primero cayó vencido por una rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta y, veladamente, por Álvaro Obregón. Era la guerra de todos contra todos, una especie de Estado de naturaleza, donde el principal objetivo era conseguir el poder presidencial.

⁴¹ *Ibid*, página 17.

Pero Presidentes, caudillos y políticos tienen algo que enamora a las masas, un elemento que hace que éstas se vuelvan sus incondicionales y los respalden en todos sus actos. Ese poder de convencimiento se manifiesta a través de la palabra, con un discurso, en el cual se asegura que ellos son la mejor opción y la solución a todos sus problemas.

1.9 El discurso

Thomas Hobbes escribió que "...el uso general del lenguaje consiste en trasponer nuestros discursos mentales en verbales (...) con dos finalidades: una de ellas es el registro de las consecuencias de nuestros pensamientos, que siendo aptos para sustraerse de nuestra memoria cuando emprendemos una nueva labor, pueden ser recordados de nuevo por las palabras que se distinguen (...) Otro uso se advierte cuando varias personas utilizan las mismas palabras para significar (por su conexión y orden), una u otra, lo que conciben o piensan de cada materia; y también lo que desean, temen o promueve en ellos otra pasión."⁴²

De esta forma, los seres humanos nos comunicamos para dar a conocer lo que pensamos, intercambiar ideas y, en ocasiones, llegar a acuerdos importantes gracias a la deliberación. Dentro de la política, las palabras se convierten en un discurso que justifica las acciones de las élites, puesto que su función es la de expresar una reflexión. Quien usa la palabra busca persuadir a su audiencia de que tiene razón; se trata de convencer, seducir, envolver con sus planteamientos a un grupo de personas para que no le quede duda de que los argumentos expuestos son contundentes.

Carlyle, el historiador austriaco, reconocía que no hay un buen líder sin un dominio de la oratoria, puesto que los dirigentes de los partidos políticos, así como los del Estado, siempre provienen de una clase social superior a la que pertenecen las masas. Por simple acontecimiento, cuentan con mejor educación, tienen mayores conocimientos que el ciudadano promedio. Así, "es casi ilimitado el prestigio que adquiere el orador a los ojos de la multitud. Las dotes oratorias — belleza y fuerza de la voz, poder de adaptación y sentido del humor— son lo que la masa aprecia por encima de todas las cosas; **el contenido del discurso tiene importancia bastante secundaria.** Es probable que conquiste fama de camarada celoso y activo el declamador que como picado por una tarántula, va de aquí para allá hablando a la gente; en tanto que el que habla poco aunque trabaje mucho, y realice servicios valiosos para el partido, suele ser considerado con desdén, y sólo como un socialista incompleto."⁴³

El discurso ejerce una especie de sugestión sobre los individuos, quienes se maravillan ante un hombre que se expresa con tanta claridad. En el discurso político siempre hay promesas, con las que se quiere obtener el apoyo de la sociedad para la causa de los líderes; pero quien se compromete a mejorar el

⁴² Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 23.

⁴³ Michels, Robert, *op. cit.*, página 111-112.

nivel de vida del pueblo no debe quedarse con los brazos cruzados, pues corre el riesgo de que sus gobernados lo expulsen del poder. Maquiavelo visualizó esta situación y aseguró que mientras *el Príncipe* sea un guardián del pueblo y vea por sus necesidades, no tiene nada que temer, pues los ciudadanos siempre velarán por los gobernantes que procuren su bienestar.

En el caso de la Revolución Mexicana se observa una evolución del discurso. No bastaba un afán electoral como el de Madero, pues el ciudadano promedio se identifica con la frase de Louis Veuillot, "**cuando voté, mi igualdad cayó en la urna junto con la boleta; desaparecieron juntas.**"⁴⁴ Era necesario demostrarle a los mexicanos que los líderes de esta gesta armada realmente resolverían sus necesidades.

El grupo carrancista se ganó a las clases bajas de la sociedad mexicana por medio de dos grandes medidas: la Ley Agraria del 6 de enero de 1915, donde se exponía que la facción del Primer Jefe estaba de acuerdo con el reparto de tierras, con la finalidad de atraer a los campesinos y, por otra parte, el 29 de enero de ese mismo año, se hizo una adición al Plan de Guadalupe, con la que generó una imagen de defensor de los derechos obreros en torno al Varón de Cuatro Ciénegas.

Esta actitud prolaboral se reforzó con el pacto con la Casa del Obrero Mundial, que establecía un predominio de esa organización laboral en los territorios donde el constitucionalismo triunfara. De esta manera, Carranza ganó importantes aliados provenientes de la sociedad mexicana, aplicando un importante principio aristotélico, la prodigalidad, la cual indica que un gobernante da a su pueblo muchos privilegios con un solo propósito: que le ayude a concretar sus objetivos.

Sin lugar a dudas, esto repercutió en apoyo a las tropas carrancistas, como lo ejemplifican los *Batallones Rojos*, integrados por trabajadores de diversos oficios. Éstos fueron un gran respaldo para Álvaro Obregón, líder militar de las tropas constitucionalistas durante las batallas de Celaya, en las que se aniquiló al villismo. Por el lado del reparto agrario, se buscaba convencer al campesinado nacional de que la lucha de Zapata y Villa no tenía sentido, ya que Carranza se preocupaba por ellos y les dotaba de tierras con mayor orden que los otros caudillos.

Pero todo se complicó cuando Carranza, al ser elegido Presidente y sentirse máximo líder de la Revolución y amo absoluto del Estado, ignoró la importancia del reparto agrario y devolvió las tierras a los hacendados porfiristas. Uno de los casos más sonados, fue que José Ives Limantour, el hombre que desempeñó el puesto de Secretario de Hacienda durante los últimos años del mandato de Porfirio Díaz, recuperara gran parte de sus propiedades. Los campesinos se decepcionaron una vez más, como cuando gobernaba Francisco I. Madero.

⁴⁴ *Ibid.*, página 83-84.

Dice un refrán popular que "el prometer no empobrece", pero Carranza olvidó que el comprometerse a resolver los problemas de la sociedad y no hacerlo genera en ella un sentimiento de rencor hacia su líder. El pueblo recurrirá a sus propios recursos para satisfacer sus necesidades; pero lo hará sin orden, cayendo en la irracionalidad.

Carranza atentó también contra el ideal que enarboló Madero y que dio inicio a la Revolución: el sufragio efectivo. Con la finalidad de que militares como Álvaro Obregón y Pablo González no alcanzaran altos cargos públicos, el otrora Primer Jefe del constitucionalismo apoyó la candidatura de un hombre sin trascendencia política: Ignacio Bonillas.

Este afán imposicionista fue uno de los factores que ocasionaron la caída de Carranza; el otro, fue no respetar la soberanía del Estado natal de Obregón, Sonora, cuyo gobernador, Adolfo de la Huerta, era uno de los partidarios del vencedor del Centauro del Norte. Esta intromisión en los asuntos locales de Sonora propició la rebelión de Agua Prieta, la cual obligó a Carranza a abandonar la ciudad de México con miras a encontrar apoyo militar en el puerto de Veracruz, ya que como la mayoría de los elementos castrenses secundaban a Obregón y no hicieron nada por defender al Presidente. No reconocieron su condición de Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas que le otorgaba la Constitución.

Con sus casi setenta años a cuestas, Carranza nunca se imaginó que ese viaje no tendría retorno. Recorrió el camino que concluiría con su muerte bajo condiciones poco claras hasta la fecha. Su error fue querer restablecer el pasado porfirista en un México que anhelaba un futuro revolucionario, fue el Jefe del Estado, pero olvidó que, como afirma Hobbes⁴⁵, éste se adquiere por generación o por conquista y él no era heredero legal del porfiriato, pero tampoco pactó con los vencidos ni con todos los vencedores. Quiso construir un nuevo absolutismo, al fallar, lo pagó con su vida.

Calles y Obregón comprendieron lo importante que era tener a las masas de su lado, por lo que durante sus gobiernos, dieron prioridad a los campesinos y a los obreros con un discurso a favor de las clases bajas de la sociedad mexicana que era congruente con las acciones de gobierno. Cuando acaeció la muerte del invicto caudillo, el discurso tomó nuevos matices, se dijo que se sostendría a las instituciones, no a los hombres, pero sobre todo al Estado revolucionario.

⁴⁵Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 165.

CAPÍTULO II

EL COLAPSO DE LA DIARQUÍA SONORENSE

2.1 Importancia del caudillismo en la Revolución Mexicana

Para Serge Moscovici, uno de los más importantes analistas de la psicología de las masas, "lo que los hombres deben admirar y respetar, son las ideas superiores y no los individuos que las encarnan".¹ En el caso de la Revolución Mexicana, esta afirmación nos da pauta para analizar el papel que jugó el caudillismo en ese periodo.

En un esquema básico de comunicación, el ideal político de los líderes es trasladado a la masa por medio del discurso, el cual se vuelve atractivo para los receptores, quienes consideran que por fin hay una persona con influencia que comprende sus necesidades y que hará todo lo posible por satisfacerlas.

Es en el momento en que la multitud se identifica con ese jefe y le da su apoyo incondicional. Ese individuo poco a poco deja de ser de carne y hueso, adquiere un halo de misticismo, se convierte en un mito, en un símbolo de la lucha por la mejoría de las clases a las que dirige su discurso.² Ya no es cualquier hombre. Es el caudillo de una lucha.

Los grandes héroes de la Revolución Mexicana encajan en este esquema. Octavio Paz sostenía que

"La brutalidad y zafiedad de muchos de los caudillos revolucionarios no les ha impedido convertirse en mitos populares. Villa cabalga todavía en el norte, en canciones y corridos; Zapata muere en cada feria popular; Madero se asoma a los balcones agitando la bandera nacional; Carranza y Obregón viajan aún en aquellos trenes revolucionarios, en un ir y venir por todo el país, alborotando los gallineros femeninos y arrancando a los jóvenes de la casa paterna. Todos los siguen: ¿adónde? Nadie lo sabe. Es la revolución, la palabra mágica, la palabra que va a cambiarlo todo y que nos va a dar una alegría inmensa y una muerte rápida. Por la Revolución, el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer de su intimidad, de su entraña, su filiación."³

El líder más representativo de la primera fase de la Revolución era un joven hacendado de Coahuila: Francisco I. Madero. Fue el candidato de la oposición para confrontar a Porfirio Díaz en las elecciones presidenciales de 1910. La campaña proselitista contó con varias irregularidades, al grado que Madero fue encarcelado bajo el cargo de motivar al pueblo a la rebelión. Tras el fraude electoral, Madero huyó a Estados Unidos y redactó el Plan de San Luis, donde exhortaba al pueblo de México a unirse a la Revolución que comenzaría el 20 de noviembre de 1910 a las seis de la tarde.

¹ Moscovici, Serge, *op. cit.*, páginas 427-428.

² El propio Moscovici afirma sobre estos líderes: "se les considera *mesías largo tiempo esperados*, que han venido a conducir a su pueblo hacia la tierra prometida (...) superhombres dotados de omnipotencia y de omnisciencia, que *saben servir a los hombres dominándolos...*". *Ibid*, página 11.

³ Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, sexta edición, 1993, página 293.

Con esto, el coahuilense les mostró a los mexicanos un camino para llegar al poder: levantarse en armas. Si un hombre se presentaba ante la sociedad como el mesías largamente esperado, que resolvería todos sus problemas a cambio de apoyo, ésta le seguiría hasta el campo de batalla. Madero inauguró el caudillismo en la Revolución Mexicana. Muchos le seguirían.

Porfirio Díaz no visualizó que su generación ya había gobernado por muchos años y era necesario permitir el acceso de sangre nueva a los círculos del poder. De tomar esa postura no en 1910, sino muchos años atrás, se hubiera transformado en el pilar de la política de su tiempo, sin ostentar el cargo de Presidente. Su castigo fue el repudio de los mexicanos y un exilio en tierras europeas; ambos continúan hasta nuestros días.

Esta falta de visión, el no ceder una parte de poder, fue lo que motivó a Madero a realizar su revuelta contra el añejo dictador; el coahuilense a su vez, cometió el error de pensar que se convertiría en el líder tanto de revolucionarios como de porfiristas, pues con su proyecto político no quedaron satisfechos ni los unos ni los otros. Además, su propuesta de revolución se limitó a una democracia electoral, no a mejorar el nivel de vida de las masas. Por esto, Madero perdió la valiosa oportunidad de refundar el Estado.

Con Venustiano Carranza y la llamada Convención de Aguascalientes, un intento de los generales revolucionarios por librarse de la tutela del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, se observa la falta de consenso. Este enfrentamiento fue una batalla de todos contra todos, como se percibe al ver que tanto Francisco Villa, Emiliano Zapata y el Varón de Cuatro Ciénegas no acataron los dictámenes que se realizaron durante esta primera prueba para organizar a los grupos revolucionarios. No hubo acuerdos y, por ende, triunfó el desorden y la anarquía, los cuales se trasladaron a todo el territorio nacional.

Cada uno de ellos se sintió capaz de sobreponerse a los otros. Eran caudillos con el apoyo de las masas. Gracias a esta mentalidad, de 1910 a 1920, ninguna facción reconoció una misma autoridad.

Además de la falta de organización, la gesta revolucionaria tuvo un problema central, que es la carencia de un Proyecto de Nación. Si bien cada uno de los grupos tenía una idea de hacia dónde encauzar el Estado, no es sino hasta la expedición de la Carta Magna de 1917 que importantes aspectos como el reparto agrario, el derecho a la educación y la defensa de los trabajadores se plasmaron en un documento de dimensión nacional. Antes, todos esos derechos se veían limitados a los territorios que cada facción iba ganando y se aplicaban de acuerdo a los criterios de los jefes revolucionarios.

Pero el hecho de que este marco jurídico tuviera un alcance nacional, no quiere decir que se resolvieron todos los problemas de México, pues como en el caso de Carranza, algunos de los hombres que se encontraban en el poder no cumplieron

las promesas que durante la Revolución le hicieron a la sociedad. Asumían medidas poco populares y los mexicanos, cansados de promesas de sufragio efectivo, reparto agrario, educación y reforma laboral, ya no sabían a quién crearle.

Otro elemento de inestabilidad fueron los grupos armados. Infinidad de hombres con popularidad regional o nacional, seguidos por campesinos, obreros o ex soldados federales, buscaban acabar con los gobiernos constituidos en el periodo que va de 1910 a 1920. Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Lucio Blanco, Alvaro Obregón, Emiliano Zapata, Saturnino Cedillo, Félix Díaz, Manuel Peláez y muchos más, estaban en pie de guerra a lo largo del territorio, generando más problemas que soluciones y ninguno reconocía a una autoridad federal. Esto era grave, pues ya cualquiera podía prometerle todo al pueblo, ser seguido por multitudes, convertirse en caudillo y causar desórdenes por todo el país.

Debido al caudillismo, el ejército tampoco era digno de confianza, pues los hombres que lo integraban carecían de una preparación profesional sino, como el mismo Obregón lo reconoció una vez, eran civiles que se armaron de valor, se lanzaron a la lucha y consiguieron los grados por desempeño en campaña, pero sin instrucción en los ámbitos de la guerra. La tropa obedecía a los hombres que lucharon hombro a hombro con ella, no a los civiles que sólo daban órdenes. Esto explica la caída de Venustiano Carranza en 1920, así como la de Francisco I. Madero; éste al no tener adeptos ni entre la tropa ni en los altos mandos militares, cayó a causa de una traición del ejército.

Los diputados, senadores y gobernadores, al no obedecer a un solo jefe, como se estableció durante el porfiriato, comenzaron a discutir entre ellos e incluso se planearon intrigas desde el Poder Legislativo, como se muestra en los casos de Madero, Carranza y Victoriano Huerta, quienes tuvieron muchos problemas con los representantes del pueblo, no por debates ideológicos, sino por el poder.

Otro de los grandes inconvenientes fue el enfrentarse a los miembros de la burguesía mexicana y extranjera. Ninguna de las dos quiso perder sus privilegios y, por ejemplo, Carranza prefirió devolverles sus propiedades, convirtiendo su gobierno en el dominio de unos cuantos, los que vivían en la abundancia, a costa de la miseria de millones de mexicanos, que para estos momentos, ya no sabían quién realmente les cumpliría las promesas de la Revolución.

Falta considerar al país más importante del continente americano: Estados Unidos, cuyos mandatarios no dudaron un solo momento en ser un factor que inclinara la balanza hacia uno u otro lado. Encubrieron a Madero cuando realizó su revuelta contra Díaz; incitaron a Victoriano Huerta a dar su golpe de Estado, pero le dieron la espalda a este general al percatarse de su favoritismo con los alemanes, algo grave, si se toma en cuenta el contexto internacional generado por la Primera Guerra Mundial.

Con el paso del tiempo, cuando Obregón llegó a la Presidencia, dio prioridad a los problemas sociales, realizó el reparto agrario, no aplicó el decreto antiobrero de Carranza y respetó a las comunidades indígenas. También concilió a todos los políticos, como líder de la oposición a Carranza y se apoyó en elementos que pertenecieron a la Convención de Aguascalientes para cimentar su gobierno, como fue el caso de José Vasconcelos, filósofo que desempeñó el puesto de Secretario de Educación Pública de septiembre de 1921 a enero de 1924.

Asimismo, apaciguó a algunos de los grupos armados, pero no evitó la división de los elementos revolucionarios durante la sucesión presidencial de 1924, cuando su viejo amigo, Adolfo de la Huerta, se levantó en armas como protesta a la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles. Como se aprecia, pasarían todavía algunos años para que un Presidente impusiera a su sucesor.

Obregón se presentó como el máximo caudillo, como el gran vencedor de la fase armada de la Revolución. Sobre él se generó un aura de ser omnipotente, onnisapiente y omnipresente que dañó a las instituciones mexicanas en los años posteriores a su gobierno.

El nivel de inestabilidad que todos estos factores trajeron al país, así como el poco poderío del hombre que ostentaba la titularidad del Poder Ejecutivo, se estima en el número de Presidentes que tuvo México de 1910 a 1920. Este cargo fue ostentado por Porfirio Díaz, Francisco León de la Barra, Francisco I. Madero, Pedro Lascuráin, Victoriano Huerta, Francisco S. Carvajal, Venustiano Carranza, Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón. Si a esta lista agregamos a los tres mandatarios sostenidos por la Convención de Aguascalientes (Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro) nos da un total de 12 Presidentes en diez años.⁴

De 1910 a 1920 el caudillismo se convirtió en el mayor factor de inestabilidad para México, ya que tanto sectores sociales, oligarcas, Estados Unidos y grupos armados apoyaban a estos hombres de acuerdo a sus principios y conveniencia⁵; anteceden su figura a la de su Proyecto de Nación, por ser más atractiva. Pero el país no podía sostenerse con ese sistema, era preciso establecer un marco jurídico, institucional y pacífico para cimentar el Estado nacional.

Tras una década de guerra continua, lo que urgía en México era orden, pero tal parece que como sentenció Alexis de Tocqueville cien años antes⁶, éste sólo llegaría con un gobierno de tintes despóticos, pero no a la usanza de sacrificar los derechos de las masas, como lo planteaba este pensador, sino que integrara a

⁴ Cabe agregar que la inestabilidad política llevó a la muerte a algunos de estos personajes. En sus memorias, Adolfo de la Huerta señala que Will Rogers, un comediante estadounidense, afirmaba durante su espectáculo: "He visto algo sumamente raro: Un ex presidente de México... ¡VIVO!" Guzmán Esparza, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, Ediciones Guzmán, México, segunda edición, 1958, páginas 273. Con un escalofriante humor negro, Rogers manifestó en su chiste la situación por la que atravesaba México en aquellos días.

⁵ Para conocer más sobre este sistema de dominación, ver Weber, Max, *op. cit.*, páginas 193-203.

⁶ "Yo preveo que si no se logra con el tiempo fundar entre nosotros el imperio pacífico del mayor número llegaremos, tarde o temprano, al poder ilimitado de uno solo." Tocqueville, Alexis de, *op. cit.*, página 311.

todos los elementos de la política nacional en un solo objetivo, donde ellos no perdieran sus prerrogativas y el Presidente ejerciera sus facultades.

Álvaro Obregón lo intentó, pero la mayor contribución a la consolidación del poder presidencial fue su muerte, como veremos a continuación.

2.2 La Guerra Cristera

Seguramente Plutarco Elías Calles nunca leyó los textos de Tomas Hobbes; de hacerlo, hubiera conocido la advertencia que el célebre pensador hizo sobre la situación que se presentaría en caso de un conflicto entre la Iglesia y el Estado. Para el autor del *Leviatán* "si estos dos poderes se oponen uno a otro, forzosamente el Estado se hallará en gran peligro de guerra civil y desintegración".⁷ México estuvo muy cerca de ese destino.

La Guerra Cristera o Cristiada fue el conflicto más trágico que se haya registrado en el desarrollo de las pugnas entre la Iglesia católica y el poder civil en 180 años de vida independiente. No es más que la continuación de la vieja lucha por el poder en México, entre el grupo liberal y la élite conservadora.

De todas las facciones revolucionarias, la que más fricciones tuvo con el sector eclesiástico fue la sonoreense. Además de la conocida anécdota de que Obregón, al tomar la ciudad de México, puso a los sacerdotes a barrer las calles de la capital, el poco agrado que sentía por esa religión también se hizo presente en el manifiesto que imprimió al iniciar su lucha por la Presidencia de la República, ahí declaró que los tres grandes problemas de México eran el catolicismo, el capitalismo y el militarismo. Estaba convencido de que la Iglesia dañaba al Estado mexicano.

Otro ejemplo es cuando monseñor Ernesto E. Filippi, un sacerdote extranjero, pronunció un discurso en contra de los artículos anticlericales de la Constitución, mientras asistía a la colocación de la primera piedra del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, Guanajuato, el presidente Obregón no dudó en aplicarle el artículo 133 de la Carta Magna y expulsarlo. Este acto fue mal visto por los católicos mexicanos y puede considerarse como un antecedente directo de la Guerra Cristera.⁸

El hombre que era su más firme apoyo político, Plutarco Elías Calles, arremetió contra el sector religioso desde antes de ser el Primer Magistrado de la Nación. Durante su campaña por la Presidencia, en un mitin en San Luis de la Paz, Guanajuato, al ser rechazado por unas mujeres que gritaban "¡Viva Cristo Rey!", Calles, respondió con estas palabras:

⁷ Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 270.

⁸ El artículo 133 faculta al Jefe del Ejecutivo para expulsar a todo extranjero que se entrometa en la política mexicana. Para los detalles de este acontecimiento ver Zevada, Ricardo J., *Calles el presidente*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1971, páginas 56-58.

"¡Digan ustedes a quienes las dirigen desde el curato, que esos gritos inconscientes no harán vacilar nuestra fe revolucionaria! (...) los libraremos a ustedes de la reacción a pesar de ustedes mismos (...) Yo recomiendo a los que están gritando ¡Viva Cristo Rey! Digan a quienes les aconsejan desde el púlpito, que ya nos encontraremos en el campo de la lucha y los volveremos a derrotar como los hemos derrotado siempre."⁹

Antes de Norberto Rivera Carrera y Onésimo Cepeda, existió José Mora y del Río, Arzobispo de México en los años en que gobernó Calles, quien, con motivo de la promulgación de la Constitución de 1917, realizó fuertes declaraciones contra los artículos 3º, 5º y 130 de la Carta Magna, que fueron ratificadas por este integrante de la élite católica en 1925. La respuesta del gobierno fue categórica: era el momento de realizar la ley secundaria para que se llevaran a la práctica los dictámenes de ese importante articulado constitucional.

La legislación de Calles buscó reformar la relación del gobierno y la sociedad con el clero, lo que la convirtió en la acción más importante en este tópico desde los días de Juárez y Lerdo de Tejada. La respuesta de los grupos católicos mexicanos no se hizo esperar. Cuando la llamada Ley Calles aún se debatía en las Cámaras de Diputados y de Senadores, se creó la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa para presionar al Poder Legislativo con miras a que esa Ley no fuera aprobada. Pero la resistencia civil llegó a la violencia cuando una mujer de apellido Jáuregui trató de matar al Presidente en mayo de 1925; se le acusó de ser una fanática religiosa, lo cual acrecentó la gravedad de la situación.¹⁰

Al analizar la Ley Calles, no se encuentra una iniciativa que acabara con la religión Católica. Lo primordial era reglamentar la acción de los sacerdotes y las posesiones eclesásticas. La esencia del conflicto radicó en que ni los altos jefes clericales querían acatar ese marco legal ni el Presidente haría a un lado los preceptos de la Constitución de 1917.

Pero lo que fue tomado como un auténtico desafío para los feligreses mexicanos, fue el intento de un ministro del gabinete de Calles, Luis Napoleón Morones, de crear una religión mexicana con ayuda del patriarca Pérez, un sacerdote disidente de Mora y del Río. La iniciativa no prosperó, pero sería considerada por el clero como una ofensa más.¹¹

Cuando los sacerdotes se negaron a registrarse frente a las autoridades civiles como lo establecía la Ley Calles, ordenaron el cierre de todos los templos católicos de México. Como respuesta, el gobierno decretó que era ilegal officiar misas en lugares que no fueran las iglesias. Tras estas acciones, iniciaron los levantamientos armados de creyentes.

⁹ José Valenzuela, Georgette, *La campaña presidencial de 1923-1924 en México*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1998, página 131.

¹⁰ Krauze, Enrique, *Plutarco Elías Calles, Reformar desde el origen*, Fondo de Cultura Económica, México, 4ta. reimpresión, 1995, páginas 67-68.

¹¹ Mayer, Jean (con la colaboración de Enrique Krauze y Cayetano Reyes), *Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, México, 2da. reimpresión, 1996, páginas 219-223.

Los católicos mexicanos se volcaron en contra de Calles y si no derrotaron al ejército nacional fue por falta de armas, mientras que la milicia lo que necesitaba eran hombres. Por esto, es que Martha Loyo asegura que para 1928 gobierno y cristeros se encontraban en un "empate".¹² Como resultado de esta experiencia, ningún otro Presidente ha desafiado a los grupos católicos de México, ya que sabe que la fe mueve montañas y en el caso de ésta Nación, la fe acaba con las leyes casi por decreto divino. Uno de los límites del poder presidencial ha sido la imposibilidad de terminar con la influencia de la Iglesia sobre la sociedad mexicana, por lo que tras este conflicto, cedió un poco y le dio ciertas libertades, aunque estuvieran fuera de la Constitución.

Con el término de la Guerra Cristera, algunos católicos, no conformes con los acuerdos entre la Iglesia y el Estado, se unieron a otros grupos de derecha. Primero utilizaron medios extremistas con un movimiento llamado sinarquismo, iniciado en 1937, que agrupaba a los campesinos no beneficiados por el reparto agrario, proporcionándoles armas para que actuaran en contra del gobierno de Lázaro Cárdenas.

Otros grupos religiosos, unidos a un poderoso sector empresarial, actuaron bajo un marco institucional: ayudaron a Manuel Gómez Morín a fundar el Partido Acción Nacional, en 1939. Desde entonces, el PAN se caracterizó por ser el más grande rival del partido hegemónico.

Para evitar que los cristeros se unieran a otros enemigos del régimen revolucionario, como los rebeldes encabezados por José Gonzalo Escobar o los vasconcelistas que ansiosamente buscaban colocar a su líder en la Presidencia. El sucesor de Calles, Emilio Portes Gil, no descansó hasta conseguir la paz con el clero y la apertura de las iglesias nacionales, aunque con ciertas restricciones.

Portes Gil fue muy astuto, sabía que su régimen acabaría estos a enemigos uno por uno, pero este triunfo se complicaría si los tres disidentes se unían en una sola fuerza. Si bien, como sostiene Norberto Bobbio, "lo que distingue al Estado frente a la Iglesia es el ejercicio de la fuerza"¹³, ya se había comprobado que con los aparatos represivos del Estado no se detendría a los cristeros. Se debía ceder, dar algo importante (ignorar la ley) para obtener algo que se valorara más (la estabilidad de la nación).

Para evitar una auténtica rebelión nacional, el presidente Portes Gil buscó conciliar, no dividir. Incrementó el reparto agrario y comenzó las gestiones para promulgar la Ley Federal del Trabajo; para demostrar a los mexicanos que el régimen velaba por su bienestar y que los rebeldes sólo conseguirían destruir los privilegios obtenidos tras la Revolución. Pero lo más importante: modificó la Ley Calles y los cristeros regresaron al hogar de sus almas, al sitio donde el jerarca

¹² Loyo Camacho, Martha Beatriz. *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército (1917-1931)*. Tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, página 260.

¹³ Bobbio, Norberto, *op. cit.*, página 108.

religioso los conduce, no como ovejas descarriadas, sino como hijos de Dios: a los templos.

Como Plutarco Elías Calles no fue quien dio fin a la Guerra Cristera, se le ha considerado un ente anticlerical que buscaba exterminar al catolicismo. Calles iba en pos de una gran reforma, pero olvidó que "hay, sin embargo, una cosa que puede oponerse alguna vez a la voluntad del príncipe: la religión (...) los mandamientos de la religión tienen más fuerza que los mandatos del príncipe..."¹⁴

Calles nunca se libró del fantasma de esas mujeres que le gritaron "¡Viva Cristo Rey!" y al querer liberar a México de la influencia de la "reacción", se dio cuenta que no era una labor sencilla, ni siquiera para el Jefe del Ejecutivo. Al no aplicarse los preceptos esenciales de la Ley Calles, no fue sólo el ideal callista el que cayó vencido, sino también la herencia liberal del siglo XIX.

Álvaro Obregón buscaba su reelección y también negoció la paz con la cúpula eclesiástica. ¿Qué tenía que ver el ex Presidente con este conflicto? ¿Cuál era su influencia en esa época? Y si aún poseía poder, ¿competía con la imagen presidencial o era un complemento? Algo queda claro: para Obregón, el regresar a la arena política fue tan fácil como para Porfirio Díaz concebir una acción similar durante el período de Manuel González. Para Díaz, su primera reelección fue el inicio de una estancia en la Presidencia que parecía eterna; para Obregón, su afán reeleccionista fue el camino que lo condujo a la eternidad.

2.3 El regreso de Álvaro Obregón

Álvaro Obregón siempre fue bien visto por los miembros del ejército, institución que lo consideraba su mayor caudillo y el más valiente de los soldados que participó en la Revolución. Su figura ante los militares creció aún más en 1923, cuando siendo Presidente de la República y ostentando el rango de Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, dirigió personalmente la campaña contra los rebeldes delahuertistas. Obregón dejaba el papel de mandatario y volvía al campo militar. Tal acontecimiento lo llenó de alegría y afirmó: "Ya me estaba cansando del empleo"¹⁵; sin lugar a dudas, el sonoreense era un general nato.

Lo importante no fue sólo la victoria, sino que Obregón eliminó a varios de los generales de su generación, como Fortunato Maycotte, Enrique Estrada, Guadalupe Sánchez, Antonio I. Villarreal, Manuel M. Diéguez, Salvador Alvarado, Cándido Aguilar, Lucio Blanco y muchos más. Al apoyarse en militares de menor grado y prestigio para combatir a los insurrectos, el Presidente tuvo la oportunidad de quedarse prácticamente solo en el escenario de los veteranos de la Revolución.

¹⁴ Montesquieu, *op. cit.*, página 21.

¹⁵ Krausz, Enrique, *Álvaro Obregón, El vértigo de la victoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 5ta. reimpresión, 1997, 128 página 101.

Con su triunfo, Álvaro Obregón garantizó su liderazgo nacional en todos los sectores. Parece ser que sólo el hombre que era su más grande apoyo, Plutarco Elías Calles, podía hacerle sombra, pero no en el campo militar, sino en la disputa por la preferencia de algunos sectores sociales y políticos.

Durante la presidencia de Obregón, las clases bajas de la sociedad, sobre todo los campesinos, vieron cumplidas las promesas que durante años los dirigentes de la Revolución les hicieron. El reparto agrario se incrementó y los trabajadores finalmente contaron con un gobierno que cuidara sus derechos; con lo cual, el sonorense no sólo se consolidó como un hombre que comprendía a los pobres y buscaba elevar su nivel de vida, sino que se le consideró el más grande estadista de la Revolución hasta esos momentos.

Su fuerza política, su presencia impactante, su afable modo de hablar y su extraordinario sentido del humor, fueron algunos de los factores que lo definieron como un hombre carismático. Quienes no estaban con él por convicción, lo estaban por dinero, pues gustaba de dar a los generales "cañonazos de cincuenta mil pesos"¹⁶ a cambio de su incondicionalidad. Corrupción y prodigalidad fueron dos de las características de Álvaro Obregón, a quien el pueblo apodó *Bárbaro Ladrón*.

Cuando concluyó su periodo de cuatro años, Obregón regresó a su hacienda en Sonora, ahí se dedicó a trabajos agrícolas, especialmente a la siembra de garbanzo. Pero parece que nunca olvidó lo que era la Presidencia de la República, ser seguido por las masas, alabado por los hombres, mandar y ser obedecido. Las delicias del poder lo sedujeron, sus seguidores lo exhortaron a volver, el canto de las sirenas fue más fuerte que su raciocinio.

Si en la historia de México se tuviera que buscar un personaje para ejemplificar el prototipo del caudillo que describió Max Weber, éste sería Álvaro Obregón. Las masas campesinas lo seguían, las seducía, era su mesías. Por otra parte, si nos viéramos obligados a localizar un modelo del político-militar del que habla Antonio Gramsci,¹⁷ este sitio sería ocupado por Plutarco Elías Calles.

A diferencia de su paisano, Calles nunca se distinguió en las principales acciones bélicas de la Revolución, pero obtuvo el grado de general por sus méritos en campaña, aunque fuesen limitados. Calles entró en el esquema marcado por el pensador italiano, no sólo porque tenía presencia en el sector militar, sino con gran habilidad política construyó un Proyecto de Nación loable, como lo muestra la infatigable creación de instituciones que se llevó a cabo durante su gestión presidencial.

Calles carecía de gran arraigo entre la tropa, cosa que compensó con el apoyo del sector obrero, con el cual tuvo acercamiento permanente desde los días en que fue ministro de Industria, Comercio y Trabajo, en el gabinete de Venustiano

¹⁶ Loyo Camacho, Martha Beatriz, *op. cit.*, página 116.

¹⁷ Gramsci, Antonio, *op. cit.*, páginas 73-74.

Carranza. Calles consiguió el apoyo del líder de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM): Luis Napoleón Morones, quien le proporcionó el respaldo incondicional de los trabajadores. Desde esos años, el futuro Jefe Máximo comprendió que "...no hay gran jefe político sin el apoyo de las masas".¹⁸

Lo sorprendente de estos hombres es que con una mediana instrucción encauzaron al Estado mexicano para cumplir su objetivo: velar por la sociedad. Tanto Calles como Obregón fueron militares en la Revolución y estadistas al frente del gobierno, pero existe una actividad de estos revolucionarios que es casi desconocida: escribían poesía. Durante la vorágine de las batallas del ejército constitucionalista, Obregón dejó a la posteridad lo siguiente:

Mas el hombre avelado, ni tan siquiera advierte
Que está muy cerca el ojo del fusil de la muerte.¹⁹

Calles no se quedaba atrás y un poema de su autoría, llamado *Duda*, fue publicado en 1898 dentro de las páginas de *El Correo de Sonora*. Los primeros versos afirman lo siguiente:

La sombra de la duda circunda ya mi frente
También cubre mi alma con fúnebre fervor
Aléjate maldita, ¿no ves que tu insistencia
Sumerge en mil pesares mi ardiente corazón?²⁰

En el gobierno de Calles, Obregón era una figura inédita para los gobiernos revolucionarios: un ex Presidente que le hacía sombra a su sucesor. Anteriormente, Francisco I. Madero, Venustiano Carranza y Adolfo de la Huerta no tuvieron el problema de que su antecesor rivalizara con ellos por la atención de los grupos políticos, ora porque el anterior gobernante estaba muerto, ora porque se encontraba en el exilio. Por su parte, el ex presidente Adolfo de la Huerta fue una molestia no para Álvaro Obregón, sino para Calles durante la sucesión presidencial de 1924.

Obregón era un ex Presidente que contaba con una gran cantidad de seguidores. Emilio Portes Gil afirmó que durante los primeros dos primeros años de gobierno de Calles, el invitado general mantuvo su propósito de no volver a la presidencia, pero fueron sus amigos, quienes lo motivaron a regresar.²¹ Al respecto, Alexis de Tocqueville señala:

"Es claro que cuanto más prerrogativas tiene el poder ejecutivo, más grande es su atractivo; cuanto más se excita la ambición de los pretendientes, más apoyo encuentran también en una gran cantidad de ambiciones secundarias, que esperan repartirse el poder después de que su candidato haya triunfado."²²

¹⁸ Moscovici, Serge, *op. cit.*, página 48.

¹⁹ Krauze, Enrique, *Álvaro Obregón...*, página 83.

²⁰ Macías, Carlos, *La fuerza del destino, una biografía de Plutarco Elías Calles*. Tesis para obtener el grado de doctor en historia por el Colegio de México. Imprenta del autor, página 77.

²¹ Portes Gil, Emilio, *Quince años de política mexicana*. Ediciones Botas, México, tercera edición, 1954, página 132.

²² Tocqueville, Alexis de, *op. cit.*, página 129.

Indudablemente, lo descrito por Tocqueville era vivido por Obregón en los días previos a su campaña reeleccionista. Su influencia política se manifiesta en varios puntos; uno de ellos se dio en 1925, año en que Calles se vio obligado a hacer unas declaraciones a la prensa nacional, donde aseguró que él y el ex Presidente no se habían distanciado. ¿Qué ganaba Calles con decir esto? En el texto se afirma que quienes sembraron esos rumores buscaban la división de la familia revolucionaria. Con base en esto, seguramente Calles no podía romper abiertamente con Obregón, a riesgo de que los seguidores del caudillo tuvieran una bandera para atacar su gobierno y corriera el riesgo de una nueva ruptura en la élite sonorensa.

Luis L. León, en sus memorias, narra que Obregón le informó que sería el titular de la Secretaría de Agricultura en el gobierno de Calles, cosa sorprendente, pues debió ser el nuevo Presidente quien hiciera este anuncio. Esto demuestra que Obregón fue consultado al momento que su sucesor designaba a su gabinete. Calles no era completamente autónomo en sus decisiones.²³

Asimismo, en la Cámara de Diputados se formó el *Bloque Obregonista*, que es el que consiguió la reforma constitucional que permitía la reelección. Esto es digno de observarse, ya que durante la presidencia de Calles, ninguna fuerza en el Congreso de la Unión se declaró "callista", situación que mostraba la debilidad del Primer Magistrado. Muchos legisladores preferían estar al mando del caudillo que servir al Jefe del Ejecutivo.

Cuando Obregón decidió regresar a la silla presidencial, un grupo de jefes militares, como el general Juan Gualberto Amaya, y algunos gobernadores, como Emilio Portes Gil, de Tamaulipas, se manifestaron a favor de la reelección del sonorensa, lo que comprueba la influencia del general en todo el territorio mexicano. Algunos elementos civiles también apoyaron su regreso a la presidencia, entre ellos figuran Antonio Díaz Soto y Gama y Aurelio Manrique Jr., dirigentes del Partido Nacional Agrarista y artífices de la reforma constitucional que admitió la reelección.

Jean Meyer asegura que Obregón canalizó a las fuerzas no afines a Calles para cimentar su poder político. Por ejemplo, el acercamiento de Obregón con la élite católica fue con la finalidad de pacificar a los cristeros y abrir las iglesias. Con esto, los fieles católicos veían a Obregón como el hombre que les regresó su religión.²⁴

Debido a este contexto, se puede argumentar es que el invicto caudillo de Sonora se engolosinó en el poder. Cosío Villegas aseveraba que como en México el Presidente se ve envuelto con un aura de autoridad inaudita, este puede sufrir trastornos psicológicos, sentirse rey, el único capaz de hacer bien las cosas.²⁵ Obregón pensó que nadie competía con su figura, que solamente él consolidaría

²³ León, Luis L., *Crónica del poder en los recuerdos de un político en el México revolucionario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, página 230.

²⁴ Meyer, Jean, *Estado y sociedad con Calles*, página 135.

²⁵ Cosío Villegas, Daniel, *La sucesión presidencial*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1975, segunda edición, página 20.

los logros de la Revolución. José Vasconcelos sostiene que Eulalio Gutiérrez le dijo:

"No es Calles el problema, es Obregón. Usted no se imagina la ambición que hay en ese hombre; riáse de don Porfirio. ¿Sabe lo que me dijo el otro día? Me dijo: -No te vayas a tu tierra; quédate en el Senado; al fin que ya ves, yo he hecho el nuevo gobierno y no van a pretender gobernar sin consultarme."²⁶

Para Maurice Joly²⁷, el instinto malo de un hombre siempre será superior a su lado benéfico y si un ser humano se vuelve ambicioso, este afán de dominación se incrementa y no le importará atropellar los derechos de los demás. Lo peor es cuando esta codicia se ve respaldada por elementos que la avivan, al no tener límites, acaba con los obstáculos que encuentra a su paso, como Obregón, quien consciente de su poderío político, aniquiló el precepto constitucional de no reelección y con la autonomía presidencial. Calles nunca gobernó solo.

Sin embargo, sí había grupos afines a Calles. Algunos generales como Lázaro Cárdenas y Joaquín Amaro entraban en la categoría de sus incondicionales, además, la principal organización obrera de la época, la CROM, era un gran apoyo para el Presidente. El callismo, aunque limitado, existía, pero era eclipsado por el obregonismo. Sin embargo, Calles era el Presidente y contaba con algo de lo que Obregón carecía: un marco jurídico que legalizara su poder.

Siguiendo esta línea de análisis, Obregón y Calles eran los pilares de la política nacional y eso evitó un conflicto entre ellos. Parafraseando a Borges, no los unía el amor, sino el espanto, el terror de ver destruidos sus logros y la pérdida de su poder. Esto hubiese sucedido en caso de una batalla entre los dos sonorenses. Con ambos generales en calidad de figuras preponderantes, México vivía una diarquía, Calles, como Presidente, tenía sus seguidores y el respaldo legal otorgado por la Constitución; Obregón, por su parte, era un hombre carismático capaz de movilizar a las masas, contaba con gran prestigio y con apoyo de aquellos que se beneficiarían con su reelección. Sin embargo, cometió un grave error.

Como Porfirio Díaz en 1910, Obregón descuidó un factor importante: el contexto nacional. 1928 no era 1920, el año en que ganó por primera vez la Presidencia; para conseguir la reelección eliminó por la vía armada a sus opositores, los generales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez, acto que trajo como consecuencia la disminución de su popularidad, no así su dominio sobre algunos de los grupos políticos. Por regresar al poder, olvidó que debía **"dejar al país liberarse de sus libertadores"**, eran sus propias palabras, las mismas con las que sentenció al gobierno de Venustiano Carranza en 1920.

Para el caudillo sonorenses, su visión de la realidad pudo más que la realidad misma. El duro despertar de México a su situación de país dependiente de hombres fuertes, es una consecuencia del momento político en que Obregón inició

²⁶ Meyer, Jean *Ibid.*, página 126.

²⁷ Joly, Maurice, *op. cit.*, página 13.

su sueño perpetuo a manos de un católico que, siguiendo la consigna obregonista, liberó a México de su libertador.

2.4 La Bombilla

"¿No tiene usted miedo de ir con nosotros? Alguien podría hacer estallar una bomba".²⁸ Estas fueron las palabras que el general Álvaro Obregón dijo a uno de sus acompañantes la mañana del martes 17 de julio de 1928, cuando él y su comitiva se dirigían al restaurante *La Bombilla*, ubicado al sur de la ciudad de México. En ese lugar, un grupo de simpatizantes del estado de Guanajuato ofrecería un banquete en su honor. Fue una de sus últimas bromas.

¿Cuáles eran los pensamientos que pasaban por la mente de Obregón? La historia muestra que fue el gran triunfador de la Revolución Mexicana. En lo militar nadie le hizo sombra; por el contrario, cada vez que surgía un nuevo enemigo (llámese Pascual Orozco, Victoriano Huerta, Francisco Villa, Venustiano Carranza o Adolfo de la Huerta), lo combatía personalmente y lo exterminaba, como una muestra de poderío, para reafirmar su figura frente al ejército, como una lección cuyo propósito era desmoralizar a los disidentes que quedaban con vida.

Obregón creía firmemente que sólo él consolidaría los logros del movimiento armado iniciado en 1910; al grado que en sus discursos manifestaba que el país corría peligro de caer en manos de "los enemigos de la Revolución":

"Si desgraciadamente llegara al poder un hombre carente de fuerza moral y material, que tuviera que satisfacer sus necesidades y tener su complacencia con los enemigos de la Patria y de las libertades populares, (...) (éstos) tendrían un camino abierto para el desarrollo de ambiciones y para la mutilación de nuestras libertades. Pero si al transmitirse el poder lo recibe de las manos del actual Primer Magistrado un **hombre que esté respaldado por una inmensa mayoría de la voluntad nacional**, entonces (...) los enemigos de nuestra nacionalidad moderarán sus tendencias y procurarán encontrar una manera honesta y decorosa de resolver las diversas controversias que tienen empeñadas con la actual administración pública."²⁹

Con palabras como éstas, Obregón fortalecía el caudillismo. En su discurso se puede detectar un mensaje donde se asegura que las instituciones aún no se afianzaban como para ser el eje de los destinos de la Nación. Al invicto caudillo sólo le faltó decir: **el hombre que México necesita soy yo**. Parecía realmente convencido de que con su ausencia, el régimen de la Revolución se vería perdido; creía firmemente que sin él llegaría el fin de todo lo alcanzado hasta ese momento.

Obregón no se dio cuenta que no todo el país lo apoyaba. Existían fuertes sectores antiobregonistas como la CROM de Luis Napoleón Morones y los que dirigieron sus otrora compañeros de batalla: Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, quienes murieron tras fracasar en un atentado que buscaba acabar con

²⁸ Dulles, John W. F., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México, Quinta reimpresión, 2000, página 340.

²⁹ Citado en Córdova Arnaldo, *op. cit.*, página 290.

las vidas de Obregón y Calles.³⁰ Esos grupos perdieron a sus líderes, pero seguían en pie de lucha, aunque con reserva, por las condiciones en que fueron asesinados sus dirigentes. ¿Qué sector político se atrevería a desafiarlo, consciente de que al hacerlo su vida estaría en juego? La respuesta fue lógica: NINGUNO.

Ni siquiera el mayor opositor a la reelección de Obregón, Luis Napoleón Morones, se atrevió a lanzar su candidatura en contra del sonoreNSE. Su animadversión al candidato único a la Primera Magistratura se manifestó a través de discursos, como el pronunciado en abril de 1928, en que aseguraba que el general no llegaría a la presidencia. La postura de Morones molestaba a los obregonistas. Esto era grave, ya que donde el obregonismo exteriorizó mayor fortaleza fue en el ejército y Morones no contaba con el sector castrense, era un civil y en ese entonces, el poder se encontraba en los militares, como se revela en el hecho que de 1910 a 1928 México fue gobernado sólo por tres Presidentes civiles: Madero, Carranza y De la Huerta. Ninguno de ellos tuvo al ejército consigo. Los primeros dos cayeron cuando los militares lo decidieron.

¿Qué era lo que pensaba Obregón sobre la unidad de los grupos revolucionarios? Luis L. León confirmó que el caudillo, al llegar a su segunda Presidencia y contando con la ayuda de Calles, **fundaría un partido político para garantizar el dominio de la élite revolucionaria sobre los grupos regionales.** Al respecto, Obregón reflexionó lo siguiente: "Cada vez que se presenta una elección presidencial, se improvisan partidos con los grupos dispersos, se reviven las viejas organizaciones o se crean nuevas, de acuerdo con los intereses de esos grupos o con las ambiciones personalistas de determinados individuos. Y esto no puede ser cimiento donde descansa una obra constructiva y duradera de la Revolución. Además de que no habiendo partidos organizados y de actuación permanente, no hay el medio, el clima apropiado, la escuela, donde se formen las nuevas figuras, los futuros jefes, los líderes nacionales, que lleguen a manejar los negocios del Estado. En esta forma, la nación no tiene asegurado el pacífico desenvolvimiento de su vida política: ni la Revolución tiene garantizado su desarrollo y estabilidad, ni aseguradas sus conquistas."³¹

Obregón tenía razón. En los años recientes, el caudillismo militar fue sustituido por el caudillismo electoral, todo hombre que contara con el apoyo de un grupo oriundo de su estado natal, podía fundar un partido político y dominar la región, como era el caso del Partido Socialista del Sureste, de Felipe Carrillo Puerto; el Partido Socialista Fronterizo, de Emilio Portes Gil; el Partido Nacional Revolucionario del Centro, de Saturnino Cedillo; el Gran Partido Revolucionario de Jalisco, de Margarito Ramírez, el Partido Laborista del Estado de México, de los hermanos Riva Palacio; entre otros. Además, organizaciones de importancia nacional, como el Partido Agrarista o el Laborista, no defendían principios

³⁰ Para conocer el desarrollo de las campañas políticas de Sarrano y Gómez, así como sus muertes, ver Loyola Díaz, Rafael, *La crisis Obregón-Calles y el estado mexicano*, Siglo XXI Editores, 5ª. Edición, México, páginas 20-90.

³¹ León, Luis L., op. cit., página 269.

ideológicos, sino los intereses de sus dirigentes, Manrique y Soto y Gama, en el primer caso y Morones en el segundo.

La idea de crear un partido político que fuera el responsable de resguardar el legado revolucionario era congruente, ya que en esos años la figura presidencial no bastaba para contener las ambiciones políticas. Era necesario canalizar las disputas por el poder a una organización, que también tendría otra función: ser guía de las masas, conducirlas por un sendero ideológico, convencidas de que el régimen de la Revolución era lo mejor y que era una prioridad que no sólo lo defendieran los mandatarios, sino también las clases bajas de la sociedad. Louis Althusser dice que "son las masas las que hacen la historia"³² y en ese caso, había que volverlas partícipes de los triunfos de los gobiernos revolucionarios.

Empero, Obregón fue un factor que impedía la consolidación de las instituciones. Fue él quien bloqueó el poder presidencial de Calles. Las leyes deben ser más importantes que los hombres, pero no se respetó el principio de no reelección. Paradójico: **Obregón era un hombre carismático que buscaba dar fuerza a las instituciones que él mismo había hecho pedazos.**

La muerte parecía seguir a Obregón a cada momento. Alberto J. Pani le informó que en la embajada americana sabían que su vida corría peligro si se trasladaba a la ciudad de México. Obregón ignoró la advertencia y viajó a la capital. Meses antes, por medio de un complot encabezado por el ingeniero Segura Vilchis y los hermanos Pro (uno de ellos era sacerdote) trataron de asesinarlo. Cuando estos hombres fracasaron, fueron capturados y enviados al paredón. Esto afectó notablemente a un joven creyente católico: José de León Toral.

Era Toral un hombre pobre, que al ver caer a su amigo, el padre Pro, e influenciado por María Concepción Acevedo y de la Llata, la *Madre Conchita*, pensó que Obregón era el responsable de la guerra religiosa desatada por las reformas callistas. Se convenció de que si acababa con la vida del Presidente reelecto evitaría que la sangre de los cristianos continuara derramándose sobre el territorio nacional.

Armado de valor, Toral pidió una pistola prestada y durante dos días siguió, con paciencia de santo, cada uno de los pasos de Álvaro Obregón. Se convirtió en *La sombra del caudillo*, en el protagonista de una búsqueda desesperada por una oportunidad para descargar su arma. El banquete en *La Bombilla* se la proporcionó y no la desaprovecharía.

¿Qué pasaba por la mente de Obregón mientras convivía con sus seguidores, donde a juicio de uno de ellos tenía la mirada perdida en el infinito? ¿Recordaría en esos momentos sus viejos versos?

Mas el hombre alorado, ni tan siquiera advierte
Que está muy cerca el ojo del fusil de la muerte.

Con el pretexto de mostrarle un dibujo que había hecho de él, León Toral se acercó al general. Obregón vio en el retrato sus propios rasgos y dedicó su última sonrisa a su verdugo. León Toral le disparó al rostro y lo que Orozco, Huerta, Villa, Carranza y De la Huerta no consiguieron, fue consumado por un hombre cuya convicción religiosa lo llevó a cambiar el curso de la historia.

Los asistentes al banquete capturaron a Toral y lo llevaron ante las autoridades, las que iniciaron las investigaciones. A la postre, León Toral fue fusilado y en la actualidad se le quieren canonizar, con el argumento de que aplicó la teoría del tiranicidio de Santo Tomás.

¿Qué pasó por la mente de Plutarco Elías Calles al enterarse de la muerte de Obregón? Probablemente, como en sus años de juventud, cuando en *El Correo de Sonora* publicaba sus poemas, *la sombra de la duda circundó su mente*. Calles sabía que Obregón era un factor importante para la estabilidad del país y con su muerte, se desatarían pasiones que podrían conducir a México por el camino de la anarquía.

La diarquía ejercida por los dos generales concluyó trágicamente y las consecuencias alcanzarían proporciones catastróficas a menos que Calles manejara con acierto la situación. Al presentarse en el funeral de Obregón, donde hombres de hierro como Joaquín Amaro no ocultaban sus lágrimas, el Presidente, como una muestra de preocupación por lo que podía desatar la muerte del caudillo, se acercó a Luis L. León y le dijo: "León, esta vez si nos dieron en la madre, no habrá más que unirnos para resistir el empuje de la reacción."³³

2.5 Calles frente al Congreso de la Unión

Las balas de José de León Toral acabaron con uno de los pilares de la estabilidad del México revolucionario. Ya sólo subsistía un cimiento al cual los grupos políticos podían acudir para recibir *línea*. Ese conductor era Plutarco Elías Calles. A falta de uno de los dos jefes, lo más lógico hubiese sido que ambas facciones se unificaran para encauzar el conflicto hacia una solución pacífica; pero no todos los obregonistas se encontraban dispuestos a seguir las órdenes de Calles, sobre todo cuando sospechaban que él era el artífice de la muerte de su jefe. Pese a esto, hubo un sector que se acercó al Presidente y fue de gran apoyo para salir de esa encrucijada.

Si bien existía una división entre callistas y obregonistas debido a la actitud que estos últimos asumieron durante el período presidencial de 1924-1928, había algunos "híbridos", por llamarlos de alguna forma, que recibían la venia de ambos líderes y que jugaron un papel determinante en esa crisis.

³² Allhusser, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, Siglo XXI Editores, 19ª. Reimpresión, México, 1991, página 21.

³³ León, Luis L., *op. cit.*, página 272.

Este grupo estuvo encabezado por Luis L. León, Emilio Portes Gil y Aarón Sáenz (el hombre que estaba a la derecha de Obregón el día en que fue asesinado). Ellos realizaron importantes negociaciones con el general Calles y lo ayudaron a nulificar a los elementos obregonistas que estaban en su contra.

Aquí cabe hacer una aclaración: el obregonismo se encontraba dividido en dos camarillas: los civiles y los militares. En el bando de los civiles, los dirigentes más representativos eran Luis L. León, Emilio Portes Gil, Aurelio Manrique Jr. y Antonio Díaz Soto y Gama. León y Portes Gil, como ya se estableció, ayudaron a Calles en la emergencia nacional, mientras que Manrique y Díaz Soto fueron grandes opositores de todas las iniciativas del Jefe del Ejecutivo.

En el sector militar, Aarón Sáenz permaneció del lado del Presidente, junto con otros generales de la talla de Joaquín Amaro, Manuel Pérez Treviño, Juan Andrew Almazán, Lázaro Cárdenas, Abelardo L. Rodríguez y Saturnino Cedillo, quienes tras el trágico final del caudillo sonoreense, vigilaron a los obregonistas que gritaban a los cuatro vientos sus intenciones de acabar con el gobierno callista: José Gonzalo Escobar, Miguel Caraveo, Juan Gualberto Amaya y los hermanos Topete.

En unas juntas realizadas en el Hotel Regis, a las que podía asistir cualquier persona, estos generales atacaban al general Calles y esperaban minar su popularidad, pues como sostiene Hobbes, "un agresor no teme otra cosa que el poder singular de otro hombre".³⁴ La intención de este grupo era nulificar el arraigo de Calles en el sector militar con el objetivo de dominar el ejército e impedir que éste fuera un punto de apoyo para el Presidente.

El mismo día de la muerte de su antiguo jefe, Calles se convenció de lo grave de la situación, ya que un militar obregonista, Ricardo Topete, lo acusó de ser el actor intelectual del asesinato. Cuando Topete le mostró al Primer Magistrado el arma con que Toral extinguió la vida de Obregón, le dijo: "Aquí está la pistola que usted conoce".³⁵ Los seguidores del caudillo no dudaban que Calles era el responsable de su muerte; una gran ambición los dominaba, pues si el Presidente permanecía al mando del Estado, no disfrutarían de los placeres que proporciona el poder.

Para ganar tiempo y contener por un momento la furia de los seguidores del difunto, Calles retiró de la Jefatura de Policía a uno de sus incondicionales: Roberto Cruz, y colocó en ese puesto a un distinguido obregonista: el general Ríos Zertuche.³⁶ De esta forma, los convertía en partícipes del problema y nadie lo acusaría de ocultar información.

El propio Calles interrogó a León Toral y al día siguiente de la muerte de Obregón, hizo unas declaraciones en las que afirmó que "México pierde al

³⁴ Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 101.

³⁵ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 331.

³⁶ Meyer, Lorenzo, (con la colaboración de Rafael Segovia y Alejandra Lajous), *Los inicios de la institucionalización*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1981, página 21.

estadista más completo de los últimos tiempos y al representativo más ilustre de un movimiento social que tantos sufrimientos ha costado al pueblo".³⁷ El Presidente sabía que para ganarse a los obregonistas, debía alabar al hombre que añoraban.

Al ser un fanático religioso el responsable del atentado, Calles aprovechó este dato y atacó veladamente a los grupos católicos, les advirtió que no acabarían con los principios revolucionarios que desde hacía dieciocho años el pueblo de México defendía. Asimismo, dejaba en claro que la administración a su cargo no vacilaría en castigar no sólo al asesino, sino también a los autores intelectuales del crimen. Calles puntualizó:

"Aprovecho los actuales dolorosos momentos a fin de hacer el más amplio llamamiento a todos los grupos revolucionarios para sostener con más firmeza todavía su bandera de reivindicaciones y los invito a que se agrupen, en unión indestructible y fuerte, a la realización de sus nobles ideales, abandonando todo sentimiento mezquino de circunstancias y latiendo al unísono en un espíritu de concordia, de cooperación y energía y que (...) se ahuyenten de mezquinos y peligrosos personalismos."³⁸

Esta última parte iba dedicada a los sectores obregonistas que, al amparo de las sombras, preparaban un complot en contra del gobierno constituido. Sin embargo, cometieron un gran error: le dieron la oportunidad al callismo de articular las piezas a su favor. Los opositores se levantaron en armas hasta marzo de 1929, ocho meses después de la muerte de Obregón, lo que permitió a Calles negociar con los civiles y algunos militares. Con sus alardes de anticallistas, lo único que consiguieron fue que se les identificara como rebeldes, perdiendo el factor sorpresa.

Calles, los integrantes de su grupo político y los obregocallistas, se dieron a la tarea de acabar con posibles focos de peligro. Una de las acciones más importantes fue la disolución del Centro Director Obregonista (principal organismo que promovió la campaña del caudillo), el cual estuvo a cargo de Aarón Sáenz e impidió que Aurelio Manrique y Antonio Díaz Soto y Gama se apropiaran de él y lo utilizaran en contra del Presidente.

En este reacomodo de grupos políticos, Calles perdió a uno de sus grandes aliados: Luis Napoleón Morones. La caída del líder de la Confederación Regional Obrera Mexicana se analizará posteriormente, debido a las importantes consecuencias que trajo para la consolidación del presidencialismo.

Frente la guerra política entre callistas y obregonistas, era necesario presentar una propuesta para salir de la difícil situación que atravesaba el país. De lo contrario, los enemigos del régimen callista argumentarían que el gobierno no sabía qué hacer para salir airoso del conflicto y argumentarían ser los salvadores de la patria.

³⁷ Macías, Carlos, *Plutarco Elias Calles. Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, página 161.

³⁸ *Ibid.*... página 162.

Calles sabía que el 1º de septiembre, fecha en que por dictamen constitucional debía dar al Congreso de la Unión su último informe de gobierno, todos los ojos de la Nación estarían puestos en él. Requería enviar una señal que generara una opinión favorable a sus decisiones, ya que, como se ha comentado, el Presidente no tenía control sobre todos los actores, lo que minaba su poder. Debido a que Calles se quedó solo al final de su periodo, más que en apoyarlo, sus opositores pensaban en imponer a un sucesor para hacerse de las riendas del Estado mexicano.

Largas fueron las tardes en que Plutarco Elías Calles, al lado de José Manuel Puig Cassauranc, redactó el mensaje político del 1º de septiembre de 1928, el cual presentó una innovación al esquema del informe presidencial. Anteriormente, el Jefe del Ejecutivo se limitaba a dar un panorama general del estado de la Administración Pública Federal. A partir de ese año, al final de la parte estadística, el Primer Magistrado indicaba a los grupos que rumbo tomaría la política nacional. En el lenguaje coloquial mexicano, a esto se le denomina *dar línea*; es decir, marcar el camino que debe seguir el país.

Al inicio del mensaje, el Presidente resaltó la figura de Álvaro Obregón y lo consideró el gran ausente, pues había muerto un hombre que no sólo comprendió la esencia de la Revolución, sino que puso en marcha los beneficios que ésta había prometido a la sociedad. El Presidente estaba consciente de la importancia del caudillismo en la historia de México, así como de la trascendencia que tenía en el ámbito nacional el que Obregón ya no estuviera con vida.

"La desaparición del presidente electo ha sido una pérdida irreparable que deja al país en una situación particularmente difícil, por la total carencia (...) de personalidades de indiscutible relieve, con el suficiente arraigo en la opinión pública y con la fuerza personal y política bastante para merecer por su solo nombre y prestigio la confianza general."³⁹

Esta parte del mensaje tuvo como finalidad resaltar que no había un hombre que unificara a todos los grupos, cosa que ni siquiera el presidente Calles podía lograr por las razones ya explicadas. De aquí se deduce que el Jefe del Ejecutivo necesitaba disipar los rumores que aseguraban que haría retroactiva la modificación constitucional que ampliaba el periodo presidencial de cuatro a seis años y que sólo asustó a los grupos anticallistas, pues pensaban que no llegarían al poder si Calles se perpetuaba.

Para confirmar este hecho, Calles aseguró, líneas adelante: "no sólo no buscaré la prolongación de mi mandato (...) nunca y por ninguna consideración y en ninguna circunstancia, volveré el actual jefe del poder ejecutivo de la República Mexicana a ocupar esa posición..."⁴⁰ Cabe destacar que al reconocer la carencia de caudillos, Calles sostenía también que no era un hombre carismático y su prestigio no bastaba en ese momento para ser el pilar de todos los diversos grupos que se gestaron a lo largo de la Revolución.

³⁹ *Ibid.*... página 163.

⁴⁰ *Ibid.*... página 164.

Raúl Bejar Navarro asegura que: "Ese acto de renuncia a la silla presidencial, cuando quizá sin grandes oposiciones podía seguir ocupándola, aseguró, para el futuro, la observación puntual del principio de *no-reelección* y el mando fue transferido pacíficamente. Con ello concluyó la violencia que cada sucesión presidencial traía consigo y sentó las bases de la estabilidad política."⁴¹

Lo que este autor no toma en cuenta, es que muchos no querían que Calles continuara en la silla. Los obregonistas resentidos sabían que si el general sonoreense se mantenía en la Presidencia, sus posibilidades de llegar al poder eran limitadas. De hecho, si se analiza el manifiesto que lanzaron los rebeldes liderados por José Gonzalo Escobar en marzo de 1929, una de las banderas de su movimiento fue que Calles manipulaba al país desde las sombras. El renunciar a la presidencia era para impedir que argumentaran que mandó matar a Obregón con la finalidad de seguir al mando de la Nación.

Otra incongruencia sostenida por Bejar Navarro es que este acto de Calles en ningún momento garantizó la no reelección; por el contrario, el Congreso modificó el artículo 82 de la Constitución hasta marzo de 1932, con la finalidad de nulificar la candidatura de Emilio Portes Gil a la Primera Magistratura. Éste es realmente el acontecimiento que marcó el límite temporal en el periodo presidencial, el cual es respetado hasta la fecha y se consideraba una "regla de oro" del sistema político priísta.

La estabilidad política tampoco llegó con el discurso de Calles como considera el doctor Béjar Navarro. La rebelión escobarista es un ejemplo de ello; esta revuelta no contó con gran apoyo de la tropa del ejército gracias al proceso de institucionalización de las fuerzas armadas que el sonoreense realizó durante su periodo. Calles consiguió que el ejército ya no creyera en aventureros que se levantaban en contra del gobierno legítimamente constituido y, gracias a la instrucción recibida en el nuevo Colegio Militar, se les enseñaba a ser leales al régimen.

Con este mensaje, Calles restaba importancia a los elementos militares que gestaban una asonada en contra de los dirigentes del Estado mexicano. Al hablar de la falta de caudillos, no reconocía a los jefes del complot como algo que fuera un peligro real para el gobierno

Por la ausencia de hombres fuertes, Calles exhortó a los grupos políticos a "pasar de un sistema más o menos velado de **gobiernos de caudillos** a un más franco '**régimen de instituciones**'.⁴² El caudillismo no sólo fue un gran problema durante la Revolución Mexicana, sino durante todo el siglo XIX, en que individuos seguidos por irracionales multitudes, acababan de la noche a la mañana con gobiernos y cimentaban un nuevo mandato que, ideológicamente, era todo lo contrario al que derrocaron.

⁴¹ Bejar Navarro, Raúl, *El mexicano, aspectos culturales y psicosociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, quinta reedición, 1988, página 326.

⁴² Macías, Carlos, *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, página 164.

A juicio de Calles, a él no le correspondía valorar las condiciones bajo las que se dio la acumulación de poder de estos hombres, sino que era una labor del "juicio histórico". Con esto, el sonorense se deslindó de hacer críticas no sólo a los hombres fuertes del siglo XIX, sino también a su paisano, al ex Presidente cuya muerte acababa de acontecer: Álvaro Obregón. Al no atacar la figura de su antecesor/sucesor, Calles evitó caer en conflicto con los sectores obregonistas que apoyaban su proyecto de institucionalización de la lucha política y no daba armas a sus opositores para que lo señalaran como alguien que no valoró los logros de Obregón. Calles descubrió lo importante que era mediar entre las partes, sin darle completamente la razón a alguna.

Calles aprovechó la ocasión para lanzar una invitación a los grupos reaccionarios (llámense cristeros, hombres de negocios, vendepatrias y todo lo que a juicio de los grupos "revolucionarios" encierra este concepto), a quienes les dijo que ellos también podían participar en este proceso de institucionalización de la política: los exhortó a crear organismos para que, con ayuda de los sectores sociales que los apoyaban, ocuparan puestos de elección popular. Sin embargo, los grupos reaccionarios tardarían 10 años en hacer caso al llamado: Acción Nacional llegó tarde a la lucha por el poder en el terreno de los partidos políticos.

En su informe, el Presidente proponía un sistema multipartidista, donde las diversas partes que integraban el rompecabezas de la realidad nacional buscaran el poder no levantándose en armas, sino por la vía electoral. Sin embargo, Calles puso la primera piedra del edificio que terminó siendo uno de los sistemas autoritarios más fuertes en la historia de la humanidad. Desde el día en que se pronunció el discurso analizado en este acápite, "la reacción" esperó más de setenta años para llegar al poder. Pero en aquel 1928, los hombres de la Revolución no visualizaban la perversión de la política, sino la salvación del Estado antes de que la anarquía se apoderara de él.

Calles tuvo razón en algo: a falta de un enemigo ideológico, los grupos revolucionarios se hacían pedazos entre sí; tal era su historia desde la Convención de Aguascalientes hasta esos momentos. El enemigo estaba afuera, no adentro, pero los revolucionarios peleaban entre ellos por algo que cuando se tiene, no se quiere perder: el poder, ya que, como el mismo Álvaro Obregón reconoció: "...no es lo mismo ser mandado que estar mandando".⁴³ Pero esa lucha creó el fenómeno del caudillismo; el Presidente sabía que era necesario tomar un nuevo rumbo, México dependía de esa determinación. Los revolucionarios requerían un nuevo factor de unificación con alcance nacional, pero éste ya no debía ser un hombre fuerte, sino una institución.

En ese instante, Calles descubrió una cosa que complementa al poder político, algo que Norberto Bobbio llama el poder ideológico; es decir, un discurso que justifique las acciones de los hombres que encabezan al Estado. Con el poder ideológico se busca convencer a la sociedad y al resto de los actores de la arena

⁴³ Krauze, Enrique, *Álvaro Obregón...*, página 105.

política, de que las decisiones que se toman son las más adecuadas. Así, Calles enfocó su discurso a favor de la institucionalidad, dándole todo el respaldo al Poder Legislativo para que sus integrantes seleccionaran al hombre a quien entregaría la banda presidencial el 1° de diciembre de 1928.

Esto es sumamente importante, pues al menos en el discurso, Calles no eligió a su sucesor y le dio valor a otras instituciones, como son el Congreso y las leyes, ya que por mandato constitucional es el Poder Legislativo quien designa al hombre que ocupará la silla presidencial en caso de que el titular se ausente por cualquier razón, como fue el caso a la muerte de Obregón. Calles integró un nuevo principio a la ideología de la Revolución Mexicana: por encima de la codicia de los individuos está el poder de las instituciones que integran el Estado mexicano.

El último párrafo del Informe no era una metáfora; tampoco un mensaje a la reacción; ni las palabras de un hombre que dice adiós al poder, mucho menos una lágrima más por la ausencia de Obregón. Era una orden al ejército: Calles invitó a los elementos militares a no unirse a la rebelión que algunos de los generales preparaban, pues su deber era permanecer leales al régimen.

Con tal afirmación, el Presidente reconoció que de nada valen el poder ideológico o las instituciones frente al ataque de las bayonetas o los mauseres empuñados por hombres que no dudan en apoderarse de la *summa protestas* por la vía de la violencia. Calles necesitaba al ejército de su lado. El papel de los militares en la política mexicana estaba lejos de concluir. Pese al excelente discurso, *una duda circundaba la mente* de algunos políticos... ¿Quién sería el sucesor de Calles?

2.6 La elección de Emilio Portes Gil

Días después del Informe de Gobierno, el 5 de septiembre de 1928, Plutarco Elías Calles se reunió con los generales más importantes del ejército con un objetivo: conocer su punto de vista sobre los recientes acontecimientos. Tras una participación poco relevante de Roberto Cruz, Juan Andrew Almazán preguntó a boca de jarro al titular del Ejecutivo: ¿Los militares podían participar en las dos justas electorales, la del interinato y la que se encargaría de designar al hombre que concluiría ese periodo presidencial? Calles fue categórico: NO.

El general Madrigal parecía no comprender la esencia del discurso del 1° de septiembre; consideró que el Presidente debía colocar sobre la mesa el nombre de tres personas que él valorara con los méritos para ocupar la primera magistratura de México y se discutiera si era adecuado que ellos ascendieran al poder. Esta postura demuestra que en nuestra cultura política, en las grandes crisis, nos olvidamos que existen otros elementos de enorme valía y que no todo tiene que resolverlo el Presidente; pero pareciera que en el imaginario colectivo, de ese hombre emana un aura divina y sostiene una vara mágica para resolver todos los problemas.

Para José Gonzalo Escobar, el obregonista que desde los suntuosos salones del Hotel Regis invitaba a propios y a extraños a participar en su rebelión, el ejército no debía dividirse, sino acatar el discurso del Presidente de la República y ser el baluarte de las instituciones; pues en ninguno de sus elementos debía albergarse la velada ambición de llegar a dominar al Estado mexicano. Escobar no manifestó sus verdaderos planes en esa reunión, pero ya eran del dominio público y el presidente Calles sabía que convivía con un disidente de su régimen.

Lo que se vislumbró en ese cónclave, como lo manifestó abiertamente el general Carrillo, es que los militares no querían perder el poder político, se creían los dueños de México, los que hicieron la Revolución y esperaban que ésta les retribuyera sus esfuerzos con prebendas y altos puestos públicos; querían disfrutar del prestigio y del dinero del que siempre gozan los triunfadores de estos movimientos armados. Sabían que al llegar un civil a la primera magistratura, como era la propuesta callista, perderían un gran coto de poder. Sin embargo, Carrillo tuvo una importante participación, la que permitió que las cosas se tranquilizaran un poco:

"He estado oyendo la opinión de algunos compañeros y quiero interpretarlos. Nosotros respaldamos en forma absoluta al señor Presidente de la República y aceptamos las responsabilidades que surjan al confiarle que él sea el único que se acerque a las cámaras para orientarlas."⁴⁴

Ese comentario fue la pauta para que la mayoría de los generales sostuviera que el ejército lo respaldaría en sus decisiones, Calles comprendió que en aquella junta las pasiones políticas estaban a flor de piel y muchos de los asistentes no dudarían en apoyar a Escobar en su asonada. El Presidente llevó a buen término la plática y concluyó:

"En esa forma la responsabilidad que contraigo es grande, pero la acepto porque traerá desde luego la tranquilidad en las conciencias, no sólo dentro de los miembros del ejército, sino dentro de la opinión pública. Si seguimos esa línea de conducta, habremos hecho la labor más grande, más trascendental, la obra más cumbre, de más mérito que la Revolución haya hecho hasta el presente. Me alegro de este cambio de Impresiones y felicito a todo el ejército por su capacidad, por su disciplina y por su patriotismo."⁴⁵

Si bien los militares se comprometieron a apoyar los designios del Poder Legislativo, los callistas enfrentaban un nuevo reto: ganar la batalla en las cámaras para evitar que los residuos del obregonismo se impusieran en la designación del Presidente interino.

Emilio Portes Gil, quien al momento de la muerte de Álvaro Obregón era gobernador de Tamaulipas, asegura que su candidatura fue promovida en un principio por los obregonistas puros, encabezados por Antonio Díaz Soto y Gama y Aurelio Manrique Jr. Sin embargo, el bloque anticallista le retiró el apoyo cuando el tamaulipeco aceptó la Secretaría de Gobernación, pues lo consideraron el candidato oficial del Presidente de la República.

⁴⁴ Maclas, Carlos, *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, página 198.

⁴⁵ *Ibid.*, página 196.

Aunque Portes Gil asegure que Calles no apoyó su candidatura, lo cierto es que el sonorenses la permitió por varias razones. La más importante fue que era un civil y con ello comenzaría una depuración de los elementos militares en la Administración Pública Federal, como lo anunció en la junta con los generales. El hecho de que el tamaulipeco fuera obregonista, cimentaba la relación que Calles tenía con ese grupo político y demostraba que no le interesaba dejar en la presidencia a uno de sus subordinados, como Joaquín Amaro o Puig Cassauranc, sino que realmente negociaba con la mayoría de los grupos políticos.

El líder de la Cámara de Diputados, Fausto Topete, era a su vez el jefe de los legisladores obregonistas, los que integraban la mayoría camaral. Tras perder el apoyo de Soto y Gama y Manrique, las fuerzas *obregocallistas* entraron en acción para lograr la ascensión de Emilio Portes Gil. En una reunión, tanto los diputados como los gobernadores que respaldaban al Presidente buscaron disuadir a Topete de su discurso anticallista; cuando fracasaron, cayeron en cuenta de que el Poder Legislativo era un peligroso rival para el Presidente y era necesario dominar al Congreso, pero el costo fue que el proyecto de fortalecer a las instituciones se caería en pedazos antes de materializarlo.

Para fortuna de los callistas, Topete no mantuvo la unidad entre los sectores obregonistas y el 7 de septiembre de 1928 un grupo de 154 diputados, dirigido por Miguel E. Yañez, lo desconoció como líder. Días después, varios senadores obregonistas hicieron lo propio. Topete no tuvo más remedio que regresar a su estado natal: Sonora, donde era gobernador su hermano, con miras a afinar los detalles para su rebelión armada. Topete, Escobar y los obregonistas puros pensaban que habían perdido la batalla legislativa, pero ahora buscarían el poder mediante otro recurso: el que utilizaron Madero y Obregón para ascender a los altos puestos de la política nacional: una rebelión armada.

Fue en este momento cuando, por primera vez en el periodo presidencial 1924-1928, los legisladores que se encontraban a favor del general Calles dominaron el Congreso de la Unión. Anteriormente, como señala José I. Utrirriaga⁴⁶, el sonorenses toleró a los grupos obregonistas que imperaban en ambas Cámaras. En las postrimerías de su gobierno, Calles supo lo trascendente que es para un Presidente de la República tener a su favor al Legislativo y no encontrar oposición a sus propuestas. Uno de los límites del poder presidencial en el gobierno de Calles, fue la *autonomía* del Poder Legislativo, pues sus integrantes no seguían al Primer Mandatario, sino al caudillo de Sonora.

El Congreso nombró a Emilio Portes Gil Presidente provisional y dispuso que las elecciones para designar al Primer Magistrado que concluiría el periodo del extinto Obregón, sería el 17 de noviembre de 1929.

⁴⁶ Utrirriaga, José I., *Calles y la construcción del México moderno*, en *Plutarco Elías Calles, Obra revolucionaria*, Edición de la Secretaría de Divulgación Ideológica y la Secretaría de Información y Propaganda del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional, México, 1988, página 18.

Cabe resaltar que Antonio Díaz Soto y Gama y Aurelio Manrique se abstuvieron de votar. Los primeros días de octubre de 1928, Díaz Soto dijo un fuerte discurso en contra de Calles, resaltando la contradicción de sus palabras y sus actos, pues mientras hablaba de institucionalización, **la realidad era que sus seguidores buscaban convertirlo en un hombre indispensable, en un "jefe máximo, que en concepto mío y del sentido, equivale a caudillo"**.⁴⁷ Probablemente ésta fue la primera ocasión en que al sonoreense se le llamó con el sobrenombre que incluso hoy, a casi sesenta años de muerto, se le identifica. El opositor tenía razón, Calles concentraba cada vez más poder y más seguidores. El caudillismo de los campos de batalla se veía sustituido por una jefatura política que dominaba *supraportos* el escenario nacional.

Finalmente, el 30 de noviembre de 1928, en el Estadio Nacional, Calles dejaba la silla presidencial y entregaba el cargo a Emilio Portes Gil. ¿Qué pasaba por la mente de Calles? En su gobierno, nunca conoció lo que era el poder absoluto, respetó la investidura presidencial que lo envolvía, pero siempre, junto a él, estuvo Obregón haciéndole sombra; y en el momento en que se quedó solo (¡por fin solo!) tampoco tuvo libertad de acción; se vio obligado a negociar con los obregonistas para salir adelante frente de la crisis política que representó la desaparición del caudillo.

¿Le resultaría sencillo *dejar* el poder? Calles sabía que su misión por México no había terminado; por el contrario, entraba en una nueva etapa: debía canalizar a los grupos en una sola fuerza, necesitaba llevar a la práctica lo dicho el 1º de septiembre: crear un partido político de trascendencia nacional para institucionalizar la lucha por la Presidencia. Esto implicaba concretar el sueño de Álvaro Obregón: ver a todos los revolucionarios unidos y en paz en una sola organización. ¿Podría Calles consolidar ese proyecto o fallaría en el intento?

Ese proceso de transición fue, si se aplica la teoría de Terry Lynn Karl y Philippe C. Schmitter⁴⁸, de tipo horizontal; es decir, decidido por la élite que dominaba el Estado. No pudo ser su opuesto, el vertical, pues en la designación de Portes Gil no participaron las masas, pero debido al contexto de la época, no restó popularidad a las medidas de emergencia aplicadas por el general Calles. Fue hasta el periodo de Lázaro Cárdenas cuando las multitudes fueron incluidas en el partido oficial y en el Proyecto de Nación.

Era un periodo de innovaciones y Portes Gil no se quedó atrás: se convirtió en el primer Presidente de México en enviar un mensaje a los ciudadanos luego de tomar posesión. En esa ocasión resaltó que él no sería un interino sin trascendencia histórica e invitó a los grupos a que buscaran el apoyo de la población. A su vez destacó:

"Mi labor se concretará a continuar la política desarrollada en todos los órdenes de la administración pública por el señor Presidente Calles y a procurar el cumplimiento del programa social delineado por el extinto Presidente electo, señor general Álvaro Obregón."⁴⁹

⁴⁷ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 364.

Portes Gil reconoció la enorme valía que Obregón y Calles tuvieron para la Revolución hecha gobierno, mas, ¿el discurso de la época no era a favor de las instituciones? ¿Por qué reconocer a los hombres, sobre todo si uno de ellos seguía con vida y al invocarlo incrementaba su influencia? En ese momento nadie lo sabía, pero la realidad era que Calles entregó la Primera Magistratura, no el poder. En la batalla por la Presidencia Interina, el sonorense ganó importantes aliados, que en otras circunstancias hubiesen continuado como fieles obregonistas. A su vez, perdió elementos primordiales que en el pasado, cuando los necesitó, estuvieron de su lado, pero en el nuevo ajedrez político perdieron la trascendencia y los privilegios que disfrutaron en otro tiempo. Tal era la historia de un moderno Napoleón que encontró su Waterloo tras la muerte de Obregón. En el reacomodo de las piezas, Luis Napoleón Morones salió sobrando.

2.7 El desmoronamiento

Era Luis Napoleón Morones un ex electricista que canalizó la fuerza del movimiento laboral para conseguir sus objetivos. Como líder de la Confederación Regional Obrero Mexicana (CROM) realizó un pacto político con Álvaro Obregón cuando éste fue candidato presidencial en 1920: el caudillo daría un fuerte apoyo a los trabajadores a cambio de que ellos respaldaran su campaña en contra de Ignacio Bonillas y Venustiano Carranza.

Esta alianza fue muy fructífera para ambos. Obregón cimentó su figura de defensor de los pobres y los oprimidos mientras que Morones escaló a los altos puestos de la política nacional. Para complementar a la CROM, fundó el Partido Laborista, con la intención de ganar escaños en el Congreso de la Unión, donde él fue diputado y uno de los artífices para contener la influencia de Jorge Prieto Laurens, uno de los líderes de la rebelión delahuertista, en el Poder Legislativo. Era la época de oro en la relación entre Morones y Obregón.

Si Morones fue un gran apoyo de Obregón, ese respaldo se incrementó en proporciones enormes hacia Plutarco Elías Calles. Cuando éste se postuló a la presidencia, el Partido Laborista estuvo a su lado a todo momento. Calles se convirtió en una figura protectora de los obreros y nadie dudó en calificarlo como el mandatario que más se había preocupado por este sector hasta entonces. Esta euforia de señalar a Calles como el "Presidente Obrero" se reflejó en un texto apologético publicado en 1925: *El general Calles y el sindicalismo*, escrito por A. Gil Pihaloup (seguramente era un seudónimo). En sus páginas, se destaca el pensamiento de Calles a favor de las clases trabajadoras.

Como premio a su fidelidad, Morones fue nombrado Secretario de Industria, Comercio y Trabajo. El líder de la CROM también fue un importante auxilio para el presidente Calles cuando, a causa de su intento de expropiación petrolera, el gobierno de los Estados Unidos planeó una invasión a territorio mexicano. Por

⁴⁶ Meyer, Lorenzo, *Fin de régimen y democracia incipiente. México hacia el siglo XXI*, página 23.

⁴⁹ Portes Gil, Emilio, *op. cit.*, página 51

medio de un sorprendente sistema de espionaje, Morones se apropió de documentos que demostraban las intenciones del vecino país del Norte. Calles sentenció a su homólogo estadounidense que si no replegaba sus planes, enviaría esas pruebas al tribunal internacional de La Haya y pondría a Estados Unidos en una difícil situación ante al resto de las potencias del mundo. Calles no realizó la nacionalización del oro negro, pero gracias a Morones obtuvo un importante triunfo moral: puso en un grave predicamento al país más poderoso del mundo. Además, esta acción quedó como un antecedente fundamental para las acciones de Lázaro Cárdenas, en 1938.

El líder obrero creyó que sería el siguiente Presidente de México cuando Calles dejara el poder. Sus sueños cayeron estrepitosamente con la campaña reeleccionista de Obregón; por esto, Morones fue uno de los hombres que más criticó al invicto general, pero tras el trágico desenlace de Serrano y Gómez, aprendió la lección: nadie impediría el triunfo del caudillo, lo que generó que en sus declaraciones atacara la figura del general sonoreense. Uno de los pronunciamientos que más disgustó a los obregonistas, fue el que Morones realizó en abril de 1928, donde aseguró que aunque el caudillo triunfara en las elecciones, no llegaría a la Presidencia. El líder obrero no midió el alcance de sus palabras.

Tras la muerte de Obregón a manos de José de León Toral, los obregonistas responsabilizaron a Morones y a los laboristas del asesinato de su jefe. Emilio Portes Gil y Luis L. León coincidieron en que si Calles aceptó las renuncias de los miembros del Partido Laborista que ocupaban puestos públicos, fue para impedir que se le identificara como su protector, máxime cuando debía negociar para apaciguar la furia de los obregonistas.

Con el objeto de evitar conflictos hasta que la situación se tranquilizara, Morones y sus aliados desaparecieron un tiempo de la arena política, mientras Calles y los *obregocallistas* controlaban los acontecimientos. El regreso de Morones se dio en los primeros días del gobierno de Emilio Portes Gil. El líder laborista tenía desenterrada el hacha de guerra, que asomó en contra del Presidente Interino, en un duelo pendiente, pues desde la época en que el tamaulipeco fue gobernador de su estado natal, trabaron diferencias ideológicas sobre la ley laboral. Lo que Morones no consideró fue que Portes Gil ya era Presidente... y él la sombra del poderoso secretario de Estado que fue en el pasado.

El 5 de diciembre de 1928, la CROM realizó su IX Convención Nacional. Ahí, Plutarco Elías Calles pronunció un discurso mesurado y los laboristas le contestaron que él siempre sería su caudillo. Calles continuaba siendo una figura que ocupaba las primeras planas de los diarios; sus discursos aún influían en la política nacional. Al día siguiente, los escasos lectores de los periódicos mexicanos leyeron las palabras de Calles: "Yo les repito a ustedes que cualesquiera que sean las circunstancias en que yo me encuentre, no habrá nada

ni nadie que pueda quitarme el cariño que yo siento por la Confederación Regional Obrera Mexicana."⁵⁰

El siguiente orador, Luis Napoleón Morones, atacó con fiereza a Emilio Portes Gil y a su iniciativa de promulgar la Ley Federal del Trabajo, la que reglamentaría los preceptos del artículo 123 constitucional. En su discurso, Morones también solicitó que se quitara la obra *El desmoronamiento*, donde se parodiaba su caída política.

La respuesta del Primer Magistrado fue categórica: no sólo se negó a impedir que continuaran las representaciones de la obra, sino que brindó la protección de la policía de la ciudad de México como muestra de solidaridad a sus participantes, con el argumento de que la libertad de expresión se encontraba plasmada en la Constitución y que él no la aniquilaría. Como respuesta, los laboristas abandonaron la Convención Obrero-Patronal, impulsada por el gobierno para promulgar la Ley Federal del Trabajo. Nadie notó su ausencia, la CROM había perdido su fuerza política y varias organizaciones locales se separaron de ella.

Un ejemplo de esa escisión en la cúpula de la central obrera fue la salida que encabezó Vicente Lombardo Toledano, quien tras acusar a los dirigentes de la CROM de corruptos y de olvidar la lucha por los derechos laborales, renunció al organismo y fundó la CGOCM (Confederación General de Obreros y Campesinos de México), institución que le ayudaría a fundar la Confederación de Trabajadores de México. Como Lombardo tuvo el apoyo del presidente Cárdenas para fundar la CTM, se reinició la relación gobierno-líderes obreros, como en los tiempos donde la CROM y Obregón realizaron el pacto secreto o cuando Calles y Morones eran inseparables.

La caída de la CROM y el ascenso de la CTM muestra parte del reacomodo de los dirigentes laborales. Calles, para maniobrar la crisis generada por la muerte de Obregón, sacrificó a su antiguo compañero, de lo contrario se convertiría en un factor de conflicto entre las fuerzas políticas que buscaban encauzar a la Nación por un camino pacífico. También es una evidencia de que los hombres no son indispensables y con el proceso de institucionalización que vivía el país, pasaban a un segundo plano. Morones fue desplazado, pero llegó Lombardo; a su vez, éste fue eliminado cuando el gobierno ya no lo necesitó. Las reglas de la ronda de las élites en el poder: hoy están en la cumbre y mañana en el olvido.

El hecho de que Calles asistiera en la Convención de la CROM, fue interpretado como muestra de apoyo a su ex colaborador. Esta teoría fue sostenida incluso por el Presidente de la República, quien solicitó a su antecesor que diera a conocer su postura: o estaba con los laboristas o se mantenía al lado del gobierno. El ex Presidente no tuvo más remedio que declinar como líder del equipo destinado a fundar el Partido Nacional Revolucionario y el 8 de diciembre declaró lo siguiente: "analizando la situación producida en los últimos días y tras un riguroso examen de ella, encuentro que tal vez no sea yo el indicado para

⁵⁰ Meyer, Lorenzo. *Los inicios de la institucionalización*, página 40.

cumplir esa obra (la organización del partido) y que para facilitarla y para acabar con toda suspicacia que pudiera existir con relación a los verdaderos móviles que han animado mi actitud, debo retirarme absolutamente de la vida política y volver como vuelvo hoy, a la condición del más oscuro ciudadano, que ya no intenta ser, ni lo será nunca, factor político de México."⁵¹

Parecía ser un adiós definitivo. La despedida al proyecto del partido y al poder. Tal era su decisión. Pero las condiciones que México vivió a finales de la década de los veinte, hicieron que Plutarco Elías Calles emergiera como un ente indispensable para los gobiernos revolucionarios. Al igual que cuando Álvaro Obregón decidió reelegirse, Calles sintió que era el único pilar que cimentaría los logros de la Revolución. El discurso institucional se rompía en pedazos. El maximato nació de las cenizas del caudillismo.

⁵¹ *Ibid.*, página 43.

CAPÍTULO III

EL JEFE MÁXIMO, LA FIGURA METACONSTITUCIONAL

3.1 El Partido Nacional Revolucionario

En la historia del México independiente es difícil encontrar un partido político con la fuerza que durante más de siete décadas tuvo el Partido Revolucionario Institucional. El origen de esta maquinaria electoral del sistema político mexicano se remonta al periodo estudiado en el presente ensayo. En la diarquía Obregón-Calles, dos grupos se disputaban el poder, al faltar el dirigente de uno de ellos, quien queda con vida debe crear un mecanismo que les permita a ambos sectores vivir en armonía, así como obtener beneficios sin destruir los logros alcanzados. Con la emergencia nacional tras la muerte de Obregón, lo necesario era civilizar la lucha por el poder para realizarla dentro de un marco pacífico. De ahí la importancia de fundar el Partido Nacional Revolucionario.

Calles sabía que no era poseedor de una imagen que influyera en la mayoría de los políticos, sobre todo tras la acusación de que él y sus seguidores eran el cerebro que dirigió la mano de León Toral; por eso, el liderazgo de un solo hombre lo canalizó a una vida institucional. El nuevo pilar, el eje que centralizaría a los grupos no sería un caudillo, sino un *moderno príncipe*, un partido de alcances nacionales.

De esta forma, el 1 de marzo de 1929, en la ciudad de Querétaro, inició la Convención Nacional que fundó el Partido Nacional Revolucionario. A la cabeza de esta reunión estaban hombres muy cercanos a Plutarco Elías Calles, como Manlio Fabio Altamirano, Luis L. León, Melchor Ortega y Manuel Pérez Treviño.

En dicho evento se seleccionó a la persona que competiría en las elecciones presidenciales del 17 de noviembre de 1929 en representación del partido. Las fuerzas obregonistas apoyaban a Aarón Sáenz, un joven general que realizó toda su carrera política y militar al lado de Álvaro Obregón. Pero el grupo callista tenía otras intenciones: respaldar a un michoacano que llevaba ocho años fuera de México, ostentando cargos diplomáticos, y desconocía cuáles eran las condiciones predominantes en el contexto nacional: Pascual Ortiz Rubio.

Aquí encontramos una de las características más importantes del PNR: la selección de candidatos de acuerdo a los intereses de los grupos políticos que detentan el poder. Al no ser nominado, Sáenz se retiró de la Convención, argumentando que en ella se realizaba un fraude, que todo era una farsa y dicho partido no era democrático. Sin embargo, al recibir la noticia de que finalmente iniciaba la rebelión de José Gonzalo Escobar, ordenó a sus partidarios que regresaran, afirmando que lo importante no eran los hombres, sino defender al régimen revolucionario de sus enemigos.

Dominar al partido fue muy importante para el callismo, ya que impedía que otros elementos no afines a sus intereses se postularan a puestos de elección popular bajo la bandera del PNR. Tal fue el caso de los ortizrubistas que no fueron tomados en cuenta en las listas de aspirantes a diputados en 1930. Pero si de acuerdo al discurso de la época lo trascendental no eran los hombres... ¿Entonces a qué vienen las siguientes palabras de Manuel Pérez Treviño, dichas durante las últimas sesiones que dieron origen al partido?:

"El general Plutarco Elías Calles acaba de ser llamado por el ciudadano Presidente de la República para que se ocupe de la Secretaría de Guerra (...) Su solo nombre y sus antecedentes son una garantía completa de éxito, y este entusiasmo que se desborda tendrá seguramente que alcanzar, en ondas que se extiendan en el territorio patrio, a todos los corazones de los soldados que desde este momento están bajo sus órdenes inmediatas. Y el ejército sentirá de nuevo los entusiasmos de tener a la cabeza a uno de sus caudillos máximos, y es seguro que cualquier sacrificio en estas condiciones será recibido con la sonrisa en los labios, con la sonrisa del estolicismo característico de los mexicanos, que se encuentran siempre en los momentos críticos de la vida."

Al igual que Emilio Portes Gil en su toma de posesión, los callistas cayeron en el culto a la personalidad del ex Presidente. Pero lo que se buscaba era cimentar a Calles como el líder nacional que apremiaba en México durante ese momento de crisis. El partido era su proyecto y sus dirigentes lo reconocían, como los niños pequeños que corren hacia su padre y se abrazan a sus piernas, contemplándolo como su ídolo, pero en una silente búsqueda de apoyo y protección. El naciente PNR, cual infante que da pasos titubeantes, requería de la dirección del hombre que lo concibió. Ése era el discurso de los callistas.

El hecho de que 148 partidos de 28 estados de la República se integraran a las filas del PNR era garantía de un predominio nacional. Al igual que Álvaro Obregón, el callismo permitió que los caciques realizaran lo que quisieran en sus estados, siempre y cuando esto no fuera un elemento de inestabilidad para el régimen y viceversa: los líderes regionales eran respaldados por el PNR para legalizar y legitimar su poder por la vía electoral.

CUADRO I:

Integrantes de la **Primera Dirección Nacional del Partido Nacional Revolucionario**

4 de marzo de 1929-11 de febrero de 1930

Presidente de la República: Emilio Portes Gil.

Presidente: **General Manuel Pérez Treviño (***)**
Secretario General: **Ingeniero Luis L. León (***)**
Secretario del Exterior: **Diputado Carlos Riva Palacio (***)**
Secretario Especial: **Gonzalo N. Santos (***)**
Secretario Especial: **Diputado Melchor Ortega (***)**
Secretario Especial: **Senador Bartolomé García Correa (***)**
Secretario Especial: **Diputado David Orozco**
Director del IEPES: **Ramón V. Santoyo**

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999).

En sus orígenes, el partido hegemónico contó con autonomía del poder presidencial. Emilio Portes Gil, si bien apoyó la gestación de dicho organismo, no influyó en sus decisiones, como lo muestra el que el mandatario no tuvo voz durante la elección del candidato presidencial. A su vez, Pascual Ortiz Rubio nunca lo controló, ya que durante la mayor parte de su periodo, el CEN de este organismo estuvo integrado por callistas recalcitrantes, como Pérez Treviño, Luis L. León y Melchor Ortega, y en las tres ocasiones en que el partido no fue dominado por seguidores del Jefe Máximo, se optó por una de las reflexiones de Maquiavelo: "a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos".² Se aplicaba lo segundo.

En la primera ocasión, el presidente Ortiz Rubio decidió ganar algunos puestos políticos para contrarrestar la influencia de Calles sobre su gobierno. Así, colocó al profesor Basilio Vadillo en la dirigencia nacional del PNR pero, obligado a pactar con los callistas, sacrificó a su colaborador para no entrar en conflicto con los partidarios del Hombre Fuerte de México.

La segunda vez que el CEN no estuvo dirigido por callistas, es cuando el líder del partido fue Emilio Portes Gil. El tamaulipeco quería convertir al PNR en un instrumento de su propiedad, que rivalizaba con el poder de Pascual Ortiz Rubio, probablemente con miras a reelegirse en 1934. Pero este intento fue detenido por una alianza provisional entre Ortiz Rubio y Plutarco Elías Calles, quienes nulificaron a los portesgilistas y obligaron a su líder a salir en misión diplomática a Europa. El Jefe Máximo no iba a permitir que alguien eclipsara su liderazgo.

En la última, cuando el Presidente del PNR era un viejo subordinado de Calles, el general Lázaro Cárdenas, y la rivalidad entre el sonorense y Ortiz Rubio llegó a su climax, el michoacano apoyó al Primer Magistrado, pese a su pasado como fiel callista. Con la renuncia de Ortiz Rubio, Cárdenas recibió como castigo un congelamiento político, que concluyó cuando Abelardo Rodríguez lo llamó para que ocupara la Secretaría de Guerra y Marina.

CUADRO II:

Integrantes de la **Segunda Dirección Nacional del Partido Nacional Revolucionario**
11 de febrero de 1930-22 de abril de 1930
Presidente de la República: Pascual Ortiz Rubio.

Presidente: Profesor Basilio Vadillo
Secretario General: **Coronel Matías Rodríguez (***)**
Oficial Mayor: Licenciado Jorge Meixuero
Secretario de Actas: **Ingeniero Bartolomé García Correa (***)**
Secretario de Prensa: **Contador Público Melchor Ortega (***)**
Secretario Tesorero: David Orozco
Secretario del Exterior: **Carlos Riva Palacio (***)**
Secretario del Distrito Federal: **Diputado Gonzalo B. Santos (***)**

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: **El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999).**

¹ León, Luis L., *op. cit.*, página 324.

Como se puede apreciar, nadie podía ir en contra de los designios callistas. Aquí se encuentra un punto interesante. El objetivo de fundar el PNR era centralizar a todas las fuerzas políticas en un solo organismo; esto se logró, pero no para servicio del Presidente, sino para el del grupo de seguidores del general Calles. Por medio del PNR dominaron las elecciones en cada estado y con ello se impusieron como grupo hegemónico en todo el país. En agosto de 1929, Manuel Pérez Treviño escribió a Plutarco Elías Calles, quien se encontraba en Europa, lo siguiente:

"En términos generales, el Partido ha ido ganando bastante terreno, aun en el Distrito Federal que considerábamos más difícil, pues contamos ya con una organización fuerte dentro de las estructuras del Partido. Para mediados de septiembre próximo esperamos regresar a México y entonces se hará la manifestación a Ortiz Rubio por los elementos del Distrito Federal. Hemos acordado que esa manifestación se haga exclusivamente con los elementos del referido Distrito Federal, sin la cooperación de los estados limítrofes, como se ha hecho en ocasiones anteriores y por los informes que he tenido de los compañeros que están en México trabajando este asunto, creemos que será un éxito."³

Calles respondió: "...me he enterado de los trabajos que el Partido Nacional Revolucionario está desarrollando a favor de la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, cuyo éxito ya me esperaba. Siempre tuve yo fe en que el éxito del partido sería completo, y que su organización iría día a día mejorando, así como que sus miembros en toda la República, principalmente sus directores, irían tomando ya una orientación definida."⁴

CUADRO III:

Integrantes de la **Tercera Dirección Nacional del Partido Nacional Revolucionario**
22 de abril de 1930-15 de octubre de 1930
Presidente de la República: Pascual Ortiz Rubio.

Presidente: Licenciado Emilio Portes Gil
Secretario General: Licenciado Genero V. Vázquez
Secretario de Actas: Senador Pastor Rouaix
Secretario Tesorero: Senador Rafael Apango
Secretario del Exterior: Licenciado Jesús Silva Herzog
Secretario del Distrito Federal: Doctor José Pérez Gil y Ortiz
Secretario de Prensa y Propaganda: Froylán Manjarrez
Director del IEPEs: Lucio Mendieta y Núñez

NOTA: Debido a la inminente ruptura entre el Jefe Máximo y Emilio Portes Gil, se observa que en esta ocasión los callistas no fueron integrados en la dirigencia del partido oficial. Algo muy difícil de apreciar durante el periodo del maximato, y que sólo se repetiría tras el duelo de declaraciones que sostuvieron el presidente Cárdenas y Plutarco Elías Calles en junio de 1935.

Fuente: El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999).

² Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2da. edición, página 38.

³ Carta de Manuel Pérez Treviño a Plutarco Elías Calles, 30 de agosto de 1929, Saltillo, Coahuila, en Archivo Plutarco Elías Calles (en lo sucesivo APEC), Expediente 38 (Pérez Treviño, Manuel), sin folio (s/f).

⁴ Carta de Plutarco Elías Calles a Manuel Pérez Treviño, 30 de septiembre de 1929, París, Francia, en APEC, Expediente 38 (Pérez Treviño, Manuel), s/f.

Éste es un ejemplo de cómo Calles era informado por sus fieles subalternos de cada uno de los pasos que daba el PNR a favor de su candidato. Además, recibía un reporte pormenorizado de la política nacional. En la carta citada, Pérez Treviño también habla de la posibilidad de que los grupos católicos no satisfechos con las negociaciones de paz que el gobierno de Emilio Portes Gil realizó para finalizar la Guerra Cristera, se unieran a los contingentes que encabezaba el candidato de la oposición, José Vasconcelos.

Este hombre, veterano de la gesta revolucionaria, siempre tuvo un sueño: ser Presidente de México. Consideró que el contexto de 1929 era el propicio para obtener un triunfo electoral en las elecciones del 17 de noviembre de ese año. Encontró gran respaldo en las clases medias y en los sectores conservadores. La campaña fue ardua, pero al final, cayó vencido ante la fuerza del naciente PNR. El sueño vasconcelista de una nueva ascensión de la llamada raza cósmica se esfumó frente a sus ojos.

Vasconcelos no volvió a ser el mismo, se comportó como un amargado, una vez más se auto exilió, pero ahora en Sudamérica y Europa. No perdía oportunidad para atacar a Plutarco Elías Calles argumentando que en México los Presidentes no contaban con autonomía, sino que obedecían los designios del llamado Jefe Máximo. Con desprecio, llamaba al sonorenses *La Plutarca y el Turco*. Vasconcelos ya no era un ser humano, era un fantasma que recorría el mundo en busca de redención, tratando de encontrar una respuesta que lo llevara a comprender por qué México no lo apoyó. Nunca sabremos si la obtuvo.

Si el Partido Nacional Revolucionario nulificó a una fuerza tan grande como el vasconcelismo, el resto de sus enemigos políticos fueron presa fácil. Algunos miembros del Partido Nacional Agrarista expulsaron a Aurelio Manrique Jr. y a Antonio Díaz Soto y Gama de este organismo. Como se vio en el capítulo anterior, estos hombres eran opositores al liderazgo de Calles; ya sin ellos, el PNA no tuvo inconveniente en fusionarse con el PNR. El Partido Laborista, de Morones, sostenía que no estaba en contra del PNR, sino que su lucha era con el gobierno de Emilio Portes Gil. Lo que el líder obrero no comprendió, es que era la batalla de David contra Goliat y el Laborista nunca fue un adversario de temer para el P.N.R.

CUADRO IV:

Integrantes de la **Séptima Dirección Nacional del Partido Nacional Revolucionario**

9 de junio de 1933-25 de agosto de 1933

Presidente de la República: Abelardo Rodríguez.

Presidente: General Manuel Pérez Treviño (***)
Secretario General: Bartolomé Vargas Lugo (***)
Secretario Tesorero: Gilberto Flores Muñoz (***)
Secretario de Prensa y Publicidad: Alejandro Lacy
Secretario de Actas y Acción Agraria: Matías Rodríguez (***)
Secretario del Exterior y Acción Obrera: Doctor Julián Garza Tijerina

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: El partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999).

El PNR no perdió la oportunidad de crear un órgano informativo que difundiera las ideas del régimen. Ese periódico se llamó *El Nacional Revolucionario*. Su primer director fue Luis L. León, quien dictaminó que en ese diario, cada vez que se nombrara al general Calles, se le reconociera con el sobrenombre de Jefe Máximo de la Revolución, creando así la imagen de un ser indispensable para el régimen, ya que, como afirma Hobbes: "Obedecer es honrar."⁵ Calles era obedecido y honrado por su grupo político, se transformó en un símbolo viviente de la ideología de la Revolución.

Cuando el PNR distribuyó las credenciales que permitían a los simpatizantes certificar que eran pertenecían del partido, León le escribió al general Calles lo siguiente:

"Siendo usted de hecho el jefe de nuestro Partido, y el iniciador de nuestra organización, creímos conveniente entregarle a usted la tarjeta número uno de las que se repartirán entre todos los miembros del Partido."⁶

El callismo parecía consolidado como el factor más importante de la política nacional. El PNR cumplía su objetivo: controlar a los grupos regionales y ser árbitro de los conflictos entre los diversos actores políticos, pero no a favor de un proyecto que llevara a la práctica el ideal de la Revolución, sino para beneficio de una élite. Ya sin Obregón, Calles supo que "Su poder, que ha nacido bajo la presión de las circunstancias y se ha desarrollado, después por comodidad, adopta en adelante la forma de un sistema."⁷ Ese sistema, con facultades por encima del marco legal, es conocido como *maximato*.

3.2 El control sobre las Cámaras

Por mandato constitucional, el Estado mexicano está compuesto de tres poderes federales: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Este último, salvo en la época de la República Restaurada (1867-1876), prácticamente ha sido siempre un cero a la izquierda, ya que como refiere Lorenzo Meyer, cuando al inicio de su mandato el presidente Ernesto Zedillo suprimió de manera temporal a la Suprema Corte de Justicia de la Nación, casi nadie se percató de este movimiento.⁸

En el gobierno de Calles, como se comentó en el capítulo anterior, la mayoría de los legisladores permanecieron al lado de Álvaro Obregón, lo cual permitió a este hombre preparar el marco legal que aprobó su reelección. La forma en que los obregocallistas recobraron el Congreso y eliminaron a los obregonistas radicales, fue lo que propició una ruptura total entre ambos grupos y el que se gestara la rebelión escobarista. Sabían que por las vías legales no obtendrían el poder; era necesario ganar por medio de las armas, como se verá más adelante.

⁵ Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 71.

⁶ Luis L. León a Plutarco Elías Calles, 24 de julio de 1929, APEC, Expediente 121 (León, Luis), *s/f*.

⁷ Moscovici, Serge, *op. cit.*, página 11.

⁸ Meyer, Lorenzo, *Fin de régimen y democracia incipiente. México hacia el siglo XXI*, página 38.

Cuando el PNR decidió que su candidato a la Presidencia sería Pascual Ortiz Rubio, nació un nuevo grupo que buscó fortalecerse para sostener a su jefe y desafiar los designios del Jefe Máximo: el ortizrubismo. Lo que sus integrantes nunca pensaron, es que su bandera nació muerta.

El primer intento de los ortizrubistas por tener un pequeño espacio de poder, fue cuando el diputado Arturo Medrano y del senador Arturo Campillo crearon en el Congreso de la Unión un grupo completamente subordinado a Pascual Ortiz Rubio, para eliminar el liderazgo de los callistas en el Poder Legislativo. Esto generó una auténtica guerra civil entre representantes del pueblo. Los simpatizantes del ya entonces Presidente electo querían desplazar al grupo callista y la única forma de dominar las cámaras, era ganando la presidencia de las comisiones instaladora y permanente durante la inauguración del nuevo periodo de sesiones.

Ortiz Rubio estimuló a sus seguidores para que no decayeran en esa lucha por obtener el control del país. Pero lo que movía a los ortizrubistas no era un ideal ni tampoco el hecho de que su líder fuese carismático; sino motivos personales, ambiciones, todo eso que trae consigo el anhelo de disfrutar sin límites, el delicioso platillo que en la mesa política se llama poder.

Pero los sectores callistas no estaban dispuestos a ceder. La batalla legislativa comenzó y los ortizrubistas en el Congreso fueron llamados blancos, mientras que a los primeros se les denominó rojos; combatieron casi a muerte por el dominio de la Cámara Baja.

Tras su participación como Secretario de Guerra y Marina y principal dirigente de las tropas federales durante la rebelión escobarista, Calles viajó a Estados Unidos y Europa; se alejó del país durante la campaña de Ortiz Rubio. Cuando algunos elementos ortizrubistas expulsaron de las cámaras de valiosos callistas como González N. Santos, Melchor Ortega y Carlos Riva Palacio, Calles habló con el Presidente electo y Ortiz Rubio cedió. El Jefe Máximo no perdería espacios políticos, ya que, como afirma Tzvi Medin:

"Calles necesitaba evitar que las cámaras fueran dominadas por el presidente. El dominio político debía expresarse en el mecanismo político del maxismo por un doble cauce: Jefe Máximo-PNR-Cámaras-Presidente, por un lado, y Jefe Máximo-Gobierno-Presidente, en este orden, por otro. En caso de situaciones problemáticas Calles intervendría directamente, tal cual se vio necesitado de hacerlo apenas vuelto de Europa al intervenir en la lucha de las cámaras y en la constitución del gobierno."⁹

En los días en que Pascual Ortiz Rubio triunfó en las elecciones para Presidente de la República, gracias a la manera como se resolvió la crisis política tras la muerte de Obregón y a su papel como artífice de la derrota de los escobaristas, Calles tenía prestigio y era considerado el Jefe Máximo de la

⁹ Medin, Tzvi, *El mínimo presidencial: Historia política del Maximalismo (1928-1935)*, Ediciones Era, México, Octava reimpresión, 1998, página 80.

Revolución por varios sectores de la opinión pública, así que sus palabras caían como relámpagos en la tormenta: todos los oían, todos los escuchaban.

Como afirma Robert Dahl¹⁰, la influencia de una persona obliga al resto de los individuos que participan en política a perpetrar actos que en otras circunstancias no hubieran hecho. Así, la voz de Calles obligó a los ortizrubistas a ser fieles a los designios de los callistas en el Congreso.

En esta lucha entre callistas y ortizrubistas, surgió un nuevo elemento político que obligaría a ambos rivales a reconsiderar sus posiciones: el portesgilismo. Emilio Portes Gil se reveló durante su breve gobierno como un astuto político, como un hombre que logró ocultar su más intenso afán: su reelección. Portes Gil era un gran negociador. De inicio, pacificó a los grupos cristeros por medio de un pacto con la cúpula eclesiástica. Con ello, obtuvo un importante triunfo que ni siquiera políticos de la talla de Obregón y Calles alcanzaron. Su figura creció considerablemente gracias a este acontecimiento.

El gran problema para Portes Gil fue que permaneció muy poco tiempo al frente del gobierno y no disfrutó por completo del poder. Cuando fue designado Secretario de Gobernación por Pascual Ortiz Rubio, para él significó un nuevo triunfo, ya que no perdía su papel como una de las figuras de mayor relieve en el periodo estudiado y, desde esa posición, buscaría nuevos aliados para robustecer su influencia. Dulles lo resume así: "A diferencia de Vadillo (presidente del PNR) (...) Portes Gil no marchaba de acuerdo con el presidente."¹¹

Para Pascual Ortiz Rubio, Portes Gil no era alguien que le inspirara confianza, sino un recomendado de Calles, con quien el Presidente estaba interesado en mantener una relación pacífica, pues conocía la trascendencia del Hombre Fuerte de México en la política nacional. Por eso, cuando el conflicto con su antecesor llegó a niveles considerables, Calles y Ortiz Rubio decidieron separar a Portes Gil del gobierno, enviándolo a la dirección del PNR. Ortiz Rubio pensó que se libraba de un enemigo; Calles, que llevaba a un aliado a una importante posición de poder que lo ayudaría a fortalecerse. No tardaron en darse cuenta que ambos se equivocaban.

En ese movimiento, quien ganó más fuerza fue Calles, ya que como presidente del partido, Portes Gil no permitió que los ortizrubistas participaran como candidatos a diputados y senadores bajo la bandera del PNR; estos puestos fueron ocupados por callistas... y portesgilistas. El ex mandatario buscaba darle cierta autonomía al partido, utilizarlo para sus propios intereses y tener un dominio de alcances nacionales, ya que con el PNR influenciaba a legisladores y gobernadores. Cuando Calles y Ortiz Rubio se dieron cuenta de las verdaderas intenciones de Portes Gil, lo eliminaron de la jugada política y lo enviaron como embajador a Francia.

¹⁰ Citado en Bobbio, Norberto, *op. cit.*, página 104.

¹¹ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 454.

¿Por qué se afirma que con la presencia de Emilio Portes Gil en el PNR quien más ganó fue el callismo? La respuesta es sencilla: se consiguió un importante objetivo: que los partidarios de Ortiz Rubio no ganaran curules. Con este acto, el callismo se afianzó como la fuerza predominante en el Congreso, que siempre se mantuvo hostil al Primer Magistrado. Por eso, al momento en que éste presentó su renuncia, no hubo problema para que se impusiera en la Presidencia a un incondicional del Jefe Máximo: Abelardo Rodríguez. Así, con hombres como Luis L. León, Melchor Ortega, Gonzalo N. Santos, Juan Cruz, Enrique Fernández Martínez, Rutilio Camacho, Práxedes Giner, Joaquín Lorenz, Rafael Picazo y Rafael Melgar, el Jefe Máximo convirtió al Poder Legislativo en un incondicional de sus designios.

En esta lucha por el poder encontramos ya cierta organización en los diversos actores. Sin embargo, en este esquema de división de poderes, no había un control de todos los elementos. Los grupos no llegaban a un consenso. Contaban con una estructura poderosa, pertenecían a la misma clase política, pero no cooperaban entre sí para consolidar su dominio. No era algo nuevo. El propio Calles reconoció en su informe del 1º de septiembre de 1928 que los revolucionarios, al carecer de enemigos ideológicos de valía, se despedazaban entre ellos.

Uno de los límites al poder presidencial en el periodo estudiado, es que no controlaba al Legislativo, que en los diversos conflictos, se convirtió en una zona de guerra, ya que el Primer Magistrado nunca dominó a las diversas facciones que lo integraban; por el contrario, se rebelaban a su autoridad. Melchor Ortega, un callista recalcitrante, afirma que:

"La desgracia de Ortiz Rubio fue que, entrando al poder, dividió a las Cámaras (...) Hablé en varias ocasiones con don Pascual y le aseguré que los callistas estábamos a sus órdenes, que para el bien del país era conveniente que hubiera unidad. Pero don Pascual seguía pensando que éramos enemigos. Vivía angustiado, lleno de temores, pensaba inclusive que sus enemigos lo querían asesinar."¹²

Pero lo que Melchor Ortega no reconoce es que es imposible responsabilizar sólo al Congreso de la caída de Ortiz Rubio, ya que este mandatario dormía con el enemigo, no podía confiar en nadie, ni siquiera en los miembros de su gabinete. Los callistas estaban infiltrados en los más íntimos círculos del poder. No querían salir, pero tampoco permitían el acceso de nuevos grupos. Como afirma Moscovici: "En la lucha de la razón contra la pasión siempre gana la pasión."¹³ Los callistas razonaban a conveniencia. Los apasionaba el poder.

¹² Ellas Calles, Leonardo, *op. cit.* páginas 103-104.

¹³ Moscovici, Serge, *op. cit.*, página 32.

3.3 El círculo más cercano...

Para Luis Echeverría Álvarez, Presidente de México de 1970 a 1976, el único momento en que un hombre que ocupa ese puesto está completamente solo, es cuando elige a su gabinete, a ese conjunto de individuos que le ayudarán a conducir la vida pública del país, a quienes consultará en momentos de crisis y que se convertirán en su más firme apoyo a cada instante.¹⁴

Nicolás Maquiavelo advirtió de la importancia que tiene para el gobernante el elegir a sus colaboradores, ya que éste debe saber si puede depositar su confianza en ellos, o son mercenarios que sólo buscan su beneficio y no el del Estado. El Príncipe siempre debe conocer cuáles son las pasiones que dominan a los hombres que lo rodean.¹⁵

Emilio Portes Gil fue excluyente al momento de integrar su gabinete; a él se unieron principalmente callistas que desempeñaron un papel óptimo en el gobierno anterior. Como reconoce Francisco Díaz Babbio, con ese gabinete se dio un retroceso, no se unía a los grupos, el obregonismo se rezagaba y para sobrevivir en la política se debía ser partidario del general Calles.¹⁶ Al analizar esta estructura, destacan dos secretarios de Estado: el de Gobernación y el de Guerra, Pascual Ortiz Rubio y Plutarco Elías Calles.

En el caso de Ortiz Rubio, éste fue requerido para que abandonara su labor diplomática y se convirtiera en el Ministro de Gobernación del nuevo régimen. Sin embargo, cuando llegó a México, un grupo de seguidores le pidió que no tomara posesión del cargo, sino que hablara con Calles en su casa de Cuernavaca. Se asegura que fue en ese momento cuando se le comunicó que sería el próximo Presidente y, para no inhabilitarlo legalmente, no aceptó esa Secretaría.

Por su parte, Calles fue nombrado Secretario de Guerra y Marina porque el titular de esta dependencia, Joaquín Amaro, sufrió un accidente en el campo de tiro del Colegio Militar y fue trasladado de emergencia a Estados Unidos, donde fue operado y perdió un ojo.

Como ministro, Calles enfrentó la rebelión escobarista, como se verá más adelante, con esto cimentó su figura de Jefe Máximo de la Revolución. Faltó a su promesa de dejar de ser un factor que alterara el orden; con esta actitud, como asegura Michels, los líderes "declaran que están cansados y hastiados del cargo, cuando en realidad su intención es mostrar a los disidentes el carácter indispensable del propio líder".¹⁷ Eso hizo Calles, fingió alejarse para que descubrieran lo terrible que era tenerlo y después perderlo, para que se le viera como el único ser capaz de salvaguardar al Estado.

¹⁴ Castañeda, Jorge G., *La Herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, Allaguara, México, novena reimpresión, 1999, página 71.

¹⁵ Maquiavelo, Nicolás, *op. cit.*, páginas 133-134.

¹⁶ Díaz Babbio, Francisco, *Un drama nacional. la crisis de la Revolución, declinación y eliminación del general Calles*. Primera etapa, 1928-1932, s.p.l., 1939, página 38.

¹⁷ Michels, Robert, *op. cit.*, página 91.

Fuera de estos dos acontecimientos, se puede decir que el presidente Portes Gil tuvo una relación cordial con su gabinete, lo cual no ocurrió durante el mandato de Pascual Ortiz Rubio, quien no se libró de los callistas que imperaran en su régimen.

Un fiel ortizrubista, el ingeniero Francisco Díaz Babbio, asegura que Ortiz Rubio permitió que los partidarios de Calles se apoderaran de su círculo más cercano, pero que sus seguidores ocuparían puestos secundarios dentro del mismo, como lo son las coordinaciones generales y las subsecretarías de Estado, con la finalidad de ser un contrapeo para los amigos del Jefe Máximo.

Esto cambió el día de su toma de posesión, el 5 de febrero de 1930. El Primer Magistrado sufrió un atentado a manos de un hombre llamado Daniel Flores. Ortiz Rubio no murió, pero quedó malherido, al grado de que no atendió los asuntos estatales por semanas. Para conocer cómo afectó esto a los colaboradores del Presidente, conozcamos el testimonio de Díaz Babbio:

**CUADRO V:
Integrantes del Primer Gabinete de Emilio Portes Gil:**

Secretario de Gobernación: Licenciado Felipe Canales
(subsecretario encargado del despacho)

Secretario de Relaciones Exteriores: **Genaro Estrada (***)**
(subsecretario encargado del despacho)

Secretario de Guerra y Marina: **General Joaquín Amaro (***)**

Secretario de Agricultura y Comercio: **Ingeniero Marte R. Gómez (***)**

Secretario de Educación Pública: **Licenciado Ezequiel Padilla (***)**

Secretario de Industria, Comercio y Trabajo: **Ramón P. De Negri (***)**

Secretario de Hacienda y Crédito Público: **Luis Montes de Oca (***)**

Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas: Ingeniero Javier Sánchez Mejorada

Jefe del Departamento de Salubridad: Doctor Aquilino Villanueva

Jefe del Departamento del Distrito Federal: **Doctor José María Puig Cassauranc (***)**

Contralor General de la Nación: Julio Freyssinier Morín

Procurador General de la República: Enrique Medina

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: Emilio Portes Gil, Quince Años de Política Mexicana.

"...el proceso de su enfermedad (de Ortiz Rubio) por la grave y dolorosa herida, requirió casi de dos meses, en los cuales sus amigos quedaron liquidados. Pero no digamos dos meses, ni dos semanas esperaron los callistas para componer y completar los puestos secundarios del Gabinete. Qué consideraciones hablan de tener esos sujetos para los amigos de Don Pascual. ¡No faltaba más! ¿Si ni para su mismo Jefe y Presidente la hablan tenido? Así que la bata de Flores, aparte de sus efectos casi mortales, fue un ave de mal agüero, que hizo oportunísima liquidación de los valores personales que hubieran acompañado y servido a Ortiz Rubio en su Gobierno..."¹⁸

Los callistas se apoderaron del gabinete y poco después su líder se les unió. En el pasado quedaron las promesas de Calles de no ser partícipe en la vida política nacional, con Ortiz Rubio ocupó el cargo de Secretario de Guerra y Marina (una vez más) y de Secretario de Hacienda y Crédito Público. De una u otra forma, nunca dejó de ser una sombra para el poder presidencial, como Álvaro Obregón lo fue para su gobierno.

Con Pascual Ortiz Rubio se generaron incontables cambios en el gabinete, pero siempre se encontraba integrado por callistas. De acuerdo a rumores que circulaban en esa época, desde las Secretarías de Estado se generaban intrigas para hacer caer al Presidente, como la que se le atribuye a Emilio Portes Gil cuando ocupaba el despacho de Gobernación, pero que hábilmente Calles y el Primer Magistrado eliminaron.

CUADRO VI:
Integrantes del Primer Gabinete de Pascual Ortiz Rubio:

Secretario de Gobernación: Licenciado Emilio Portes Gil
Secretario de Relaciones Exteriores: **Genaro Estrada (***)**
Secretario de Guerra y Marina: **General Joaquín Amaro (***)**
Secretario de Agricultura y Comercio: **General Manuel Pérez Treviño (***)**
Secretario de Educación Pública: **Licenciado y general Aarón Sáenz (***)**
Secretario de Industria, Comercio y Trabajo: **Ingeniero Luis L. León (***)**
Secretario de Hacienda y Crédito Público: **Luis Montes de Oca (***)**
Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas: **General Juan Andrew Almazán (***)**
Jefe del Departamento del Distrito Federal: **Doctor José María Puig Cassauranc (***)**
Procurador General de la República: Licenciado José Aguilar y Maya

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: John F. Dulles, Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936).

¹⁸ Díaz Babbio, Francisco, *op. cit.*, página 163.

Tan fuertes eran esos rumores, que en cuatro militares en activo que formaban parte del círculo más cercano a Ortiz Rubio, renunciaron para apaciguar un poco las pasiones políticas que se generaban. Así, abandonaron sus secretarías Lázaro Cárdenas, Joaquín Amaro, Saturnino Cedillo y Juan Andrew Almazán, el célebre CACA (Cárdenas, Amaro, Cedillo y Almazán, la palabra se forma con la primera letra de cada apellido).

Con este acto, los callistas civiles ganaron más posiciones en el gabinete, pero perdían a elementos de gran valía. Algunos historiadores manejan la hipótesis de que esta medida se dio para nulificar a Cárdenas y Amaro, quienes simpatizaban con el presidente Ortiz Rubio, pero para no hacer tan evidente su caída, eliminaron también a Cedillo y Almazán, lo cual generó que estos dos últimos apoyaran la expulsión de Calles, en 1936.

Tras ese inconveniente, se realizaron varias juntas del gabinete, con el nombre de Acuerdos Colectivos, a los que asistía el general Calles aunque ya hubiese renunciado a la Secretaría bajo su mando. Su participación era escuchada por todos los presentes y el gabinete ignoraba por completo a Ortiz Rubio.

Como una muestra de supremacía, los callistas renunciaron en bloque al gabinete, dejando a Ortiz Rubio sin apoyo. Ante esta situación, declinó el 2 de septiembre de 1932. Se iba como llegó: completamente solo, sin nadie que le hiciera caravanas de halago o le diera una palmada en la espalda. Ortiz Rubio fue Jefe del Ejecutivo, pero nunca conoció el poder presidencial.

CUADRO VII:

Integrantes del Primer Gabinete de Abelardo Rodríguez:

Secretario de Gobernación: Licenciado Eduardo Vasconcelos
(subsecretario encargado del despacho)

Secretario de Relaciones Exteriores: Señor Manuel C. Téllez

Secretario de Guerra y Marina: **General Pablo Quiroga (***)**

Secretario de Agricultura y Comercio: Señor Francisco S. Elías

Secretario de Educación Pública: **Licenciado Narciso Bassols (***)**

Secretario de Industria, Comercio y Trabajo: Licenciado Primo Villa Michel

Secretario de Hacienda y Crédito Público: **Ingeniero Alberto J. Pani (***)**

Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas: General Manuel M Acosta

Procurador General de la República: Licenciado Emilio Portes Gil

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: John F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*.

Ortiz Rubio trató de destruir la influencia de Calles al atraer a algunos elementos, como Cárdenas y Amaro a su lado, pero nunca lo consiguió. Aunque este político parezca un pelele, la realidad es que le disputó el poder a Calles, como afirma Arnaldo Córdova: "Ortiz Rubio llegó a hacerle, literalmente, la vida de cuadritos"¹⁹. El Jefe Máximo contaba con algo que el Presidente no tenía: aliados en los puestos de gobierno, eso fue lo que marcó la diferencia.

Sin embargo, al aceptar su presidencia bajo la sombra de Calles, Ortiz Rubio ayudó a consolidar la imagen de Hombre Fuerte de México. Sin saberlo, aplicó una de las máximas de Maquiavelo: "El que ayuda a otro a volverse poderoso causa su propia ruina."²⁰

Con una mayoría callista en el Congreso, se colocó a un incondicional de Calles en la Presidencia de la República. Este hombre fue Abelardo Rodríguez, quien, como medida para cimentar un poco su autoridad, envió un memorándum a todos sus colaboradores y les ordenó que a pesar de apreciaba por el Jefe Máximo, primero tratarían con él los asuntos de sus respectivos despachos y después consultarían al general Calles.

Pese a este tipo de acciones, Rodríguez no se libró de la tutela callista, por lo que decidió llevar la fiesta en paz. No era prudente generar más conflictos dentro del gabinete, sobre todo cuando ya estaba en ciernes la sucesión presidencial de 1934. Empero, Calles no dejó atrás la vieja costumbre de ocupar un puesto en el esquema gubernamental: el Presidente lo nombró Gobernador del Banco de México, el instituto económico más importante de aquellos años. De una u otra forma, Calles se mantenía no sólo en la nómina del gobierno, sino en los primeros planos de la política nacional.

Uno de los límites del poder presidencial en el periodo estudiado, fue el hecho que ningún Presidente de la República escogió libremente a su gabinete aunque la Constitución lo facultara para hacerlo, pues sentía que debía consultar al Jefe Máximo al momento de conformar a los hombres que pertenecerían a su círculo más cercano. El Primer Magistrado nunca controló las ambiciones de sus colaboradores, ya que, como en el caso de Pascual Ortiz Rubio, en ocasiones no los conocía a fondo, sino que estaban ahí por recomendación de Calles y, por ende, ¿a quién iban a ser fieles? ¿a un hombre sin trascendencia política o al sujeto al que le debían el puesto? La respuesta es obvia.

Los callistas aumentaban su coto de poder y durante el maximato sólo dos grupos se colocaron en una posición que pudo replegarlos y eliminarlos de la arena política, utilizando recursos completamente opuestos: el primero, un desplazamiento institucional, el segundo, una asonada. El primero estuvo dirigido

¹⁹ Córdova, Arnaldo, *La revolución en crisis. La aventura del Maximato*, Cal y arena, México, 1995, página 12 y 13.

²⁰ Maquiavelo, Nicolás, *op. cit.*, página 42.

por un hombre de Michoacán, de quien se hablará en el cuarto capítulo de este ensayo; el segundo, se analizará a continuación, era un residuo del obregonismo, una rebelión que puso en aprietos al gobierno, cuyo líder no era un caudillo, sino un general sedicioso que encabezada a una élite que se negaba a ser desplazada del poder. El nombre de ese militar era José Gonzalo Escobar.

3.4 El sector militar

Cuando Álvaro Obregón inició su campaña por la Presidencia en 1919, aseguró que los males que aquejaban a México eran tres: el catolicismo, el capitalismo y el militarismo. Paradójica reflexión, sobre todo si se toma en cuenta que vino de un caudillo que, en su megalomanía, no le importó cambiar la ley con tal de regresar al poder.

Durante el siglo XIX mexicano y la Revolución, los militares se convirtieron en un factor de inestabilidad para México, baste tomar el ejemplo de la caída de Madero para ilustrar este hecho. Durante su periodo, Obregón intentó institucionalizar al ejército: de ser un grupo de mercenarios al servicio de caciques buscó innovarlo hasta que fuera una fuerza armada que velara por el Estado.

No lo logró. La muestra es que estalló la rebelión delahuertista apoyada por varios jefes castrenses que ansiaban el poder. Si bien Obregón no depuró al ejército, el que durante la rebelión de Adolfo de la Huerta se exterminara a varios líderes militares permitió que, al inicio del gobierno de Plutarco Elías Calles, las fuerzas armadas se encontraran sin muchos militares de primer nivel con ambiciones personales. Habían caído varios generales (Maycotte, Guadalupe Sánchez, etc.), surgían nuevos (Cedillo, Almazán, Pedro J. Almada, Cárdenas, entre otros), pero los miembros de esta camada tenían una peculiaridad: no fueron compañeros de armas de los jefes sonorenses, sino sus subordinados, por esto era más difícil que cuestionaran su autoridad. Se marcaban los rangos; se imponía el liderazgo.

Pero a Calles eso no le bastó. Ordenó la reorganización del ejército a un joven general que durante la campaña contra el delahuertismo se distinguió como un excelente estratega. Su nombre era Joaquín Amaro, un hombre de hierro, que nunca mostraba sus emociones, una sombra que se mantenía atrás de las grandes figuras políticas, un espectro que nunca sonreía, pero que disfrutaba de una pasión: el estricto orden que debe imperar en el sector militar de todo Estado.

En un gran trabajo realizado por la doctora Loyo²¹, se explica cómo Amaro impuso en las tropas el viejo y conocido refrán de "mente sana en cuerpo sano". Para dejar en el pasado a un ejército con soldados escasamente preparados en el aspecto físico, fue obligatorio que los alumnos de las escuelas militares practicaran algún deporte como el frontón (juego favorito de Amaro), el polo, el fútbol y la equitación. Además, se buscó que las instalaciones donde se

²¹ Loyo Camacho, Martha Beatriz, *op. cit.*

hospedaban los soldados mientras recibían instrucción fuesen agradables. Cuerpo sano.

La mente sana consistió en instruir a la tropa, impartir educación, no permitir que ignorantes, mentes débiles e influenciables se integraran al ejército federal. Se quería dotarlos de una mentalidad con la que asimilaran que su compromiso era con la patria, no con un general aventurero. Para ello, se construyó un nuevo Colegio Militar, que hasta la fecha se mantiene de pie al norte de ciudad, como un mudo testigo de las reformas callistas y el rigor de un hombre que convirtió al ejército en lo que es hoy.

Gracias a este proceso de institucionalización cuando Francisco Serrano y Arnulfo Gómez buscaron dar un cuartelazo, ni las tropas ni altos jefes militares los secundaron. Calles, Obregón y Amaro mejoraron la situación sin mayor problema. Para 1928, el contexto era distinto. Muchos militares, molestos por las reformas callistas, apoyaron sin cortapisas la reelección del caudillo. A la muerte de éste, buscaron mantener vivo el obregonismo para enfrentar a Calles, a quien siempre responsabilizaron de la muerte de su jefe.

Los obregonistas, cuyo nuevo líder fue José Gonzalo Escobar, realizaban reuniones en el Hotel Regis, donde gritaban a los cuatro vientos que se levantarían en armas contra el gobierno. Uno de los asistentes a esas juntas, el general Abelardo Rodríguez, era en realidad un espía de Calles y Portes Gil. Gracias a él se enteraron de las intenciones de los deliberantes, información que también llegó a las manos del general Amaro.

Al saber quiénes eran los militares que se unirían a la asonada, Amaro concentró a todos los rebeldes en una sola zona geográfica, para evitar que, una vez iniciada la guerra, el gobierno localizado en la ciudad de México se viera atacado desde diferentes puntos, como sucedió durante la rebelión delahuertista. Por lo anterior, se envió a todos los escobaristas a las zonas militares del norte del país. Además, Amaro preparó una estrategia tomando en cuenta los lugares donde se encontraban los insurrectos. Cuando Escobar se levantó en armas, todo estaba listo para aniquilar su movimiento.

Finalmente, tras meses de larga espera, los rebeldes se sublevaron el 3 de marzo de 1929, dominando en los estados de Sonora, Zacatecas, Nuevo León, Chihuahua, Veracruz, Sinaloa, Coahuila y Durango. Un evento inesperado complicó los planes del gobierno. Joaquín Amaro se accidentó en un juego de frontón y lo trasladaron de emergencia a Estados Unidos. Portes Gil era un Presidente civil y algunos elementos del ejército no tenía gran respeto por su investidura, pues consideraban que ese puesto le pertenecía a los militares. Era indispensable que en la Secretaría de Guerra se colocara a un general con prestigio y arraigo entre los soldados; alguien que mantuviera unido al sector militar frente a la crisis. El Presidente recurrió a Plutarco Elías Calles.

A juicio de Melchor Ortega, "el maximato se inició cuando una mañana del año 29, el presidente Portes Gil, espantado por la rebelión escobarista, corrió a suplicarle al general Calles que se hiciera cargo de la Secretaría de Guerra y salvara al gobierno."²²

Si bien ésta no era la intención de Portes Gil, la figura de Calles creció a niveles increíbles al ubicarlo como el líder de las tropas federales que derrotaron al escobarismo. Con esto, el ejército lo respetó aún más. Si como dice Alejandro Rossi "la política es el teatro más rápido del mundo",²³ los rebeldes de Escobar fueron eliminados en las primeras escenas de la obra llamada maximato. En menos de dos meses, las fuerzas del gobierno detuvieron a los sublevados y dieron una gran victoria al Estado mexicano.

El hecho de que en tan poco tiempo la rebelión escobarista fuera controlada y sus líderes expulsados del país, sirvió para afirmar que este triunfo era de Calles. Como dice Moscovici, "todo lo que ocurre (...) se le atribuye a las proezas excepcionales y a las cualidades del gran hombre."²⁴ Esta victoria, que debió reconocerse a Joaquín Amaro, puesto que él planeó la estrategia, hizo que los callistas argumentaran que su líder era el Hombre Fuerte de México, el Jefe Máximo de la Revolución... el único con el suficiente carácter y experiencia para resolver los problemas.

Al concluir esta revuelta, Calles dejó la Secretaría de Guerra, pero su paso por esta dependencia lo consolidó como líder ante la tropa. Si con el mensaje del 1º de septiembre de 1928 Calles se perfiló como un dirigente político, al exterminar a los escobaristas se convirtió en el jefe nato de los militares. Tras la rebelión de Escobar, no se presentó otra de asonada durante el maximato. El último intento para derrocar a un gobierno constituido se dio en 1938, dirigido por el general potosino Saturnino Cedillo, cuando Lázaro Cárdenas se encontraba en el poder.

Como se comentó al analizar el papel de los gabinetes en el maximato, los seguidores de Calles ocupaban los puestos más importantes; sin embargo, debido a que en esos años México era gobernado por militares, la Secretaría de Guerra era tan importante como ahora lo es la de Gobernación. En el periodo estudiado, podría decirse que el funcionario público más importante después del Presidente era el titular de esa dependencia, pues bajo sus órdenes se encontraba todo el ejército.

Cuando Calles renunció a la Secretaría de Guerra, Joaquín Amaro regresó como encargado de dicho despacho. Amaro era un hombre institucional, que buscó reforzar la autoridad de Ortiz Rubio frente a la vorágine callista que lo envolvía. Es por eso que a causa de las maquinaciones de los seguidores del general sonorense, quedó fuera de la jugada en 1932. Al dejar la Secretaría de Guerra, Amaro ocupó el cargo de director del Colegio Militar.

²² Elias Calles, Leonardo, *op. cit.* páginas 103.

²³ Krauze, Enrique, *Tarea Política*, página 215.

²⁴ Moscovici, Serge, *op. cit.*, página 11.

Después de este acontecimiento, el resto de generales que atendieron el despacho de Guerra y Marina, si bien no eran incondicionales de Calles, no fueron un factor que rivalizara con el poder del Jefe Máximo. Después de Amaro se responsabilizaron de esa Secretaría el propio general Calles, Pablo Quiroga o personas de confianza del sonorenses, como Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas, quienes desde ese puesto escalaron a la Presidencia de la República.

Pese a los conflictos políticos, la institucionalización del ejército, iniciada en el gobierno de Calles, rendía sus frutos. El sector militar dejó de ser un elemento de inestabilidad para México. Como explica José C. Valadez, los generales tenían gran arraigo en una nación rural, pero poco a poco el país se urbanizó, como una muestra del desarrollo que lograron los gobiernos revolucionarios. Los militares también cambiaron: más que el amor al poder los comenzaba a dominar la pasión por el dinero, esto los llevó a transformarse de políticos a empresarios. El propio presidente Rodríguez es un buen ejemplo: era el dueño de los casinos más importantes de México.

Al llegar el período presidencial de Abelardo Rodríguez, las asonadas eran parte del pasado. El militarismo, el problema que preocupó a Obregón durante su campaña, fue controlado. El Jefe Máximo envejecía. Al igual que Porfirio Díaz en 1910, parecía una estatua construida en otra época, en un tiempo donde militar y político eran sinónimos. México cambiaba, la ideología del general Calles seguía igual. Era necesario que un astuto político lo sacara de la jugada y diera un nuevo rumbo al Estado, lo cual representaba un proceso similar al que utilizó el sonorenses para eliminar a los militares del poder: era prioritaria una depuración de los actores políticos de la vida nacional.

3.5 La trascendencia de los gobernadores

A juicio de Robert Michels: "Con un gobierno representativo (...) El pueblo elige, en lugar de un rey, diversos reyezuelos."²⁵ Así, en México, los gobernadores han actuado como auténticos señores feudales en sus estados. Baste recordar a Luis Terrazas, el gran cacique porfirista, que cuando le preguntaban que si él era de Chihuahua, respondía que Chihuahua era de él.²⁶

En el período del maximato, todos los callistas de primer nivel (o "ultracallistas", como los llama Alicia Hernández Chávez) ocuparon gubernaturas, lo que garantizó el mando del Jefe Máximo en todas las zonas del país. Por ejemplo, cuando se fundó el Partido Nacional Revolucionario, Manuel Pérez Treviño ya había sido gobernador de su estado natal, Coahuila, y al abandonar ese puesto para lanzarse a la dirección del naciente partido, dejó a incondicionales en los puestos más importantes de ese territorio y creó un cacicazgo en su lugar de origen.

²⁵ Michels, Robert, *op. cit.*, página 83.

²⁶ Córdova Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, página 156.

Asimismo, en el terruño del Hombre Fuerte de México, Sonora, Rodolfo Elías Calles, uno de sus vástagos, obtuvo el cargo de gobernador, por algunos elementos que quedaron fuera del poder calificaron al Jefe Máximo como un nepotista.

Luis L. León, además de su ardua labor como director de *El Nacional Revolucionario*, Secretario de Estado y Secretario General del PNR, se desempeñó como gobernador de Chihuahua; esto debido a que el puesto de ejecutivo local en esa entidad quedó vacante al concluir la rebelión escobarista. Al eliminar a sus enemigos políticos, los callistas se apropiaban de todos los puestos. No había límites, el maximato parecía un pulpo que con sus enormes tentáculos, abarcaba por completo a la Administración Pública.

Melchor Ortega, por su parte, ascendió al puesto de gobernador de Guanajuato. Como fiel integrante de la élite cercana al Hombre Fuerte de México, Ortega siempre le notificaba sus actividades e incluso le entregaba resúmenes de los reportes que daba a la legislatura estatal. En una carta fechada el 21 de abril de 1933, Melchor Ortega hizo partícipe al general Calles de que rindió su informe al Congreso de su Estado. Destacó de su administración: La aportación de doce mil pesos para la construcción de carreteras, la creación del Banco Industrial Refaccionario, para apoyar a que los trabajadores de la industria del calzado formaran pequeñas cooperativas y un préstamo especial para atender el problema agrario.²⁷

El general Calles lo felicitó por medio de una carta que le envió el 2 de mayo de ese mismo año y afirmó: "Yo espero que siga usted por la senda que ya se ha trazado y que sabrá aprovechar la oportunidad que tiene. Es muy necesario que los jóvenes de la Revolución se destaquen para que vayan preparándose a recibir el legado que tenemos que entregar los hombres que, como yo, vemos declinando."²⁸

Por la época en que fue escrita esa carta, parece que Ortega buscaba impresionar al general Calles con miras a la sucesión presidencial de 1934. Sin embargo, una de las reglas del sistema político mexicano era que el sucesor del Primer Magistrado surgía del círculo más cercano. Desde que la Revolución se hizo gobierno, es muy difícil que un gobernador llegue al ansiado Palacio Nacional ubicado en el Zócalo capitalino; esa puerta siempre ha estado disponible para los integrantes del gabinete, no para los mandatarios regionales, quienes, a cambio, parecen conformarse con el poder que ejercen en sus terruños.

²⁷ Carta de Melchor Ortega a Plutarco Elías Calles, 21 de abril de 1933, en APEC, Expediente 77 (Ortega, Melchor), Inventario 517, serie 12010804, s/f.

²⁸ Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 2 de mayo de 1933, en APEC, Expediente 77 (Ortega, Melchor), Inventario 517, serie 12010804, s/f.

CUADRO VIII: Gobernadores hasta diciembre de 1934

Entidad	Gobernador
Aguascalientes	General y Doctor Enrique Osorio
Baja California Norte	General Agustín Olachea Avilés (***)
Baja California Sur	General Juan Domínguez Cota (***)
Campeche	Profesor Benjamín Romero Esquivel
Coahuila	Doctor Jesús Valdez Sánchez (***)
Colima	Salvador Saucedo
Chiapas	General Victorico Grajales
Chihuahua	General Rodrigo Quevedo (***)
Durango	General Carlos Real Félix (***)
Guanajuato	Mechor Ortega (***)
Guerrero	General Gabriel M. Guevara
Hidalgo	Doctor Ernesto Viveros
Jalisco	General Sebastián Allende (***)
México	José Luis Solórzano
Michoacán	General Benigno Serratos
Morelos	Vicente Estrada Cagigal (***)
Nayarit	Francisco Parra
Nuevo León	Licenciado Pablo Quiroga (***)
Oaxaca	Licenciado Anastacio García Toledo
Puebla	General José Mijares Palencia
Querétaro	Saturnino Osorio (***)
Quintana Roo	General Rafael E. Melgar
San Luis Potosí	General Ildelfonso Turrubiates
Sinaloa	Profesor Manuel Páez (***)
Sonora	Emilio Corella (***)
Tabasco	Tomás Garrido Canabal (***)
Tamaulipas	Doctor Rafael Villarreal
Tlaxcala	General Adolfo Bonilla
Veracruz	Licenciado Vázquez Vela
Yucatán	Bartolomé García Correa (***)
Zacatecas	General Matías Ramos (***)

(***) Elementos de filiación callista.

Fuente: Alicia Hernández Chávez, La mecánica cardenista.

Pero en ocasiones existen "minimaximatos", ya que los gobernadores carecen de autonomía ante los *Hombres Fuertes* que predominan en sus Estados. Probablemente el ejemplo más representativo del típico general ignorante que escaló a los más altos círculos del poder fue el potosino Saturnino Cedillo.

Hombre presente en la lucha desde los primeros años de la Revolución, Cedillo ascendió al poder junto con los sonorenses, ellos accedieron a que dominara su estado natal a cambio de que no fuera un obstáculo para su plan de reconstrucción nacional. A la sombra de Cedillo creció un astuto político que ocupó su lugar cuando este general fue eliminado por el sistema que ayudó a formar; hablamos de Gonzalo N. Santos.

Cedillo cimentó su poder regional en el reparto agrario. Daba armas a los campesinos que le eran incondicionales, los organizaba en pequeños regimientos y salían a combatir bajo el nombre de ligas agraristas, estas fueron de gran ayuda para el gobierno federal en el momento en que surgió la emergencia nacional provocada por la rebelión escobarista.

Con la derrota de José Gonzalo Escobar, Cedillo fue considerado uno de los generales más importantes de principios de la década de los treinta, pedestal que compartía con Joaquín Amaro, Lázaro Cárdenas y Juan Andrew Almazán. Cuando el presidente Pascual Ortiz Rubio sufrió el atentado a manos de Daniel Flores, hubo rumores que acusaban a Cedillo, Calles y Portes Gil como responsables de este hecho.

Tras este acontecimiento, Cedillo tuvo miedo de enfrentarse a la fuerza del Jefe Máximo, como lo atestigua la siguiente carta, en la cual se advierte que las faltas de ortografía se encuentran en el original y ojalá no afecten la salud mental de los lectores de este trabajo.

"El Sr. General Ramos me desia que yo habia relecto a todos los diputadros (de la legislatura de San Luis Potosí). Sobre este punto le hago notar, que posiblemente fue un exeso de lealtad así a Ud por que estos siempre an controlado buen grupo, dentro de las camaras, y jamas han demostrado deslealtad, para Ud y en los momentos de prueba con el suscrito a la cabeza, hemos ocupado el lugar de los hombres dentro de la bandera calista y siempre hé creído un error el que se renobaran totalmente las camaras, pues tube el temor de que entraran mayoría de enemigos, y como prueba tenemos Guanajuato donde con Melchor entrara Salvador Azanza que fue (...) cristero (...) yo tengo la seguridad de que por mucho cuidado que se tenga, entraran muchos enemigos de Ud, que le odian a muerte catalogandole entre los mas recalsitrantes, a los que formaron la camarilla del General Obregon. Que siguen pregonando Ud lo mando asesinar, y le siguen los de las camarillas de D. Venustiano. Los Clericales los SerranoGomistas y Delahuertistas tengo la seguridad de que de haberse efectuado la renobación total hubiera Ud tenido la mayoría de las camaras en contra..."²⁹

La misiva de Cedillo es significativa. En ella se observa cómo durante la época en que los sonorenses fueron el grupo predominante en la vida nacional, no permitieron el ascenso de otros actores políticos, ya sea porque hubiesen

²⁹ Ellas Calles, Leonardo, *op. cit.* página 199.

interferido con su Proyecto de Nación o porque no querían ceder espacios que pensaban les correspondían por ser los vencedores de la fase armada de la Revolución.

Además, es una muestra de que los políticos del período analizado tenían en alto el nombre del general Calles y lo consideraban el Jefe Máximo de la Revolución. Ese tipo de confesiones deberían ser para el Presidente de la República, quien es el que determina los destinos del Estado, no a un hombre que, al menos en el discurso, llevaba algunos años fuera de los asuntos públicos.

Entre la lista de gobernadores afines al general Calles puede mencionarse a Lázaro Cárdenas, de Michoacán; Bartolomé Vargas Lugo, de Hidalgo; Carlos Riva Palacio, del Estado de México; Tomás Garrido Canabal, de Tabasco; Sebastián Allende, de Jalisco y Carlos Real Félix, de Durango.

Pero el predominio callista no sólo aprobó el ascenso de algunos caciques regionales, sino que también impidió la llegada de integrantes de otros grupos políticos a estos puestos. Un hombre poderoso, que además era ex Presidente de la República, vivió en carne propia ese bloqueo. Se trata de Emilio Portes Gil.

Después de que fue expulsado de la vida política nacional por querer crear su propio coto de poder por medio del Partido Nacional Revolucionario, Portes Gil fue embajador en Europa, pero en 1932 regresó por sus fueros. Empero, una vez más sus planes se verían obstaculizados por el grupo que se creía dueño exclusivo del poder: los callistas.

En ese entonces, se permitía la reelección en algunos estados de la República. Tamaulipas, de donde era originario Portes Gil, era uno de ellos, así que varios seguidores del ex mandatario comenzaron a trabajar por su candidatura. Sin embargo, los callistas parecían fieles alumnos de Netchajeff, quien aseguraba que si era necesario, se debía arruinar a los hombres que no aceptaran los métodos de la élite gobernante.³⁰ Eso fue lo que le hicieron los seguidores del general Calles a este político tamaulipeco.

A su regreso de Europa, Portes Gil confrontó a las fuerzas del PNR, más por compromiso con sus seguidores que por la convicción de que podría derrotar al organismo electoral que ayudó a forjar; él mejor que nadie conocía la fuerza del partido "oficial". Era uno de sus fundadores, fue presidente de ese organismo político. Sabía que la batalla estaba perdida. El tamaulipeco aseguró que: "El Partido Nacional Revolucionario declaró triunfante a mi contrincante, el señor doctor Rafael Villarreal —desconocido por completo en Tamaulipas— y sin méritos para llegar al más alto puesto del Estado. Pero había sido el hombre escogido por el general Calles para hacerme fracasar en aquella ocasión".³¹

³⁰ Michels, Robert, *Los partidos políticos*, tomo dos, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, quinta reimpresión, 1996, página 28.

³¹ Portes Gil, Emilio, *op. cit.*, página 469.

Tras estos acontecimientos, Portes Gil comprendió que era muy difícil llegar a los altos puestos públicos por medio del PNR, pero a su vez, reflexionó que para obtener el dominio del partido y de la política nacional, se necesitaba desplazar a los callistas de los puestos importantes. Empero ésa era una labor que debía realizarse dentro de las mismas entrañas del aparato llamado maximato. Junto con otros hombres que no tenían cabida en las delicias del poder, creó un plan para eliminar a los seguidores de Calles de los primeros escaños de gobierno, pero eso se verá más adelante.

Para el Presidente de la República, volviendo al tema de los gobernadores, siempre será importante que los mandatarios estatales si bien no le sean incondicionales, al menos no se interpongan en sus proyectos. En caso que se dé un conflicto de altas proporciones, lo mejor será eliminar al gobernador, antes de que se alíe con otros elementos políticos en contra del Primer Magistrado.

Una de las ventajas es tener el control del partido hegemónico. Si en la cúpula de este organismo se encuentran fieles seguidores del representante del poder central (llámese Presidente o Jefe Máximo), esto garantiza que a las gubernaturas, al igual que los puestos del Congreso, no llegarán individuos que dificulten el Proyecto de Nación del Mandatario Federal. Lo que debe verse en la relación Presidente-gobernadores, parafraseando a Michels, es un predominio del rey federal sobre los reyezuelos estatales.

El maximato no sólo concentraba su poder en la ciudad de México, sino que también era regional, lo que impedía que los presidentes tuvieran un alto margen de maniobra. Como asegura Tocqueville, "Lo que hay que temer (...) no es tanto el conocimiento de la inmoralidad de los grandes sino de la inmoralidad que conduce a la grandeza."³² Sin rubor, Calles se colocó por encima de la ley. El Jefe Máximo era una figura metaconstitucional que obstaculizaba las acciones de los responsables del Poder Ejecutivo, como se comentará a continuación.

3.6 Los Presidentes sin autonomía

Era el otoño de 1929 cuando Manuel Pérez Treviño le escribió a Plutarco Elías Calles las siguientes palabras: "Es necesarísimo que Ud. regrese lo antes posible, sobretodo pasadas las elecciones, pues ya ve Ud. que los momentos de transmisión son difíciles en México y Ud. es la única garantía de una solución patriótica en cualquier crisis que pudiera presentarse en el período de formación del nuevo Gobierno."³³ Lo anterior no era el reconocimiento que se le hace a un hombre de valía. Era una súplica a un ser que se le cree indispensable.

Al momento de recibir esa carta, Calles se encontraba en Francia, descansando y restableciéndose de una vieja enfermedad, pues "la actividad de

³² Tocqueville, Alexis de, *op. cit.*, página 233.

³³ Carta de Manuel Pérez Treviño a Plutarco Elías Calles, 30 de agosto de 1929, Saltillo, Coahuila, en APEC, Expediente 38 (Pérez Treviño, Manuel), sin folio (s/f).

líder profesional es muy fatigosa, a menudo mina la salud".³⁴ Correspondencia como ésta seguramente le hacía pensar que no podía morir, ya que era el único factor que le otorgaba a México, como en los tiempos del porfiriato, paz, orden y progreso.

Las ausencias de Calles eran largas. Algunas veces se encontraba en Europa; otras, viajaba a Estados Unidos, pero sus lugares predilectos para descansar eran su casa en Cuernavaca, la hacienda de Santa Bárbara, en las afueras del Distrito Federal y Soledad de la Mota, en Nuevo León, hasta ahí se dirigían caravanas de políticos en busca de apoyo o de un consejo, como si Calles fuera el Oráculo de Delfos de la fase institucional de la Revolución Mexicana.

Calles se convirtió en lo que Obregón fue durante su gobierno: un ex Presidente de México vivo que mantuvo en las estructuras gubernamentales a un gran número de incondicionales, quienes comentaban con él los temas de trascendencia nacional en lugar de hacerlo con el Jefe del Estado.

Emilio Portes Gil aseguró que Calles nunca fue un factor de inestabilidad en su gobierno y que en realidad el maximato inició durante el mandato de Pascual Ortiz Rubio. Sin embargo, este tamaulipeco confirma que Calles le sugirió que incluyera a uno de sus seguidores en el gabinete, se trataba de José Manuel Puig Cassauranc, quien fue designado Jefe del Departamento del Distrito Federal.

Portes Gil también admitió que algunos de sus colaboradores sí consultaban al general Calles en asuntos de la Administración Pública Federal, aunque con su consentimiento.³⁵ Pero con permiso o sin él, este tipo de actitudes de algunos Secretarios de Estado fue lo que generó el mito del maximato, ya que en esa época (y hasta la fecha) se decía que el verdadero encargado del poder no era el Presidente en turno, sino Calles. Por eso no es raro que en las calles cercanas al Castillo de Chapultepec, en ese entonces residencia oficial del Primer Magistrado, aparecieran pintadas frases como: **Aquí vive el Presidente, y el que manda vive enfrente.**³⁶

La explicación es sencilla. Calles habitaba una casa en la colonia Anzures, circundante al Castillo, lo cual era conocido por la opinión pública. A su vez, este tipo de burlas representan el escaso respeto que generaba la investidura presidencial en aquellos años y el hecho de que la población en general pensara que Calles era quien dirigía los destinos de México. El vulgo, siempre ingenioso, creó un anagrama que encierra el ambiente político de la época: Sus siglas eran **C.E.P.G.S.P.**, que significan: **Ciudadano Emilio Portes Gil Será Presidente.** Y leídas al revés: **Pero Seguirá Gobernando Plutarco Elías Calles.**³⁷

³⁴ Michels, Robert, *Los partidos políticos*, tomo uno, página 101.

³⁵ Portes Gil, Emilio, *op. cit.*, páginas 88 y 98.

³⁶ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 449.

³⁷ Medina Ruiz, Fernando, *Calles, un destino melancólico*, Editorial Tradición, México, segunda edición, 1982, página 132.

Se dice que cuando inició la rebelión escobarista, Calles no aceptó el mando de la Secretaría de Guerra y Marina, por lo que Emilio Portes Gil aseguró que de no hacerlo, él renunciaría a la Presidencia. Lo que se rescata de dicha anécdota es que el Presidente necesitaba al general Calles para controlar la rebelión, pero cabe destacar ejerció cierto nivel de presión sobre el Jefe Máximo para que aceptara el cargo que le ofrecía.

Pese a todo, existen eventos que muestran cierta autonomía de Portes Gil sobre la influencia de Calles, como fue el que le exigiera hacer pública su postura frente al conflicto del tamaulipeco con la CROM o cuando el Presidente impuso su ideología de continuar con el reparto agrario aunque el Jefe Máximo se opusiera. Este acto fue para conseguir el apoyo popular para enfrentar a la rebelión de Escobar. Se buscaba convencer a todos de que no tenía caso unirse a los disidentes, pues los gobiernos de la Revolución cumplían sus más caros anhelos. Portes Gil contaba con algo que, por ejemplo, no tuvo Pascual Ortiz Rubio: una base política propia, tenía personas en quien confiar, algo de lo que careció el desafortunado michoacano.

Al llegar a la presidencia, Ortiz Rubio toleró que Calles estuviera presente en todas las reuniones que sostenía con su gabinete, en donde se debatían temas tan relevantes como la reforma agraria. Calles siempre se manifestó en contra de ella, pero Ortiz Rubio, al igual que Emilio Portes Gil, pensó que debía persuadir a la sociedad mexicana de los beneficios que a ella trajo la Revolución hecha gobierno.

Sin embargo, su proyecto se vio obstaculizado por la influencia callista, pero esto no impidió que, al menos de manera provisional, Presidente y Jefe Máximo se unieran para eliminar a Emilio Portes Gil de la presidencia del PNR. Cabe hacer notar que Ortiz Rubio necesitó de Calles para realizar esta jugada política. Pero el que el Jefe Máximo se opusiera a la repartición de tierras, una de las promesas básicas de la Revolución, hacía que el régimen perdiera arraigo entre los gobernados. La actitud de Calles no sólo nulificaba a los mandatarios, también erradicaba la posibilidad de que los soberanos encauzaran el Estado hacia su principal objetivo: velar por los ciudadanos. Por esto, la popularidad del Jefe Máximo menguaba poco a poco.

En el caso de Ortiz Rubio, el no tener un grupo que se reconociera a sí mismo como ortizrubista en los altos puestos gubernamentales, fue lo que propició la caída de este Presidente. Él mismo reconoció en sus memorias que le debía el poder a Calles y sin el respaldo del sonorense se sentía perdido. El día que el Jefe Máximo no lo secundó, fue cuando abandonó el cargo de Primer Magistrado.³⁸

El propio Emilio Portes Gil, desde su exilio político en Europa, observó esa situación y, pese a su distanciamiento con el Jefe Máximo, se atrevió a escribirle las siguientes líneas:

³⁸ Ortiz Rubio, Pascual, *Memorias*, Universidad de San Nicolás de Hidalgo, México, 1981, páginas 231-248.

"En los sucesos de los últimos tiempos, a pesar de los deseos originales de usted, la intervención que usted ha ido tomando se ha ido haciendo más y más directa. A medida que la administración se ha ido sintiendo más incapaz para hacer frente, sola, a la situación, la participación, por desgracia, no ha sido siempre solicitada en una forma que contribuya a conservar el prestigio revolucionario que tan legítimamente conquistó usted. (...)

Yo creo que ya es tiempo de que usted recapacite sobre ello y que ponga un hasta aquí. Si condiciones imprevisibles han impedido que usted realice su noble propósito de retirarse de la política activa, dejando los cimientos de una vida institucional; si después de pronunciarse contra el caudillismo ha tenido usted que resignarse a que se le erija en caudillo único; si ante la quiebra inminente de la actual situación, se ha encontrado usted de la noche a la mañana, como síndico de la liquidación; que ello no signifique que usted haga frente al pasivo girando contra el saldo de simpatías que el país le reconoce, precisamente como realizador de una política que diabólicamente se quiere hacer que usted mismo destruya."³⁹

En esa misma carta, el ex Presidente atribuyó la actitud de caudillo adoptada por Calles al grupo político que lo rodeaba, que utilizaba su nombre para asumir actitudes que bloquean las actividades del Jefe del Ejecutivo. Aunque hay historiadores que afirman que el sonorenses era manipulado por los callistas para que éstos no perdieran el poder, lo cierto es que al paso del tiempo él aceptó el pedestal en que lo colocaron, nunca negó un consejo, estuvo presente en reuniones de ministros, los periodistas lo entrevistaban para conocer su opinión sobre los acontecimientos del país. Era más que un caudillo. Se convirtió en el pilar de la política nacional. Nadie se movía sin antes percatarse de que sus acciones no causarían la ira del Jefe Máximo.

Para Abelardo Rodríguez las cosas tampoco fueron fáciles. Él, más que un Presidente con afán de poder fue un mandatario de transición. Durante el periodo en que llevó las riendas del Estado mexicano se gestaron los movimientos que desembocarían en la sucesión presidencial de 1934. En su periodo de gobierno un extranjero reconoció que el poder se concentraba en Calles y no en el Presidente. Este personaje fue el nuevo embajador de Estados Unidos en México, Joseph Daniels.

Tras el difícil conflicto petrolero orquestado por el régimen callista, los Estados Unidos tuvieron una postura más conciliadora con México. Así, enviaron a tierras aztecas a un hombre negociador para que ocupara la embajada. Esa persona fue Dwight Morrow. Desde un principio, el presidente Calles y Morrow se hicieron grandes amigos; tan es así, que se asegura que el embajador tuvo cierta influencia en la creación del Partido Nacional Revolucionario. Con Morrow se inició una nueva relación con el vecino país del Norte, más cordial e, inclusive, de cooperación, como ejemplifica el que al presentarse la rebelión escobarista, Estados Unidos dio todo su apoyo al gobierno mexicano y ordenó que en su territorio no se venderían armas para los rebeldes.

³⁹ Carta de Emilio Portes Gil a Plutarco Elías Calles, 23 de diciembre de 1931, París, Francia, en APEC, Expediente 81 (Portes Gil, Emilio), Inventario 523, Serie 010804 sin folio (s/f).

Cuando llegó el relevo del embajador, Morrow cedió su lugar a Daniels. Éste cometió un gran error: considerar que antes de presentarse ante el Presidente de México debía hacerlo con Plutarco Elías Calles. Esto generó cierta molestia por parte de Abelardo Rodríguez, quien con tono cordial manejó la situación y le recordó al norteamericano que él era el Jefe del Ejecutivo y Calles un emblema del México revolucionario, pero sin participación en la Administración Pública Federal.

Con todo, Abelardo Rodríguez realizó un acto que muestra cierta independencia de Calles: nombró Procurador General de la República a Emilio Portes Gil, uno de los hombres que la élite callista desplazó del poder.

Calles era el eje central de la política mexicana; tan era así, que José C. Valadés señala que no se imagina qué hubiese sido de México en caso de que este sonoreense falleciera. Lo más seguro es que al país le aguardaba la anarquía. Tenía razón, pero lo más grave es que Calles no cumplió su cometido de encauzar a México por el camino de las instituciones, era una figura metaconstitucional, algo fuera de la ley que influía en los asuntos públicos y no sólo dañaba seriamente la investidura presidencial, sino al Estado mexicano, pues ¿qué garantías de estabilidad y legalidad podrían existir en un país donde un hombre sin desempeño público puede hacer y deshacer gobiernos, como era la percepción general que existía en esa época?

Bien dice Juan Jacobo Rousseau que "el más fuerte no lo es jamás bastante para ser siempre el amo y señor si no trasforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber".⁴⁰ Puesto que Calles carecía de un respaldo legal para sus acciones y bloqueaba toda iniciativa que beneficiara a la sociedad, como era el reparto agrario, cualquier embestida contra él o su grupo sería bien vista por la opinión pública. Obedecerlo no era un deber, como en cierta forma lo demostraron los Presidentes del maximato, que si bien no tenían autonomía, sí contaban con un criterio que les permitía valorar que la situación política se les salía de las manos.

No en balde Juan Gualberto Amaya llama a Calles *caudillo irresponsable*, pues pese a su promesa, era un factor de influencia en la política nacional, si bien no absoluto, sí simbólico, lo que en una cultura llena de mitos, como la mexicana, tiene aún más valía que un marco legal. Era necesaria una nueva jornada institucional, pero que esta vez no fuese la bandera de un grupo político para asaltar el poder, sino de un equipo comprometido realmente con las instituciones y con el pueblo de México.

La situación requería de la presencia de un individuo solemne, de un estadista con la sapiencia para dismantelar el maximato... pero, ¿existía ese hombre necesario, capaz de aniquilar a la figura del *caudillo irresponsable*?

⁴⁰ Rousseau, Juan Jacobo, *op. cit.*, página 5.

3.7 La sucesión presidencial de 1934

Antonio Díaz Soto y Gama, seguidor de Emiliano Zapata y fundador del Partido Nacional Agrarista, aseguró que desde el día en que un Presidente inicia su gestión, se comienza a trabajar por quien habrá de sucederle. En el periodo que va de 1928 a 1935 se eligieron, ya sea por la vía electoral o por disposición del Congreso, cinco Presidentes (Obregón, Portes Gil, Ortiz Rubio, Rodríguez y Lázaro Cárdenas), de los cuales sólo cuatro tomaron posesión de su puesto, por las razones ya expuestas.

Este cambio constante de los hombres que portaban la investidura presidencial, muestra la inestabilidad política de la época, que se vio reflejada en un viraje del Proyecto de Nación encarnado por el grupo revolucionario, pues incluso el propio Calles se manifestaba en contra del reparto agrario, como lo hizo durante una reunión del gabinete de Ortiz Rubio, pese a que fue una de las promesas básicas de la Revolución Mexicana.

En capítulos anteriores se comentó que con la ascensión de Emilio Portes Gil se llegó a un pacto con los grupos político. Por otra parte, el Partido Nacional Revolucionario fue un acuerdo entre caciques para conseguir a una negociación pacífica y dejar atrás las asonadas como medio para encumbrarse a los altos niveles del poder. En ambos casos, se hizo a un lado al elemento más importante del Estado: la sociedad, quien poco a poco veía cómo la élite callista dejaba en el olvido no sólo el reparto de tierras, sino un Proyecto Nacional incluyente, que solucionara los problemas de la población en general. La pésima situación económica, provocada por la crisis mundial de 1929, hacía que algunos sectores pensaran que era el momento de cambiar el rumbo.

Además, el que el nombre de Plutarco Elías Calles estuviese presente en todas las dificultades políticas de esos años y que éstas se solucionaran a favor de su grupo, generó una animadversión hacia su persona, pues se creía que este hombre únicamente ambicionaba el poder político.

Durante el periodo del maximato, los callistas se rebelaron no como hábiles negociadores, pues no cedían puestos a cambio de apoyo, sino como ambiciosos acaparadores de todos los espacios. Sin importarles las consecuencias ni a quién eliminaran en el camino, los callistas defendían a capa y espada sus cotos de poder. Este afán de sentirse los únicos dueños de la Administración Pública, trajo consigo el resentimiento de los antiguos obregonistas radicales, los portesgilistas, ortizrubistas y otros que fueron bruscamente apartados del poder desde que la dinastía sonorensis llegó al poder, como los zapatistas, villistas, convencionistas, carrancistas y delahuertistas. Frente a este panorama... ¿quién estaba a favor de Calles? Sólo su grupo cercano... pero incluso algunos de ellos no dudarían en separarse del Hombre Fuerte de México si la situación les fuera adversa.

Abelardo Rodríguez comprendió que su misión más importante era llevar a buen término la sucesión presidencial de 1934 y evitar otra división del grupo

revolucionario. Pero todos los grupos ajenos al callismo comenzaron a trabajar mucho antes de que lo hiciera el Jefe Máximo, quien se durmió en sus laureles y despertó cuando el candidato estaba listo para la contienda y sólo espera la bendición de Calles para iniciar su campaña.

Emilio Portes Gil asegura que Calles estaba dispuesto a apoyar a Manuel Pérez Treviño o a Carlos Riva Palacio en su carrera por la Presidencia de la República; ambos eran dos de sus incondicionales, pero el segundo nunca destacó en el contexto nacional y dejó a Pérez Treviño en una posición de candidato único del callismo, desplazando a Melchor Ortega, Luis L. León, Tomás Garrido Canabal, Juan de Dios Bojórquez, José Manuel Puig Cassauranc y otros allegados al Jefe Máximo.

Como sostiene Michels, "la organización es el arma de los débiles en su lucha contra los fuertes"⁴¹, así que Portes Gil, junto con otros hábiles políticos, se dedicó a generar una alianza de elementos no callistas que estuvieran dentro y fuera del PNR para sostener una candidatura alterna a la de Pérez Treviño, con la finalidad de desafiara la fortísima estructura del maximato. Entre quienes ya no aceptaban el liderazgo de Calles se encontraban Saturnino Cedillo, Juan Andrew Almazán (quienes se distanciaron del Jefe Máximo tras la caída del presidente Ortiz Rubio) y los grupos agraristas y laboristas del PNR.

Pero, ¿quién podía ser ese hombre? Los opositores necesitaban un *Caballo de Troya*, una persona cercana al Jefe Máximo, para que asegurara la postulación del partido y, desde las entrañas del sistema, desmantelara el maximato. Además, debería contar con antecedentes como defensor de los principios de la Revolución. ¿Dónde encontrar esa amalgama de callista y revolucionario radical? La respuesta llegó en la figura de un político oriundo de Michoacán, quien ocupaba la Secretaría de Guerra y Marina: Lázaro Cárdenas.

La relación entre el michoacano y el Jefe Máximo venía de muchos años atrás, cuando, en 1915, las tropas encabezadas por Cárdenas se incorporaron al constitucionalismo y se les encomendó la misión de reforzar la guarnición de Agua Prieta, la cual se encontraba bajo custodia de Plutarco Elías Calles. Cárdenas escribió en sus apuntes: "En marzo de 1915 que me presenté al general Calles y durante la campaña que hicimos en aquel Estado contra Maytorena y Villa, pude apreciar en él al hombre de carácter y firmes convicciones y puse entonces bajo su mando el entusiasmo de mis veinte años."⁴²

El sonoreense llamaba cariñosamente al joven Lázaro Cárdenas *Chamaco*, por que se unió a la Revolución contando con pocos años de edad. Desde siempre, el michoacano se vio identificado como uno de los más fieles subordinados de Calles, al grado de que muchos pensaban que él también era originario de Sonora. Cárdenas siempre respaldó al Jefe Máximo en los momentos de crisis

⁴¹ Michels, Robert, *Los partidos políticos*, tomo uno, página 67.

⁴² Cárdenas, Lázaro, *Obras: 1- Apuntes 1913-1940*, Tomo uno, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, segunda edición, 1972, página 66.

política, como la rebelión delahuertista (donde cayó prisionero por los rebeldes, pero fue puesto en libertad), la muerte de Álvaro Obregón y la revuelta escobarista. Su único distanciamiento se dio cuando el *Chamaco* respaldó a Ortiz Rubio. En la lucha política entre el Presidente y el Jefe Máximo, Cárdenas, debido a su institucionalidad y lealtad al Jefe del Ejecutivo, perdió el apoyo de Calles, pero esta situación no duró mucho, ya que el presidente Abelardo Rodríguez lo nombró Ministro de Guerra y Marina.

Frente a la lucha que implicaban las elecciones de 1934, el presidente Rodríguez juzgó que era el momento de exponer al general Calles su punto de vista. En una carta fechada el 3 de mayo de 1933, le dice que habló con Cárdenas respecto a posible candidatura presidencial, pues al michoacano se acercaron varios políticos manifestándole su apoyo. Dice Rodríguez:

"A nuestro regreso a México y en vista de que en Guadalajara un reducido grupo le había ofrecido al General Cárdenas su candidatura a la Presidencia de la República, quise conocer en forma concreta su opinión al respecto, y me manifestó con toda franqueza que iba a hacer declaraciones en el sentido de que por ningún motivo aceptaría su postulación por tres razones principales: 1.- Porque no quería que Usted y yo supusiéramos que tenía ambiciones políticas o se hacía ilusiones. 2.- Porque no daría un ejemplo perjudicial y nocivo al Ejército en el sentido de que como Secretario de Guerra aceptaba su postulación, haciendo creer al País que el instituto armado se convertiría en incubador de presidentables, y 3.- Porque no creía tener la capacidad suficiente para desempeñar a satisfacción del pueblo la Presidencia de la República. (...)

Observé al General Cárdenas que, en mi concepto, el ofrecimiento de su Candidatura Presidencial por un grupo tan reducido no era razón suficiente para provocar esa actitud de su parte y que, por lo tanto, no debería hacer dichas declaraciones sino esperar, para definir su actitud, hasta que se pulsara la opinión general del País y se conociera el sentir del pueblo; que por otra parte el hecho de que fuera soldado no importaba en manera alguna que hubiera perdido su carácter de ciudadano, máxime cuando había luchado por los principios de la Revolución, y además que no era incapaz para desempeñar el puesto, ya que para eso sólo era necesario proceder con buen criterio, pesando las consecuencias de cualquier determinación que se dicte y sobre todo, teniendo el tacto de rodearse de colaboradores que, sabiendo compartir su responsabilidad, ayudarán al Presidente de la República con un absoluto desinterés personal y sirviendo a los intereses generales, siendo esta la labor más difícil."⁴³

Esta misiva es significativa ya que muestra que a pesar de que los Presidentes contaban con cierta autonomía, los asuntos más delicados y trascendentes de la política nacional, ya sea por costumbre o por respeto, se consultaban con el Jefe Máximo. Más adelante, Rodríguez asegura: "debo manifestar a Usted que el Gobierno de mi cargo se ha abstenido por completo de dar opinión sobre el problema de la sucesión presidencial o de hacer indicaciones o insinuaciones que pudieran orientar la opinión, y he puesto todo mi empeño para evitar todo movimiento o agitación prematuros que serían perjudiciales para el país, pues entiendo que debe esperarse a que el P.N.R. lance la convocatoria para la Convención".

⁴³ Carta de Abelardo L. Rodríguez a Plutarco Elías Calles, 3 de mayo de 1933, París, Francia, en Archivo Plutarco Elías Calles, Fondo del exilio (en lo sucesivo, APEC-Exilio) Expediente 44 (Joshop, Daniels), sin folio (s/f).

¿Por qué un Jefe de Estado como el presidente Rodríguez trataba este tipo de temas con Calles? ¿Quién detentaba el poder? La soberanía de los Presidentes en el periodo de estudio era limitada. Eran gobernantes, no el gran árbitro que juzgaba la contienda de los grupos políticos; ese papel lo ocupaba el Jefe Máximo de la Revolución. Tan era así, que este mandatario consultó con Calles quién sería su sucesor, sin favorecer a un hombre que careciera de la venia del Hombre Fuerte de México. Rodríguez concluye la carta con una anotación manuscrita: **"Lázaro esperaba que Ud. o yo le indicáramos si debía aceptar o no. Desde luego le dije que ni Ud. ni yo haríamos tal cosa; que era una cuestión muy personal y que por lo tanto debería usar su propio juicio."**

El criterio de Cárdenas le indicó que iniciara una precandidatura. Renunció a la Secretaría de Guerra y comenzó su labor proselitista, a la cual se incorporaron Aarón Sáenz y los hijos del Jefe Máximo, Rodolfo y Plutarco Elías Calles Jr. A diferencia de Pérez Treviño, quien se conformó con el apoyo de gran parte de los miembros de la élite callista, la verdad es que Cárdenas canalizó a su favor a todos los grupos de izquierda del PNR, así como de algunos seguidores de Calles y varios opositores al sonorenses. Además le respaldaba su labor como gobernador de Michoacán, donde su política prolaboral y a favor del reparto agrario ayudó a que su equipo de campaña impulsara su figura de protector de las masas.

Frente a esta situación, Pérez Treviño abandonó su precandidatura, y como premio a su institucionalidad, regresó a la presidencia del Partido Nacional Revolucionario, así que resguardó la campaña de Cárdenas, quien sin mayores problemas fue reconocido como candidato del partido. Pero algunos callistas recalcitrantes no estaban de acuerdo con la designación. Gonzalo N. Santos reconoce que Melchor Ortega manifestó que "juzgó un error del general Calles el haberse inclinado a la candidatura de Cárdenas".⁴⁴ Tanto Santos como Ortega sabían que con la llegada del michoacano al poder, las cosas cambiarían radicalmente.

Durante los meses en que Lázaro Cárdenas recorrió la República con miras a legitimarse por la vía electoral, conversó en varias ocasiones con Calles, como el propio general michoacano lo atestigua en el siguiente comentario, presente en los apuntes de Cárdenas, con fecha 17 de noviembre de 1933:

"Visité dos veces durante el día al general Calles, platicando con él sobre varios asuntos de carácter nacional, entre ellos, y muy ampliamente, del desarrollo económico del país.

"Tocamos también el caso de los estudiantes de Jalisco y Durango, opinando él que ha venido reafirmando su creencia de que en esos movimientos de huelga está la mano del clero y de los políticos de la oposición.

"Hablamos también sobre los estatutos del Partido Nacional Revolucionario, en el sentido que debe normalizarse su funcionamiento."⁴⁵

⁴⁴ Santos, Gonzalo, *Memorias*, Editorial Grijalbo, México, segunda edición, 1986, página 591.

Cárdenas nunca decía lo que pensaba y en ocasiones no pensaba realmente lo que decía. Guardaba las apariencias y las formas de respetar la figura política que era el Jefe Máximo y durante su campaña siempre lo visitó y lo tomó en cuenta en sus discursos y declaraciones. Esta simulación propició el rumor de que el michoacano sería continuador del maximato.

Pero Cárdenas sabía escuchar a los integrantes de la sociedad y estaba consciente, como alguna vez lo estuvo Calles, que sin ellas no se podía gobernar. A diferencia de su antiguo jefe, se disponía a reincorporarlas a carro de la Revolución para que se beneficiaran. No le sería sencillo pero tampoco imposible. Como Calles frente a la muerte de Obregón, encauzó las fuerzas políticas a su favor y se impuso a la minoría callista que no simpatizaba con su candidatura. Al igual que el sonorensé, tenía en mente un Proyecto de Nación que lo haría pasar a la historia como un gran estadista. No en balde eran alumno y maestro, Jefe Máximo y subordinado... casi amoroso padre frente a su tierno *Chamaco*.

El michoacano tomó posesión de la Presidencia el 30 de noviembre de 1934. Tenía 39 años de edad y toda una vida por delante. Su juventud contrastaba con las canas que aclaraban la cabeza de Calles, quien comenzaba a sentir el incontenible paso del tiempo, no sólo por sus enfermedades, sino porque, como se lo escribió a Melchor Ortega en mayo de 1933, era necesario que otros hombres ocuparan el poder y resguardaran el legado revolucionario.

Calles no asimiló sus propias palabras. Al igual que Porfirio Díaz, no se retiró a tiempo. La figura que representaba la jefatura máxima no debía dañar más a las instituciones. Con su caída, no sólo se fortalecería al Estado mexicano y se le volvería a dar a la sociedad la importancia que nunca debió perder, sino también se consolidaría algo que estaba escrito en las leyes mexicanas desde la Constitución de 1917: **un sistema presidencial.**

⁴⁸ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 239.

CAPÍTULO IV

LA RUPTURA CALLES-CÁRDENAS: LA MUERTE DEL MAXIMATO.

4.1 Cárdenas, el hombre que encarnó el presidencialismo

La campaña presidencial de Lázaro Cárdenas es una de las más recordadas de toda la historia de México. El divisionario michoacano recorrió, en siete meses en campaña, 27,611 kilómetros: 11,827 en avión, 7,294 en ferrocarril, 7,280 en auto, 735 en barco y 475 a caballo. Era como una muestra de que su energía nunca terminaba y buscara crear una imagen de fortaleza que nadie podía superar. Exponer la dureza de un roble era lo que necesitaba para dismantelar el maximato. "He sido elegido presidente y he de ser presidente"¹, aseguró, como una promesa básica de su gobierno. La cumpliría cabalmente.

En su discurso de toma de posesión, Cárdenas afirmó que era el momento de trabajar en conjunto por el bienestar de México y tener una disciplina ciudadana, que permitiera a todos los hombres que se encontraban al frente del Estado, cristalizar la importante labor de mejorar la vida de la sociedad, como una velada invitación a las fuerzas callistas para que lo dejaran gobernar.

El michoacano debía exponer que realmente era una prioridad que México fuera encausado hacia una vida institucional, haciendo a un lado a los que monopolizaban el poder durante los últimos años. Inició con el pie derecho. En su primer mensaje a la Nación como Jefe de Estado, Cárdenas rompió una tradición iniciada por Emilio Portes Gil: no hizo una sola mención a Plutarco Elías Calles.

El michoacano presenció la caída de Pascual Ortiz Rubio, por lo que conocía a la perfección la maquinaria callista que predominaba en esa época; él mismo fue uno de los partidarios de Plutarco Elías Calles. Necesitaba ser excesivamente cauteloso para eliminarla y sacar del tablero político a su otrora jefe; además, sus subordinados debían mantenerse a la altura de las circunstancias para que, en conjunto, aplicaran una de las reflexiones de Luis XIV: "las resoluciones deben ser rápidas, la disciplina exacta, las órdenes absolutas y la obediencia puntual."² De no ser así, difícilmente los cardenistas lograrían confrontar al maximato.

Consciente de que, al menos en un principio, debía guardar las apariencias ante el Jefe Máximo, Cárdenas escribió en sus apuntes, lo siguiente:

¹ González Compeán, Miguel, Lomeli, Leonardo (compiladores), *El partido de la Revolución. Institución y conflicto*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 2000, página 124.

² Michels, Robert, *Los partidos políticos, tomo uno*, página 86.

"Visité al general Calles en El Sauzal, Baja California, alojado en la casa del general Abelardo Rodríguez. Platiqué con él. Le manifesté mis preocupaciones por la actitud de quienes se decían sus amigos y que hasta la víspera de mi postulación habían tenido la dirección política del país, y le hice conocer (que) no deseaba yo fuera a afectarse nuestra amistad por situaciones políticas. (...) Que había personas que ya se consideraban afectadas en sus intereses por el anuncio de Gobierno que desarrollaría y que incluía la supresión de juegos prohibidos: intensificación del reparto de tierras; apoyo a las demandas obreras que fueran justificadas, etcétera. Me contestó (que) no apoyaría resistencias o ataques al programa de la Revolución. Me despedí expresándole que si tenía éxito en el Gobierno consideraría ser obra de todos y si fracasaba sería únicamente mi responsabilidad."³

Como se aprecia, quien podía colocarse en contra de la clausura de juegos prohibidos era Abelardo Rodríguez, pues este general era el dueño de una gran cantidad de casinos. Por otra parte, Intensificar el reparto agrario significaba afectar a algunos militares que de ser revolucionarios, se convirtieron en caciques estatales; además, desde 1930 el Jefe Máximo se manifestó en contra de esta política, por lo que el Presidente comenzaba a ir en contra de las ideas de Calles. El tema del movimiento obrero era delicado, pues no había un acercamiento del gobierno con los dirigentes de ese sector desde la caída de la CROM en 1928.

En muchos aspectos, el Proyecto de Nación cardenista chocaba con el que se desarrolló durante el maximato. Pero Calles, al salir del país el 11 de diciembre de 1935, dio un voto de confianza a Cárdenas y declaró que la Nación era conducida por un revolucionario de valía que contaba con la confianza y el respeto de todos los grupos políticos. La ausencia del Hombre Fuerte de México del territorio nacional fue un factor que favoreció los planes del michoacano, pues al no contar con su líder, los callistas carecían de elementos para frenar las acciones que realizaba del Presidente para desarticular el maximato.

El Primer Magistrado sabía que ese proceso no podía iniciarlo con su círculo más cercano: el gabinete, pues se encontraba plagado de callistas y este acto llamaría la atención del Jefe Máximo. De igual forma sería si comenzaba la depuración por el Congreso de la Unión, así que removió, de manera discreta, a los jefes militares que se declaraban callistas, con la finalidad de que si la confrontación con los seguidores del Jefe Máximo se salía de los parámetros institucionales, contara con generales que le eran incondicionales en los puestos más importantes del ejército. Debido a todos los cambios que el presidente Cárdenas realizó, se enumerarán sólo los más importantes, con la finalidad de no volver más extenso este ensayo.

En este proceso de articulación de todas las piezas del tablero político a la sombra del Jefe del Ejecutivo, Cárdenas contó con el valioso apoyo de dos generales resentidos con el callismo: Juan Andrew Almazán y Saturnino Cedillo, quienes fueron desplazados por las diferencias que sostuvieron con los seguidores del Hombre Fuerte de México. En especial, Almazán sentía gran

³ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 308.

resentimiento hacia Joaquín Amaro, por el rígido trato que Juan Andrew recibió de ese general mientras estuvo al frente de la Secretaría de Guerra y Marina.

Así, otro importante opositor a Calles, Alejo González y González, de corte carrancista, fue sacado de su exilio político y militar para hacerse cargo de la Jefatura de Operaciones Militares de Coahuila, nada menos que el terruño y base de operaciones de uno de los artífices callistas, el antiguo competidor de Lázaro Cárdenas por la candidatura presidencial del Partido Nacional Revolucionario: Manuel Pérez Treviño.

La cantera de generales carrancistas desplazados del poder por los sonorenses parecía no terminarse y otro fiel seguidor del Varón de Cuatro Ciénegas volvió a entrar en escena. Se trataba de Jesús Agustín Castro, quien fue enviado a la Jefatura Militar de Chihuahua, estado donde otro reconocido callista, Luis L. León, tenía su coto de poder. Después, Castro fue asignado a otra entidad donde el callismo era muy fuerte: Durango, ahí era gobernador Carlos Real Félix.

Lo mismo ocurrió en otras entidades los gobernadores callistas. Como no se podían hacer elecciones extraordinarias en todos los estados de la República donde los seguidores del Jefe Máximo eran mayoría, se decidió que serían contrarrestados con Jefes de Operaciones Militares afines a Lázaro Cárdenas. Así, en Jalisco, Sebastián Allende, uno de los más fuertes opositores al régimen cardenista fue vigilado por el general Alejandro Marge.

En Guanajuato, el hombre seleccionado por Melchor Ortega para mantenerse al frente del Ejecutivo Estatal era Jesús Yáñez, quien pronto se percató de los movimientos que Cárdenas realizaba con la finalidad de obtener el control político de ese estado del bajo. Siendo Ortega uno de los hombres más cercanos al Jefe Máximo y un gran opositor a Cárdenas, le escribió al general sonorense la siguiente misiva, quejándose amargamente de la situación:

"Me tomo la libertad de enviar a usted, con la presente carta, un recorte del periódico 'El Universal', de la edición correspondiente al día 7 de abril actual (de 1935), conteniendo un manifiesto publicado por la Confederación Campesina Mexicana, como propaganda a favor del señor Diputado Enrique Fernández Martínez, para la Gubernatura Constitucional de Guanajuato.

"De la manera más atenta me permito suplicar a usted me haga favor de enterarse de las aseveraciones contenidas en dicho Manifiesto, expresándole, al mismo tiempo, que los ataques en esa publicación se enderezan tan injustificadamente en contra mía, **no representan más interés para mí que el de provenir de elementos que prestan sus servicios en puestos de cierta significación en el Gobierno Federal**, como el Profesor Graciano Sánchez, que tiene a su cargo la Sección de Quejas del Departamento Autónomo Agrario."

Al hablar de "el Gobierno Federal" se refería a los cardenistas que atacaban a los callistas y buscaban desplazarlos del poder. Calles se limitó a responder: "Me

parecen muy injustificados los ataques que en esa publicación se hacen, pero yo le aconsejo a usted que tenga serenidad."⁴

Cárdenas, como buen pupilo que asistió a clases en los tiempos de Ortiz Rubio y conocía las causas de la caída de su paisano, generó sus propios cuadros de poder. Para eso contó con la asesoría de un buen profesor adjunto, Emilio Portes Gil. Ambos sabían que la clave para arrebatarle el poder a Calles, era eliminar a sus seguidores de los puestos de gobierno. Como asegura Hobbes, "cuando uno quiere prever lo que ocurrirá con un criminal recuerda lo que ha visto ocurrir en crímenes semejantes."⁵ Para no correr el mismo destino que Ortiz Rubio, el Presidente necesitaba extirpar a los callistas del gobierno y poco a poco lo conseguía.

Con miras a disminuir el poder del callismo, envió a varios de los allegados del general sonoreense como embajadores, iniciando la tradición de eliminar los estorbos políticos brindándoles cargos diplomáticos en algún lugar del mundo, para alejarlos del contexto nacional a fin de que no lo contaminaran con ideas opuestas a las del Presidente de la República o sus colaboradores más cercanos. Con esta táctica de alejamiento, José Manuel Puig Cassauranc se fue a bailar tango en las pampas de Argentina y a Manuel Pérez Treviño lo mandaron a conocer Europa, vía España.

La búsqueda del dominio del Partido Nacional Revolucionario fue más difícil, ya que al frente de este instituto quedó, tras la salida de Manuel Pérez Treviño, el general Matías Ramos, callista recalcitrante y, por ende, un rival a vencer. Pero aún no llegaba el momento en que el presidente Cárdenas dominara el Partido y pusiera en el CEN a alguno de sus adeptos.

Si bien Cárdenas permitió que los callistas predominaran en los puestos más importantes del partido oficial, colocó en lugares secundarios a personas con las cuales pudiera contar en caso de que se presentara una crisis política. De esta forma, *El Nacional* (que desde esa época dejó atrás el apelativo de *Revolucionario* y se independizó del PNR para convertirse en el periódico del gobierno) tuvo como director a Froylán Manjarrez, quien desempeñó el puesto de gobernador de Puebla en los últimos años del gobierno de Álvaro Obregón y tras apoyar la fallida rebelión delahuertista permaneció exiliado en Cuba. Manjarrez consiguió ese puesto gracias al respaldo de Emilio Portes Gil.

Era el momento de preparar a los elementos en el Congreso de la Unión para la próxima lucha en contra del callismo. Al frente de los senadores cardenistas se encontraba Ernesto Soto Reyes, secundado por un hombre cuyo ascenso fue obstruido por los seguidores del sonoreense: Gonzalo N. Santos, quien regresó a México después de desempeñar el cargo de embajador en Dinamarca. Ambos se encontraban listos para la embestida en contra de los elementos callistas.

⁴ Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 18 de abril de 1935, en APEC, Expediente 77 (Ortega, Melchor), Inventario 517, serie 12010804, s/f.

⁵ Hobbes, Thomas, *op. cit.*, página 81.

Por lo que respecta al primer gabinete de Cárdenas, fue integrado por elementos de todos los grupos políticos. Por ejemplo, había notables callistas como Tomás Garrido Canabal (Secretario de Agricultura), Juan de Dios Bojórquez (Gobernación), Narciso Bassols (Hacienda), Pablo Quiroga (Guerra) y hasta el médico personal del Jefe Máximo alcanzó puesto, el doctor Abraham Ayala González fue colocado en el Departamento de Salubridad.

También el hijo del Hombre Fuerte de México encontró acomodo: Rodolfo Elías Calles fue Secretario de Comunicaciones, probablemente como una consideración por parte de Cárdenas por que éste sonorense apoyó su candidatura presidencial. El mismo criterio puede aplicarse al Secretario de Relaciones Exteriores, Emilio Portes Gil y al Jefe del Departamento Central, Aarón Sáenz.

Pero Cárdenas no se quedó solo ante su gabinete. Junto a él estaban algunos de sus incondicionales, como Francisco J. Múgica (Secretario de Economía), Ignacio García Téllez en Educación o Silvano Barba González (Departamento del Trabajo). Lo que es digno de analizar en este gabinete es que por primera vez desde que el maximato fue constituido, no se encontraban en él los hombres más cercanos a Calles: Manuel Pérez Treviño, Melchor Ortega o Luis L. León, lo que generó molestias en estos seguidores del Jefe Máximo.

Cárdenas dio la primera vuelta a la tuerca que afianzaría el presidencialismo mexicano al realizar las acciones ya antedichas. Necesitaba controlar a sus rivales políticos y a la vez rodearse de hombres de su completa confianza; de lo contrario, corría el riesgo de no poder detener las actitudes de Plutarco Elías Calles, como le sucedió a Pascual Ortiz Rubio. Por eso, como asegura Antonio Gramsci, "prever significa solamente ver bien el presente y el pasado en cuanto movimiento; ver bien, es decir, identificar con exactitud los elementos fundamentales y permanentes del proceso."⁶ Cárdenas sabía cuales eran las piezas del ajedrez político que requería a su favor; viendo al pasado, conocía cómo operaba el mecanismo del maximato; previó cómo se desempeñarían en contra suya y así, en el presente, su jugada estaba lista para contrarrestar a los callistas.

Faltaba un aspecto para consolidar al presidencialismo mexicano. Era algo que en su momento tanto Calles como Obregón utilizaron para legitimar y legalizar su arribo al poder y que la política del maximato hizo a un lado: el apoyo de las masas. Cárdenas debía conseguir su respaldo para afianzar su Proyecto de Nación y, de paso, eliminar de una vez por todas al Hombre Fuerte de México.

⁶ Gramsci, Antonio, *op. cit.*, páginas 63.

4.2 La crisis política de junio de 1935

El Presidente michoacano, al igual que Nicolás Maquiavelo sabía que: "el que llegue a Príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto; cosa fácil, pues, el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero el que se convierte en Príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo procederá bien si se empeña ante todo en conquistarlo, lo que le será fácil si lo toma bajo su protección."⁷ Por esto, para Cárdenas era importante que la sociedad mexicana se sintiera partícipe del Proyecto de la Revolución.

Cárdenas, al igual que Ortiz Rubio, llegó a la Presidencia con apoyo de los nobles, es decir, de la élite política de la época, quienes los colocaron en la Primera Magistratura de la República con la finalidad de conservar sus privilegios. Cuando Ortiz Rubio trató de ganarse al pueblo por medio del reparto agrario (probablemente con la idea de alcanzar su respaldo para librarse de los "nobles"), el Jefe Máximo se lo impidió, secundado por sus seguidores, manifestando que no concordaban con la continuación de esa política social.

En su búsqueda por abolir el maximato, Cárdenas se apoyó en el pueblo, en un principio no por el lado de los campesinos, sino por un sector que fue muy importante para los planes de los líderes de la Revolución desde la época en que Álvaro Obregón reclutó a los *Batallones Rojos* en su lucha contra las tropas de la Convención de Aguascalientes: los obreros. El 22 de marzo de 1935, el presidente Cárdenas dijo lo siguiente: "Es urgente que se dé oportunidad a las clases trabajadoras para incorporarse a la civilización, ya que siempre han sufrido injusticias, olvido y privaciones."⁸ Estas palabras sirvieron de aliento a los obreros, quienes desde finales de 1934 desataron una serie de huelgas como las que se enlistan a continuación.

Los trabajadores petroleros iniciaron, en diciembre de 1934, una huelga en contra del Águila Petroleum Company. Pedían que les pagaran todas las horas extras que laboraron en el periodo que va de 1906 a 1933. Asimismo, comenzaron otros paros laborales en contra de otra empresa que lucraba con el oro negro: La Huasteca Petroleum Company. En el caso de la primera, trabajadores electricistas apoyaron las peticiones de los petroleros. Los empleados del ferrocarril también se declararon en contra de la situación laboral, al igual que los choferes de autobuses de la capital de la República.

La firmeza del movimiento obrero en contra de la situación que prevalecía en dicho sector, se manifestó en el número de huelgas reconocidas de manera oficial por la Comisión Nacional de Arbitraje durante el caótico y polémico año de 1935: 642, en contra de 14 que se desarrollaron en 1929, 15 en 1930, 11 paros laborales en 1931 y 56 en 1932; para 1933 sólo se presentaron 13 y la cantidad comenzó a elevarse en 1934, cuando se gestaron 202. Aun así, en el primer año de gobierno

⁷ Maquiavelo, Nicolás, *op. cit.*, página 73.

⁸ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 576.

de Cárdenas hubo más manifestaciones de malestar obrero que en todos los años en que predominó la figura del Jefe Máximo.

Detrás de toda esta agitación laboral se desarrollaba una lucha por el control de los trabajadores. El viejo líder del movimiento obrero, Luis Napoleón Morones, veía como su imperio se le escapaba de las manos frente a una nueva generación de dirigentes encabezada por Vicente Lombardo Toledano, quien con ideas más radicales que el antiguo Secretario de Estado, se separó de su organización para dirigir la CGOCCM, una institución que impulsaba a los trabajadores del país a luchar por sus derechos y a librarse de la explotación de la que eran víctimas por parte de los capitalistas que invertían en México. El Presidente vio con buenos ojos la actitud del noble líder laboral y siempre respaldó sus acciones, sabía que los gobiernos de la Revolución necesitaban encaminarse hacia la sociedad. Cárdenas comprendió que "no hay gran jefe político sin el instinto de las masas."⁹

Pero la dignidad de la investidura presidencial no estaba salvada ni encaminada a su predominio sobre las fuerzas nacionales. Cárdenas no había manifestado una supremacía sobre los designios del Jefe Máximo, por lo que se le consideró, en esos primeros meses, un fiel continuador del maximato, un Jefe del Ejecutivo débil. El pueblo, siempre sarcástico, recitaba estos versos por las calles:

"Oaxaca dio dos caudillos,
Coahuila dos caudillejos,
Sonora nos dio dos pillos
Y Michoacán dos pendejos."¹⁰

En esta estrofa se aludía a grandes figuras como eran Porfirio Díaz y Benito Juárez, de Oaxaca; Francisco I. Madero y Venustiano Carranza, de Coahuila; Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, de Sonora; y por último, Pascual Ortiz Rubio y Lázaro Cárdenas de Michoacán. Éste era incluido debido a que su estrategia para acabar con el maximato aún no se daba a conocer. Estos movimientos se realizaron en las catacumbas de la política nacional. Pronto llegaría el momento oportuno de mostrar lo contrario.

Por burlas como ésa, era preciso demostrar que el michoacano podía recuperar no sólo el respeto que conlleva el alto cargo de Presidente de la República, sino también el control de la política nacional y llevar a buen término su Proyecto de Nación. La cosa no sería sencilla, según lo manifestó Cárdenas en sus apuntes del primero de abril de 1935:

⁹ Moscovici, Serge, *op. cit.*, página 48.

¹⁰ González Compeán, Miguel, *op. cit.*, página 126.

"Personas que han visitado en Sinaloa al señor general Calles, me platican que se expresa en términos poco favorables a los obreros, manifestándose contrario a las huelgas.

"Si los obreros sigieran una actitud anárquica seguro que sí vendría la depresión económica; pero no ocurre así. Los obreros planean, pulsan su propia situación, estudian el estado económico de las empresas y cuando la situación les es favorable van a la huelga.

"Durante los movimientos de huelga últimamente registrados, los obreros no han estado inconsecuentes; se han colocado dentro de las posibilidades económicas de las propias empresas, que es la política del Gobierno".¹¹

Para el 28 de abril, la animadversión de los callistas hacia el Presidente se incrementaba:

"Intensa campaña se viene haciendo en contra del Gobierno en todo el país por elementos partidarios del general Calles.

"Estos individuos que con su conducta inmoral han traicionado a la Revolución y al propio general Calles dirigen andanadas de intrigas en contra del Gobierno al sentir que pierden sus posiciones de lucro".¹²

La carta de Melchor Ortega, comentada en el acápite anterior de este mismo capítulo, parece ser uno de los ejemplos más notorios de las actitudes que describe el general Cárdenas. Pero algunos callistas simpatizaron con el régimen cardenista y el Presidente lo sabía. Tal es el caso del embajador mexicano en Argentina, José Manuel Puig Cassauranc, hombre que escribió los discursos de Calles cuando era el titular del Ejecutivo, quien se manifestó a favor de las decisiones que Narciso Bassols tomaba en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, pues para evitar una nueva devaluación, ordenó retirar de la circulación la moneda que contuviera plata y fue sustituida por pesos en papel y nueva moneda fragmentaria.

Llegaba el momento de encarar al Jefe Máximo y para eso le lanzó un anzuelo. En abril de 1935, Aarón Sáenz le escribe una carta al general Calles, manifestándole que el Presidente consideraba indispensable su presencia en la ciudad de México para consultar con él asuntos relacionados con la crisis política.¹³ El Jefe Máximo viajó a la capital. Nunca imaginó la sorpresa que su discípulo le tenía preparada.

Pero la postura de los seguidores del Hombre Fuerte de México en contra del Presidente continuó. El 3 de mayo, el michoacano escribió:

¹¹ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 317.

¹² *Ibid.*

¹³ Carta de Aarón Sáenz a Plutarco Elías Calles, 5 de abril de 1935, en APEC, Expediente 10 (Sáenz, Aarón), Inventario 5210, *slf.*

"Distintos amigos del general Calles, entre ellos algunos de los que forman parte del Gabinete, vienen insistiéndole en que debe seguir interviniendo en la política del país. Estas gentes lo perderán.

"Senadores y diputados van y vienen frecuentemente a entrevistar al general Calles, tratándose asuntos políticos.

"En dos entrevistas que he tenido con el general Calles le he expresado la conveniencia para el Gobierno y para él mismo de retirarse de los políticos y me ha contestado: "Ya me canso de decirles a estos... que me dejen en paz."

"Sin embargo, se ha podido comprobar que ha venido de Sinaloa con el propósito de influir en un cambio de la política obrerista del Gobierno."¹⁴

En la Cámara de Senadores, el líder del ala izquierda (o cardenista), Ernesto Soto Reyes, mantenía un reñido duelo con el dirigente de las huestes callistas en ese recinto legislativo, Ezequiel Padilla. El motivo de la disputa eran los conflictos laborales, pues los seguidores del general Calles consideraban que la agitación de los obreros era sinónimo de anarquía y que Cárdenas no era capaz de llevar las riendas del Estado mexicano.

Decidido a darle una lección a los cardenistas, Padilla, al frente de un grupo de diputados y senadores, fue a la residencia de Calles y le pidió que opinara sobre la situación del país. Se buscaba, como sostiene Duverger, a ese "jefe (que) es omnisciente, omnipotente, infalible, infinitamente bueno y sabio: toda palabra que salga de su boca constituye la verdad; toda voluntad que emane de él es la ley del partido."¹⁵ El fin era atemorizar a Cárdenas con las palabras del Jefe Máximo; pero los resultaron no salieron como esperaban los callistas.

Ni tardo ni perezoso, el Hombre Fuerte de México dio *línea*. Padilla le pidió su autorización para que su postura se publicara en la prensa mexicana. El sonorense accedió y el 12 de junio de 1935, en primera plana (salvo en *El Nacional*, donde el cardenista Froylán Manjarrez se negó a presentarlas), bajo el título de "Patriotas declaraciones del general Calles" se leían palabras como éstas:

"Está ocurriendo exactamente lo mismo que sucedió en el periodo del presidente Ortiz Rubio. Un grupo se decía ortizrubista y otro callista. En aquellos tiempos, inmediatamente que supe estos incidentes, traté personalmente y por conducto de mis amigos de conjurarlos; pero pudieron más los elementos perversos, que no cesaron en su tarea hasta el desenlace de los acontecimientos que ustedes conocen. Actualmente, en la Cámara de Diputados se ha hecho esa labor personalista de una manera franca y abierta y conozco los nombres de quienes la mueven. Todos los que tratan de dividirnos hacen una labor de perfidia (...) Cuando comienza la división de los grupos a base de personas, toman parte en estas decisiones, primero, los diputados, senadores, gobernadores y ministros y, por último, el ejército. Como consecuencia, el choque armado y el desastre de la nación."¹⁶

¹⁴ *Ibid.*, página 318.

¹⁵ Duverger, Maurice, *op. cit.*, página 208-209.

¹⁶ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 582.

Abiertamente atacó a los laboristas que impulsaban las huelgas que se gobernaban en todo el país a favor de los trabajadores:

"...vamos para atrás, para atrás, retrocediendo siempre; y es injusto que los obreros causen este daño a un gobierno que tiene al frente a un ciudadano honesto y amigo sincero de los trabajadores, como el general Cárdenas. No tienen derecho a crearle dificultades y de estorbarle en su marcha. Yo conozco la historia de todas las organizaciones, desde su nacimiento; conozco a sus líderes, los líderes nuevos y los líderes viejos. Sé que no se entienden entre sí y que van arrastrados en líneas paralelas por Navarrete y Lombardo Toledano (...) sin corresponder a la generosidad y a la franca definición obrerista del Presidente de la República..."¹⁷

Por medio de telegramas, que se encuentran en el Archivo Calles-Torreblanca, muchos políticos felicitaron al general por su declaraciones. En el Congreso de la Unión, 99 diputados y 45 senadores se declararon callistas, mientras que 44 diputados y 9 senadores respaldaron abiertamente al Presidente de la República.

Por su parte, Cárdenas esperó pacientemente, redactó su respuesta, la comentó con Emilio Portes Gil, quien le dio el visto bueno y el 13 de junio los diarios mexicanos publicaron el punto de vista del Jefe del Ejecutivo, donde aseguraba que él nunca invitó a sus partidarios a que se enfrentaran a otros elementos de la Revolución. Se refería también a su tolerancia a los movimientos obreros como un ejemplo de que su gobierno apoyaba a la sociedad, no como sinónimo de anarquía. Cerró el mensaje con estas palabras:

"...Tengo plena confianza en las organizaciones obreras y campesinas del país y espero que sabrán actuar con la cordura y el patriotismo que exigen los legítimos intereses que representan.

"Deseo expresar, finalmente, que en el puesto para el que fui electo por mis conciudadanos, sabré estar a la altura de mi responsabilidad y que si he cometido errores, éstos pueden ser el resultado de distintas causas, pero nunca el producto de perversidad o mala fe.

"Creo tener derecho a que la nación tenga plena confianza en mí, y a que el grupo revolucionario se revista de la necesaria serenidad y continúe colaborando con el Ejecutivo en la difícil tarea que se ha impuesto y, a tal fin, exhorto a todos los hombres de al Revolución para que mediten honda y sinceramente, cuál es el camino del deber: pudiendo todos estar seguros de que jamás obraré en un sentido diverso del que han inspirado siempre todos los actos de mi vida de ciudadano, de amigo leal y de soldado de la República."¹⁸

La sorpresa fue general. ¡Finalmente un Jefe del Ejecutivo encaraba al Jefe Máximo y buscaba sacudirse su influencia! Los obreros respaldaron al hombre que no los dejó solos en su lucha contra los empresarios. Miles de manifestantes salieron a las calles para exigir la salida de Calles del territorio nacional. Los grupos laborales creían en la fuerza de su Presidente y como aseguró Cosío Villegas, "basta con que la gente crea que un hombre es poderoso para que su

¹⁷ *Ibid.*, páginas 582-583.

¹⁸ *Los presidentes de México, discursos políticos (1910-1988) Tomo tres*, Dirección General de Comunicación Social de la Presidencia de la República y El Colegio de México, México, 1988, página 51.

poder aumente por ese sólo hecho."¹⁹ Cárdenas simbolizaba el poder presidencial; esto fue asimilado por todos. El verdadero potencial del michoacano estaba en las masas, así lo comprendió y así lo ejecutó durante todo su sexenio.

El Primer Magistrado recibió miles de telegramas de apoyo. Curiosamente, los enviaron las mismas personas que unas horas atrás se solidarizaron con el general Calles.²⁰ En el Congreso las cosas cambiaron radicalmente: de 9 senadores cardenistas la cifra aumentó a 23; algo similar ocurrió con los diputados.

El 14 de junio, Luis I. Rodríguez, secretario particular del Presidente, visitó al Jefe Máximo y le informó que en ese instante, Cárdenas solicitaba la renuncia de todo su gabinete, con la finalidad de tener sólo a elementos afines a su gobierno dentro de su círculo más cercano. Al mismo tiempo, Matías Ramos era removido como Presidente del PNR. El paso estaba dado. La ruptura era inminente.

Calles abandonó la capital el 19 de junio, rumbo a su propiedad llamada El Tambor, en Sinaloa, manifestando (¡una vez más!) que se retiraba para siempre de la política. Tras esta breve estancia en el estado norteño, Calles salió una vez más del país. El tablero marcaba *Presidente 1, Jefe Máximo 0*. Pero los callistas pensaban que perdían una batalla, no así la guerra. Sin embargo, Cárdenas sabía, al igual que Winston Churchill al triunfo de los aliados sobre Adolf Hitler, que: "éste no es el final (de la lucha), no es siquiera el principio del fin. Pero sí es, quizá, el final del principio."²¹ Por su parte, el vulgo despedía a Calles con la siguiente parodia de la popular melodía *Adiós Mamá Carlota*, de Vicente Riva Palacio:

"Se siente regocijo
al irse el dictador
adiós papá Plutarco
no vuelvas de El Tambor."²²

4.3 Polémica en los diarios: La muerte de Obregón

Con la partida de Plutarco Elías Calles del territorio nacional, Lázaro Cárdenas integró su gabinete con individuos que merecían su confianza, como Andrés Figueroa (Secretario de Guerra y Marina), Rafael Sánchez Tapia (Economía) o Francisco J. Múgica (Comunicaciones). Un caso especial fue el de Saturnino Cedillo, quien ocupó la cartera de Agricultura en lugar de Tomás Garrido Canabal. Éste general potosino se opuso a los excesos antirreligiosos de todos los gobiernos revolucionarios, así que su presencia en el círculo más cercano al Presidente de la República fue garantía para los católicos de que el gobierno marcaba nuevos rumbos en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, finalizando con los roces que existían desde la Guerra Cristera.

¹⁹ Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, Editorial Joaquín Mortiz, México, decimosexta reimpresión de la segunda edición, 1987, página 30.

²⁰ AGN, Fondo Presidentes, Lázaro Cárdenas, Expediente 546.2110, Legajo 1, s/f.

²¹ Meyer, Lorenzo, *Fin de régimen y democracia incipiente. México hacia el siglo XXI*, página 68.

²² AGN, Fondo Presidentes, Lázaro Cárdenas, Expediente 546.2110, Legajo 2, s/f.

Ya sin los callistas en el gabinete, el michoacano dio puestos a otros desplazados políticos de la era sonorensis; por ejemplo, nombró Secretario de Relaciones Exteriores a Eduardo Hay; Luis Montes de Oca recibió el cargo de director del Banco de México y hasta un paisano de Cárdenas, Pascual Ortiz Rubio, se colocó en la nueva etapa de la administración, al asumir la dirección de Petróleos Nacionales de México (Petromex).

Finalmente un primer magistrado elegía con libertad a su gabinete, recurrir o consultar a ex Presidentes de la República que, debido al canto de las sirenas, continuaban inmiscuidos en los asuntos de la Administración Pública Federal. Pero aún faltaba terminar de pulir la obra de Cárdenas, esa escultura llamada presidencialismo.

Para mantener el control del Partido Nacional Revolucionario, Cárdenas envió a uno de sus fundadores, a un hombre que conocía la esencia de todos los grupos políticos de México, que ya había desempeñado el puesto de Presidente del CEN y que fue uno de los artífices en su triunfo parcial sobre el callismo: Emilio Portes Gil. Pero el tamaulipeco estuvo bajo vigilancia, pues como secretario del partido se designó a un incondicional del michoacano: Ignacio García Téllez.

El primer conflicto al que se enfrentó Portes Gil fue la elección de gobernador en Nuevo León, donde el PNR respaldó a uno de los vástagos del Jefe Máximo: Plutarco Elías Calles Jr. En una plática que sostuvo con el Presidente, el tamaulipeco consideró que no era prudente entregarle el puesto a ese político, pero tampoco al candidato de la oposición, el general Fortunato Zuazua, quien contaba con antecedentes de revolucionario pero que, a juicio de Portes Gil, cometió el error de captar el apoyo de los grupos reaccionarios, es decir, de los dirigentes del clero y de los empresarios más importantes del norte de la República.

Así, el Jefe del Ejecutivo declaró vacante el puesto de triunfador y puso como gobernador al general Anacleto Guerrero. Cárdenas comenzaba a manifestar los excesos del presidencialismo, largamente aletargados y segregados por la influencia que el caudillismo y la jefatura máxima tuvieron sobre el país. El Presidente debía exterminar toda influencia del callismo en el territorio nacional, pero eso no implicaba entregar a los enemigos ideológicos de la Revolución algunos puestos de elección popular.

De esta forma, había otro cacique que sirvió fielmente al Jefe Máximo, pero que no estaba arraigado en el norte del país, sino en la frontera sur. Se trataba del ex Secretario de Agricultura cardenista, Tomás Garrido Canabal. Tras su exclusión del gabinete presidencial, el tabasqueño regresó a su estado natal y de inmediato asumió el puesto de director general de Educación Pública local, gracias al gobernador de la entidad, Manuel Lastra Ortiz.

Hasta esos lejanos territorios llegaron las consecuencias de la caída de Calles. Un grupo opositor a Garrido, encabezado por Rodulfo Brito Foucher, hizo todo lo posible para ganar el congreso estatal. Cárdenas apoyó a los britistas, pero el cacique tabasqueño enfrentó a los disidentes sin importarle las consecuencias, lo que provocó que esa entidad se bañara con sangre.

Como una advertencia para que renunciara al dominio del estado de manera pacífica, el Primer Magistrado envió a su fiel subordinado, el general Miguel Enríquez Guzmán, para hablar con el callista. El militar le explicó a Garrido que el Presidente le extendía sus dos manos, "la mano derecha que es la mano de amigo y la mano izquierda, que es la mano de enemigo. De la elección que usted haga dependerá la actitud del general Cárdenas hacia usted y hacia sus amigos". El tabasqueño contestó: "Dígale al general Cárdenas que escojo su mano de amigo".²³

Para solucionar el conflicto, Rodulfo Brito Foucher y Tomás Garrido Canabal salieron de Tabasco, el segundo entró al servicio diplomático mexicano y fue enviado a Costa Rica, donde realizó estudios agrónomos. La Comisión Permanente del Congreso declaró, el 23 de julio de 1935, que en Tabasco desaparecían las garantías individuales y designó a un cardenista, Áureo L. Calles, nuevo Jefe del Ejecutivo de la entidad.

Con acciones de este tipo, Cárdenas acababa con los caciques callistas que aún existían en el territorio nacional. Faltaban algunos importantes, los que dominaban estados como Sinaloa, Sonora y Guanajuato, pero éstos serían desplazados en la segunda fase de eliminación de la jefatura máxima.

En el Congreso de la Unión, los cardenistas representaban la mayoría parlamentaria y algunos seguidores del general sonorense permanecían a la expectativa de los acontecimientos, lo cual no impedía que se dieran sucesos como los que describe Dulles:

"La Cámara de Diputados se volvió más fuertemente cardenista después de una batalla que se libró en ella el 11 de septiembre de 1935, en la que dos de los legisladores de la nación resultaron muertos y otros fueron heridos. Luis Mora Tovar culpó a los callistas, y diecisiete diputados fueron proscritos de la Cámara Baja. Después de esto, el general Cándido Aguilar (cardenista) fue elegido para la presidencia del Senado."²⁴

No se le podía exigir al Presidente que acabara, de la noche a la mañana, con un grupo político que llevaba años en el poder. La paciencia es virtud y Cárdenas esperaba el momento propicio para terminar con los callistas recalcitrantes que aún imperaban en la política nacional. Para contrarrestarlos, era ineludible que los cardenistas estuvieran perfectamente ubicados para el momento en que los seguidores del Jefe Máximo dieran la batalla para recobrar algo que pensaban que les correspondía por derecho: el poder político.

²³ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 600-601.

²⁴ *Ibid*, página 590.

Pero... ¿qué hacía Calles mientras Cárdenas afinaba las piezas que le permitirían consolidar en México el poder presidencial? Algo muy sencillo: estaba de vacaciones. Acompañado de su hija Hortencia Elías Calles y de su yerno favorito, Fernando Torreblanca, el divisionario sonoreense realizó un extenso viaje a las nada despreciables y paradisíacas playas de Hawai. Ahí, tanto en el crucero que lo transportó como en el hotel donde él y sus parientes se hospedaron, recibió siempre el trato de huésped distinguido.

En ese retiro recibía correspondencia con temas políticos. El 30 de agosto de 1935, el general Agustín Olachea, gobernador del territorio de Baja California, le informó que Cárdenas puso en su lugar a Gildardo Magaña. El militar aseguró que "es la política definida del Gobierno eliminar a todos los que consideran sus amigos (...) mucho me temo que esta situación cada día siga empeorándose en lugar de mejorar."²⁵

Por años, los callistas eliminaron de los puestos públicos a todo aquel individuo que no estuviera de acuerdo con su postura. Ahora venía el declive de ese grupo, tras pensar que el poder era exclusivamente para ellos. Las cosas habían cambiado. Y así, una nueva élite los desplazaba, pero aún se consideraban con la fuerza suficiente como para dar una batalla final en contra de la embestida cardenista.

Al general Joaquín Amaro, que tras la caída de Pascual Ortiz Rubio parecía convencido de que era mejor servir al Jefe Máximo que al Presidente, Calles le escribió que, con gran pesar, vela cómo México era conducido por el camino de la anarquía, pues nadie ponía orden en la Nación. Consideraba que sus predicciones, hechas en junio, se cumplían al pie de la letra y no confiaba en los hombres que rodeaban a Cárdenas, pues los consideraba grandes oportunistas. Concluye: "Yo he estado observando con tristeza los acontecimientos y observando cómo se lleva al país por la pendiente incontenible de los desquiciamientos y en este tiempo he creído prudente no levantar mi voz para que no se fuera a creer que despechos, ambiciones, que ni otra cosa (que) tengo me hacían hablar."

Pero fue el recuerdo del invicto caudillo de Sonora lo que le obligó a abandonar su postura de silente espectador y lo motivó para regresar a tierras aztecas por la revancha en contra de su discípulo. El día 9 de diciembre se publicó en *La Prensa* un reportaje donde se aseguraba que Calles y Morones fueron los responsables de uno de los atentados que sufrió Álvaro Obregón y que los hermanos Pro y el ingeniero Segura Vilchis fueron chivos expiatorios en este asunto.

El viejo rumor de que Calles era el verdadero responsable de la muerte del invencible general sonoreense retomó fuerza, al grado de que en *El Excelsior* del

²⁵ Carta de Agustín Olachea a Plutarco Elías Calles, 30 de agosto de 1935, en APEC-Exilio, Expediente 38 (Olachea, Agustín), s/f.

10 de diciembre de 1935, Luis Benvenuti, un hombre que presenció en el interrogatorio que Calles le hizo a José de León Toral después de que éste asesinó a Obregón, argumentó que el homicida siempre trabajó solo y que eran mentiras las recientes declaraciones de Concepción Acevedo y de la Llata, la polémica *Madre Conchita*, en las que daba a entender que el Jefe Máximo ordenó la muerte de su paisano.

Frente a esta guerra de declaraciones, Calles pensó que no había más remedio que volver a la carga. Así, un avión llamado *Electra* partió de Los Ángeles, California. Recorrió el cielo nacional e inclusive aterrizó en ciudades tan importantes como Hermosillo, Mazatlán y Guadalajara. Finalmente, el viernes 13 de diciembre de 1935, a las 4 horas con veinte minutos, arribó al aeropuerto de Balbuena. De las entrañas del pájaro de acero emergió Plutarco Elías Calles. El divisionario sonorenses pisaba una vez más la ciudad de México y su presencia en la capital no obedecía a fines de esparcimiento, como fue su anterior visita a las playas de Hawai. Venía con la intención de revertir el marcador que indicaba *Presidente 1, Jefe Máximo 0*.

4.4 Los callistas se reagrupan

Eran los últimos meses de un año considerado de transición política. En México se pensaba que finalmente llegaba la democracia y, en general, había buenos augurios para el desempeño del Jefe del Ejecutivo, aunque al principio de su administración se le consideró poco apto para el puesto. El cielo parecía despejado, se veía como una caja celeste de primavera, a pesar de ser invierno. Entonces fue cuando regresó y el panorama se llenó de nubes negras. Durante largos meses permaneció en el extranjero, vigilando el país que alguna vez fue suyo, hablando poco, murmurando mucho, tolerando los ataques al gobierno que presidió, maquinando el retorno y los argumentos que le ayudarían a defender su administración. Cuando concluyó esta última fase, Plutarco Elías Calles pisó una vez más el territorio mexicano.

El Jefe Máximo volvía asegurando que el gobierno que administró de 1924 a 1928 era atacado sin sustento. Además, sostenía que en México se gestaba un régimen comunista, debido a las medidas populistas de Cárdenas, lo cual no iba acorde con el Proyecto de Nación que impuso la Revolución Mexicana. El ex Presidente pensaba que él (y sólo él) tenía la verdad absoluta. Pero esta vez, Calles daría la batalla fuera del gobierno, pues sus seguidores fueron desplazados de las instituciones. La guerra del Primer Magistrado en contra del Jefe Máximo sería en el campo político, movilizando a los sectores que apoyaban a uno u otro de los contendientes.

Pero desde el principio, Calles tuvo varios elementos en contra. Del *Electra* también bajó la regordeta figura de Luis Napoleón Morones, el jefe de la CROM. Meses antes, este líder laboral emitió un discurso a favor del Jefe Máximo y en contra de la política laboral que mantenía el gobierno cardenista. Calles exhibía a su aliado con orgullo, pero... ¿no pensó que la principal mancha que caía sobre su

administración era el hecho de que se acusaba a él y a Morones de la muerte de Obregón? El verse acompañado el líder obrero sólo acrecentaba los rumores de que ambos planearon el atentado en contra del caudillo. Sin embargo, el ex Presidente requería de toda la ayuda posible en su lucha contra el cardenismo.

El regreso del otrora Hombre Fuerte de México generó la animadversión de varios sectores hacia él. Tras su arribo a la capital, todos los días aparecían en los periódicos las peticiones de personas que exigían que el general sonoreense fuera expulsado del país. Lázaro Cárdenas recibió infinidad de telegramas con esa solicitud; el contenido de estos mensajes varió muy poco. Por ejemplo, El Comité Ejecutivo Agrario de Cuautla, Morelos, calificaba a Calles como "reaccionario y enemigo de las clases trabajadoras (...) que no debe permanecer entre nosotros setenta y dos horas más". La Federación Campesina y Obrera del Estado de Hidalgo, pedía que se expulsara a todos los callistas de esa entidad; desde San Luis Potosí, se demandó, "para la tranquilidad de la nación y estimando como acto de justicia la expulsión de ambos (Calles y Morones)". Por ese estilo existen miles de telegramas, de todos los estados de la República, dirigidos al presidente Lázaro Cárdenas, mismos que se encuentran en el Archivo General de la Nación.²⁶

Por su parte, la Federación Distrital Agraria y Sindicalista de Zamora, Michoacán, llama a Calles "sátrapa y máximo del capitalismo", por que no simpatizaba con las políticas sociales de Cárdenas. Ejemplos como este muestran que la sociedad estaba conforme con la labor desarrollada por el primer mandatario y no iba a permitir que el Jefe Máximo y sus aliados volvieran al gobierno para repartirse el poder como un botín de guerra.

En esa batalla, la influencia de Cárdenas sobre los sectores sociales fue decisiva. Con estos manifiestos de apoyo, se mostraba que su fuerza se cimentaba en el pueblo, en organizaciones que reconocían que el michoacano encauzó al Estado hacia el bienestar de la sociedad. Este respaldo fue presentado en los medios de información de la época, lo que generó en torno a Cárdenas un aura de fortaleza, pues el Presidente forjó su poderío, como sentencia Maquiavelo, no en las élites, sino en los gobernados, gracias a la labor altruista que desarrolló durante su mandato.

Por el contrario, Calles no encontró apoyo en los medios impresos nacionales. Al otro día de su llegada, envió a todos los periódicos del país unas declaraciones donde defendía su régimen. Ningún diario mexicano los publicó, pero sus palabras tuvieron eco en tabloides extranjeros, como *La Prensa* y *La Opinión*, rotativos norteamericanos enfocados a los habitantes de habla hispana, pero hasta estos medios aprovecharon la oportunidad para hacer leña del árbol caído.'

Al no tener tribuna donde expresarse, los callistas fundaron su propio periódico, *El Instante*, de Bartolomé Vargas Lugo, el rotativo se encargó de difundir las

²⁶AGN, Fondo Presidentes, Lázaro Cárdenas, Expediente 546.2/10, Legajo 2, sf.

opiniones de Calles. Pero el diario tuvo una vida corta, ya que un grupo de obreros irrumpió en sus instalaciones y destruyó el equipo de impresión. Con esta pérdida, los callistas se quedaron sin voz frente a la incontenible oleada que el cardenismo lanzaba en su contra.

El callismo era una religión en pleno declive y como en el célebre pasaje bíblico donde Pedro negó tres veces a Cristo, los apóstoles de Calles le daban la espalda. En esos días de gran agitación política, uno de los hombres que regresaron a los primeros planos nacionales, Gonzalo N. Santos, habló con uno de los otrora callistas recalcitrantes, Juan de Dios Bojórquez, quien había cambiado completamente su postura. Santos refiere en sus memorias la siguiente conversación:

"Bojórquez me contestó: '¿Qué me aconsejas?' Le dije a Bojórquez: '¿Quién te llevó al gabinete como ministro de Gobernación al gobierno de Cárdenas, Cárdenas o Calles?' Bojórquez me dijo: 'Cárdenas'. 'Entonces, ¿por qué te echó fuera del gabinete junto con el hijo de Calles, Rodolfo, y los demás callistas? ¿Con quién te sientes más solidario, con Calles o con Cárdenas?' Y me dijo: 'Con Cárdenas'. 'Entonces sale sobrando tu pregunta -le dije-, no se puede estar con Dios y con el Diablo'. Bojórquez al día siguiente que llegó el general Calles no fue a recibirlo al aeropuerto; pero el pobre quedó mal con Dios y con el Diablo, con los ángeles, con los demonios y con los santos inocentes."²⁷

Santos tenía razón. Bojórquez no apoyó a Calles en los momentos difíciles. Muchos años después, seguramente perseguido por esos ángeles y demonios, buscando reconciliarse con Dios y con el diablo, en octubre de 1945, cuando el cuerpo de Calles era velado en la residencia ubicada en Guadalajara # 104, Bojórquez se presentó, como fantasma del pasado, en busca de redención. Ni los callistas que se mantuvieron fieles en la crisis de diciembre de 1935 ni los familiares del difunto, le permitieron el acceso.

Había otro apóstol renegado. Una persona muy cercana al Jefe Máximo, que escribió sus discursos en infinidad de ocasiones y siempre recibió su venia a través de puestos en el gabinete de los Presidentes del maximato. Se trataba del embajador de México en Argentina, José Manuel Puig Cassauranc. Al igual que Bojórquez negó su religión y envió un telegrama al general Cárdenas manifestándose a su favor; a su vez, pedía a Calles que dejara de influir en la política nacional.

Al igual que César poco antes de recibir la puñalada, el Jefe Máximo debió haber expresado un "¿¡Tú también, bruto!?". Calles siempre estimó a Puig Cassauranc; redactaron juntos el mensaje político de septiembre de 1928. Con la furia que nace de la decepción, el sonorenses manifestó lo siguiente:

²⁷ Santos, Gonzalo, *op. cit.*, página 589.

"Por antecedentes no tiene usted derecho juzgar mi personalidad en forma hácelo, que es firme en ideología revolucionaria y respeto a instituciones país (...) Ante seis meses de injurias injustificadas a mí y al régimen callista, que entre otros usted estaba obligado a defender, porque injurias a este régimen son principalmente a usted, vine a ésta para hacer aclaraciones, pues de otra manera sería cobarde e indigna de mi parte, sumada a cobardía e indignidad de ustedes que formaron ese régimen, siempre con alabanza y sin un acto de protesta".²⁸

Pero no todos los callistas le dieron la espalda a su jefe. Quienes manifestaron su respaldo a Calles pronto sintieron las restricciones que ejercía sobre ellos el régimen cardenista. La llegada del Jefe Máximo a México permitió al Presidente identificar a los elementos que eran afines a esa figura metaconstitucional y eliminarlos del mapa, para evitar que articularan un movimiento armado en contra del gobierno.

En el Congreso de la Unión fueron desaforados cinco senadores callistas: Manuel Riva Palacio, Francisco L. Terminel, Elias Pérez Gómez, Cristóbal Bon Bustamante y Bernardo Bandala. Sólo este último se presentó en la sesión donde se les desconoció como representantes del pueblo y aseguró que "si el único motivo, y bien lo veo, de mi desafuero, es haber ido a recibir al aeródromo al señor general Calles, que es mi amigo, quien no es verdad que venga a hacer labor sediciosa, yo acepto el dictamen y salir del Senado, pero no acepto que se me califique de rebelde." El Congreso se encontraba depurado de seguidores de Calles. En las Cámaras se llegó a afirmar: "Calles debe morir como Robespierre".

El siguiente paso, ya con un Poder Legislativo dominado por los cardenistas, fue decretar desaparecidos los poderes estatales en los Estados donde los gobernadores eran identificados como partidarios del general Calles. Así, Guanajuato, Durango, Sinaloa y Sonora quedaron sin representante del ejecutivo estatal, el cual pronto fue ocupado por hombres leales al Presidente. El predominio cardenista en el territorio nacional quedó garantizado con esa medida.

Quedaba otro aspecto muy importante: el ejército. Si bien Cárdenas había colocado a sus incondicionales en todas la Jefaturas de Operaciones Militares, aún estaban presentes varios callistas que tenían la intención de crearle problemas. Desde principios de diciembre de 1935, Cárdenas escribió en sus apuntes que Melchor Ortega y un general callista, José María Tapia, visitaban a diversos militares para invitarlos a unirse a una rebelión que preparaban. Ninguno de ellos representaba complicación alguna para el Presidente, pues no tenían arraigo en el ejército, pero era necesario eliminar a los generales que sí poseían cierta influencia en el sector militar. Así, el 15 de diciembre de 1935, Cárdenas escribió:

²⁸ Dulles, John W. F., *op. cit.*, página 609.

"Hoy cesan en sus comisiones de director de Educación Militar y Jefe la Primera Zona Militar los CC. generales de división Joaquín Amaro y Manuel Medinaveytia, respectivamente, substituyéndolos los generales brigadier Rafael Cházaro Pérez y de brigada Rafael Navarro, respectivamente.

"La remoción de los generales Amaro y Medinaveytia, obedeció a que se les ha señalado, comprobadamente, como adictos a la obra subversiva desarrollada por el general Tapia y Melchor Ortega."²⁹

Faltaba la más humillante acción en contra de los callistas: expulsarlos del organismo cuya fundación fue impulsada por su líder: el Partido Nacional Revolucionario. El 18 de diciembre se hizo público que el PNR arrojó de sus filas a Plutarco Elías Calles, Fernando Torreblanca, Manuel Riva Palacio, Agustín Riva Palacio, Bartolomé Vargas Lugo, Melchor Ortega, José María Tapia y Luis L. León. El Presidente del CEN del partido, Emilio Portes Gil, declaró que esto era parte del proceso de depuración que vivía la Revolución.

Señalados como subversivos, los callistas tenían que reagruparse para recuperar el poder. Existía otra manera de combatir a Cárdenas sin caer en una rebelión armada. Era el momento de rescatar el discurso de régimen de instituciones, se debía combatir al PNR con un nuevo organismo que rivalizara con él en la lucha por los puestos de elección popular. Éste era el Partido Constitucional Revolucionario.

4.5 El camino rumbo al exilio

En diciembre de 1935 se publicaron en la prensa norteamericana unas declaraciones del general Calles en las que aseguraba que en México el apasionamiento cegaba a los líderes y querían imponer el comunismo. Además, reprochaba el que se diera a entender que él ordenó el asesinato de Álvaro Obregón y para ello se usara el testimonio de la *Madre Conchita*. Calles también se manifestó en contra de que los obreros fueran manipulados por los líderes para que éstos obtengan algún beneficio personal. Al finalizar las declaraciones, uno de los reporteros hizo el siguiente comentario:

²⁹ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 317.

"J.H.T.- General, alguno de los periódicos ha dicho que usted va a formar un partido político.

"P.E.C.- No voy a formar ni a encabezar ningún partido político. Un grupo de ciudadanos, entre quienes hay amigos míos, es el que está formando ese partido político, con perfecto derecho (...). Yo creo que están dentro de las leyes del país. Constituir un partido político, para tomar participación en la cosa pública dentro de la ley y dentro de los principios democráticos, ¿qué tiene de malo?

"J.H.T.- Absolutamente nada. Pero, ¿cree usted que por el hecho de ser amigos suyos algunos de los que figuran en él, verá con malos ojos el Gobierno la formación de ese partido?

"P.E.C.- Están ustedes viendo que no solamente la ve con malos ojos, sino que, ¿no han presenciado que se ha quitado su fuero a los Senadores... qué los poderes de los Estados han sido barridos? Es muy lógico que tienen que ver con desagrado que se constituya un partido político en el que figuran personas que suponen mis amigos."³⁰

Pronto se dio a conocer el manifiesto de los integrantes del Partido Constitucional Revolucionario, cuyo comité organizador estaba integrado por Melchor Ortega, Bartolomé Vargas Lugo, José María Tapia, Luis L. León, Jesús Rodríguez de la Fuente, Alfonso Fernández, entre otros. Los callistas, expulsados del PNR, buscaban darle a su lucha un cauce institucional. Aseguraban que no eran ni comunistas ni fascistas, sino ciudadanos "conscientes de la realidad nacional; pretendemos (...) resolver los problemas del país por medios y sistemas adecuados que respondan a nuestra idiosincrasia, siendo nuestra tendencia fundamentalmente revolucionaria y nacionalista."³¹

Frente al reagrupamiento de los callistas, el presidente Cárdenas no se quedó con los brazos cruzados. El domingo 22 de diciembre se realizó un mitin en el Zócalo capitalino organizado por las huestes de Vicente Lombardo Toledano, cuyo objetivo era manifestar su respaldo al michoacano. En ese evento, Cárdenas pronunció un discurso en el que habló de su Proyecto de Nación, argumentando que se buscaba respaldar a las clases trabajadoras, elevar su nivel de vida y crear más plazas para los mexicanos sin empleo.

Aseguró también que bajo su gobierno México no caía en la anarquía, pues no había elementos que pudieran disolver el Estado. Comentó que su compromiso era con todos los mexicanos, no con una camarilla que sólo velaba por sus ambiciones. Cárdenas buscaba demostrar que pese a la crisis política que vivía la Nación, él tenía el control, que nadie le arrebataría su autoridad, pero sobre todo, tranquilizar a los sectores sociales para que no temieran una nueva asonada que amenazara con derrocar al gobierno que él encabezaba.

Sobre la actitud que el Jefe Máximo asumía frente a su gobierno, el mandatario afirmó:

³⁰ León, Luis (Ignotos), *El regreso del general Calles*, Imprenta Constitución, México, diciembre de 1935, página 35.

³¹ *Ibid.*, página 47.

"Soy el primero en sentir el que se denigre a los hombres que estuvieron ayer al frente de las masas, a los hombres que tuvieron una fuerte responsabilidad, pero que se sepa que no somos nosotros los que hemos provocado esta situación, sino los enemigos de ellos, los que quieren lucrar, que se quejen a su propio esfuerzo.

"El general Calles y sus amigos no son un problema para el gobierno ni para las clases trabajadoras, y que las clases trabajadoras convengan en que es aquí en el territorio nacional en donde deben de quedar los elementos ya sean delincuentes o tráfugas de la revolución, para que sientan la vergüenza y el peso de su responsabilidad histórica."³²

Esta última parte muestra que, al menos en ese instante, Cárdenas no pensaba expulsar a Calles del país, como lo exigían los telegramas citados con anterioridad. Lo innovador de ese discurso, es que un Presidente de la República trasladaba al pueblo su lucha contra el Jefe Máximo, ya que anteriormente el Primer Magistrado mantenía su disputa en privado, sin hacer partícipes a las masas. Con esta actitud, Cárdenas mostró que era un político de firmes decisiones, pero también sostiene que todos sus actos son para beneficio del pueblo, no para sí mismo. Los ciudadanos comprendieron el mensaje y apoyaron al que consideraban su redentor.

Cárdenas justificaba su alejamiento con Calles, con aquél hombre al que sirvió lealmente desde 1915. Ahora, el acomodo de los grupos y la lucha por el poder los colocaba en bandos contrarios, cosa lamentada por el Presidente, como lo atestigua el siguiente testimonio, escrito ese mismo 22 de diciembre:

"El distanciamiento definitivo con el general Calles me ha deprimido; pero su actitud inconsecuente frente a mí responsabilidad me obliga a cumplir con mis deberes de representante de la nación.

"Durante el tiempo que milité a sus órdenes me empeñé siempre en seguir sus orientaciones revolucionarias; cumplí con entusiasmo el servicio, ya en campaña o actuando en puestos civiles. De su parte recibí con frecuencia expresiones de estímulo."

"Recuerdo que en 1918 (...) le decíamos (a Calles) al escuchar sus ideas sociales: 'mi General, usted está llamado a ser una de las figuras principales en los destinos de la Nación', y nos contestó: 'no muchachos, yo seré siempre un leal soldado de la revolución y un amigo y compañero de ustedes. En la vida, el hombre persigue la vanidad, la riqueza o la satisfacción de haber cumplido honrada y lealmente con su deber; sigan ustedes este último camino'. Y en estos términos nos hablaba cada vez que había ocasión."³³

Para Cárdenas, Calles fue como un padre amoroso que lo condujo por los caminos de la política, de una u otra forma; si tuvo o careció de un cargo público, fue gracias a la intervención del Jefe Máximo. Pero en política no entran los sentimientos. Cárdenas lo sabía, era el Presidente y debía proporcionarle dignidad a su investidura y cumplir con el proyecto que había iniciado en México. Si su antiguo maestro era un obstáculo, no quedaba más remedio que eliminarlo.

³² *Ibid.*, página 59-61.

³³ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 333.

A finales de diciembre de 1935 comenzó a circular un libelo llamado *El regreso del general Calles*, escrito por Luis L. León bajo el seudónimo de *Ignotos*, en sus páginas se defendía arduamente al sonoreense y se solicitaba apoyo para el Partido Constitucional Revolucionario. Pero estas palabras no encontraron eco, los callistas cometieron el error de seguir en pie de guerra cuando todo estaba perdido, queriendo recuperar algo fuera del alcance de sus manos. Esa ansiedad no culminaría y las consecuencias quedaban a la vuelta de la esquina.

Pronto, Calles se vio acosado por algunos familiares de los generales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez, quienes fueron asesinados tras fracasar en su intento de matar a Calles, Obregón y Joaquín Amaro en 1927. Estas personas exigieron que se juzgara al sonoreense para determinar su participación en esos hechos. Acción homóloga llevaron a cabo los parientes de Lucio Blanco, general que fue encontrado muerto en 1922, cuando Calles era Secretario de Gobernación, por lo que se sospechó que él estuvo involucrado en ese deceso.

En este contexto se dio una situación que es difícil ver en la historia política de México: un ex Presidente fue llamado para que rindiera su declaración. En enero de 1936, Calles no acudió a los juzgados como resultado de la presión que se ejercía para esclarecer esas muertes; el pretexto fue algo más sencillo: tráfico de armas en 1915, cuando era responsable de la ciudad fronteriza de Naco, en los días en que peleaba bajo la bandera del constitucionalismo. Aunque no se le declaró culpable, esto generó en la opinión pública la idea de que el final de la carrera política de este hombre se aproximaba.

Al salir del juzgado, unos policías escoltaron al sonoreense hasta su hogar, pues multitudes de personas se lanzaban a las calles para manifestar su desprecio hacia él. Algunas gentes portaban máscaras con el rostro de Calles como una muestra de su rechazo. La burla puede ser una prueba de la animadversión que las clases bajas sienten hacia los hombres que son considerados como dañinos para su bienestar.

Posteriormente, la policía encontró un lote de armas en la casa de Luis Morones. Al momento de que el líder obrero rindió su testimonio manifestó que estas no se encontraban en su para realizar un movimiento en contra del gobierno cardenista, sino que las proporcionó el gobierno de Álvaro Obregón para defender al régimen de la Revolución. Morones fue puesto en libertad, pero el callismo recibía una nueva herida de muerte.

Con esto, el plan de fundar el Partido Constitucional Revolucionario caía por los suelos. La administración cardenista conocía todos los planes de los callistas, como el hecho de que Morones ocultaba armas en su hogar y no dudaría en encarcelar al resto de los seguidores del Jefe Máximo si la situación lo ameritaba. La figura de Cárdenas crecía a pasos agigantados, mientras los partidarios de Calles eran vistos como elementos perjudiciales al Estado.

La gota que derramó el vaso llegó el 7 de abril, cuando un tren que corría de Veracruz a la ciudad de México fue dinamitado. El saldo fue de trece personas muertas y dieciocho heridas. En ese mismo convoy viajaba el candidato a gobernador, Eduardo Hernández Cházaro, uno de los políticos que siempre fue fiel al presidente Pascual Ortiz Rubio, lo cual hizo sospechar que los callistas se encontraban detrás de ese atentado.

Sin piedad, el senador Ernesto Soto Reyes declaró que los responsables del atentado eran miembros del "grupo desplazado de la cosa pública" y sostuvo que el callismo se encontraba detrás de estos actos de rebeldía.³⁴ De una u otra forma, se responsabilizaba al Jefe Máximo de todos los males de México.

Como una medida para tranquilizar la situación, Cárdenas envió a Francisco J. Múgica a entrevistarse con el general Calles e informarle que se había tomado la decisión de que tres generales y un civil, amigos suyos, serían expulsados del país como consecuencia de los actos terroristas acaecidos en Veracruz. El sonorensé se colocó en la postura de que si sus cuatros amigos salían del país, él lo haría también. Frente a esta situación, Cárdenas escribió:

"Le pedí al propio general Múgica volviera al día siguiente a ratificarle la resolución del Gobierno, de disponer la salida de los cuatro elementos. El general Calles lo recibió a las 20 horas y al escuchar la decisión del Gobierno, le preguntó el nombre de los generales y del civil, contestándole el general Múgica que no los sabía. El general Calles optó por salir del país sin conocer los nombres de los generales pero sí de los civiles que saldrían con él, y que son Luis N. Morones, ingeniero Luis L. León y Melchor Ortega.

"Conocida la actitud del general Calles, fue entonces que se resolvió saliera él con los tres civiles. Los tres generales se quedarían en el país y no serían problema."³⁵

Es probable que los tres generales que iban a salir del territorio fuesen Joaquín Amaro, Manuel Medinaveytia y José María Tapia, que desde meses atrás preparaban una asonada en contra de Cárdenas. El civil podría ser Melchor Ortega, quien no simpatizaba con Cárdenas desde que el michoacano era candidato presidencial del P.N.R. Lo cierto es que Calles se disponía a sufrir el mismo destino que sus partidarios. El callismo perdía el poder para siempre y el capitán se hundía con su nave.

La noche del 9 de abril, el general Calles recibió a un periodista. Se trataba de José C. Valadés, quien se aventuró a visitar al sonorensé en su casa en Santa Bárbara. Para suerte del audaz reportero, el Jefe Máximo aceptó recibirlo. Ahí, Valadés conoció la opinión de ese político sobre la guerra que algunos sectores le habían declarado. Calles manifestaba que no le importaban las críticas, pero que no consideraba justo el hecho de que no se analizara objetivamente al régimen que encabezó.

³⁴ *Excelsior*, 10 de abril de 1936, página 1.

³⁵ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 338.

Habló también de Vasconcelos, escritor que en su libro *Ulises Criollo* lo atacaba con firmeza. Calles aseguró que ese libro le parecía un gran texto y que una vez que terminara *Mi Lucha*, de Adolf Hitler, leería al segunda parte de las memorias del Maestro de América, *La Tormenta*. Sobre sus seguidores políticos afirmaba que se había quedado solo, sin un solo apoyo y que hasta algunos de sus antiguos amigos se manifestaban en su contra. "Los políticos mexicanos... los políticos... nuestros políticos son como los políticos de todo el mundo: carecen de principios, abandonan a sus jefes y amigos... Son tan pocos los hombres leales... La política, amigo, es una cloaca, siempre lo ha sido..."³⁶ Inevitablemente se habló de Lázaro Cárdenas y el rumbo que llevaba su gobierno en materia laboral.

"Yo conocí a otro señor general Cárdenas, que no era el señor general Cárdenas agitador... Yo conocí al señor general Cárdenas hombre probo, patriota, desinteresado, honesto, honorable... Yo no conocí al señor general Cárdenas líder y agitador obrero."

Valadéz agregó: "El ex Presidente de la República hace una pausa solemne. Quizá recuerda en esos instantes que siempre consideró al general Cárdenas como a un hijo." Líneas adelante, Calles tocó el tema de la crisis de junio de 1935.

"Mire: el 11 de junio (Cárdenas) estuvo platicando conmigo sobre la situación en que se encontraba el país. Le hice saber que mi deseo era que terminara la agitación porque la agitación estaba perjudicando al país, etcétera. Con todo lo que dije estubo de acuerdo el señor presidente; me dijo que aprobaba mis palabras. Hablamos como amigos; como amigo me contestó. Nos despedimos en el entendido de que los dos estábamos de acuerdo. Lo mismo que le dije al señor presidente le dije al licenciado Padilla, y recordará usted que este licenciado publicó una entrevista conmigo. Luego ya conoce usted el resto. El señor presidente contestó en forma muy diferente a lo que a mí me había dicho. Eso es todo..."

La versión callista de la ruptura, habla de una trampa, de una traición: Calles sostenía que fue engañado y que con una estrategia previamente establecida se buscó llevarlo a la ruina. Lo que no admitió es que la diferencia de Proyecto de Nación entre él y Cárdenas estaba presente. Su disputa en la política nacional afectaba el desempeño de los gobiernos y era necesario eliminar la figura que pretendía ser supraconstitucional, que manipuló a tres Presidentes de la República y obstaculizaba la labor que Cárdenas realizaba a favor de la parte más importante del Estado: la sociedad.

El redactor se despidió del divisionario sonoreense. Durante el regreso a su hogar, observó cómo se movilizaban policías y soldados rumbo a la casa del Jefe Máximo. Todo estaba listo, el exilio tocaba a la puerta del otrora Hombre Fuerte de México y él la dejó abierta no desde esa noche, sino desde el momento en que regresó a defender su régimen... Probablemente más atrás, en el instante que se convirtió en el Jefe Máximo de la Revolución y conoció el placer que produce ser obedecido... ahora venía el declive. Al igual que Obregón, no se refirió a tiempo. Obregón perdió la vida mientras Calles era condenado a abandonar la tierra de sus grandes triunfos, que en 1936 era el escenario de su más grande derrota.

³⁶ Entrevista de José C. Valadéz al general Plutarco Elías Calles, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, número 22, julio-diciembre de 2001, páginas 117-134.

La mañana del 10 de abril, Calles, seguido por León, Ortega y Morones recorrió la pista del aeropuerto de Baibuena. Era escoltado por policías y militares. La noche anterior, los tres callistas fueron aprehendidos y conducidos a una celda donde pasaron la noche. El *Electra* estaba listo para despegar. Rafael Navarro, el Jefe de Operaciones del Valle de México, a quien Cárdenas encomendó la misión de arrestar a Calles, vio cómo el aparato levantó el vuelo y dejó el siguiente testimonio: "Quedé inmóvil como una estatua, sólo mis ojos se movían dentro de sus órbitas siguiendo el vuelo del fantástico pájaro de acero (...) Vino a mi memoria, sin querer, aquel otro "hombre fuerte" que salía al exilio a bordo del *Ipiranga*, después de haber gobernado al país durante treinta y tantos años..."³⁷ No era para menos. El avión llevaba consigo una parte de la historia de México.

Los titulares de los principales periódicos de México y de Estados Unidos decían lo siguiente:

Excelsior: Calles, Morones, Ortega y Luis León en el destierro.

The Herald of Boston: Calles Deportado.

Heraldo Tribune, de Nueva York: México exilia al general Calles por oponerse a las políticas izquierdistas.

The New York Times: Calles y tres aliados expulsados de México.

En el archivo personal del general sonoreense existen cerca de cien recortes de periódicos sobre los acontecimientos de ese día. Aquel 10 de abril esa noticia le dio la vuelta al mundo. En la actualidad ese hecho es opacado por otro acontecimiento acaecido ese mismo día, pero con diecisiete años de diferencia: la muerte de Emiliano Zapata. Aunque en ocasiones cae en el olvido (que es una especie de exilio) es innegable que Calles fue muy importante para la fase institucional de este movimiento armado, ya que llevó a cabo un proyecto de Revolución que fue desplazado por un plan más atractivo e incluyente: el modelo cardenista del Estado mexicano.

4.6 El amalgama

Era una noche de junio del año 2000. Me encontraba en la explanada de Plaza Cuicuilco como asistente a la presentación del libro *Tarea Política*, de Enrique Krauze. Al finalizar el evento, me acerqué al historiador y crucé con él unas cuantas palabras. Ya antes, en la Feria Internacional del Libro de la ciudad de Guadalajara, habíamos conversado ampliamente sobre el general Calles. A boca de jarro le pregunté: "Doctor, a su juicio, cuando Cárdenas expulsa a Calles en abril de 1936, ¿la jefatura máxima se elimina o se amalgama con la Presidencia?"

³⁷ León, Luis L., *op. cit.*, página 420.

Krauze guardó silencio, meditó un momento su respuesta, me vio y aseguró: "Indudablemente, se amalgama."

En su edición del 11 de abril de 1936, el diario norteamericano de habla hispana, *La Opinión*, catalogó a Plutarco Elías Calles patriarca de las expulsiones, por la gran cantidad de políticos que durante su dominio en México fueron desterrados del territorio nacional. "Víctima de su propia escuela", le llamó ese diario. Esas palabras implicaban mucho más que un simple exilio, significaban el fin del maximato, pero entonces, ¿cómo obtuvo Cárdenas las facultades metaconstitucionales con las que Calles se vio investido antes de la llegada del michoacano a la Presidencia? La respuesta está a la vista.

Cárdenas, al igual que Calles en su momento, necesitó de aliados políticos para consolidar su autoridad. Una vez consumada la expulsión, en la ceremonia en que el presidente del Partido Nacional Revolucionario, Emilio Portes Gil, recordaba la muerte de Emiliano Zapata, éste dirigió un discurso anticallista, llamando a su antiguo jefe "conspirador", "traidor", "transfuga de la Revolución" y sostenía sin cortapisas: "fue arrojado del país como un vulgar detentador de las leyes."³⁸ Los porristas del ayer eran ahora jugadores del equipo contrario. ¿Acaso no pasó lo mismo con la muerte de Obregón, cuando Calles contó con la ayuda de hombres que se distanciaron de los obregonistas radicales por diferencias de criterio? ¿No era Portes Gil uno de los artífices de las negociaciones de ese grupo con Calles y uno de los Presidentes que permitió que su investidura fuera piseada frente a la presencia y crecimiento de la imagen del Jefe Máximo?

Portes Gil saboreaba la revancha, la que anheló desde la época en que se le impidió volver a ocupar la gubernatura de Tamaulipas. Se regresaba al viejo juego de alabar las acciones de los hombres, tal como lo hicieron durante años los integrantes del círculo cercano al general Calles. El rey no había muerto, estaba exiliado, pero era imperante lanzarle ¡vivas! al nuevo emperador, para demostrarle que no se cuestionaban sus decisiones.

Lo mismo sucedió con los miembros del gabinete, gobernadores, jefes militares y legisladores: todos aplaudieron la acción de Lázaro Cárdenas, como antes lo hacían cuando Calles realizaba alguna declaración o era designado para llevar las riendas de alguna de las instituciones de la Administración Pública Federal. Las loas eran grandes, el nuevo líder estaba a la vista de todos, pero ahora se encontraba investido de un aura de legitimidad y legalidad, pues nadie cuestionaba su autoridad como Jefe de Estado.

Al igual que Calles frente a la muerte de Obregón, Cárdenas sabía que no podía eliminar los puestos que ocupaban sus opositores, por lo que, sencillamente, se dio a la tarea de sustituirlos por elementos de confianza, recuperando el dominio de todos los cargos de elección popular y de los administrativos. Lo hizo a sabiendas de que cuando llegara el momento del

³⁸ *La Opinión*, 11 de abril de 1936.

conflicto final con el general Calles, éste no contaría con partidarios en el gobierno que le informaran sobre los planes que pensaba llevar a cabo o tuvieran la oportunidad de sabotear sus proyectos. Al eliminar a los callistas, se consolidó al cardenismo, como años atrás Calles hizo lo propio con los obregonistas y todos los opositores que se cruzaron en su camino.

Pero Cárdenas tuvo la cautela de integrar a la sociedad dentro de su sistema de dominación. Los obreros y campesinos se sintieron respaldados no sólo por las iniciativas y discursos presidenciales, sino por la postura solidaria que el Primer Magistrado siempre tuvo con ellos. El michoacano se ganó a las masas, éstas no lo abandonaron cuando llegó el momento de librar la batalla en contra del callismo. El día de la expulsión del divisionario sonorense, el Presidente recibió telegramas donde lo felicitaban por aplicar dicha medida.

Para el presidente de la Liga Obreros y Comités Agrarios, Tito Villanueva, "(la) Expulsión del país de Calles, Morones y Socios agrádelcelo patria entera suplicámosle siga mismo procedimiento acólitos cromianos, callistas, (que) asolan nuestro desventurado estado Veracruz."³⁹ Desde Zapopan, Jalisco, Cárdenas recibió las siguientes palabras: "Sindicato de obreros revolucionarios de la fábrica de la experiencia, complacidos (...) (con la) expulsión (de) Plutarco Elías Calles. Felicítense opinar certeramente." En este mismo documento se reconoce la satisfacción que ese organismo tapatío sintió por la salida del país de Luis Napoleón Morones.

Pero aún hay más. Pedro Flores, integrante del Comité de la Unión Sindical de Trabajadores del Museo Nacional, "aplaude sinceramente (la) expulsión de Calles y socios enemigos del trabajador y de las instituciones. Nos unimos a todo el país para pedir incautación (de) bienes (del) callismo en bien de la patria". Leopoldo Caracas, Delegado General de la Liga Comunidades Agrarias, dijo a Cárdenas "En nombre (de las) agrupaciones campesinas del octavo distrito (...) me permito felicitar a usted por su actitud tan gallarda en ordenar la expulsión del 'pulpo de México', Calles y sus satélites Morones, Ortega y León que trataron (de) interrumpir su labor". Existen más de estos telegramas en el Archivo General de la Nación. Eran procedentes de todos los Estados de la República, como una muestra del apoyo e que Lázaro Cárdenas recibió tras expulsar a Calles.

En un editorial de su edición del 11 de abril, *La Opinión* aseguró que Cárdenas no respetó la ley al expulsar a Calles, ya que no hubo una sola prueba de que realmente se disponía a iniciar un movimiento armado o que fuera el responsable del atentado que sufrió el tren en Veracruz. Con esto, el diario asumió la postura de que el Presidente envistió facultades que le correspondían al Poder Judicial, el cual prácticamente es inexistente en México.

Sin embargo, la ley se aplicó, si no en el caso de Calles y sus aliados que fueron expulsados, sí en contra de actores secundarios de este drama. En su el 13

³⁹ AGN, Fondo Presidentes, Lázaro Cárdenas, Expediente 546.2/10, Legajo 2, s/f.

de abril de 1936, bajo el encabezado "Capturas en masa; crece agitación", *La Opinión* presentó un reportaje donde se habla de que fueron aprehendidos, en Pachuca y Orizaba, algunos responsables de la voladura del tren en Veracruz:

"Bajo el cargo de haber tenido participación en el atentado dinamitero del tren nocturno de Veracruz el último lunes, once cromistas fueron aprehendidos por la policía militar hoy en esta ciudad.

"La policía militar, que ha estado investigando el atentado al tren del Mexicano en Paso del Macho, indicó hoy que ha descubierto importantes huellas de los dinamiteros, agregando que tienen pruebas que afectan a los cromistas, no sólo en esta región, sino también a los de la capital."

Así, se responsabilizó a la CROM de los atentados y se justificó la expulsión de Calles y sus seguidores. Para que cayera el telón del drama del maximato, el presidente Cárdenas envió un mensaje en el que aseveró:

"...la situación ha llegado a extremos tales en los que, sin recato alguno, estos elementos mantienen una labor delictuosa que tiende a estorbar la marcha de las instituciones y a frustrar los más nobles fines del Estado, contrariando, además, el sentido de nuestra lucha social, ha parecido indispensable al Ejecutivo federal abandonar su actitud vigilante y adoptar medidas de emergencia, a fin de evitar a la nación trastornos de mayor magnitud que, de no conjurarse, amenazarían quebrantar la organización misma de la colectividad y podrían poner en peligro, inclusive, las conquistas alcanzadas, a trueque de tantos sacrificios, en nuestros movimientos reivindicadores.

"En esa virtud, consciente de sus responsabilidades, el gobierno que presido, deseoso de apartarse de lamentables precedentes que existen en la historia de nuestras luchas políticas, en las que frecuentemente se ha menospreciado el principio de respeto a la vida humana, estimo que las circunstancias reclaman por imperativo de salud pública, la inmediata salida del territorio nacional de los señores general Plutarco Elías Calles, Luis N. Morones, Luis L. León y Melchor Ortega."⁴⁰

Con este mensaje, Cárdenas cimentaba el presidencialismo. Lo publicado en *La Opinión* era cierto: Calles fue víctima de su propia escuela, no sólo porque fue expulsado, sino porque su sistema de dominación sobre todos los actores políticos era mejorado. Calles, como Jefe Máximo, era el líder de una camarilla que veía el poder como un patrimonio; Cárdenas, como Jefe de Estado, era un hombre a quien se le obedecía por dictámen constitucional. Legalidad y legitimidad fueron dos elementos que Calles nunca tuvo mientras se le consideró el Hombre Fuerte de México.

Había algo más. Cárdenas fue un alumno más en la escuela llamada callismo. No era cualquier párvulo, sino alguien a quien Plutarco Elías Calles siempre quiso como un hijo. Cárdenas, en sus apuntes de abril de 1936, mostró cierto respeto por la trayectoria del general a quien ordenaba salir de la Nación:

⁴⁰ *Los presidentes de México, discursos políticos (1910-1988) Tomo tres, página 68.*

"Mucho reflexioné para tomar esta determinación y hube de disciplinar mi condición sentimental, por lo que se refiere al señor general Calles, y obrar como responsable de los destinos de la nación.

"Conozco al general Calles a través de muchos años. Llegué a Sonora en 1915, a la edad de 20 años. Me incorporé a sus fuerzas en Agua Prieta, Sonora, comandando el 22 regimiento de Caballería y he tenido mil oportunidades de tratarlo. Reconozco en él sus cualidades como político enérgico y también su sensibilidad humanista ante las necesidades del pueblo. Lo demostró en el gobierno local de Sonora y durante su administración como presidente de la República.

"Los que pasan por la primera magistratura del país no deben aspirar a representar mayor autoridad política que el que tiene constitucionalmente la responsabilidad presidencial. Sin embargo, hay casos en que las sirenas, falsos amigos, gritan 'tú eres el rey' y ¡cuánta ceguera llega a producir a los que se dejan adular!"⁴¹

Fue un parricidio. Cárdenas eliminó de la jugada a su padre político y emergió como máximo líder de los hermanos, de aquellos que ambicionaban el poder, la Presidencia, las posesiones y muchas cosas más; de esas personas que si querían escalar posiciones debían ser incondicionales del Presidente de la República. El michoacano se convirtió en el líder de todos los políticos del país, como alguna vez Calles lo fue. A la muerte simbólica del Jefe Máximo, brotó el héroe que lo derrotó: el Primer Magistrado.

Ahora bien, en la Constitución se otorga al Presidente grandes facultades... ¿realmente cuáles fueron las que en cierta forma usurpó Calles durante el maximato? De inicio, cabe destacar que dentro del lenguaje político mexicano, el sobrenombre de Jefe Máximo se le otorgó a una persona que, sin ser el Presidente de la República, contó con gran influencia sobre todos los actores nacionales. De esta manera, el maximato es el periodo donde la voluntad del Jefe Máximo se impone a la de los mandatarios. El sueño de gran parte de los ex Presidentes de México fue perpetuarse en el poder. Después de Plutarco Elías Calles nadie lo logró y el hecho de que Cárdenas expulsara a esa figura metaconstitucional lo dotó de un aura de autoridad de la que no gozó ningún otro Presidente de la Revolución.

Durante el tiempo que ejerció la jefatura máxima, Calles anuló el Estado de naturaleza en que estaba cayendo la lucha por el poder en México. La prueba de ello es que las elecciones de 1934, cuando Cárdenas llegó al poder, fueron las más pacíficas que se realizaron hasta ese momento. Pese a ello, Calles se convirtió en una figura metaconstitucional que sólo buscaba la satisfacción de su grupo político y dejó atrás el compromiso social que la Revolución contrajo con el pueblo; dañó al Estado al usurpar las funciones del ejecutivo, como fue el caso en la designación de integrantes del gabinete y el decidir el curso de las acciones de gobierno.

⁴¹ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 338-340.

Pero, por medio del Partido Nacional Revolucionario, Calles fue investido por unas facultades metaconstitucionales: la influencia en la selección de candidatos a puestos de elección popular. De esta forma, se garantizaba que los diputados y gobernadores adictos al Jefe Máximo. Al eliminar a los callistas de esas posiciones, Cárdenas consiguió que sus nuevos ocupantes fueran partidarios suyos. Con esto, todos los elementos políticos se mantuvieron leales al Presidente. El fin justifica los medios, dice Maquiavelo. Mientras con Calles el fin fue la preservación del poder, con Cárdenas se buscó la preservación del Estado .

De esta forma, Cárdenas se presentó como un alumno bastante avanzado de la escuela callista, pues no creó una efígie que estuviera fuera del marco legal, como era la del Jefe Máximo, sino que conservó en la Primera Magistratura las facultades metaconstitucionales (imposición de legisladores y gobernadores, jefe del partido oficial, por señalar las más importantes) que se desarrollaron durante el maximato, pero esta fuerza siempre fue canalizada a través de las instituciones, con la finalidad de preservar al Estado mexicano, no para el enriquecimiento de un sólo grupo. Esto, aunado al partido oficial y a la política de masas que se llevó a cabo durante todo el sexenio cardenista, ayudaron a construir uno de los autoritarismos, derivado del presidencialismo, con mayor solidez en la historia del siglo XX: el sistema político mexicano.

Por su parte, Calles, al querer confrontar el enorme poder presidencial encarnado en su discípulo, comprobó que **"en el vértice de la pirámide no hay lugar más que para uno solo."**⁴²

⁴²Moscavici, Serge, *op. cit.*, página 171.

CAPÍTULO V

EL MÉXICO DE CÁRDENAS, SEGÚN CALLES

5.1 Los primeros años en San Diego

"No tuve nada que ver con la dinamitación del tren de Veracruz. Si el Gobierno creyó que fui el autor del atentado, debió haberme fusilado, no enviado al exilio."¹ Fueron las palabras del general Plutarco Elías Calles publicadas en *La Opinión*, como parte de unas declaraciones que el sonorense otorgó a ese diario, poco después de descender en territorio norteamericano la mañana del 10 de abril de 1936.

Existe un video de la llegada de Calles al vecino país del Norte. Se le observa bajando del avión y tras de él, Morones, Luis L. León y Melchor Ortega. En cada uno de esos rostros se plasma la tristeza, el desánimo, el desaliento de saberse derrotados. La faz del general se muestra taciturna. Por medio de las solapas de su gabardina y el sombrero que cubre su cabeza pareciera ocultar todo lo que pasa por su mente en esos instantes.

Frente a las cámaras que inmortalizaron su arribo, aseguró que fue desterrado por combatir a las fuerzas comunistas que imperaban en su país. A los periodistas confesó que, a su juicio, las políticas sociales de Cárdenas lo único que conseguirían era llevar a México por el camino de anarquía. "Aún falta lo peor"², señalaba el otrora Jefe Máximo.

Luis L. León dejó el siguiente testimonio sobre su situación como exiliados políticos en Estados Unidos:

"Conviene aclarar que cuando llegamos a los Estados Unidos, al recibirnos en Brownsville, se nos informó que de acuerdo con la ley americana, como entrábamos en calidad de refugiados, nos prohibían desempeñar empleos o trabajos que se tomaran como una competencia a los trabajadores americanos; y solamente en caso de que pusieramos un negocio con recursos propios, de los que en nuestra situación carecíamos."³

A los pocos días, otro de los callistas que era identificado como disidente al cardenismo fue expulsado de México. Se trataba del general José María Tapia, quien de inmediato corrió a encontrarse con sus amigos. Ahora ya no eran compañeros en la arena política, sino hijos de la misma desgracia.

Calles convirtió la casa de Upas 1212 en San Diego, California, en su nuevo hogar. Pronto sus vástagos más pequeños, Plutarco y Leonardo, producto de su segundo matrimonio, se unieron a él. Dejó al frente de sus negocios a su hijo Rodolfo, quien durante todos los años que el sonorense permaneció fuera del

¹ *La Opinión*, 11 de abril de 1936.

² *La Opinión*, 13 de abril de 1936.

³ León, Luis L., *op. cit.*, página 423.

país, veló por las propiedades familiares. Como eficiente administrador, rentó las casas de Cuernavaca y México, se hizo cargo de las acciones que tenían en el ingenio azucarero El Mante, así como de todas las responsabilidades que representaba la hacienda de Santa Bárbara. El exiliado no podía quejarse de su situación económica: en el Bank of America guardaba algunos ahorros, con los que solventó sus primeros gastos.

En junio de 1936, el cónsul de México en Oklahoma, Pérez Abreu, envió el siguiente informe a la Secretaría de Relaciones Exteriores:

"La visita del General Plutarco Elías Calles, al Estado de Oklahoma, aceptando una invitación que le hiciera el Gobernador del Estado, E. W. Marland desde su reciente expulsión de nuestro país, me permite hacer del conocimiento de usted (...) que el General Calles llegó a esta ciudad la tarde del domingo 31 de mayo en compañía de los señores Fernando Torreblanca y Luis Morones (...) (se dijo) que al día siguiente el General Calles haría declaraciones en Tulsa ante la Asociación Internacional de Trabajadores de la Industria Petrolera, como efectivamente las hizo, exponiendo en síntesis que no estaba de acuerdo con las tendencias comunistas de nuestra actual Administración por considerarlas inaplicables al pueblo mexicano, así como que no se encontraba de acuerdo con las tácticas que se venían usando en México por considerarlas una constante amenaza que él creía producirían sufrimiento y pobreza en lugar de bienestar al país en general."⁴

Este reporte revela que los agentes diplomáticos mexicanos arraigados en Estados Unidos seguían todas las actividades de Calles. En el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores se encuentran otros ejemplos, que no se presentarán aquí por falta de espacio. Lo cierto es que, desterrado y todo, aún lo consideraban un factor de inestabilidad para México.

Frente a la tormenta política, sólo un ex Presidente de México se mantuvo fiel al Jefe Máximo. Se trataba de su paisano, Abelardo Rodríguez, quien le hizo llegar una emotiva carta donde lo impulsaba a defenderse de aquellos que sostenían que Calles fue un dictador:

"Teniendo en cuenta su ideología y lo que yo conocí de usted a través de sus conversaciones, he sostenido siempre que usted jamás pretendió constituirse en un dictador si bien es cierto que elementos políticos de relieve, no relieve y hasta algunos de mis colaboradores —que se declan sus incondicionales amigos y quienes sin excepción, le voltearon las espaldas en su adversidad— proclamaban a todos los vientos que usted era el Jefe Máximo. Este y otros calificativos inspirados en el servilismo quise yo, sin lograrlo, suprimir a tiempo, porque preveía las funestas consecuencias que después hemos presenciado."

Rodríguez comentó que con Portes Gil, Calles nunca tuvo una actitud dictatorial y que Ortiz Rubio cayó por su poca audacia política. Sobre la influencia del sonorenses en su gobierno, se limitó a reconocer lo siguiente:

⁴ Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Expediente Confederación Americana del Trabajo, carta de L. Pérez Abreu al Secretario de Relaciones Exteriores, junio 4 de 1936, Oklahoma City, Oklahoma.

"Yo no me consideraba con la suficiente experiencia pero sabía que contaba con su ayuda, sincera y desinteresada. Siendo mi amigo y reconociéndole mucho más experiencia, la aproveché. Lo consulté para todos aquellos asuntos que creí necesario su consejo; pero siempre con la sinceridad y naturalidad a que me daba derecho nuestra buena y vieja amistad. No me preocupaba de las críticas infundadas. Resolver a satisfacción los problemas nacionales era lo que importaba. En muchos asuntos se aproveché su ayuda y experiencia, en muchos otros, disintimos y prevaleció mi criterio. Conservé hasta el último momento de mi gobierno, la absoluta conciencia de mi responsabilidad como Jefe del Ejecutivo, a pesar de las torcidas interpretaciones, que algunos sectores de la opinión pública daban a nuestra amistad y a la supuesta intervención de usted en asuntos de la administración. Así pues, no fue usted un dictador en mi gobierno, sino el amigo que desinteresadamente colaboró conmigo."⁵

Con esto, probablemente Calles ya no se sintió tan solo. Respondió la misiva de Rodríguez el 30 de noviembre de 1936, le agradecía su apoyo moral y manifestaba su alegría porque él no perdió la ecuanimidad en los momentos difíciles y no ocultaba su filiación callista. Explotó en contra de Portes Gil, de Bojórquez, de Cárdenas y de Puig Cassauranc, asegurando que "tengo fe en que los mismos acontecimientos que se están desarrollando darán al final la razón a quien la tenga, y la conciencia nacional, apreciando debidamente los hechos de unos y otros, dictará su fallo. Por lo demás, no hay que desesperar; ya llegarán los días en que se serene la tempestad actual y termine este oleaje de bajas pasiones tan artificial como estéril y vacío. Y entonces habrá tiempo y sobrarán oportunidades para hacer aclaraciones."⁶ La amargura se revelaba en sus palabras, la derrota en su estado de ánimo y la soledad en cada uno de sus actos. Calles ya no era ni la sombra de aquel individuo que por años fue considerado el Hombre Fuerte de México.

Tiempo después, cuando había pasado la tempestad generada por la crisis con el Jefe Máximo, el presidente Cárdenas hizo publicar la Ley de Indulto a Exiliados Políticos en el Diario Oficial de la Federación. Fue cuando regresaron a México Adolfo de la Huerta, Luis L. León, Enrique Estrada, Melchor Ortega, José Gonzalo Escobar, Luis N. Morones, Fausto Topete, Porfirio Díaz Jr., José Vasconcelos y muchos más. Pero Calles no consideró prudente volver a México durante el periodo presidencial de Cárdenas, pues sabía que, al igual que en la etapa previa a su expulsión, se le acusaría de todos los problemas que se desarrollaran en territorio azteca.

El michoacano no se opuso a que su maestro retornara. El periódico *The San Diego Sun*, en su edición del 2 de enero de 1939, presentó una entrevista con el Primer Magistrado en que manifiesta que, amparado en la Ley de Indulto, el sonorense podía volver cuando quisiera. Calles, por su parte, respondió a esas declaraciones de esta manera: "La presente administración trata de rectificar su injustificable acto de expulsión al ofrecerme que regrese a mi país de origen" y

⁵ Carta de Abelardo Rodríguez a Plutarco Elías Calles, 1 de noviembre de 1936, en APEC-Exilio, Expediente 179 (Rodríguez, Abelardo), Inventario 5210, s/f.

⁶ Carta de Plutarco Elías Calles a Abelardo Rodríguez, 30 de noviembre de 1936, en APEC-Exilio, Expediente 179 (Rodríguez, Abelardo), Inventario 5210, s/f.

aprovechando la plataforma proporcionada por el diario divulgó su desacuerdo con las políticas sociales del michoacano y aseguró que la situación en México "está peor",⁷ como una muestra más de su desaprobación a la política de masas del cardenismo.

El viejo sonorense mantuvo esa posición durante todo su exilio. En su correspondencia personal siempre conservó una actitud crítica ante todas las acciones de Cárdenas. Para Maquiavelo, "los hombres ofenden por miedo o por odio".⁸ En este caso, Calles no manifestaba el resentimiento hacia una figura que es la causa de su caída, sino la suave desaprobación que se hace patente en un padre molesto por la actitud de su hijo.

5.2 El reparto agrario

Uno de los compromisos de la Revolución que Calles dio por concluido desde principios de la década de los treinta fue el dotar de tierras a los campesinos. El sonorense creyó que si esta actividad continuaba sería perjudicial para el Estado, ya que no se contaba con los recursos para proporcionar a los labriegos con conocimientos agrónomos que les permitieran generar productos agropecuarios en cantidades adecuadas para que México basara su economía en la agricultura. Además, se carecía de los recursos para industrializar al campo.

Con Lázaro Cárdenas el reparto agrario se dio en proporciones que superaron en poco tiempo a todos los gobiernos revolucionarios que le antecedieron. Esto fue muy importante, puesto que varios caciques crearon sus propios ejércitos al convertir a los campesinos en sus incondicionales gracias a la dotación de tierras. La actitud que tomaron los beneficiados fue de agradecimiento hacia el Hombre Fuerte que les cedió las parcelas para que ellos las cultivaran, pero no pensaron que debían de reconocer que ese era un logro del Estado revolucionario.

Ejemplos del típico cacique al que los campesinos eran adeptos abundaron en esa época. Uno de los más representativos fue Saturnino Cedillo, de San Luis Potosí, quien, gracias al reparto de tierras, creó las ligas agrarias, conformadas por campesinos armados que fungían como su guardia particular. Este pequeño contingente fue de gran ayuda cuando el gobierno de Emilio Portes Gil enfrentó la rebelión escobarista, pues reforzaron las filas del ejército federal.

Con el reparto agrario Cárdenas despojó de la imagen de benefactores a varios caciques locales, pues fue él, en su papel de Primer Magistrado, quien repartió las tierras expropiadas a los hacendados. Esto incrementaba su imagen de protector de las masas, la cual prevalece hasta la fecha, como lo refleja el siguiente testimonio:

⁷ *The San Diego Sun*, 2 de febrero de 1939.

⁸ Maquiavelo, *op. cit.*, página 62.

"El nombre del general Cárdenas lo traemos todos los campesinos porque cuando él fue presidente hasta los pajaritos cantaban alegres. Nosotros de chicos oímos a nuestros padres que mejor siguiera veinte años de Presidente. Porque en ese tiempo (...) parecía que andaba Jesucristo en la tierra. Todos los campesinos tenían sus animalitos, sembraban y de ahí se mantenían. Todos eran dueños para sembrar un pedacito de tierra y nadie los molestaba."⁹

Los callistas no recibieron con agrado este tipo de medidas. El general Eulogio Ortiz, uno de los devotos del Jefe Máximo, vio cómo sus tierras ubicadas en La Laguna, Coahuila, fueron repartidas por Cárdenas. La manera en que el callista asimiló este acontecimiento, fue descrita por el michoacano en sus apuntes: "El general Eulogio Ortiz expresó: 'La Revolución me dio la tierra y la Revolución me la quita'. Debiera haber expresado: 'Durante la Revolución la adquirí, y hoy la devuelvo al pueblo'.¹⁰

Calles tampoco vio exentos sus intereses de este tipo de medidas. Una de sus propiedades, Santa Bárbara, fue tomada por unos ejidatarios. De inmediato, su hijo Rodolfo hizo las gestiones necesarias para vender esos terrenos y salvarse del reparto agrario. Pese a ello, Calles manifestaba su pesimismo y su rencor a Cárdenas con estas palabras que escribió a su hijo Rodolfo: "Tomo nota de que todos mis asuntos están siendo atendidos debidamente, y en cuanto al amparo interpuesto por Fernández en el asunto de Santa Bárbara (...) nada se conseguirá por más justicia que se tenga, dado que hay el propósito de Cárdenas de cometerme todas las leperadas y atropellos posibles, para saciar así un odio y apasionamiento, con lo que ha correspondido a la amistad y protección que se le dio. Éstas son miserias humanas propias de almas innobles que uno debe mirar con el desprecio que se merecen."¹¹

Si para los hacendados nacionales fue molesto el reparto agrario, para los extranjeros lo fue aún más, sobre todo para los norteamericanos. El Departamento de Estado del vecino país del Norte presionó al gobierno cardenista para que detuviera la expropiación de tierras de los estadounidenses arraigados en México. Así, tras una breve guerra en el campo diplomático, *Excelsior* publicó a ocho columnas que México y Estados Unidos habían llegado a un acuerdo: se pagarían las tierras expropiadas a los gringos en entregas anuales de un millón de dólares y ya no se tomarían las propiedades de esos extranjeros para el reparto agrario.¹²

Uno de los límites al poder presidencial siempre será el no enfrentarse al gobierno de Estados Unidos, pues corre el riesgo de una intervención armada o de que ese país financie un movimiento para derrocar al gobierno en turno.

Pero la influencia de Cárdenas en las masas era patente y latente. Para evitar personalismos, canalizó esa fuerza hacia una central: la Confederación Nacional

⁹ Gilly, Adolfo, *El cardenismo, una utopía mexicana*, Cal y arena, México, segunda edición, 1997, página 3.

¹⁰ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 360.

¹¹ Carta de Plutarco Elías Calles a Rodolfo Elías Calles Chacón, 2 de marzo de 1940, en APEC-Exilio, Exp. 62 (Elías Calles Chacón, Rodolfo) s/f.

¹² *Excelsior*, 13 de noviembre de 1938.

Campesina, la cual formó parte del PNR. Esto permitió que la influencia de los caciques sobre el sector agrario se llevara por cauces institucionales, ya que Cárdenas reconocía que aunque él era el artífice del reparto de tierras, éste no se consolidaría sin las instituciones que la Revolución creó dentro del Estado mexicano. Con esta acción, "El PNR se reforzó indudablemente (...) como el defensor de los campesinos sin tierra; es decir, de la mayoría de la población mexicana."¹³ Además, aumentaba el agradecimiento de los ciudadanos hacia el Jefe del Ejecutivo.

5.3 Las condiciones laborales

Durante los años que duró el predominio de los callistas en la política nacional el movimiento obrero sufrió un letargo, los trabajadores parecían haberse bajado del ferrocarril de la Revolución y poco a poco se les olvidó el discurso institucional, como muestra el número de huelgas que se realizaron en los primeros meses del gobierno de Cárdenas. Esto fue, en parte, por la marginación en la que las clases bajas cayeron durante el periodo del maximato y el alejamiento que tuvieron los dirigentes de los obreros con el gobierno, tras el enfrentamiento que protagonizaron Emilio Portes Gil y Luis Morones.

Con la llegada del cardenismo al poder, arribaron con él los integrantes de una nueva generación de políticos con una visión distinta de las cosas y pensaban concederle a los trabajadores mayores prebendas. En el movimiento obrero surgieron nuevos dirigentes como Vicente Lombardo Toledano, Fidel Velázquez y Hernán Laborde, quienes respaldaron al presidente Cárdenas en el momento de librarse de la tutela del Jefe Máximo.

Como parte de la reestructuración de las relaciones entre el gobierno y las masas, estos hombres, con la venia presidencial, fundaron la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que surgió como nueva opción tras el declive de la CROM. Calles, en su entrevista a Valadés, atacó a los nuevos dirigentes obreros: "Los conozco a todos; qué no ve que he estado en el poder y que todos esos que se dicen comunistas me han dado oportunidad para que los conozca. A todos ellos los conozco bien... ¿Cree usted que sean sinceros Lombardo, Yurén, Velázquez, Laborde, Campa? ¡No, hombre, que van a ser sinceros!" Y remataba afirmando que:

"¡Cómo va a creerse que Lombardo Toledano sea sincero! Y cómo va a creerse que sean sinceros otros que antes eran de derecha y ahora son de extrema izquierda. Yo los conozco a todos. Al único que siempre he conocido como radical es al general Mújica; pero el general Mújica tiene un poco de excéntrico... Mire, ahora el ser radical sirve para que se abran las puertas del presupuesto; todos esos que oye usted hablar de izquierdismo, de socialismo, de comunismo, es que andan buscando acomodo. No; ese grupo no es sincero, y lo único que está haciendo es estar perjudicando a nuestro país, sembrando la disolución, el caos, y haciendo que nuestra economía camine a la ruina."¹⁴

¹³ Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo estado en México (1928-1945)*, Siglo XXI editores, México, octava edición, 1998, página 195.

Al inicio del sexenio cardenista, los trabajadores contaron con el favor del Presidente. La Comisión Nacional de Conciliación y Arbitraje resolvió a su favor la mayoría de las huelgas; además, siempre que el Primer Magistrado necesitó de su apoyo, como en el enfrentamiento contra Calles o al realizar la expropiación petrolera, los obreros no dudaron en brindarle su respaldo.

Sin embargo, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas no hubo una sola reforma legal que mejorara las condiciones de los trabajadores, puesto que el marco laboral ya se encontraba delineado desde la promulgación de la Ley Federal del Trabajo de 1931. Otra contribución del michoacano al sistema político mexicano fue la de volverlos partícipes de las acciones del gobierno, para que sintieran que ese régimen era su mejor opción, como en otros años lo hicieron los integrantes de la dinastía sonoreense.

Como parte de las consecuencias de esos sucesos los empresarios se convencieron de que no era conveniente invertir en México, no sólo porque el gobierno tenía una política poco favorable hacia ellos, sino por la difícil situación económica, cuyos efectos tampoco pasaban desapercibidos para el general Calles, como lo demuestra el siguiente comentario:

"Es de lamentarse las dificultades que presenta actualmente la vida en el país por el alza de las subsistencias, pues esta situación siempre trae aparejados problemas muy serios que afectan muy principalmente a las masas proletarias. Dos causas fundamentales, en mi concepto, son las que pueden influir para crear esta situación: una es el desplome de la producción agrícola y la otra posiblemente el desacuerdo que existe entre el stock monetario en movimiento con relación a las necesidades del país, pues es un hecho inconcluso que siempre hay moneda en abundancia; es decir, un estado de inflación, el índice de precios se eleva. (...) Es lógico suponer que la carestía de la vida traerá nuevas demandas de los trabajadores para elevar sus salarios con el arrastre consecuente de serios conflictos"¹⁵

La desaprobación que Calles manifestó en contra de un movimiento laboral extremista también la ejerció en territorio estadounidense, cuando John Lewis, un dirigente obrero norteamericano, llegó a la violencia con la finalidad de consolidar a su partido. Sobre estas acciones, repudiadas por la opinión pública del vecino país del Norte, el sonoreense escribió: "¿Qué enseñanza debe sacarse de esta derrota de los trabajadores? Que el derecho absoluto de huelga, tal cual lo proclaman los extremistas de hoy día, que no admiten la mediación o el arbitraje, llevará, si el Estado procede con lealtad a este criterio, a la organización obrera a la más completa de las derrotas y a su destrucción, toda vez que las fuerzas de resistencia están de parte del capital y más en un país como éste (Estados Unidos) que tiene un capitalismo potente y organizado."¹⁶

¹⁴ Entrevista de José C. Valadés al general Plutarco Elías Calles, *op cit.*, páginas 124-126.

¹⁵ Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 3 de julio de 1937, en APEC-Exilio, Expediente 146 (Ortega, Melchor), Inventario 5210, s/f.

¹⁶ Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 22 de junio de 1937, en APEC-Exilio, Expediente 146 (Ortega, Melchor), Inventario 5210, s/f.

En México también se manifestaba la inconformidad de la cúpula empresarial a raíz de las políticas prolabores de Cárdenas. Tan era así, que la recientemente instituida Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX) se dirigió al Presidente en los siguientes términos:

"Permitímonos suplicarle respetuosamente la inmediata intervención de usted para poner término a la situación caótica que prevalece en cinco Estados de la República a causa de la huelga de electricistas.

"Gravísimos perjuicios se ocasionan, no sólo a los industriales, sino a millares de obreros que trabajan en fábricas movidas por electricistas.

"Confiamos que la decisiva influencia de usted podrá zanjar las dificultades montadas por exigencias que se ejercitan en los momentos en que el Gobierno se esfuerza en intensificar la producción industrial y normalizar las actividades obreras, dentro del imperio de la ley."¹⁷

Ante esta situación, Cárdenas modificó el rumbo y a partir de 1939 el número de huelgas reconocidas como legales fue cada vez menor. El michoacano sabía que no debía generar molestias entre los hombres de negocios, pues corría el riesgo de que ellos, ofendidos por el apoyo a los trabajadores, optaran por derrocar al régimen estimulando alguna rebelión. El poder presidencial siempre encontrará uno de sus límites al enfrentarse al poder económico, representado por los empresarios, pues sabe que ellos pueden bloquear la producción nacional o sacar el dinero que tienen en México. Con ambas medidas, generarían una crisis económica que desestabilizaría al gobierno.

Pero el paso estaba dado. La CTM se consolidó entre los trabajadores, quienes, como en los tiempos en que Calles era llamado el Presidente Obrero, reconocían al Primer Magistrado como su mayor benefactor, articulándose con esto otra de las piezas que por años dio vida al sistema político mexicano: el corporativismo. Tanto con obreros como con campesinos, Lázaro Cárdenas comprobó que "la innovación política reciente no significa nada menos que la dominación política de las masas".¹⁸

5.4 La expropiación petrolera

Uno de los grandes aciertos de los constituyentes de Querétaro fue la creación del artículo 27 de la Carta Magna. Con base en sus postulados, que otorgan al Estado la propiedad de los recursos naturales, se consolidó el reparto agrario, pero hubo un punto importante que, por años, los gobiernos revolucionarios no concretaron: la recuperación de las riquezas del subsuelo y que México fuera quien explotara los mantos petroleros y no las compañías extranjeras, como lo estipulaban las concesiones facilitadas a empresarios durante el porfiriato.

¹⁷ *Excelsior*, 13 de noviembre de 1938.

¹⁸ *Moscovici, Serge, op. cit.*, página 44.

Venustiano Carranza no realizó la expropiación petrolera porque durante gran parte de su régimen se vio rodeado por los dos fuegos de la Primera Guerra Mundial. Aunque en ese conflicto global México se amparó con la llamada *Doctrina Carranza*, si llevaba a cabo la nacionalización del petróleo, cualquiera de los dos bandos, alemanes o norteamericanos, considerarían que esta medida era para favorecer a su contrario. El Varón de Cuatro Ciénegas manejó sus relaciones exteriores sin molestar a ninguno de los dos colosos, pero a costa de convertir en letra muerta parte de los preceptos del artículo 27 constitucional.

Como Álvaro Obregón llegó a la Presidencia tras una asonada, la rebelión de Agua Prieta, el gobierno de Estados Unidos se negó a considerar legítimo su mandato. El sonorense sabía la importancia que representaba la aceptación por parte de los norteamericanos, pues como indiscutibles vencedores de la Primera Guerra Mundial, si ellos admitían la legalidad de un gobierno, prácticamente por *default* llegaría el reconocimiento del resto de las potencias del mundo.

Como parte de un proceso de acercamiento entre Obregón y el gobierno norteamericano se llevaron a cabo Los Tratados de Bucareli, donde Estados Unidos reconoció al régimen obregonista a cambio de que, entre otras cosas, el artículo 27 no se volviera retroactivo y las compañías petroleras continuaran con sus concesiones. El invicto general aceptó, sobre todo porque ya presentía que su otrora compañero, Adolfo de la Huerta, se levantaría en armas y era prioritario que ese rebelde no contara con el apoyo del vecino país del Norte. Para conseguir la incondicionalidad norteamericana, Obregón se presentó como un excelente defensor de sus intereses; con ello, no permitirían que se derrocaria a su administración.

Fue Plutarco Elías Calles quien realizó el primer gran intento de expropiar el petróleo, pero ante el riesgo de una intervención armada en territorio mexicano por parte de Estados Unidos, el sonorense contuvo sus impulsos de consolidar el oro negro como patrimonio nacional. En aquellos años, Lázaro Cárdenas desempeñaba el cargo de Jefe Militar de Las Huastecas, donde se percató de los abusos que las empresas petroleras ejercían sobre los trabajadores mexicanos. En el momento cumbre de la crisis, los "marines" estaban a punto de invadir Tampico. Calles le ordenó a su fiel *Chamaco* que cuando el primer soldado americano pisara territorio nacional, incendiara los pozos con el valioso líquido para que "las luces se vean ante Nueva Orleans".¹⁹

A la postre, Calles conseguiría que la intervención no se concretara, pero salvó la soberanía nacional a un alto costo: no rescatar los recursos del subsuelo. Pero la semilla estaba sembrada y este acontecimiento traería importantes repercusiones.

Desde 1935, los trabajadores de la industria petrolera realizaban huelgas para presionar a los inversionistas extranjeros con miras a que les aumentaran sus

¹⁹ Zevada, Ricardo, *op. cit.*, página 43.

salarios y prestaciones. Con apoyo de la CTM, éstas manifestaciones de inconformidad tomaron mayor fuerza, hasta que en 1937 eran el principal conflicto en lo que a enfrentamiento entre empresarios y asalariados respecta. El general Calles, desde San Diego, siguió de cerca cada uno de estos movimientos y escribió a Melchor Ortega las siguientes líneas:

"La prensa de este lugar ha publicado algunas notas sobre la huelga de los trabajadores del petróleo así como su determinación sometiendo el caso al arbitraje. Ésta es una demostración palpable de la necesidad que existe de establecer por ley el arbitraje obligatorio como única forma posible para mantener el orden y la disciplina social, para impartir una justicia merecida a quien la tenga y para mantener sin alteraciones el movimiento rítmico de la producción. (...) Naturalmente que hablar en estos términos en estos momentos en nuestro país es una herejía y se corre el peligro de recibir una tempestad de injurias y denuestos en que por lo menos se le llamaría a quien expusiera este criterio reaccionario claudicante."²⁰

Calles veía las huelgas como un factor de inestabilidad para México, como un radicalismo innecesario que conduciría al país a la anarquía. Probablemente no se percató de que esos acontecimientos le darían la pauta a su ex discípulo para concretar un sueño que a él se le escapó de las manos: la recuperación del oro negro. Además, la última línea es un reproche a todos aquellos que tras su expulsión se manifestaron en su contra y lo calificaron de "reaccionario" por no estar de acuerdo con la política social de Cárdenas.

Llegó un momento en que el conflicto entre petroleros y trabajadores parecía no tener fin y el gobierno intervino. La Comisión Nacional de Conciliación y Arbitraje calificó la huelga como legítima y la Suprema Corte de Justicia (ése casi inexistente Poder Judicial) decretó que las compañías debían aumentar los salarios y prestaciones de los empleados y con la suma de ambos conceptos el incremento alcanzaba los 26 millones de pesos. Los dueños de las concesiones se negaron a acatar el mandato, desafiando no sólo al presidente Cárdenas, sino al Estado mexicano, pues se colocaban en contra de un decreto del Poder Judicial de la Federación, el cual representaba el fiel seguimiento de la ley. Cárdenas buscó razonar con los petroleros, como se muestra en la siguiente conversación:

"-¿Y quién nos garantiza que el aumento será solo de 26 millones? (preguntó uno de los petroleros).

"-Yo lo garantizo. (respondió el michoacano).

"-¿Usted? (Sonrisas).

"-(De pie. -Cárdenas) Hemos terminado."²¹

²⁰ Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 22 de junio de 1937, en APEC-Exilio, Expediente 146 (Ortega, Melchor), Inventario 5210, *sf*.

²¹ Krauze, Enrique, *Lázaro Cárdenas, General misionero*, Fondo de Cultura Económica, México, 4ta. reimpresión, 1996, páginas 153-154.

El dudar de la palabra del Primer Magistrado era un agravio a la investidura presidencial que Cárdenas no toleraría. Seguramente ya con la expropiación petrolera en mente, escribió en sus apuntes:

"México tiene hoy la gran oportunidad de liberarse de la presión política y económica que han ejercido en el país las empresas petroleras que explotan, para su provecho, una de nuestras mayores riquezas, como es el petróleo, y cuyas empresas han estorbado la realización del programa social señalado en la Constitución Política; como también han causado daños las empresas que mantienen en su poder grandes latifundios a lo largo de nuestra frontera y en el corazón del territorio nacional, y que han ocasionado indebidos reclamos de los gobiernos de sus países de origen.

"Varias administraciones del régimen de la Revolución han intentado intervenir en las concesiones del subsuelo, concedidas a empresas extranjeras, y las circunstancias no han sido propicias, por la presión internacional y por problemas internos. Pero hoy que las condiciones son diferentes, que el país no registra luchas armadas y que está en puerta una nueva guerra mundial, y que Inglaterra y Estados Unidos habían frecuentemente en favor de las democracias y de respeto a la soberanía de los países, es oportuno ver si los gobiernos que así se manifiestan cumplen al hacer México uso de sus derechos de soberanía.

"El gobierno que presido, contando con el respaldo del pueblo, cumplirá con su responsabilidad de esa hora."²²

El 18 de marzo de 1938 el presidente Cárdenas emitió un mensaje a la Nación donde hizo público el decreto de expropiación de las propiedades de las compañías petroleras. A la postre, los empresarios extranjeros, al ver que perdieron todo, solicitaron que se diera marcha atrás a la decisión presidencial, pero el paso ya estaba dado.

El pueblo apoyó con todo a su gobernante. Son legendarias las filas que hicieron personas de todas las clases sociales en el Palacio de Bellas Artes para entregar todo tipo de objetos de valor, desde joyas hasta gallinas; de adultos que cedían barras de oro a niños que daban sus alcancías. Cárdenas, tras la eliminación del Jefe Máximo, contaba con un enorme prestigio. Los gobernados sabían que ese hombre era de fiar, en sus acciones lo siguieron como a los viejos líderes de la Revolución; pero ésta vez no a un campo de batalla, sino en un marco institucional, a fin de no dejarlo solo en una lucha que no era personal, sino de proporciones nacionales.

El hecho de que durante el mandato de Cárdenas se practicaran varias políticas a favor del pueblo, generó un sentimiento de simpatía y agrado hacia la figura del Primer Magistrado. Con ello, se integraba otro elemento: el liderazgo. Desde esa época, se ve al Presidente no sólo como el principal actor de la política nacional, sino como el hombre que lo puede todo: acabar con la carrera de un político o proporcionar al pueblo lo que necesita.

²² Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 387-388.

Ese liderazgo, aunado con un discurso siempre en pro de los desprotegidos, dan al Presidente un aura de caudillo. Si el soberano es bien visto por las masas, ellas lo seguirán no a la guerra sino en sus iniciativas de gobierno e incluso le otorgarán al régimen una incondicionalidad en las urnas. El caudillismo militar se vio desplazado por el caudillismo político y electoral.

Durante el mandato de Cárdenas, en Estados Unidos tenían una visión distinta sobre la expropiación petrolera. Los ciudadanos estadounidenses no representaban la mayoría del capital que se invirtió en esa industria; los inversionistas fuertes eran los franceses, alemanes, ingleses y holandeses. Con esto, en EUA tenían la garantía de que las potencias europeas no contarían con petróleo mexicano en la guerra que estaba en ciernes.

Melchor Ortega, un callista recalitrante que siempre se opuso a la candidatura presidencial de Cárdenas, no ocultó su júbilo por la expropiación petrolera: "La intransigencia de los petroleros para cumplir el laudo de la Corte, determinó el decreto de expropiación de todas las compañías; esta noticia, que nadie se esperaba, pues la creencia general era que se les embargaría para hacer efectivo el laudo (...) Los comentarios, muy variados, coinciden, entre nosotros los mexicanos, en que la aspiración de nacionalizar nuestra riqueza no puede ser más patriota y los deseos se unifican en que el éxito corone todos los esfuerzos encaminados a este fin. Yo creo que no hay quien no apruebe esta intención."²³ Pero Calles pensaba distinto y, al triunfo de su discípulo, comentó:

"El conflicto petrolero, en mi concepto, se ha conducido con poco talento y con ausencia completa de serenidad, pues funcionarios y líderes atacados de "esquizofrenia", de histerismo, o como se le llame, han soltado la lengua inoportunamente restándole al fallo de la Corte toda su majestad. (...)

"El paso dado por el gobierno al decretar la expropiación de las empresas petroleras, lo considero atrevido y aún inspirado en fines patrióticos; pero se me ocurren algunas consideraciones de orden interior y exterior. ¿Podrá la organización gubernamental y obrera contar con los elementos técnicos y financieros suficientes para manejar con éxito la explotación de la industria petrolera? (...) ¿No se verán obligados a imponer a los trabajadores condiciones que mermen las conquistas ya obtenidas, que acepten por el entusiasmo del momento, pero que después traigan la indisciplina en sus filas y las protestas de inconformidad? (...) ¿Se ha tomado en cuenta ya la indemnización, su monto y la capacidad de pago del país, toda vez que es aventurada la opinión, por muchas razones, de que la industria en los primeros años pueda pagar sus compromisos? (...)

"Los años y la experiencia me han vuelto realista y los acontecimientos que en el mundo se desarrollan me confirman que es justa mi transformación, pues estamos observando cómo en él van resultando un mito los instrumentos de justicia y las Leyes del Derecho Internacional, y cómo los países sólo pueden depender de las relaciones de los demás y la fuerza."²⁴

²³ Carta de Melchor Ortega a Plutarco Elías Calles, 24 de marzo de 1938, en APEC-Exilio, Expediente 146 (Ortega, Melchor), s/f.

²⁴ Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 27 de marzo de 1938, en APEC-Exilio, Expediente 156 (Ortega, Melchor) s/f.

Calles, el desterrado, olvidó que Calles, el Presidente, soñó con una expropiación petrolera. Desde el exilio, contaminado por la amargura que envuelve a un hombre solo, rechazó los actos de su hijo político. Pero Calles nunca reconoció que en todos los aspectos **el alumno había superado al maestro**.

5.5 La tragicomedia del general Cedillo

Con una vida entregada por completo a la Revolución, considerado como uno de los grandes caudillos del agrarismo, pero sobre todo, como el cacique de San Luis Potosí, Saturnino Cedillo consideró en 1938 que sólo le faltaba algo para coronar su larga carrera política: la Presidencia de la República.

Cedillo fue uno de los generales que ascendió al poder con los sonorenses y desde el principio conoció las prebendas del poder. Permaneció leal al gobierno de Obregón durante los acontecimientos de la rebelión delahuertista; su premio fue la gubernatura de San Luis Potosí, donde implementó las colonias agrícolas, es decir, comunidades de campesinos a quienes la Revolución les proporcionó tierras para cultivar y armas para defender a su régimen, pero estos soldados eran incondicionales al cacique potosino.

Cuando Obregón decidió reelegirse, Cedillo lo respaldó y a la muerte del caudillo, se convirtió en seguidor de Plutarco Elías Calles. Sin embargo, cuando la crisis política entre el presidente Pascual Ortiz Rubio y el Jefe Máximo llegó a un punto culminante, Cedillo fue perjudicado, ya que tuvo que renunciar a su puesto en el gabinete ortizrubista. Los callistas lo expulsaron de los primeros planos nacionales, pero Cedillo esperó pacientemente otra oportunidad para sobresalir y recuperar el terreno perdido.

Para dismantelar el maximato, Lázaro Cárdenas se apoyó en todos los elementos que los callistas desplazaron de la política nacional. Esto permitió el regreso de Cedillo y la recompensa a su respaldo fue la Secretaría de Agricultura, donde siempre tuvo desavenencias con el Primer Magistrado, así que optó por renunciar en agosto de 1937. El michoacano escribió en sus apuntes:

"Si no existieran antecedentes bastantes sobre la manera de sentir del señor general Cedillo, quien a través de distintas manifestaciones ha venido solapando a los enemigos del programa del Gobierno, el suscrito le habría pasado la forma de su mensaje, pero por su ignorancia de cómo se debe actuar para facilitar el desarrollo del programa social de la Revolución, hizo ya difícil su presencia dentro del Gabinete y fue por todo ello que al anunciar que presentaría su renuncia se le aceptó.

"En algunos sectores hay la creencia de que el señor general Cedillo asumirá una actitud de despecho y que constituirá un problema para el Gobierno.

"Si el Gobierno no cumpliera su programa social, principalmente el intensificar el reparto de tierras, no sólo el general Cedillo sino cualquiera otro tendría bandera que agitar, pero mi gobierno cuidará de cumplir y hasta rebasar el programa señalado a los seis años que constituye el periodo del gobierno que presido."²⁵

Lo cierto es que Cedillo no contaba con gran arraigo entre la población nacional y no tenía los elementos para enfrentar al gobierno cardenista. De haber contado con ellos, no hubiera esperado casi nueve meses para levantarse en armas. En sus apuntes, Cárdenas reconoce que existían algunas compañías petroleras que brindaban apoyo financiero al general potosino, con esto, Cedillo quiso aprovechar la animadversión que algunos sectores sintieron hacia la expropiación del oro negro para convertirse en el caudillo de las fuerzas anticardenistas.

Luis González llama a Cedillo "pobre diablo"²⁶, como una burla, cual si fuese el personaje de una comedia de enredos. Lo cierto es que es difícil creer que a Estados Unidos le interesara impulsar una nueva asonada en el territorio de su vecino del Sur, tomando en cuenta que debía guardar todas sus fuerzas para intervenir en el conflicto europeo que se avecinaba. Los hacendados y los empresarios, los otros sectores molestos por las reformas cardenistas, tampoco apoyaron esa rebelión. El potosino pronto vio que su llamado en contra del gobierno llegó a oídos sordos.

Como una muestra de que nadie rivalizaba con el poder presidencial y de la que no temía a la labor subversiva de ese general, Cárdenas viajó a San Luis Potosí y en la capital del estado pronunció un discurso donde invitaba a los habitantes de esa entidad a no unirse a la rebelión cedillista, pues ésta sólo pondría en riesgo los logros de la Revolución hecha gobierno. El Presidente terminó su mensaje dando un voto de confianza a los obreros y campesinos potosinos, en el cual manifestó su seguridad de que ellos no seguirían al insurrecto.

En la biografía que escribió sobre su padre, Leonardo Elías Calles refiere: "En una ocasión (el general Calles) afirmó que él había tratado de convencer al general Cedillo de que no se levantara en armas contra el gobierno del general Cárdenas y que le había encargado a Melchor Ortega se entrevistara con Cedillo

²⁵ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 374.

²⁶ González y González, Luis, *Los días del presidente Cárdenas*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1981, página 196.

para disuadirlo de sus propósitos, pero la misión había fracasado, porque el caudillo de San Luis no quiso escuchar consejos y estaba resuelto a todo".²⁷ Sin embargo, no existe un solo documento en el archivo del general Calles que verifique este acontecimiento.

Lo que sí se localizaron fueron las opiniones que el sonoreense vertió sobre la rebelión cedillista:

"Por la prensa me he enterado de la rebelión del Gral. Cedillo y de las causas que, según él, la motivaron. Es la repetición de todos los procesos dolorosos de nuestra historia, producidos por la intransigencia; los grupos que están en el poder no pueden consentir que haya quienes opinen en contra de la política o doctrina del régimen y llaman reaccionarios, traidores, fascistas y demás voquibles denigrantes que la demagogia de la época ha inventado a sus oponentes; y estos a su vez, consideran que el único camino para cambiar la situación, ya que según ellos, están cerradas todas las puertas, todos los medios para la libre manifestación de sus ideas, es la violencia (...). Todos los que hemos actuado en la política de nuestro país, unos más otros menos, hemos sido víctimas de esta situación, de manera que es la experiencia la que habla, desapasionada y fría. (...)

"La rebelión de Cedillo debe lamentarse, es una división más en el grupo revolucionario; ha venido en momentos muy inoportunos dados los problemas de tanta trascendencia que pesan sobre el país. Considero, aunque ignoro las repercusiones que pueda tener, que por sí sola ésta no acaba con la estabilidad del gobierno, pero sí contribuirá, en forma seria, a agravar la situación de nuestra agonizante economía y a desprestigiar más al país en el exterior."²⁸

Pese a todo, Calles continuaba siendo partidario de la estabilidad de la Nación; estaba seguro que el régimen institucional era el mejor para México; defendía los logros de la Revolución hecha gobierno. No es extraño. Se debe reconocer que muchos eran suyos y atentar contra ellos era como ir contra sí mismo. Como personaje de *El Otoño del Patriarca* de Gabriel García Márquez, Calles rememoraba las glorias pasadas pero también saboreaba la amargura del destierro y se sentía impotente ante su nula participación política.

La comedia protagonizada por el potosino terminó como tragedia. El 11 de enero de 1939 las tropas dirigidas por Miguel Enríquez Guzmán acabaron con la vida de Cedillo en el campo de batalla. Posteriormente ese mismo general se encargó de negociar la rendición de los cedillistas que seguían luchando pese a que su jefe había perdido la vida. La del potosino fue la última de las rebeliones armadas en contra de un gobierno mexicano legítimamente constituido.

Con la muerte de Cedillo, se comprobó que los caudillos se encontraban exterminados del territorio nacional y que jamás volverían a ser un factor de influencia en la vida de México, como prometió el general Calles en su mensaje del 1º de septiembre de 1928.

²⁷ Elías Calles, Leonardo, *op. cit.* páginas 49.

²⁸ Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 27 de mayo de 1938, en APEC-Exilio, Expediente 146 (Ortega, Melchor), s/f.

La tragicomedia del general Cedillo demostró que si se quería llegar a los altos escaños del poder político, debía ser por un camino institucional. Los opositores al cardenismo comprendieron el mensaje; entre ellos, se encontraba un sector que fue desplazado en 1936 y que ansiosamente esperaba el momento para dar su última gran embestida en contra del michoacano. Era un grupo que conoció el poder sin límites, a cuyos integrantes se les calificaba de "cartuchos quemados" y "reaccionarios". No tenían nada que perder y mucho que ganar. Lo sabían. Los callistas decidieron volver al escenario político.

5.6 Génesis del PRAC

En su mensaje del 1º de septiembre de 1928 el entonces presidente Plutarco Elías Calles manifestó su interés en que la lucha por el poder en México se llevara a cabo en un marco institucional, así que invitó a los grupos opositores al régimen de la Revolución a que crearan partidos políticos y salieran a la calle en busca del voto ciudadano. En aquella ocasión, también reconoció que uno de los grandes problemas de los grupos revolucionarios era que en la pugna por los puestos públicos había divisiones entre ellos, anteponian sus ambiciones a los intereses del pueblo, pensar que quizás, en esa batalla, perderían sus privilegios.

En una de las fases de esa guerra por el poder, los callistas fueron vencidos. Su líder estaba exiliado en San Diego, los demás vivían alejados de la política, en aparente tranquilidad, pero hasta California llegó una carta dirigida al otrora Jefe Máximo, que terminaría con el aletargamiento de ese grupo.

El 23 de junio de 1939 el general Joaquín Amaro se dirigió a Calles asegurando que llegaba el momento de entrar en acción. Él estaba dispuesto a participar en la batalla en contra del cardenismo. Anexo a la misiva se encontraba un memorándum escrito por otro seguidor del sonorenses: Bartolomé Vargas Lugo. En el documento expresaba que los callistas podían luchar por recuperar su lugar en el partido oficial, pese a que el PNR había desaparecido y su lugar era ocupado por el PRM (Partido de la Revolución Mexicana), cuyos estatutos se encontraban más enfocados a apoyar las políticas del cardenismo.

Vargas Lugo justificó que al ver el desastre ocasionado por la rebelión encabezada por Saturnino Cedillo, varias personas se percataron que es mejor arribar al poder por las vías institucionales. Así, se sugería la fundación de un partido político, cuyos centros de operaciones se encontraban en estados de la República donde los callistas aún tenían algo de fuerza, como Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Durango, Zacatecas, Tabasco, México, Puebla, Hidalgo y Campeche.

En el documento también se testifica que Cárdenas perdía popularidad y no cohesionaba a todos los elementos políticos. Para sostener este argumento, se puso como ejemplo al general Cedillo. Se creía que la inconformidad en contra del gobierno era notoria pero desorganizada; por eso el nuevo partido se encargaría de unir fuerzas con todos los enemigos del cardenismo para derrotarlo por la vía

electoral. Se consideró que ese nuevo organismo estaría a favor de las instituciones, no de los hombres, como versaba el viejo discurso callista. De esta forma, se recobraba el proyecto del Partido Constitucional Revolucionario que los callistas no pudieron concretar a principios de 1936. Con nuevos ánimos y bríos, Calles respondió al general Amaro:

"...los buenos revolucionarios, con fines desinteresados y patrióticos, se están agrupando para actuar, haciendo uso de sus derechos ciudadanos, a fin de encontrar soluciones que salven al país de este espantoso desastre moral y material a que lo está llevando un régimen inepto e irresponsable. (...)

"Apruebo la formación de un partido político, pero disiento de la opinión de nuestro amigo, Vargas Lugo, de que nuestro grupo actúe dentro del PRM, porque ni siquiera en consideración se le tomaría (...)

"Considero que el momento ha llegado ya para formar el grupo director del partido y del cual usted (Amaro) debe constituirse en Jefe, y que todos nuestros amigos, como soldados disciplinados, ocupen el puesto que se les vaya designando."²⁹

Con el paso de los días, ese nuevo organismo tuvo nombre; se le llamó Partido Revolucionario Anticomunista (PRAC). Sus estatutos hablaban de evitar que se continuara con "la ola de comunismo" que desató el presidente Cárdenas, colocándose desde un inicio en la oposición al gobierno del michoacano. En su afán por cimentar ese grupo, Calles no dudó en pedirle ayuda a un individuo a quien bloqueó su arribo al cargo de Primer Magistrado: Aarón Sáenz. Pero al parecer, este hombre ya se encontraba completamente retirado de la política y se preocupaba más por atender su brillante carrera como empresario.³⁰

El Comité Ejecutivo Nacional del PRAC estuvo integrado por Manuel Pérez Treviño, Presidente General; licenciado Eduardo Vasconcelos, Vice-Presidente; Secretario General, Melchor Ortega; Tesorero, Alfonso Márquez; Oficial Mayor, Pedro Cerisola. Parecía que se recorrería el tiempo y en lugar de PRAC las siglas fueran PNR. Eran los mismos individuos que consolidaron al partido hegemónico como una aplanadora electoral; eran ellos los que fortalecieron el maximato y a quienes se les expulsó de la política nacional tras la cimentación indiscutible del presidencialismo en México.

Sin embargo, pronto comprendieron que no es lo mismo contar con el respaldo del Estado que ser oposición y carecer de solvencia financiera para mantener con vida un partido político. Calles enviaba puntualmente sus 150 dólares, que era la cuota mensual que aportaba como miembro del partido.³¹ Sobre la situación del PRAC, Amaro escribía: "El problema económico es el único de difícil resolución que se nos presenta. Ya me estoy dirigiendo a todos mis amigos de distintas

²⁹ Carta de Plutarco Elías Calles a Joaquín Amaro, 2 de julio de 1938, en APEC-Exilio, Expediente 6 (Amaro, Joaquín), s/f.
³⁰ Carta de Plutarco Elías Calles a Aarón Sáenz, 19 de noviembre de 1938, en Archivo Aarón Sáenz, Expediente 111/512, 19 de noviembre de 1939 (s/f).

³¹ Carta de Plutarco Elías Calles a Joaquín Amaro, 10 de octubre de 1939, en APEC-Exilio, Expediente 6 (Amaro, Joaquín) s/f.

partes del país para conseguir su ayuda, y dado el espíritu de oposición que anima a todo el pueblo, es seguro que algo conseguiremos.³²

Pese a todo, los callistas no perdieron los ánimos y el 7 de diciembre de 1938 Manuel Pérez Treviño lanzó un manifiesto que iniciaba con una cita del artículo 39 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, donde se asegura que la soberanía de la Nación se encuentra en el pueblo y éste debe de estar organizado. Hizo alusiones a Francisco I. Madero, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, para demostrar que simpatizaba con la ideología revolucionaria; aseveró que había inconformidad en el país por las políticas de Cárdenas, pero que el PRAC apoyaba las causas populares; criticó con firmeza al PRM y sostuvo que éste no era una opción real para resolver los problemas de México.

Por su parte, Calles tampoco se quedó atrás y en una entrevista publicada en la revista *Hoy* atacó la política social del cardenismo, asegurando que no bastaba con repartir la tierra si no se capacitaba a los campesinos para que la sembraran de manera adecuada. Además, los trabajadores debían comprender que las constantes huelgas afectaban a empresarios que invertían en México.³³ Como se puede apreciar, las diferencias de Proyecto de Nación, así como la manera de resolver los problemas de México, continuaban en estos dos hombres. Sería algo que prevaleció hasta su muerte.

Poco después, Joaquín Amaro envió un memorándum a la Secretaría de Guerra solicitando su baja temporal del ejército para dedicarse a actividades políticas. Se entrevistó con el presidente Cárdenas el 9 de enero de 1939 y éste escribió en sus apuntes lo siguiente:

"Entre las consideraciones que (Amaro) me hizo sobre sus antecedentes de soldado de la Revolución, me habló de que considera con pocos méritos para el puesto de Presidente de la República a los generales Sánchez Tapia, Ávila Camacho y Múgica.

"Que por hoy hará trabajos para organizarse entre tanto verifica una convención el partido que lo va a postular.

"Que no trae la bandera del callismo ni compromisos con nadie. Que sí aceptará a todos los elementos que quieran unificarse a su candidatura. Que no tiene relaciones con el PRM, con la CTM ni con la CNC.

"Le manifesté que el Gobierno seguiría la norma trazada de no dar preferencias durante la campaña electoral a ninguno de los que se postularan. Que como ciudadano de la Revolución, tenía la convicción de que el pueblo trabajador, el pueblo que ha hablado de dignificar a la Revolución, sabría fijarse en el elemento que tuviera méritos y sinceridad para servirlo y que confiara en que tendría libertad en sus trabajos electorales."³⁴

Así, el 8 de marzo de 1939 Amaro lanzó un manifiesto en el que se colocaba en oposición al régimen cardenista sobre todo a la libertad de huelga de los obreros, del reparto agrario sin límites y se quejaba de que el gobierno del

³² Carta de Joaquín Amaro a Plutarco Elías Calles, 3 de julio de 1939, en APEC-Exilio, Expediente 6 (Amaro, Joaquín), s/f.

³³ *Hoy*, 28 de enero de 1939.

³⁴ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 374.

michoacano tuviera tendencias comunistas. Acusaba a la administración de nepotista, consideraba que el gobierno era el responsable del nivel de inflación del país, la cual impedía a las familias mexicanas llevar una vida digna; veladamente, manifestaba su repudio a la expropiación petrolera. Invitaba a todas las fuerzas beligerantes a unirse a su candidatura y sostenía que arribaba la oposición debido al bloqueo a su candidatura por parte de algunos elementos del partido oficial.

Pero Amaro cometió un error: cayó en el radicalismo contra Cárdenas y no pensó que algunos sectores sociales no simpatizaban con esa posición, esto hizo que se ganara el repudio de muchos mexicanos. Además, la dureza que lo caracterizó como Secretario de Guerra y principal artífice de la reforma militar que institucionalizó al ejército fue el argumento de sus opositores para calificarlo como un déspota ante sus subordinados. Por supuesto, no faltó un valiente que recordó su filiación callista. Pese a las fuertes críticas, el callismo sintió vivir de nuevo. Pensaron que eran más fuertes que nunca y que era el momento de buscar más aliados, aunque en dicha cruzada recurrieran a rivales políticos del pasado.

5.7 La reconciliación con Vasconcelos

Oaxaqueño de nacimiento, abogado de profesión, ex director del periódico *El Antirreeleccionista* y maderista de primera hora, José Vasconcelos es uno de los grandes veteranos de la Revolución Mexicana. Al introducirse en los cuatro tomos que abarcan sus memorias³⁵, el lector descubre no sólo al excelente Maestro de América sino que tiene una aproximación a todos los grupos que fueron derrotados a lo largo de esa gesta.

Vasconcelos fue maderista cuando se dio el golpe de Estado orquestado por Huerta; convencionista cuando Álvaro Obregón aplastó los ejércitos de esa facción en Celaya; se opuso a la candidatura de Plutarco Elías Calles a pesar de que era indiscutible que sería el siguiente Presidente de México. Finalmente, intentó llegar a la Primera Magistratura por medio del Partido Antirreeleccionista, pero el naciente PRN y su maquinaria electoral se lo impidieron.

Al principio, Vasconcelos reconoció la labor desarrollada por el gobierno de Obregón, del cual fue Secretario de Educación, pero renunció al considerar que la candidatura de Calles era una imposición. Sin el respaldo del Primer Magistrado buscó la gubernatura de su Estado natal, Oaxaca, pero no cristalizó su objetivo. En sus memorias, reflexiona:

³⁵ José Vasconcelos narró los principales acontecimientos de su vida en *Ulises Criollo, La Tormenta, El Desastre y El Proconsulado*. Los cuatro libros han sido publicados por varias editoriales

"Regresé a Oaxaca a presenciar, en la impotencia, el fraude acompañado de la violencia y el cinismo. Ni se ocupó el Gobierno de hacer elecciones; faltaron casillas, faltaron boletas, faltaron votantes, porque se les amenazó, se les asustó. Y aun así, con los pocos que acudieron hubiera bastado para asegurarnos un triunfo legítimo. Pero nunca ni se consume el recuento en estos regímenes nuestros de fuerza descarada; el partido oficial acarrea con las ánforas y ni siquiera se molesta en abrirlas. Los cómputos se inventan en la oficina gubernamental y se dan al público, que agacha la cabeza y se conforma. En aquel caso yo también recomendé calma porque no era cuerdo en aquel caso exigir la rebelión de un estado contra todo el poder del centro. (...)

"En todo caso, se consiguió convencer a la República de que en Oaxaca se había cometido imposición manifiesta. Para ello nos ayudó la prensa de todos los colores, con *El Universal* a la cabeza. Las noticias fieles que se publicaron acerca de recepciones y mítines a nuestro favor y la oscura inactividad de mi contrario bastaron para convencer a todos. Y eso era lo que buscábamos."³⁶

Tras esta pequeña victoria moral, Vasconcelos se autoexilió en Europa y en Medio Oriente. Sostuvo sus gastos con sus ahorros, visitó embajadas mexicanas en el viejo continente para saludar a antiguos amigos; asistió a la ópera en Francia, estuvo en las bibliotecas de Inglaterra, se maravilló con las pirámides de Egipto, se cuidó de las ratas en los hoteles de Turquía, como cualquier mortal, se pasmó ante las pinturas de la Capilla Sixtina. Vasconcelos vivió un exilio con sabor a novela épica.

Hasta esas lejanas tierras se recibió la noticia de la muerte del caudillo a manos de León Toral y el Maestro de América consideró ese acontecimiento como una nueva fase para la era sonorenses. "No se contaba con que seguirían en el poder los hombres que el mismo Obregón había formado. Ni se sospechó que la muerte de Obregón coincidía con el nacimiento del poder de Calles, un poder más sombrío si es posible. En todo caso, asustado Calles por la responsabilidad que los obregonistas le achacaron en el fracaso de Obregón, y asesorado por el embajador Morrow, prometió libertad electoral; juró que se retiraría del mando. Y la pobre nación, sin fuerzas para consumir una rebelión general justiciera, le tomó la palabra al mendaz. Y empezaron a organizarse partidos políticos y clubes y se comenzó a buscar al hombre que pudiera crear una situación nueva".³⁷

Vasconcelos siempre pensó que el mejor Presidente que México pudiera tener era precisamente Vasconcelos. Por eso, Al perder las elecciones del 17 de noviembre de 1929, lanzó el Plan de Hermosillo invitando a los mexicanos a sublevarse en contra del gobierno. Cuando se percató que nadie acudió a su llamado, se sintió desfallecer, vio caer sus escasas fuerzas y advierte que ya no se puede confiar en el ser humano. Algo, tal vez mucho de Vasconcelos murió aquel invierno de 1929.

³⁶ Vasconcelos, José, *Memorias II. El desastre. El proconsulado*, Fondo de Cultura Económica, México, segunda reimpresión, 1993, página 288.

³⁷ *Ibid*, página 593.

Tras estos acontecimientos Vasconcelos se autoexilió una vez más. En esta ocasión viajó a Sudamérica, recorrió los países latinos y siempre que se le pidió que diera su punto de vista sobre la situación en México, respondía que en su Nación existía una dictadura, puesto que los Presidentes no gozaban autonomía y no realizaban libremente su labor de gobierno, debido a la influencia que el Jefe Máximo ejercía sobre ellos.

El Maestro de América nunca simpatizó con Cárdenas, consideró que era el producto de la imposición del partido oficial, un traidor a gran escala por haber expulsado a Calles y señaló que concordaba con la definición que Luis Cabrera expresó sobre el michoacano: "Nada hay más peligroso que un tonto con iniciativa".³⁸ Ése fue el Vasconcelos que pisó el territorio de Estados Unidos a principios de 1938. Por iniciativa del hermano de su yerno, Francisco Ahumada, conoció al general José María Tapia, uno de los callistas expulsados durante la crisis política de 1936; el ex Secretario de Estado reconoció su sorpresa al saber que ese militar era un admirador de la tarea que llevó a cabo como Ministro de Educación. Entre ambos, le dijeron que a Plutarco Elías Calles le interesaba conversar con él. Vasconcelos no tuvo objeción en reunirse con su viejo rival político.

La entrevista se llevó a cabo en el rancho del general Tapia en San José, California. Vasconcelos dejó el siguiente testimonio sobre ese encuentro: "Nos dio asiento el Gral. Tapia y enseguida se retiró para volverse a presentar con el Gral. Calles, que con toda sencillez me tendió los brazos, apostrofando: 'Licenciado'. A lo que contesté, tendiendo también los brazos hasta tocarlo cerca de los hombros y diciendo 'General'.³⁹ No fue un abrazo de políticos, era la unión de dos hombres que perdieron todo.

La conversación versó sobre la sinceridad, había que dejar atrás viejas rencillas y unir fuerzas para sacar adelante a México, Calles manifestó que él ya había vivido el poder al máximo y que sufrió el desgaste físico que ello significa. De acuerdo con sus propias palabras, lo que le interesaba era que otras personas, que no fuesen los cardenistas, se encargaran de dirigir al país. El sonoreense estaba dispuesto a apoyar a Vasconcelos para llegar a los altos puestos de la política; podían hacer muchas cosas juntos. Calles con el respaldo del ejército y su nuevo aliado con su prestigio, volverían a contar con el apoyo de la sociedad. Muchos años después, el Maestro de América escribió: "En realidad, el Gral. Calles estaba ya derrotado y no lo sabía, no lo sabíamos".⁴⁰ Vasconcelos se incluyó en ese declive, consciente de que su popularidad se había esfumado desde muchos años antes de ese encuentro.

Al hablar sobre su ruptura con Cárdenas, Calles refrendó la versión dada en 1936 a José Valadés, en la cual afirma que el Presidente le pidió que hiciera unas

³⁸ Vasconcelos, José, *La flama. Los de arriba en la Revolución*, Compañía Editorial Continental, México, cuarta impresión, 1960, página 419.

³⁹ *Ibid.*, página 465.

⁴⁰ *Ibid.*, página 464.

declaraciones en contra del movimiento obrero y después lo traicionó, dejándolo en una posición muy comprometedoras frente a los trabajadores. Lo cierto es que las diferencias de proyecto y de ideología entre Calles y Cárdenas son latentes, pero el resentimiento entre ellos se ve magnificado por el hecho de que el Jefe Máximo siempre quiso al estadista como a un hijo. Tras este breve encuentro, Calles y Vasconcelos continuaron en contacto vía correspondencia.

Lo cierto es que a pesar de que pactaron una alianza, Vasconcelos jamás se manifestó a favor de Calles o de la candidatura de Amaro. Pero se puede decir que en ese encuentro, aquella noche de 1938, no sólo se reconciliaron, sino que se comprendieron, asimilaron la situación que cada uno de ellos vivió y advirtieron las situaciones que los llevaron a cometer cada uno de sus actos. Una prueba de eso son las palabras que Vasconcelos hizo públicas en octubre de 1945, tras la muerte del general Calles:

"Reanudamos nuestra amistad en el destierro. Calles me dijo: 'usted es el hombre que más ataques me ha lanzado, haciendo burla hasta de mi nombre al llamarme la Plutarca; pero si usted hubiera estado en mi lugar, en el Gobierno, hubiera tenido que hacer lo que yo hice; no se podía hacer otra cosa para gobernar por encima de ese grupo de militares viles, ambiciosos, vanales y cobardes'."⁴¹

"Tal vez –reflexionó Vasconcelos- Calles tenía razón". Si en su país de origen fueron rivales, en el exilio, unidos por una misma causa, reanudaron su amistad. Hoy se les admira como lo que son: Vasconcelos como el más grande Secretario de Educación que el país haya tenido después de la Revolución; Calles, como el creador de instituciones que dan vida al México contemporáneo.

5.8 La sucesión presidencial en 1940

Lázaro Cárdenas es el hombre que consolidó el presidencialismo mexicano, pero también conoció sus grandes límites. En 1939 apareció el texto *¿Sucesión o reelección del presidente Cárdenas?*, escrito por Manuel Corro Viña, donde se planteaban los pros y los contras de que el michoacano continuara en el poder. Sin embargo, Cárdenas sabía que el seguir en la primera magistratura desembocaría en una ruptura entre los elementos de la Revolución. Sin el fantasma de la reelección, la sucesión presidencial en el PRM empezó a polarizarse por dos candidatos: el Secretario de Guerra y Marina, Manuel Ávila Camacho y el Ministro de Comunicaciones, Francisco J. Múgica.

Sobre estos dos hombres Calles opinó lo siguiente: "Ávila Camacho (seguirá el) camino de (la) mentira, pues más que hablar para atraerse la voluntad de los votantes, sus dirigentes están hablando al Prócer para obtener el apoyo gubernamental. En cuanto a Múgica, está en su papel. El Cardénismo es su

⁴¹ Krauze, Enrique, *Plutarco Elías Calles...* páginas 144-145.

doctrina, es su creación, es el alumbramiento de la era de anarquía y confusión que ha soñado y que pretende realizar en absoluto.⁴²

Calles consideraba que Múgica era la opción lógica para suceder a Cárdenas, como era el sentir popular, y que Ávila Camacho lo único que representaba era la inconformidad que el gobierno del michoacano había generado: esas "mentiras" a las que se refiere son lo que se conoce como el *viraje* de la Revolución, pues después de que Cárdenas abandonó la Presidencia ningún otro mandatario fue tan radical como él. Se buscaba, disimuladamente, abandonar el proyecto de apoyo a las masas para entregarse a una planeación que respaldara a los grandes capitalistas.

Una gran amistad unía a Múgica y a Cárdenas. Se conocían desde la infancia, ambos eran michoacanos e incluso Lázaro le salvó la vida a su paisano cuando Álvaro Obregón le ordenó aprehender y fusilar a su viejo amigo; éste decidió desobedecer el mandato de su superior, así que facilitó un caballo a Múgica para que pudiera huir. Con el paso del tiempo, éste le mostró a Cárdenas las doctrinas marxistas y lo ayudó a reflexionar sobre la lucha de clases. Si Calles era el padre político de Cárdenas, Múgica fue su padre ideológico. En marzo de 1938, Múgica redactó el decreto de expropiación de las compañías petroleras.

Pese a esa unión y convergencia de ideas, Cárdenas sabía que su proyecto no fue bien aceptado por las clases privilegiadas, las que no dudarían en generar un conflicto que desestabilizara a México con tal de impedir que el país continuara por ese rumbo. Además, importantes elementos se oponían a la candidatura de Múgica y, por ende, a la continuación ideológica del cardenismo.

Entre ese grupo se encontraban políticos con visión de empresarios, como era el caso del gobernador de Veracruz, Miguel Alemán Valdés, que encabezaba al grupo de mandatarios estatales que simpatizaban con la candidatura de Manuel Ávila Camacho. Conforme avanzaban las precandidaturas de ambos personajes, sólo cuatro gobernadores se declararon a favor de Múgica; de los de Yucatán, Campeche, Zacatecas y Michoacán. El muguismo perdía fuerza en el ámbito nacional.

El Poder Legislativo tampoco fue ajeno a este movimiento. En el Congreso surgieron los Bloques Avilacamachistas, encabezados en la Cámara de Diputados por Adolfo Ruiz Cortínez y en la de Senadores por Gonzalo N. Santos. Frente a este panorama, Cárdenas percibía que con todo su poder presidencial no podía enfrentar a los elementos inconformes que frente a la sucesión se rebelaban a seguir su mandato. No lo confrontaría cara a cara, pues corría el riesgo de una división más en la familia revolucionaria. En esta fase, el poder presidencial de Cárdenas se vio limitado, no impuso a su sucesor como acontecería en el futuro.

⁴² Carta de Plutarco Elías Calles a Melchor Ortega, 4 de febrero de 1939, en APEC-Exilio, expediente 146 (Ortega, Melchor) s/f.

Al respecto, Daniel Cosío Villegas dejó el siguiente testimonio: "Mi decepción llegó no en el periodo de Cárdenas, sino en la sucesión de Cárdenas. Cuando yo me di cuenta que Cárdenas apoyaba a Ávila Camacho, que era indiscutiblemente de temperamento y de tendencia conservadora, supe que la Revolución Mexicana iba a dar vuelta (...) el giro hacia Ávila Camacho representó un cambio de rumbo".⁴³ Con la elección de Manuel Ávila Camacho, México dejó atrás el sueño de la Revolución y entró a la realidad de la era industrial. Es con su gobierno que inició un periodo donde los regímenes posteriores a Cárdenas abandonaron su Proyecto de Nación y, por ende, el Estado se fue deteriorando hasta que la sociedad le cobró la factura a los priistas en las elecciones del año 2000.

Por otra parte, la oposición cardenismo continuaba en ascenso y regresaban a escena viejos elementos políticos, como Jorge Prieto Laurens, artífice de la rebelión delahuertista en 1923 y, por supuesto, los callistas recalcitrantes, que pese a las carencias económicas seguían adelante con el PRAC. El sueño de los callistas era unificar a todos los grupos de oposición, pues incluso el propio Calles consideraba que era la única forma de acabar con la fortaleza del PRM. En un inicio lo consiguieron y el PRAC integró a sus filas a tres partidos pequeños: el Partido Socialdemócrata, de Jorge Prieto Laurens, el Partido Revolucionario Nacionalista y el Centro de Unificación Revolucionaria, de Gilberto Valenzuela.⁴⁴

Sin embargo, el candidato del PRAC, Joaquín Amaro, pronto perdió fuerza, sobre todo por el radicalismo con que atacó la gestión de Cárdenas en su manifiesto del 8 de marzo de 1939. El general Amaro no era un buen orador, carecía de arraigo en las masas y se criticó con firmeza su gestión como Secretario de Guerra y Marina. Al ser identificado como callista, se generó cierta animadversión hacia su campaña, pues no muchos simpatizaban con el otrora Jefe Máximo.

El PRAC no tenía un buen candidato, pero lo cierto es que no había de dónde escoger. Pérez Treviño estaba inhabilitado para serlo debido a la derrota que le propinó Cárdenas en 1933. Luis L. León y Melchor Ortega vivían vigilados, pues fueron exiliados junto con Calles el 10 de abril de 1936. José María Tapia fue señalado como rebelde. La popularidad del callismo tuvo su ocaso desde años atrás, pero los representantes de esa ideología no lo apreciaron esto a tiempo.

Pero en la oposición surgió un hombre que sí unificó a gran parte de los disidentes. Fue el general Juan Andrew Almazán, popularmente conocido como *el guerrillero multicolor*, pues militó en el zapatismo, en el huertismo, en el constitucionalismo; fue obregonista, callista, cardenista y ahora opositor al michoacano. Como candidato del Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN), Almazán fue apoyado por los empresarios de Nuevo León y por gran parte de los terratenientes, ambos grupos eran representantes de la molestia que

⁴³ Krauze, Enrique, *La presidencia imperial*, México, Tusquets Editores, 1997, página 33.

⁴⁴ *El Universal*, 7 de marzo de 1939.

existía entre las élites del poder económico por las políticas populistas de Cárdenas. También la clase media respaldó la candidatura de Almazán.

Al percatarse de que la campaña de Amaro no cobraba fuerza y que la popularidad de Almazán se incrementaba, un fiel callista, Melchor Ortega, se incorporó a la campaña del *guerrillero multicolor*. En enero de 1940, Ortega escribió al general Calles que algunos grupos políticos de Guanajuato, su estado natal, le solicitaron que se uniera al almazanismo. La génesis del PRAC concluía en apocalipsis, pues el partido nunca cuajó como grupo representante de la oposición al cardenismo. El almazanismo sí lo logró y su líder arribaba a la sucesión presidencial de 1940 como el más fuerte rival de Manuel Ávila Camacho.

5.9 La aventura almazanista

Debido al radicalismo y la pasión que predominó en las elecciones de 1940, el clima político se impregnó con el sentimiento popular de que ese proceso electoral terminaría de manera poco satisfactoria. En marzo de 1940, Rodolfo Elías Calles escribió a su padre las siguientes palabras: "Es evidente que la oposición no tiene el hombre con las cualidades necesarias para poder sostener el entusiasmo público y encausar debidamente la inconformidad existente en el país. Para mí la imposición es un hecho consumado y la trasmisión del poder no traerá ningunas complicaciones serias al gobierno."⁴⁵ Todos sabían que pese al discurso de respeto al voto que salía de los labios del presidente Cárdenas, la jornada electoral no estaría ausente de irregularidades.

Con su singular estilo, Luis González y González describió lo siguiente sobre lo acontecido en esa elección presidencial:

"El entonces secretario de Gobernación, Ignacio García Téllez, dice que en la noche de aquel 7 de julio Cárdenas le comentó: 'Parece que Almazán ha ganado y hay que entregarte el poder'. García Téllez repuso: 'La votación campesina dirige el resultado de las elecciones a favor de Ávila Camacho'. El triunfo en el campo fue decisivo por lo que dice Ariel Contreras: 'Los votos de los campesinos, como a menudo sucede, fueron en realidad los votos de los caciques rurales'. Del campo, en donde por otra parte no tenía arraigo Almazán, vino un millón de votos para Ávila Camacho hechos por unas diez mil personas; un millón de votos para Manuel Ávila Camacho que tampoco tenía porqué contar con la venia de los campesinos. Pero en el campo los recursos de control político por parte del gobierno funcionaron casi a la perfección. En conjunto, aquel domingo siete fue una madeja de riñas, irregularidades, abstenciones, votos falsos y otras triquiñuelas, que sepa Dios quién ganó."⁴⁶

Melchor Ortega, triste por la derrota de Almazán, escribió al general Calles: "Sin anticiparnos a juzgar lo que pueda ocurrir en nuestro país, si puedo decirle con mucha satisfacción que en esta ocasión, el triunfo moral ha estado, sin género de duda, del lado de la oposición."⁴⁷ Por su parte, el desterrado, con un júbilo

⁴⁵ Carta de Rodolfo Elías Calles Chacón a Plutarco Elías Calles, 6 de marzo de 1940, en APEC-Exilio, expediente 62 (Elías Calles Chacón, Rodolfo) *sl*.

⁴⁶ González y González, Luis. *op. cit.*, página 304.

⁴⁷ Carta de Melchor Ortega a Plutarco Elías Calles, 12 de julio de 1940, en APEC-Exilio, Expediente 146 (Ortega, Melchor), *sl*.

disimulado por el fracaso de las promesas de Cárdenas sobre el respeto al voto, afirmó a su hija Hortencia: "qué largos fueron en el prometer y qué cortos en el cumplir."⁴⁸ Sabía que ese fracaso del gobierno era una derrota personal para Cárdenas, una mancha en su prestigio y en cierta forma una lección, la que Calles aprendió con la muerte de Obregón y con el bloqueo de las fuerzas vasconcelistas en 1929: no importa el método que se siga, lo importante es la unificación del grupo que gobierna y la conservación del poder... al costo que sea.

Por su parte, Almázán y su grupo salieron de México con miras a preparar una rebelión armada. Sin embargo, este candidato decidió dejar las cosas por la paz y no generar mayores problemas al gobierno cardenista. Como premio, muchos de sus partidarios consiguieron importantes puestos en la administración de Manuel Ávila Camacho. Melchor Ortega, una de las personas que viajó a Estados Unidos para respaldar la asonada de Almázán, escribió al general Calles que este hombre los abandonó a su suerte, sin importarle cuál sería su destino o si contaban con los recursos para regresar a México.

Otro callista, José María Tapia, se quedó con gran cantidad de cartuchos en su casa, los cuales estaban destinados para la aventura almanzanista que nunca se concretó. Pese a la derrota de la oposición, el rumbo de la Nación cambiaría radicalmente. Manuel Ávila Camacho se encargaría de enterrar el sueño cardenista de un Estado benefactor.

Sin mayor problema, Cárdenas entregó la banda presidencial a Ávila Camacho el 1º de diciembre de 1940. En sus apuntes, el michoacano escribió: "**La fuerza política de que disfruté y las consideraciones que me guardó el pueblo, se debieron principalmente a la investidura legal que tuve como encargado del poder público, consideraciones éstas que le corresponden hoy al nuevo Presidente de la República, que es el legítimo representante del pueblo y único dirigente.**"⁴⁹ Atrás, en el olvido, quedaban el caudillismo y el maximato. Su lugar era ocupado por el presidencialismo mexicano.

5.10 El retorno

Tras el fracaso de la aventura almanzanista y el indiscutible arribo al poder de Manuel Ávila Camacho, el general Calles consideró que era el momento de regresar a México. Después de todo, el programa de gobierno del nuevo Presidente de la República era moderado; seguramente pensó que ya no sería víctima de ataques que pusieran en duda la honorabilidad de su persona. El destierro fue breve, pero intenso, y nada le proporcionaría más satisfacción que volver a pisar la patria que lo vio nacer.

Calles estaba convencido de que el Proyecto de Nación de Ávila Camacho no sería tan radical como el del cardenismo y aseguraba que éste hombre se

⁴⁸ Carta de Plutarco Elías Calles a Hortencia Elías Calles de Torreblanca, 18 de julio de 1940, expediente 60 (Elías Calles de Torreblanca, Hortencia), s/f.

⁴⁹ Cárdenas, Lázaro, *op. cit.*, página 443.

encargaría de corregir los errores en los que cayó "el más arbitrario y estúpido de los gobiernos que ha tenido el país."⁵⁰ Su rencor hacia Lázaro Cárdenas continuaba ahondándose.

A finales de enero de 1940, acompañado por sus dos hijos más pequeños, de su fiel secretario particular, Jorge Castellanos, y hasta por el general José María Tapia, Calles regresó a México, se detuvo en Nuevo León para pasar unos días en la hacienda de Soledad de la Mota, propiedad de Plutarco Elías Calles Jr. El 22 de mayo de ese mismo año, el general volvió a *la Meca* de la política en nuestro país: la ciudad de México, se instaló en la residencia de Guadalajara # 104, propiedad del matrimonio formado por Hortencia Elías Calles Chacón y Fernando Torreblanca. Ahí vivió sus últimos años. Ahora esa enorme casona alberga sus archivos.

En vista del contexto internacional en que arribó al poder, Manuel Ávila Camacho consideró que todos los elementos de la política mexicana debían de cerrar filas bajo la bandera de la Unidad Nacional y terminar con los conflictos, escisiones y problemas internos que provocaron la constante lucha por el poder entre los herederos ideológicos de la Revolución Mexicana. Para consolidar esa política, al enviar un mensaje a los mexicanos el 15 de septiembre de 1942, reunió a todos los ex Presidentes vivos en el balcón de Palacio Nacional. En el acto estuvieron presentes Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas.

¿Qué habrá pasado por la mente de Calles al reencontrarse con esas figuras? Él se distanció de la mayoría de esos hombres. A De la Huerta nunca le perdonó el que se levantara en armas en contra del gobierno de Obregón y se opusiera a que el propio Calles llegara a la Presidencia. De Portes Gil se alejó porque quiso crear un coto de poder que rivalizara con el Jefe Máximo. Calles fue el artífice de la derrota política de Pascual Ortiz Rubio. Sobre su relación con Cárdenas... sobran palabras. Se sabe que ese día se saludaron y nunca volvieron a hablar. Solamente con Abelardo Rodríguez mantuvo su amistad después de que éste abandonó la Primera Magistratura, como muestran aquellas cartas escritas a finales de 1936.

Pese a las añejas rivalidades, como lo reconoció en su encuentro con José Vasconcelos, ya no era el momento de hacer reproches. Eran nuevos tiempos y Calles lo sabía. Tras el acto oficial, se ofreció un banquete a todos los ex mandatarios. Existe un video de esa reunión, donde se aprecia a Calles conversando tranquilamente con Pascual Ortiz Rubio; definitivamente, era otro contexto, otra forma de hacer política.

A solicitud de Manuel Ávila Camacho, Calles pronunció un improvisado discurso donde invitó a todos los asistentes a esa comida y al país entero a apoyar

⁵⁰ Carta de Plutarco Elías Calles a Rodolfo Elías Calles Chacón, en APEC-Exilio, expediente 62 (Elías Calles Chacón, Rodolfo) s/f

al Presidente y, en vista de los catastróficos resultados que la Segunda Guerra Mundial dejaba en Europa, llamó a cobijarse bajo la sombra de la Unidad Nacional. Al concluir, el general Calles recibió una ovación, pero significativamente, como se observa en la grabación, Cárdenas permaneció cruzado de brazos. No aplaudió las palabras dichas por su antiguo maestro, como una prueba más de que la reconciliación entre ellos jamás se daría.

El 19 de octubre de 1945 la vida del general Calles llegó a su fin. Su cuerpo no resistió más el paso del tiempo y llegó el momento de entregar tributo a la tierra. Cárdenas escribió en sus apuntes:

"Hoy a las 14 horas falleció en el Hospital Inglés de esta capital, el señor general Plutarco Elías Calles, ex Presidente de México, a consecuencia de un viejo padecimiento. Contaba sesenta y nueve años de edad.

"Deja en su haber un saldo favorable en su vida de maestro, revolucionario y estadista.

"Cuando se hayan serenado las pasiones políticas se le juzgará mejor."⁵¹

Ambos, Calles con la fundación del Partido Nacional Revolucionario y el maxímató y Cárdenas con la construcción del presidencialismo, son los autores del sistema político que por años predominó en México. La fase armada de la Revolución los unió, aquella mañana del 28 de marzo de 1915, cuando el teniente coronel michoacano estrechó por primera vez la mano del general sonorense y, desde entonces, como sostiene Cárdenas, le entregó "todo el entusiasmo de sus veinte años".

Las constantes rebeliones militares de los años veinte los unificaron más. El general Calles sabía que a su lado estaba su fiel *Chamaco* frente a enemigos como los delahuertistas y los escobaristas. La fase institucional de la Revolución los separó cuando el presidente Cárdenas expulsó al Jefe Máximo, quien se convirtió en una figura metaconstitucional que dañaba al Estado mexicano.

La muerte volvió a reunirlos. Consumido por el cáncer, Cárdenas falleció el 19 de octubre de 1970, veinticinco años exactos después que Calles. El sistema político que los dos construyeron les rindió un último tributo: si en vida compartieron anhelos y deseos y el destino los separó, ahora están juntos en el sueño eterno, dentro de las entrañas del monumento a la gesta en la que creyeron, amaron e interpretaron a su manera... La Revolución.

⁵¹ Cárdenas, Lázaro, *Obras: 2- Apuntes 1941-1957, Tomo dos*, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, segunda edición, 1972, página 191.

CONCLUSIONES

Después de la vorágine armada que recorrió el territorio nacional de 1910 a 1920, llegó una época de gran responsabilidad para quienes quedaron al frente de la Revolución hecha gobierno: era prioritario sembrar la unidad entre todos los actores políticos. Al igual que en los tiempos de Porfirio Díaz, lo lógico hubiera sido que el liderazgo de todos los grupos nacionales recayera en el Presidente de la República, sin embargo, la presencia de caudillos regionales minó durante años la influencia política del Primer Magistrado en gran parte del territorio.

Con su campaña reeleccionista, Álvaro Obregón unificó a parte de las facciones revolucionarias, no obstante, al violar uno de los principios enarbolados por Francisco I. Madero en 1910, ganó la animadversión de gran cantidad de grupos. ¿Quién orquestó realmente el asesinato del general sonoreño? Pudo ser cualquiera, desde quienes anhelaban para sí el poder (como Luis N. Morones), o aquellos que veían amenazado su poder (como el propio Plutarco Elías Calles), sin descartar a los grupos de fanáticos religiosos o a los yakis de Sonora.

Por esto, Obregón no puede considerarse un factor de unidad. Por su parte, Calles impuso un sistema de dominación política al colocar dentro de las instituciones a varios de sus partidarios. Nulificando la voluntad de Presidente en turno, nació el sistema conocido como maximato.

Empero, era necesario que la unidad entre la llamada familia revolucionaria se cimentara en una figura presente en el marco jurídico del Estado, no en un ente metaconstitucional como lo era Calles. Pero, como veremos a continuación, el predominio político de un solo hombre surgió con una amalgama de legalidad y facultades más allá de la ley (algunas de ellas conocidas como "reglas no escritas"). Si analizamos cada uno de los factores expuestos a lo largo de estas cuartillas, comprenderemos como operó hasta hace muy poco tiempo el sistema político mexicano.

Al inicio de esta tesis referí la importancia que tiene el Estado como rector del bienestar de una sociedad para protegerla de los peligros que la asedian. Cuando no existe el Estado se carece también de un ordenamiento legal. Sin las leyes, sin ese límite que establece dónde inicia lo público y dónde concluye lo privado, se observa un Estado de naturaleza, donde el hombre satisface sus instintos sin importarle que lastime a sus semejantes.

Con base en la ley se puso orden a todos los elementos de la sociedad y se concluyó con las disputas entre los hombres. El Estado de naturaleza es parte del pasado, pero el Leviatán que se construye con ese ordenamiento legal tiene como prioridad ver por el bienestar de todos los contrayentes de ese contrato social.

Cuando el Estado pierde esa esencia, se dice que se encuentra enfermo y como manifestación de ese malestar surgen las revoluciones. En esos

movimientos sobresalen hombres carismáticos, caudillos con arraigo en las masas, pero al terminar es prioritaria la presencia de un estadista que se encargue de cumplir las promesas de la Revolución, las cuales deben de verse plasmadas en un marco legal, en las instituciones y en los hechos.

Los hombres que integraban la élite política de la época que aborda esta tesis, si bien cuidaban de los derechos ciudadanos, también anhelaban la Presidencia de la República. De 1920 a 1929 se suscitaron cuatro rebeliones militares; sólo una, la de los sonorenses, derrocó al gobierno constituido. Pero esos movimientos armados perjudicaban a México, ya que a pesar de que se comenzaba a perfilar un excelente Proyecto de Nación, esas asonadas causaron gran inestabilidad en el país y dañaron al Estado.

Las ambiciones generaron campañas electorales por la primera magistratura; en ellas, detrás de la búsqueda de votos, se escondía una rebelión. Los discursos de los candidatos dejaban atrás los preceptos más importantes de la Revolución (reparto agrario, derechos laborales, educación, etc.); en ellos se enfocaban más a atacar a sus oponentes políticos, quienes eran los obstáculos para ver colmada su codicia.

Desgraciadamente, con las pasiones a flor de piel, las agresiones no se quedaron sólo en el discurso, sino que pronto comenzaron a ser físicas; de ahí que la sucesión presidencial de 1928 sea una de las más trágicas de toda la historia de México, ya que los tres aspirantes (Álvaro Obregón, Francisco Serrano y Arnulfo Gómez) murieron violentamente. La sangre derramada no calmó el ansia de poder de algunos políticos; por el contrario, la exaltó más.

Ante la emergencia nacional que generó el asesinato de Obregón, Plutarco Elías Calles tuvo que tranquilizar a los seguidores del invicto caudillo. A algunos los integró en su proyecto político, otros fueron eliminados cuando se levantaron en armas en 1929; pero la consecuencia más importante que trajo el asesinato del general sonorenses fue la fundación del Partido Nacional Revolucionario.

Por medio del PNR, la lucha por los cargos públicos pasó de las armas a los partidos políticos; se trataba, al menos en el discurso, de dejar en el pasado las asonadas y buscar caminos institucionales. Mas en realidad lo que se gestaba era un sistema de dominación donde existía una autoridad cuya figura fungiera como árbitro entre todos los políticos de la época. Ese papel cayó en Plutarco Elías Calles, quien debido a la influencia que tuvo durante el periodo estudiado, fue llamado el Jefe Máximo de la Revolución.

Pero Calles no cimentó el maximato solo; necesitó de un grupo de incondicionales cuyas ambiciones no los motivaron a levantarse en armas, sino a bloquear el arribo de otros actores políticos hacia el poder y a olvidar las promesas básicas de la Revolución. Con personas como Manuel Pérez Treviño, Luis L. León y Melchor Ortega en los puestos más importantes del partido, Calles dominó al PNR; desde ahí seleccionó a los candidatos a diputados, senadores y

gobernadores y colocar en esos puestos de elección popular sólo a sus partidarios.

Por otra parte, se encontraba el gabinete, estructura donde Calles también colocó sus piezas clave. Gracias a que los Presidentes del periodo del maximato eran hombres sin grupo político que los respaldara, se vieron obligados a aceptar todas las recomendaciones de Calles, quien siempre impuso en las Secretarías a sus seguidores. Ellos lo mantenían al tanto de todas las acciones de gobierno y servían como elemento de presión al Primer Magistrado.

Tal fue el predominio de Calles en el círculo más cercano al Presidente, que Pascual Ortiz Rubio se vio obligado a renunciar el día que los callistas le retiraron su apoyo. El Jefe Máximo realizaba una especie de usurpación de las funciones presidenciales, pues designaba a los miembros del gabinete, con esto, su forma de pensar y sus intereses eran los que se imponían en todas las decisiones de gobierno que se tomaron durante ese tiempo.

El Jefe Máximo predominaba en el Estado; era una figura metaconstitucional, puesto que no existía en el marco legal. Con el PNR dominaba las elecciones y con sus seguidores en el Congreso y en el gabinete influía en las acciones de gobierno. Los gobernadores garantizaban que su autoridad se sintiera en todo el territorio nacional. La élite callista (principalmente representada por Luis L. León, Melchor Ortega, Manuel Pérez Treviño, Joaquín Amaro, José María Tapia, los hermanos Riva Palacio, Tomás Garrido Canabal y José Manuel Puig Cassaurac) era insaciable en su afán de poder, pero olvidó que su proyecto debía cimentarse en las masas.

Durante el maximato, el pueblo fue un cero a la izquierda, como ejemplifica el hecho de que el propio Calles se manifestara en contra de dos promesas básicas de la Revolución Mexicana: el reparto agrario y los derechos laborales. El primer caso se dio cuando el Jefe Máximo bloqueó los intentos de Pascual Ortiz Rubio para dar mayor fuerza a la dotación de tierras. En el segundo, el propio sonorensé atacó al movimiento obrero en sus declaraciones de junio de 1935, las cuales fueron el preámbulo a su exilio. Era necesario que las masas sintieran que el gobierno realmente atendía sus necesidades.

El maximato surgió como un sistema de dominación que los callistas utilizaron para ampliar sus cotos de poder. Manuel Pérez Treviño era el eterno presidente nacional del P.N.R.; Melchor Ortega dominaba en Guanajuato, Tomás Garrido Canabal en Tabasco, los hermanos Riva Palacio en el Estado de México. Luis L. León y Puig Cassaurac aparecían constantemente en los gabinetes de los Presidentes impuestos por Calles. Pero todos ellos perdieron el afán de servir a la sociedad. Era necesario un cambio institucional para eliminarlos de los puestos públicos. Sólo así se podía depurar al Estado.

Esta misión fue realizada por Lázaro Cárdenas, quien enfrentó al Jefe Máximo con firmeza, con autoridad, con el respaldo de las masas; pero sobre todo,

investido por la legalidad que le otorgaba el hecho de ser el Primer Magistrado de la Nación. Para eliminar a Calles de la arena política, Cárdenas colocó en su gabinete a hombres incondicionales. Con ello recuperó una de las facultades que la Constitución otorga al Presidente, pero también, y he aquí la esencia de este trabajo, observó los límites legales de la institución presidencial y, sobre todo, la puso al servicio de la sociedad, con independencia de que también apeló a atribuciones metaconstitucionales, pero con la idea de cristalizar su Proyecto de Nación. De paso, Cárdenas llevó a cabo un parricidio, acabó con la vida política del hombre que como un padre amoroso lo encumbró a los más altos puestos.

Por medio del partido oficial, Cárdenas, igual que Calles en su momento, situó a elementos afines en los puestos de elección popular. Legisladores y gobernadores ya no seguían a un Jefe Máximo, sino al Jefe del Poder Ejecutivo. Esta tradición continuó por años, pero trajo como consecuencia la nulificación de uno de los Poderes de la Unión, pues en lugar de ser un contrapeso para el Ejecutivo, el Legislativo se convirtió en incondicional del Presidente. Si a esto se le agrega que en México el Poder Judicial es prácticamente inexistente, tenemos como resultado que el Ejecutivo ejerció un dominio total hasta hace muy poco tiempo.

Otra de las facultades metaconstitucionales del Presidente era que, por medio del partido seleccionaba a los mandatarios estatales de acuerdo a su conveniencia. Si éstos se convertían en una molestia para su gobierno, los eliminaba con facilidad, pues la Constitución lo facultaba para remover a los gobernadores "si la situación lo ameritaba".

En el PNR, los políticos estaban concientes que debían incorporarse a ese partido para tener un status digno de la considerarse. Fuera de esta institución nunca construirían una carrera susceptible de reconocimiento. Durante años, el partido oficial tuvo la función de ser una auténtica aplanadora electoral; por eso sus candidatos estaban seguros de que ganarían cualquier puesto de elección popular. El PNR -hoy PRI- sirvió como garantía de que ninguna fuerza opositora (llámese vasconcelismo, panismo, henriquismo, etc.) no derrotaría jamás en las urnas a los herederos ideológicos de la Revolución Mexicana. La oposición sólo sirvió para "demostrar" que en México se practicaba la democracia electoral.

El predominio del partido oficial sobre las clases populares surgió durante la época en que el fiel cardenista Luis I. Rodríguez fue su dirigente nacional. Bajo la batuta de Rodríguez, el PNR cambió de siglas a PRM (Partido de la Revolución Mexicana), lo que trajo consigo la creación de los sectores, es decir, de organismos no gubernamentales que agruparan a las masas de acuerdo son el perfil al que pertenecían. Así, la Confederación Nacional Campesina (CNC) garantizó la presencia del discurso revolucionario en el ámbito rural; la Confederación de Trabajadores del México (CTM) permitió al partido oficial un acercamiento sólido con el sector laboral, como en los tiempos del pacto entre Calles y Obregón con Morones y su CROM.

Tras la campaña almazanista realizada en 1940 quedó claro una cosa: no bastaba con integrar en el Proyecto de Nación a los sectores populares, sino que era necesario tomar en cuenta a la nueva (y cada día más poderosa) clase media, de lo contrario, sus integrantes apoyarían a un candidato surgido de las filas de la oposición. Así, previo a la campaña presidencial de Miguel Alemán Valdés, surgió la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), con lo cual, se buscaba integrar a la clase media al partido oficial, quien nuevamente cambió de siglas para convertirse en el flamante Partido Revolucionario Institucional (PRI), nombre que ostenta hasta nuestros días.

Pero la más importante facultad metaconstitucional del Presidente era designar a su sucesor, la cual, como en el caso de Cárdenas y Ávila Camacho, no fue garantía de que se siguiera el mismo Proyecto de Nación. Renunciar al poder es un acto muy difícil de realizar. Después de Calles, ningún ex Presidente tuvo influencia en la política nacional, pero eso no quiere decir que algunos no la hayan anhelado. El maximato, tras la expulsión de Calles, ha sido el sueño imposible de varios ex mandatarios; sin embargo, ninguno consolidó una presencia dentro de la política nacional como la que tuvo el sonorensé. Ni siquiera el propio Cárdenas, con el inmenso poder y prestigio que le caracterizaron, lo logró. Probablemente nunca le interesaría ejercerla. Pero lo cierto es que el michoacano permaneció como una voz moral del sistema e impidió que se llevaran a cabo acciones nefastas como el intento de reelección por parte de Miguel Alemán en 1952.

Así, con el desplazamiento de Calles a manos de Cárdenas, se comprendió que no es posible contener la estampida de nuevos políticos que buscan el poder; por el contrario, se les debe ceder el paso a los elementos más jóvenes para que, llegado el momento, sean quienes queden al mando de las instituciones. Además, nadie volvió a disputar el liderazgo que el Presidente de la República ejerce sobre todos los elementos de su partido.

Las facultades legales del Presidente se encuentran perfectamente delimitadas en la Carta Magna. Puede vetar y promulgar leyes, determinar el presupuesto nacional cada año, elegir a los miembros de su gabinete y, por medio de artículos como el 27 y el 123, beneficia a la sociedad. Por ejemplo, con base en el artículo 27 constitucional, Lázaro Cárdenas concretó la expropiación petrolera, con lo cual fortaleció al Estado mexicano; este hecho es una muestra del poderío que otorga la Constitución al Primer Magistrado, quien realiza grandes actos no sólo con sus facultades metaconstitucionales, sino respaldado por el marco legal.

En este sentido, estamos de acuerdo con lo expuesto por Niklas Luhmann, quien asegura que el poder es un medio de comunicación, lleno de símbolos. En esa lógica, el poder presidencial en México se caracteriza por acciones que son decodificadas por el resto de los actores políticos. Durante algún tiempo, nadie podía tocar al Primer Magistrado, como lo ejemplifica el hecho de que Adolfo Ruiz Cortínez no permitiera que la gente se aproximara a su cuerpo y para ello usaba un sombrero que colocaba con la mano en el pecho; de esta forma adivinaba también

dar abrazos. Así, quien recibía una muestra de afecto corporal por parte del Presidente podía sentirse un privilegiado.

Otro ejemplo de poder y comunicación es la muerte simbólica del padre que el Presidente realizaba al inicio de su sexenio; esto era para demostrar que el naciente Jefe del Ejecutivo era completamente autónomo en sus decisiones y con ello se dejaban en el pasado posibles rumores de un nuevo maximato. Así, Ávila Camacho abandonó el proyecto incluyente de Cárdenas; a su vez, Ruiz Cortínez, durante su toma de posesión, dio un codazo a Miguel Alemán y lo desplazó de ser la figura que encabezara esa ceremonia. En tiempos recientes, se llegó a extremos como encarcelar a figuras cercanas al antiguo Presidente (como la acción de Miguel de la Madrid contra Antonio Serrano, ex dirigente de Pemex en el gobierno de José López Portillo) o el encarcelamiento de Raúl Salinas al inicio del periodo de Ernesto Zedillo.

Dentro de las atribuciones que la Constitución le otorga al Jefe del Ejecutivo es la de ser el Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas. Durante la Revolución, muchos Presidentes civiles carecieron de arraigo en el ejército (Madero, Carranza, De la Huerta, entre otros) y desde esta institución se gestaron varias asonadas en contra de los gobiernos legalmente constituidos. Cuando Calles y el general Joaquín Amaro institucionalizaron a las fuerzas castrenses, muchos generales olvidaron su anhelo de poder político y comenzó a dominarlos la pasión por el dinero.

Varios de los revolucionarios se convirtieron en hombres de negocios o en hacendados. En el primer caso, el ejemplo más palpable es Abelardo Rodríguez, quien fue un importante accionista de los casinos más importantes de México en aquellos años. Gonzalo N. Santos, por su parte, fue un importante hacendado e hizo del estado de San Luis Potosí su coto particular. A su vez, algunos hicieron a un lado la política y se volvieron prósperos empresarios. El caso más sobresaliente fue el de un político que fue precandidato a la presidencia: Aarón Sáenz prefirió retirarse de la conflictiva familia revolucionaria, y a cambio, se convirtió en un importante empresario azucarero gracias al gran ingenio de El Mante.

Cuando los generales comprendieron que sólo con estabilidad política prosperarían sus negocios, dejaron atrás las asonadas y el sector militar nunca más volvió a ser un límite o un temor real para el poder presidencial, como lo fue durante la Revolución Mexicana, donde cada instante surgía un levantamiento.

Además, después del periodo de Cárdenas, el Presidente se convirtió en la viva representación de los ideales de la Revolución. Al legalizarse por la vía electoral, se enarbola el ideal de *Sufragio Efectivo. No Reelección*, de Francisco I. Madero; por medio del reparto de tierras, cimentado en el artículo 27 constitucional, recupera el sueño agrarista de Zapata; de sus labios emana un discurso a favor de la legalidad constitucional, como el que alguna vez usó Carranza; con la defensa de los derechos laborales retoma el populismo de Villa;

por ser el indiscutible líder de la política nacional, nadie se opone a su autoridad, así que lo rodea un aura de ente omnipresente, omnipotente y onnisapiente como la que tenía Obregón en las batallas de Celaya.

A su vez, se observa en él la actitud *maximatista* y las facultades metaconstitucionales de Calles: sólo él define el rumbo del Estado, gracias al partido oficial elige a legisladores, gobernadores y a su sucesor; tiene el estoicismo de Lázaro Cárdenas, pues nunca hace alarde de sus acciones, cuida de las masas y la mayoría de sus decisiones tienen un respaldo legal. Pero también cuenta con el autoritarismo que le otorga un sistema que lo vuelve un ser con poder absoluto, como alguna vez lo fue Porfirio Díaz, pues lo el sistema que se creó durante la presidencia de Cárdenas tiene rasgos centralistas y absolutistas, características indiscutibles del porfiriato.

Con esa amalgama de caudillos y hombres fuertes en un solo individuo, cimentada por el régimen de partido único, el Estado mexicano se cimentó en **tres poderes** que no son el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, sino **el militar, el político y el ideológico**.

En el militar, porque las fuerzas castrenses se convirtieron en protectores de los logros de los gobiernos de la Revolución y jamás volvió a presentarse el caso de un general sedicioso que realizara una asonada.

En el político, porque por medio del partido oficial y las facultades que le otorga la Constitución, el Presidente repartía prebendas a todos sus partidarios, demostrando que si quería prosperar, no se debía ir en contra de sus designios.

El ideológico, porque siempre se dijo a la sociedad que el régimen revolucionario era el mejor que podía tener México. Las masas así lo asimilaron y mientras no vieron afectado su nivel de vida, apoyaron a los candidatos del partido oficial y al Presidente de la República.

Empero, ese poderío que le proporciona al Presidente las facultades constitucionales y metaconstitucionales tiene límites, los cuales también se gestaron en el periodo de estudio de esta tesis. Existen tres elementos que no pertenecieron al Partido Revolucionario Institucional, pero que fueron importantes aliados: el sector empresarial, la cúpula eclesiástica y los gobiernos de los Estados Unidos.

El Presidente nunca debe tener un programa radical de gobierno a favor de ninguna de las clases, pues, en tal caso, genera la inconformidad de los grupos no favorecidos. Si gobierna para las masas, como lo hizo Cárdenas, se gana la animadversión de las élites económicas y de algunos políticos; los hombres de negocios se organizaron en corporaciones como la COPARMEX y la CONCANACO para velar por sus intereses y cuidarse de los embates populistas del Primer Magistrado. Si gobierna para las clases altas, es inaceptado entre el pueblo.

Por ende, debe llegar a un justo medio, como el que se alcanzó en la época en que un hombre nacido en Coahuila ocupó la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; el nombre de este individuo es Antonio Ortiz Mena, un abogado que se convirtió en un excelente economista cuya batuta orquestó, de 1958 a 1970 y siempre con el visto del Presidente en turno, un periodo de bonanza económica conocido como el desarrollo estabilizador. Bajo la mirada de Ortiz Mena, México obtuvo un crecimiento de 6 % anual del Producto Interno Bruto, un incremento de 3.5 % de los salarios industriales, la inflación fue prácticamente desconocida en ese periodo, apoyo mutuo entre los sectores privados y públicos, estabilidad en el tipo de cambio y las reservas del Banco de México estaban seguras.

Estas medidas trajeron como consecuencia una certidumbre económica que motivó a varios capitalistas extranjeros a invertir en México. Pero los mejores promotores de este acontecimiento fueron los empresarios nacionales, quienes gritaron a los cuatro vientos que México era un país gobernado de manera estoica, donde cualquier negocio sería fructífero. La credibilidad en nuestra nación creció a tales niveles que se le confió la organización de los Juegos Olímpicos en 1968 y el Mundial de Fútbol Soccer dos años después. Por su parte, los hombres de negocios sabían que su dinero se hallaba seguro en un país con estabilidad monetaria y política: sus inversiones traigan consigo empleos permanentes, lo que permitió que en este periodo creciera a pasos agigantados la clase media. Los empresarios sentían seguras sus riquezas, el pueblo, por su parte, tenía un trabajo bien remunerado que solventaba sus necesidades.

Mientras hubo estabilidad económica, los empresarios apoyaron al PRI. No lo importunaron; pero el Presidente sabía que de iniciar una política en contra de los capitanes del dinero, y a favor de la sociedad, como en tiempos de Cárdenas, apoyarían un movimiento armado en su contra u organizar un boicot financiero. Así, el Presidente se enfrentó a un gran límite en el poder de los empresarios, por lo que antes que como enemigos, los buscó como aliados por medio de un crecimiento económico de proporciones aceptables para todos los sectores de la sociedad.

Cuando en 1976 el desarrollo estabilizador llegó a su fin, trajo como consecuencia una aguda crisis económica; los empresarios comenzaron a intervenir en la política con la meta de alcanzar por *interpósita persona* la máxima magistratura; no para buscar el beneficio de la sociedad, sino para velar por sus intereses. En el año 2000, con la llegada de Vicente Fox a la Presidencia, lograron su objetivo, sacaron al PRI de Los Pinos, el mismo partido que apoyaron mientras les fue útil.

Al término de la Guerra Cristera, la Iglesia obtuvo varios beneficios que estaban prohibidos en las leyes. Por ejemplo, durante mucho tiempo existieron escuelas dirigidas por miembros del Clero, aunque la ley no reglamentara este hecho. Los ministros oficiaban fuera de sus parroquias e incluso aparecían en los medios de información, como sucedió durante la primera visita del Papa Juan Pablo II a

México, en 1979. Ahí comenzó una libertad que hoy apunta hacia libertinaje, pues los curas están incontenibles.

Por muchos años, la Iglesia no arremetió contra el gobierno y viceversa, ya que el Presidente estaba consciente de la influencia que los sacerdotes tienen sobre la sociedad mexicana; el gobierno accedió a no aplicar la ley, con tal de no desatar una nueva confrontación. La Iglesia fue un aliado, pero también se convirtió en uno de los elementos que limitaba al poder presidencial.

Pese a que los artículos anticlericales de la Constitución no se observaban, la cúpula eclesiástica nunca se conformó y apoyó a partidos de oposición en su lucha contra del régimen priísta. Aunque las reformas salinistas de 1992 le concedieran varios privilegios, no parece estar satisfecha; esto lo confirma el hecho de que quieren libertades ilimitadas e incluso ser dueños de sus propios medios de comunicación.

Durante la Revolución Mexicana, los gobernantes de los Estados Unidos tuvieron un gran ascendiente en la política nacional. Fue el embajador Henry Lane Wilson uno de los artífices de la caída de Francisco I. Madero. Cuando el presidente Woodrow Wilson apoyó a los constitucionalistas en contra de las tropas de Francisco Villa, ordenó que no se vendieran armas a los seguidores del Centauro del Norte. Por su parte, Álvaro Obregón sabía que si Estados Unidos reconocía a su gobierno como legítimo, el resto de los países imitarían esta acción. Así, el general sonoreense estimuló los Tratados de Bucareli, donde el vecino país del Norte reconocía su gobierno como legítimo. A cambio, Obregón acordó no volver retroactivo el artículo 27 de la Constitución en las posesiones norteamericanas. Con ello, los gringos garantizaron la existencia de sus haciendas y la seguridad de sus inversiones petroleras. Obregón, por su parte, puso en duda la honorabilidad de su persona y desde entonces hay quienes lo catalogan como un entreguista que hizo pedazos la soberanía nacional y se puso al servicio de Estados Unidos.

Aunque Calles confrontó al gobierno del vecino país del Norte, no pudo consumir la expropiación petrolera. Sólo Cárdenas logró que Estados Unidos respetara su decisión de llevarla a cabo. El contexto internacional en que el michoacano llevó a cabo este acto era diferente al que había rodeado a otros mandatarios de la Revolución y eso favoreció la nacionalización del petróleo.

Después de que Cárdenas dejó el poder, ningún otro Presidente tuvo conflicto alguno con el gobierno estadounidense; por el contrario, todos aplicaron una política de cordialidad entre ambos países. Pero siempre será vista con recelo la influencia que Estados Unidos ejerce sobre México, sobre todo por la "izquierda".

Empresarios, eclesiásticos y norteamericanos nunca fueron parte del PRI, sino sus aliados. El primer mandatario estaba consciente de que no podía confrontarlos; lo mejor era una política de conciliación, como en tiempos del porfiriato. El dicho de "paz, orden y progreso" se convirtió en "estabilidad, orden y

desarrollo", elementos que caracterizaron durante muchos años al régimen priísta que creció siempre a la sombra del Presidente de la República.

Como sostiene Antonio Gramsci, ciertos hombres fundan las instituciones con la finalidad de que el Estado funcione de manera óptima. Por algunos años todo marcha bien, pero llegan nuevas generaciones que, al carecer de la visión de estadistas, dan un nuevo rumbo al Estado, la mayoría de las veces en sentido opuesto al de sus fundadores.

De esta forma, el enorme poder que Cárdenas otorgó a la Presidencia tuvo como finalidad defender su proyecto en favor de la sociedad. Después de su período de gobierno las cosas cambiaron. El discurso continuó su línea a favor del pueblo, pero poco a poco fue desligándose de los ideales de la Revolución Mexicana. La ambición cegó a los hombres que se encontraban al mando del Estado y la sociedad observó cómo su nivel de vida se fue deteriorando. Un afán incontrolable de pedir préstamos al extranjero trajo consigo un nivel de corrupción nunca antes visto. El dinero otorgado principalmente por el Fondo Monetario Internacional no se utilizó con fines sociales sino para satisfacer ambiciones personales.

Daniel Cosío Villegas afirmaba que cada Presidente tiene su estilo personal de gobernar. El de Cárdenas fue para la sociedad; él cimentó la mejor concepción de Estado en toda la historia de México, pero éste se fue desvirtuando a causa de los hombres que ocuparon la Presidencia posteriormente. Y lo que fue un enorme poder que surgió para proteger a la sociedad, por medio de facultades constitucionales y metaconstitucionales, se convirtió en un mando que tuvo como finalidad el enriquecimiento, siempre ilícito, de unos cuantos.

El priísmo, con 71 años de experiencia y como heredero legítimo de la ideología de la Revolución Mexicana, vio cómo se desmoronaba el régimen que fundó tras esta gesta armada. Nunca asimiló por completo la máxima de Maquiavelo de que el pueblo olvida todos los excesos de sus gobernantes, siempre y cuando nunca se pierda la razón de Estado, en el entendido de que antes de ver por sus intereses, es un mandatario que tiene una gran responsabilidad: velar por los ciudadanos. Ante esta situación, se rompió la luna de miel entre la Revolución hecha gobierno y la sociedad.

Fernando Gutiérrez Barrios pasó los últimos años de su vida esgrimiendo el argumento de que México comenzó a caerse en pedazos el día que se rompieron las reglas no escritas del sistema político mexicano. De todas ellas, la más importante fue ver por el bienestar de las masas; el día que los políticos priístas no sólo se alejaron de ellas, sino que las dejaron en el olvido, comenzaron a perder el poder.

El Estado que creció a la sombra de la Revolución Mexicana estaba enfermo. Todos lo notaron. Los empresarios buscaban los puestos de elección popular para beneficiarse a sí mismos; la Iglesia, aprovechándose de ese deterioro, buscó más

poder y los ciudadanos le reprocharon al priismo su notorio descuido a través de las urnas. El día que el Presidente olvidó cuál era la función esencial del Estado, cada sector cuidó sus intereses con todos los medios a su alcance.

La sociedad, al ver que el priismo descuidaba sus obligaciones para con ella, le cobró una cara factura: le arrebató el poder por la vía legal en las elecciones presidenciales del año 2000. Si en 1929, parafraseando a Antonio Gramsci, el moderno Príncipe se había sentado en el trono, setenta y un años después, Vicente Fox, un hombre con discurso de caudillo y arrastre entre las masas, uno de esos entes que Calles buscó contrarrestar con la fundación del PNR, llegó a la Presidencia con el apoyo popular.

Con esto, queda comprobado que, como se expuso en la introducción, los orígenes y límites del poder presidencial fueron creados durante un largo proceso que inició con la promulgación de la Constitución de 1917, donde se otorgaron grandes facultades al Jefe del Ejecutivo. Tras el establecimiento de un marco legal, llegó la eliminación de los caudillos y la agrupación de todos los elementos políticos bajo un solo liderazgo, el cual centralizó y manipuló el Jefe Máximo para beneficio personal y de los suyos.

Mas el Estado mexicano debía cimentarse sobre una estructura y una figura legales, esto ocurrió cuando Cárdenas expulsó a Calles del país; dotó de gran fortaleza a la Presidencia de la República y con ello acabó con la influencia que caudillos y *hombres fuertes*. Por medio de las facultades metaconstitucionales tenía un control de todos los elementos políticos, los que nunca volvieron a cuestionar la disciplina que impuso el hecho de que es Jefe de Estado y de Gobierno conforme a la Constitución, pero también el más grande defensor de la sociedad que este país haya tenido.

Durante años, el presidencialismo en México fue un mal necesario. Lorenzo Meyer apuntó hace tiempo que en un país lleno de caciques (que en ocasiones son vistos como caudillos por los habitantes de las regiones donde predominan) como México, es necesaria una política centralista encarnada por el poder presidencial para contrarrestarlos y controlarlos. Por medio de las facultades metaconstitucionales el Presidente dominó a los actores políticos para que no interfirieran en su Proyecto de Nación; y gracias al sustento legal que también tuvo, dotó a la sociedad (empresarios e Iglesia incluidos) de instituciones que responderían a sus necesidades. Con esto, la Presidencia se convirtió en el artífice de la estabilidad del país.

Tal fue, por décadas, la estructura del sistema político mexicano, consecuencia del largo proceso histórico que arrancó con la Revolución y que por mucho tiempo buscó no sólo la conservación del poder, sino la preservación del Estado construido durante el periodo analizado en esta tesis, en el que también, como queda demostrado, se gestaron los orígenes y límites del poder presidencial. Este trabajo, referíamos en la introducción, nació con el objetivo de encontrar los orígenes del presidencialismo en México. Ahora que esta labor ha concluido, es

cuando nacen nuevas líneas de investigación no sólo en el ámbito político sino dentro del campo de estudio de todo estudiante de Ciencias de la Comunicación.

No hay un estudio que analice, de forma crítica y consistente, el sexenio de Carlos Salinas. Pocos recuerdan ya los acontecimientos de la sucesión presidencial de 1994. ¿Puede existir un libro objetivo sobre el EZLN? ¿Cuáles fueron las razones que generaron el rumor de un golpe de Estado en México en noviembre de 1995? Las elecciones intermedias de 1997, que son realmente el preámbulo de la calda del PRI, no han sido estudiadas. Mucho menos el enfrentamiento que por largos años han protagonizado Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, que en muchos sentidos, fue algo inédito en la historia de México y tiene un cierto aire de ruptura entre hijo y padre político como la que rodeó la ruptura entre Calles y Cárdenas.

Ahora que, supuestamente, México ha entrado a una etapa democrática con el gobierno de Vicente Fox, las palabras dichas por Marc Bloch tienen más vigencia que nunca: "La incompreensión sobre el presente nace de la ignorancia del pasado, pero es igualmente vano esforzarse por conocer el pasado sin conocer el presente". La historia de México no debe ser reescrita, simplemente, debe ser analizada con una visión fresca, sin prejuicios, sin intenciones apologéticas, sino con un afán constructivo y de debate, que permita a todo ser pensante poseer un amplio panorama del camino que construyó el México que nos tocó vivir.

En la coyuntura actual, el análisis del presidencialismo mexicano toma nuevas vertientes. Ahora que Vicente Fox se convirtió en el primer Presidente no priista de los últimos 70 años, la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo toma nuevas proporciones, pues el partido del mandatario no tiene la mayoría en ninguna de las dos cámaras. Además, el federalismo ha tomado nuevos bríos, puesto que más de 25 gobernadores (de un total de 32 entidades) pertenecen a un partido distinto al del Presidente. Éstas son al menos dos de las tendencias que puede tomar una investigación.

Cabe destacar el deterioro del Estado mexicano. Si durante el régimen de Cárdenas se buscó consolidar un Estado Benefactor donde la sociedad tenía un papel preponderante, a partir de 1982, con el ascenso de los gobiernos tecnocráticos, lo que se construyó fue un Estado Mínimo, es decir, una estructura donde los empresarios predominan y el gobierno hace a un lado su responsabilidad de velar por la sociedad.

Por su parte, los comunicólogos deben dar a conocer el papel que los medios tuvieron en el largo proceso de deterioro del PRI. No hay un escrito novedoso sobre el papel que *Proceso* jugó como padre fundador de una nueva tendencia crítica en periódicos y revistas especializadas en política. *Unomasuno*, *La Jornada*, *Reforma*, *Milenio Diario*, *Milenio Semanal*, *Vértigo*, *Cambio* y muchos más tienen cierto aire de análisis que sólo Julio Scherer García puede imponerle a los medios. Es necesario, a su vez, ver la evolución de la radio en estos últimos

años, con programas como *Monitor*, de José Gutiérrez Vivó; *Cúpula Empresarial*, de Óscar Mario Beteta; *De una a tres*, de Jacobo Zabludovsky y muchos más.

La televisión no está exenta de todos cambios. Antes de la caída del PRI, un grupo de nuevos jefes se posesionó de Televisa; Imevisión se convirtió en Televisión Azteca y nadie ha analizado a fondo el conflicto entre la Televisora del Ajusco y Canal 40. Los medios, en estos años, han dado cientos de líneas de investigación dignas de tomarse en cuenta. Además, retomando el esquema de Habermas, los medios han sabido moldear a la opinión pública hacia una u otra dirección.

Los biógrafos también tienen una larga brecha que recorrer. Hacen falta biógrafos. No hay un solo texto consistente sobre la vida de Álvaro Obregón, Francisco Serrano, Arnulfo R. Gómez, Juan Andrew Almazán, Miguel Enriquez Guzmán, Manuel J. Clouthier, Luis Donaldo Colosio y muchos más.

Pero sea cual sea el tema seleccionado, se debe tener en mente lo pregonado por Carlos Luis de Secondat, barón de la Bredé y Montesquieu: "al lector lo importante no es ponerlo a leer, sino ponerlo a pensar". Si por medio de estas cuartillas se alcanzó este propósito, podré darme por satisfecho.

FUENTES DE CONSULTA

ARCHIVOS

Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca.

Archivo General de la Nación, Fondo Presidente Cárdenas.

Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Archivo general y licenciado Aarón Sáenz.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta Hoyos, Luis Eduardo, *Manual de técnicas de la investigación*. Medellín, Asesores de bibliotecas, 1970, 158 páginas.

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México, tercera edición, 1981, 450 páginas.

Almada, Pedro, *Con mi cobija al hombro*, Editorial Alrededor de América, México, 390 páginas.

Althusser, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, Siglo XXI Editores, México, decimonovena edición, 1991, 152 páginas.

Amaya, Juan Gualberto, *Los Gobiernos de Obregón, Calles y regímenes "peleles" derivados del callismo*, edición del autor, México, 1947, 456 páginas.

Aristóteles, *Ética nicomaquea. Política*, Editorial Porrúa, México, 1998, 320 páginas.

Baena Paz, Guillermina, *Instrumentos de investigación: Manual para elaborar trabajos de investigación y tesis profesionales*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1979, 189 páginas.

Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento político de Álvaro Obregón*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1967, 192 páginas.

Bejar Navarro, Raúl, *El mexicano, aspectos culturales y psicosociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, quinta reedición, 1988, 392 páginas.

Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, séptima reimpresión, 1999, 248 páginas.

----- y Matteucci, Nicola, *Diccionario de Política*, Siglo XXI Editores, México, 1984, segunda edición en español, 1120 páginas.

Bojórquez, Juan de Dios, *Plutarco Elías Calles, rasgos biográficos*, Comisión Nacional Editorial del Partido Revolucionario Institucional, México, 1976, 60 páginas.

Bustamante, Eduardo, Aarón Saénz, *Militar, estadista, hombre de empresa y revolucionario*, s.p.i., México, 1966, 30 páginas.

Calderón, José María, *Génesis del presidencialismo en México*, Ediciones "El Caballito", México, 1980, 270 páginas.

Cárdenas, Lázaro, Obras: 1- *Apuntes 1913-1940, Tomo uno*, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, segunda edición, 1972, 450 páginas.

Cárdenas, Lázaro, Obras: 2- *Apuntes 1941-1965, Tomo dos*, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, segunda edición, 1972, 450 páginas.

Cárdenas, Nicolás, *La reconstrucción del estado mexicano. Los años sonorenses (1920-1935)*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1992, 178 páginas.

Cárdenas Noriega, Joaquín, *Morrow, Calles y el PRI según los archivos de Washington D. C.*, Editorial Pac, México, tercera edición, 1986, 358 páginas.

Carpizo, Jorge, *El presidencialismo mexicano*, Siglo XXI Editores, México, Decimoquinta edición, 2000, 242 páginas.

Castañeda, Jorge G., *La Herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, Alfaguara, México, novena reimpresión, 1999, 552 páginas.

Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, Editores Mexicanos Unidos, México, 2001, 96 páginas.

Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, Ediciones Era, México, 22ª. reimpresión, 1998, 100 páginas.

----- *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 21ª. reimpresión, 1997, 508 páginas.

----- *La revolución en crisis. La aventura del Maximato*, Cal y arena, México, 1995, 556 páginas.

Cosío Villegas, Daniel, *El estilo personal de gobernar*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1974, 130 páginas.

----- *El sistema político mexicano*, Editorial Joaquín Mortiz, México, decimosexta reimpresión de la segunda edición, 1987, 120 páginas.

----- *La sucesión presidencial*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1975, segunda edición, 152 páginas.

Covo, Milena E. *Conceptos comunes en la metodología de la investigación sociológica: Manual para estudiantes*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1973, 210 páginas.

Cumberland, Charles, *La Revolución Mexicana, los años constitucionalistas*, Fondo de Cultura Económica, México, Cuarta reimpresión, 1993, 392 páginas.

Dávila Reyes, Rafael, *Álvaro Obregón, el militar, el renovador social, el estadista*, s.p.i., 96 páginas.

Díaz Babío, Francisco, *Un drama nacional, la crisis de la Revolución, declinación y eliminación del general Calles. Primera etapa, 1928-1932*, s.p.i., 1939, 286 páginas.

Dulles, John W. F., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México, Quinta reimpresión, 2000, 712 páginas.

Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México, primera edición, 1957, 458 páginas.

Ellias Calles, Leonardo, *Plutarco Ellias Calles, el estadista. Apuntes y documentos para una biografía*, s.p.i., México, 1982, 224 páginas.

García Márquez, Gabriel, *El otoño del patriarca*, Editorial Bruguera, Barcelona, España, primera edición, 1980, 344 páginas.

Garduño Valero, Guillermo, J. R. Y Silva Ruiz Gilberto (compiladores), *Antología de teoría sociológica clásica Max Weber*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México, primera edición, 1998, 550 páginas.

Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo estado en México (1928-1945)*, Siglo XXI editores, México, octava edición, 1998, 380 páginas.

Gilly, Adolfo, *El cardenismo, una utopía mexicana*, Cal y arena, México, segunda edición, 1997, 504 páginas.

Gómez, Marte R., *Álvaro Obregón, héroe militar y político de la revolución mexicana de 1910*, Publicaciones de la Asociación Nacional de Abogados, México, 1962, 10 páginas.

Gómez Morín, Manuel, *La nación y el régimen*, Ediciones del Partido Acción Nacional, México, 1940, 104 páginas.

González Casanova, Pablo, *El estado y los partidos políticos en México*, Ediciones Era, México, 6ª. reimpresión, 1999, 258 páginas.

González Compeán, Miguel, Lomeli, Leonardo (compiladores), *El partido de la Revolución. Institución y conflicto*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 2000, 814 páginas.

González y González, Luis, *Los artífices del cardenismo*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1988, 384 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, período 1934-1940, volumen 15).

----- *Los días del presidente Cárdenas*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1981, 272 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, período 1934-1940, volumen 14).

González Reyna, Susana, *Géneros Periodísticos, Periodismo de opinión y discurso*, Editorial Trillas, México, segunda edición, 1999, 190 páginas.

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Juan Pablos Editor, S. A., tercera edición, 1998, 336 páginas. (Colección Obras de Antonio Gramsci, Cuadernos desde la cárcel, Tomo 1).

Guzmán, Martín Luis, *Caudillos y otros extremos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, primera edición, 1995, 290 páginas.

----- *La sombra del caudillo*, Editorial Porrúa, México, sin número de edición, 2000, 256 páginas.

----- *Muertes históricas. Febrero de 1913*, Secretaría de Educación Pública, México, 1994, página 230.

Guzmán Esparza, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, Ediciones Guzmán, México, segunda edición, 1958, 338 páginas.

Heller, Hermann, *Teoría del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 2000, 398 páginas.

Hernández Chávez, Alicia, *La mecánica cardenista*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1981, 238 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1934-1940, volumen 16).

Hobbes, Thomas, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, México, décima reimpresión, 2000, 620 páginas.

Ibarra, Gabriela y Gutiérrez, Hernán (recopiladores), *Plutarco Elías Calles y la prensa norteamericana (1924-1929)*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público y Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, 1982, 312 páginas.

Iturriaga, José E., *Calles y la construcción del México moderno, en Plutarco Elías Calles, Obra revolucionaria*, Edición de la Secretaría de Divulgación ideológica y la Secretaría de Información y Propaganda del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional, México, 1988, página 180.

Joly, Maurice, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, Colofón, S. A., México, décima edición, 2001, 260 páginas.

José Valenzuela, Georgette, *El relevo del caudillo. De cómo y por qué Calles fue candidato presidencial*, Ediciones El Caballito, México, 1982, 156 páginas.

----- *La campaña presidencial de 1923-1924 en México*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1998, 316 páginas.

Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México*, Ediciones Era, México, primera reimpresión en un solo tomo, 1999, 746 páginas.

----- *Pancho Villa* Ediciones Era, México, 1998, dos tomos.

Krauze, Enrique, *Álvaro Obregón, El vértigo de la victoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 5ta. reimpresión, 1997, 128 páginas. (Colección Biografía del Poder, tomo 6).

----- *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Tusquets Editores México, México, 1999, 422 páginas.

----- (compilador), *Daniel Cosío Villegas, el historiador liberal*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 1996, 432 páginas.

----- *Emiliano Zapata. El amor a la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, quinta reimpresión, 1997, 134 páginas.

----- *La Presidencia Imperial*, Tusquets Editores México, México, 1997, 432 páginas.

----- (con la colaboración de Jean Meyer y Cayetano Reyes), *La reconstrucción económica*, El Colegio de México, México, 2da. reimpresión, 1995, 324 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1924-1928, volumen 10).

----- *Lázaro Cárdenas, General misionero*, Fondo de Cultura Económica, México, 4ta. reimpresión, 1996, 224 páginas. (Colección Biografía del Poder, tomo 8).

----- *Plutarco Elías Calles, Reformar desde el origen*, Fondo de Cultura Económica, México, 4ta. reimpresión, 1995, 158 páginas. (Colección Biografía del Poder, tomo 7).

----- *Tarea Política*, Tusquets Editores México, México, 2000, 440 páginas.

----- *Siglo de caudillos*, Tusquets Editores México, México, 1997, 432 páginas.

----- *Venustiano Carranza, Puente entre siglos*, Fondo de Cultura Económica, México, 4ta. reimpresión, 1995, 178 páginas. (Colección Biografía del Poder, tomo 5).

León, Luis L., *Crónica del poder en los recuerdos de un político en el México revolucionario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 480 páginas.

León de Palacios, Ana María, Plutarco Elías Calles, creador de instituciones, Instituto Nacional de Administración Pública, México, 1975, 174 páginas.

Loaeza, Soledad, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición Leal y partido de protesta*, Fondo de Cultura Económica, México, segunda edición, 1999, 608 páginas.

Los presidentes de México, discursos políticos (1910-1988) Tomo dos, Dirección General de Comunicación Social de la Presidencia de la República y El Colegio de México, México, 1988, 432 páginas.

Los presidentes de México, discursos políticos (1910-1988) Tomo tres, Dirección General de Comunicación Social de la Presidencia de la República y El Colegio de México, México, 1988, 432 páginas.

Loyo Camacho, Martha Beatriz, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército (1917-1931)*, Tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, 320 páginas.

Loyola Díaz, Rafael, *La crisis Obregón-Calles y el estado mexicano*, Siglo XXI Editores, 5ª. Edición, México, 120 páginas.

Luhmann, Niklas, *Poder*, Editorial Anthropos, 1ª. Edición, España, 178 páginas.

Maclás, Carlos, *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y social*. Antología (1913-1936), Fondo de Cultura Económica, 2da. Edición, 1992, 256 páginas.

Marcos, Patricio, *Lecciones de política*, Nueva Imagen, México, 1990, 158 páginas.

Matute, Álvaro, *Las dificultades del nuevo estado*, El Colegio de México, México, 1ª. reimpresión, 1999, 316 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1917-1924, volumen 7).

----- *La carrera del caudillo*, El Colegio de México, México, 2da. reimpresión, 1988, 202 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1917-1924, volumen 8).

Medin, Tzvi, *El minimato presidencial: Historia política del Maximato (1928-1935)*, Ediciones Era, México, Octava reimpresión, 1998, 176 páginas.

Medina, Luis, *Del cardenismo al avilacamachismo*, El Colegio de México, México, 2da. reimpresión, 1996, 412 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1940-1952, volumen 18).

Medina Ruiz, Fernando, *Calles, un destino melancólico*, Editorial Tradición, México, segunda edición, 1982, 222 páginas.

Meyer, Jean (con la colaboración de Jean Meyer y Cayetano Reyes, *Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, México, 2da. reimpresión, 1996, 372 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1924-1928, volumen 11).

----- *La cristiada*, Editorial Clio, México, segunda edición, 1999, 384 páginas.

Meyer, Lorenzo, *El conflicto social y los gobiernos del Maximato*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1980, 335 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1928-1934, volumen 13).

----- *Fin de régimen y democracia incipiente. México hacia el siglo XXI*, Editorial Océano, México, 1998, 288 páginas. (Colección Con una cierta mirada).

----- *Liberalismo autoritario, las contradicciones del sistema político mexicano*, Editorial Océano, México, 1995, 284 páginas. (Colección Con una cierta mirada).

----- (con la colaboración de Rafael Segovia y Alejandra Lajous), *Los inicios de la institucionalización*, El Colegio de México, México, 1a. reimpresión, 1981, 316 páginas. (Colección Historia de la Revolución Mexicana, período 1928-1934, volumen 12).

Michels, Robert, *Los partidos políticos*, dos tomos, Amorrourtu Editores, Buenos Aires, Argentina, quinta reimpresión, 1996.

Montesquieu, *Del espíritu de las leyes*, Editorial Porrúa, México, 1995, 452 páginas.

Moreno Díaz, Daniel, *Los hombres de la Revolución*, Costa-Amic Editores, S. A., 6ª. edición, 1994, 286 páginas.

Moscovici, Serge, *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 1993, 484 páginas.

Ortiz Rubio, Pascual, *Memorias*, Universidad de San Nicolás de Hidalgo, México, 1981, 252 páginas.

Orosio Marbán, Miguel, *Calles, origen y destino*, Editorial Hersa, México, 1993, 100 páginas.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, sexta edición, 1993, 578 páginas.

-----, *Libertad bajo palabra. Obra poética (1935-1957)*, Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión en España, Fondo de Cultura Económica, España, 1990, página 251.

Pihaloup, A. Gil, *El general Calles y el sindicalismo*, s.p.i., 158 páginas.

Platón, *Diálogos*, Editores Mexicanos Unidos, México, cuarta reimpresión, 2001, 232 páginas.

Plutarco Elías Calles, Obra revolucionaria, Edición de la Secretaría de Divulgación ideológica y la Secretaría de Información y Propaganda del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional, México, 1988, 120 páginas.

Portes Gil, Emilio, *Quince años de política mexicana*, Ediciones Botas, México, tercera edición, 1954, 568 páginas.

Rousseau, Juan Jacobo, *El contrato social o principios de derecho político*, Editorial Porrúa, México, 2000, 180 páginas.

Ruibal Corella, Juan Antonio, *Calles, hombre de su tiempo*, s.p.i., México, 1989, 214 páginas.

----- *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota*, Publicaciones del Gobierno del Estado de Sonora, México, 1981, 130 páginas.

Santos, Gonzalo, *Memorias*, Editorial Grijalbo, México, segunda edición, 1986, 976 páginas.

Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, décima reimpresión, México, 2000, 751 páginas.

Valadés, José C., *Crisis revolucionaria*, Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Consejo Nacional de Fomento Educativo y Ediciones Gernika, México, 1985, 328 páginas. (Colección Historia General de la Revolución Mexicana, volumen 8).

----- *Intromisión extranjera*, Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Consejo Nacional de Fomento Educativo y Ediciones Gernika, México, 1985, 364 páginas. (Colección Historia General de la Revolución Mexicana, volumen 7).

----- *La reconciliación*, Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Consejo Nacional de Fomento Educativo y Ediciones Gernika, México, 1985, 362 páginas. (Colección Historia General de la Revolución Mexicana, volumen 6).

----- *La unidad nacional*, Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Consejo Nacional de Fomento Educativo y Ediciones Gernika, México, 1985, 362 páginas. (Colección Historia General de la Revolución Mexicana, volumen 10).

----- *Un presidente sustituto*, Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Consejo Nacional de Fomento Educativo y Ediciones Gernika, México, 1985, 338 páginas. (Colección Historia General de la Revolución Mexicana, volumen 9).

Vasconcelos, José, *La flama. Los de arriba en la Revolución*, Compañía Editorial Continental, México, cuarta impresión, 1960.

----- *Memorias I. Ulises Criollo. La tormenta*, Fondo de Cultura Económica, México, primera reimpresión, 1983, 968 páginas.

----- *Memorias II. El desastre. El proconsulado*, Fondo de Cultura Económica, México, segunda reimpresión, 1993, 1192 páginas.

Weber, Max, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, cuarta reimpresión, 1979, 1248 páginas.

Weinberg, Liliana, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, Fondo de Cultura Económica, México, primera edición, 2001, 118 páginas.

Zevada, Ricardo J., *Calles el presidente*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1971, 120 páginas.

HEMEROGRAFÍA

México

El Universal
Excélsior
El Nacional
Proceso

USA

Today
La Opinión
La Prensa

VIDEOGRAFÍA

Álvaro Obregón: El vértigo de la victoria. Videos de Editorial Clio, serie Biografía del poder. Duración: 43 minutos.

Lázaro Cárdenas: Entre el pueblo y el poder. Videos de Editorial Clio, serie Los Sexenios. Duración: 40 minutos.

Manuel Ávila Camacho: El presidente caballero. Videos de Editorial Clio, serie Los Sexenios. Duración: 41 minutos.

Plutarco Elías Calles: Reformar desde el origen. Videos de Editorial Clio, serie Biografía del poder. Duración: 43 minutos.